

Antonio Botana, fsc

RAÍCES

DE NUESTRA IDENTIDAD

*“...Porque este espíritu
es el que debe animar
todas sus obras
y ser el móvil
de toda su conducta”*

(San Juan Bta. de La Salle)

Relación de SIGLAS utilizadas

De los escritos de La Salle:

CVT	Colección de varios trataditos.
DC1	Deberes del Cristiano, I.
DC3	Deberes del Cristiano, III. Del culto exterior y público.
EM	Explicación del método de oración.
I	Instrucciones y Oraciones para la santa Misa, la confesión y la comunión.
MD	Meditaciones para los Domingos.
MF	Meditaciones para las Fiestas.
MR	Meditaciones para el tiempo del Retiro.
RC	Reglas Comunes, 1718.
RI	Reglas que me he impuesto.
RU	Reglas de cortesía y urbanidad cristianas.

De otros documentos:

AEP	ANUNCIAR EL EVANGELIO A LOS POBRES, de M. Campos y M. Sauvage, F.S.C. Ed. Bruño, Lima 1980.
CL	CAHIERS LASALLIENS (Ediciones críticas y estudios de los escritos de Juan Bautista de La Salle y de los orígenes del Instituto).
CyL	CATEQUESIS Y LAICADO, de Michel Sauvage, F.S.C. Colección Sínite, ed. San Pío X. Salamanca 1963.
D:	DECLARACIÓN SOBRE EL HERMANO DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS EN EL MUNDO ACTUAL, 1967.
R-1987	REGLA DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS, 1987.

PRÓLOGO

Raíces e Identidad

“Lo que somos ante nosotros mismos y ante los demás”, eso es la identidad. Es un concepto **relacional**, que sitúa a la persona en el tiempo, en el lugar, en la sociedad concreta,... y le permite reconocerse y ser reconocida.

En ella hay aspectos que van cambiando con el tiempo, con las experiencias vitales, y también en relación a su entorno. Por ejemplo, una persona a los 20 años no se ve igual que a los 40 ó 70; pero tampoco será lo mismo si vive sola o en familia, y si dentro de ésta tiene un papel filial o paterno/materno, o si participa en un grupo con una fuerte cohesión interna; y si está integrada y valorada en la sociedad o, por el contrario, vive marginada... Consciente o inconscientemente, la persona necesitará reformular su identidad muchas veces a lo largo de la vida.

Pero al mismo tiempo la identidad requiere una *continuidad* que permita a la persona reconocerse ella misma a través del tiempo y de las diferentes circunstancias y situaciones sociales. El sentimiento de ser “yo mismo” es tanto más fuerte cuanto más arraigadas estén las raíces que me religan a la historia personal y social.

Nuestra *identidad lasaliana* no es algo abstracto o impersonal. “Se ve”, toma cuerpo en las personas que nos decimos *lasalianas*, y cambia con nosotros. Por de pronto, no es la misma identidad lasaliana la del Hermano y la del seglar, por más que haya muchos elementos comunes. Y cuando el seglar ha entrado a compartir la misión con el Hermano, éste se ha visto obligado a clarificar y reformular su propia identidad.

Y en cada uno la identidad lasaliana adquiere un tinte diferente, como ya reconocía la *Declaración del Hermano en el mundo actual* (1966), aun sin utilizar el término *identidad*:

“Cierta laudable intento de unidad no debe empeñarse en definir el tipo inmutable y universal de Hermano, al que todos habrían de acomodarse. Pues, tanto en consonancia con los elementos constitutivos, heredados del Fundador, como por los signos de los tiempos, interpela Dios de modo diferente a cada Hermano, y le invita a dar la respuesta personal, que resulte adaptada a las necesidades del mundo actual.” (D 14,3).

“Los signos de los tiempos”: más que una invitación son un desafío constante a reformular nuestra identidad ante una sociedad que se estructura cada vez más desde el criterio de la pertenencia a múltiples niveles, y donde el cambio se ha instalado como factor definitorio; pero también en una Iglesia que recupera su naturaleza original -“comunidad de comunidades”-, que llama a todos sus componentes a construirla desde los diferentes ministerios y carismas, y donde el seglar adquiere el papel protagonista que le corresponde, en paridad con las otras vocaciones cristianas.

Si podemos hablar de una identidad lasaliana común es porque, a pesar de las diferencias, hay una *continuidad* en el tiempo y en las personas, de elementos comunes que vienen de antaño, aunque se vivan de diferente forma.. Nos “reconocemos” gracias a las raíces comunes.

¿Raíces? ¿Cómo podemos reconocernos en “lo que no se ve”, pues está bajo tierra? Es que no hablamos de restos fósiles, sino de raíces que tienen vida y producen savia.

Nuestra *fidelidad a la raíz* nos asegura la savia que corre por nuestras venas y que nos permite entrar en sintonía unos con otros. Tenemos un estilo semejante de situarnos en la vida, una parecida sensibilidad ante las llamadas de Dios y los signos de los tiempos, y nos encontramos también en la búsqueda de respuestas.

La fidelidad a la raíz, lejos de conducirnos a la inercia o a la repetición de fórmulas pasadas, estimula en nosotros la *creatividad*.

“A cada uno le incumbe, como respuesta a la llamada incesante del Espíritu, poner a contribución todos sus recursos para corresponder a su vocación personal. La formación profunda es siempre ejercicio ascético: será necesario revisar con frecuencia los propios puntos de vista, dirigir la mirada hacia perspectivas aún nuevas, no instalarse nunca en la tranquila posesión de determinadas técnicas. Sólo a ese precio podrá ser auténtica la irradiación en lo educativo y en lo espiritual.”(D 15,2)

Fidelidad y creatividad serán las dos condiciones esenciales para que nuestra identidad lasaliana se mantenga viva y con capacidad de regenerarse. El secreto está en las raíces. Pero, ¿dónde podemos encontrarlas?

- en la *experiencia de vida* del itinerario lasaliano;
- en el *dinamismo* que impulsa el proyecto lasaliano;
- en el *espíritu* que da sentido al itinerario y al proyecto.

Experiencia de vida, dinamismo, espíritu, no son reductibles a anécdotas, estructuras y fórmulas de espiritualidad, aunque puedan percibirse a través de ellas (y no siempre). De hecho, se resisten a cualquier intento de esquematización o de descripción objetiva. Cada vez que queremos expresarlas, simplemente realizamos una aproximación.

Pues bien, *una aproximación a las raíces de nuestra identidad lasaliana*, eso es lo que encontraremos en las páginas que siguen, Cada uno habrá de leerlas “desde dentro”, como el árbol que sufre un estremecimiento en sus raíces y toma conciencia de que están ahí. Cada uno habrá de “leerse” a sí mismo en ellas, y desde ellas leer los signos de los tiempos, los gritos de los jóvenes y sus propios deseos y temores. Pero la aproximación será mayor cuanto más se haga en grupo, dialogando y dejándose confrontar por quienes se atribuyen las mismas raíces; a través de todos se manifestará mejor el Espíritu.

“El carisma del Fundador se relaciona con las instituciones mediante las personas. San Juan Bautista de la Salle fundó desde el principio una comunidad viviente de Hermanos, a los que hizo partícipes de su ideal apostólico; éstos, a su vez, lo transmitieron a otros hombres. La fidelidad a las intenciones específicas del Fundador y a la historia del Instituto se confió, pues, a hombres dotados de vida, a todos nosotros; y, precisamente en cuanto tales, debemos continuar buscando y reflexionando.”(D 7,1)¹

¹ El punto de partida de esta reflexión se encuentra en las conferencias dadas por los HH. Michel Sauvage y Miguel Campos en la S.I.E.L. (Sesión Internacional de Estudios Lasalianos), Roma, los meses de enero y febrero de 1989, sobre “*Los dinamismos espirituales de la Comunidad Lasaliana de los orígenes*”.

CLAVES

- 1. Juan Bautista de La Salle: la persona y su carisma**
- 2. Un proyecto que se va haciendo historia**
- 3. Un espíritu que da vida**
 - Un marco para la lectura.**



El dedo de Juan Bautista de La Salle, ¿a dónde señala?

1

Juan Bautista de La Salle: La persona y su carisma

El dedo de Juan Bautista de La Salle

Es sugestivo aquel proverbio chino: "Cuando el sabio señala la luna, el necio mira al dedo". El asunto se agudiza cuando, más que un sabio, es un profeta: Cuando el profeta señala la luna, con frecuencia ni él mismo ve la luna, porque la tapan las nubes; pero él sabe que está allá; nosotros, en cambio, no acertamos a mirar más allá del dedo, y perdemos el tiempo disertando sobre la apariencia del dedo...

Fijémonos en ciertas esculturas de La Salle, como la reproducida más arriba (Basílica de San Pedro del Vaticano): ¿A dónde señala La Salle? ¿A dónde nos hace mirar?

*"No mirar nada sino con los ojos de la fe;
no hacer nada sino con la mira puesta en Dios;
atribuirlo todo a Dios." (Regla-1718, 2,2)*

Esta frase es la esencia del espíritu de fe, según lo entiende La Salle. Y expresa el dinamismo que él encarnó en su vida. Podríamos llamarlo "el dinamismo de la mirada", que consiste en "tener a Dios como fin y aspirar hacia Él".

El dinamismo de la mirada

Al ver la "imagen" de La Salle (su persona, sus escritos, su obra), podemos quedarnos en una visión estática y dedicarnos a hacer arqueología, con un recuerdo nostálgico o incluso triunfalista: "¡Hay que ver lo que ha sido La Salle!". Pero eso no conduce a nada que merezca la pena.

En cambio, una visión dinámica -siguiendo "el dinamismo de la mirada"- nos lleva siempre a lo esencial del cristianismo, a donde apunta La Salle.

La principal y definitiva lección que nos da La Salle es ésta: lo importante, *lo único importante*, es hacer *la Obra de Dios*. Como maestro, como profeta, nos señala lo que ha de ser el centro de nuestra vida: *llevar a cabo la obra de Dios*. Si La Salle aparece hoy como maestro para nosotros, es porque con toda su vida está señalando a la Obra de Dios, a esa misma obra en la que nosotros estamos empleados:

"El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio." (Pablo VI, Evangelii Nuntiandi 41).

No se presenta ante nosotros como un modelo al que debemos imitar por sí mismo: él no es *lo importante*. Si es "modelo", lo es en el sentido de que encarna ciertas actitudes fundamentales que pueden ser también nuestras, si descubrimos que tampoco nosotros somos "lo importante", sino la Obra que Dios nos ha encomendado.

"Lo imitan en su confianza ilimitada en Dios, en su fidelidad a la Iglesia, en el sentido apostólico creativo, y en su entrega generosa y desinteresada a la evangelización de la juventud." (Regla fsc, 149)

En el corazón de su *proyecto de vida*, La Salle sitúa esta finalidad a modo de "*opción fundamental*" desde la que da unidad a todo su quehacer, a todas sus responsabilidades, incluso a su santificación y salvación personal: cumplir la obra de Dios, considerarse un *instrumento* que sólo actúa por voluntad del operario:

"Miraré siempre el trabajo por mi salvación y el establecimiento y guía de nuestra Comunidad como la obra de Dios: por eso dejaré en sus manos el cuidado de la misma, a fin de no hacer lo que me corresponde en su seno, sino por orden suya; y le consultaré mucho respecto de lo que deba hacer en uno como en otro terreno; y le diré a menudo estas palabras del profeta Habacuc: 'Señor, tu obra'.

Debo considerarme como un instrumento, inútil a no ser en manos del operario; por tanto, debo esperar las órdenes de la Providencia² para actuar, pero sin dejarlas pasar cuando las haya conocido"

(‘Reglas que me he impuesto’ 8-9).

Interpretar la realidad - Descubrir su sentido

La Salle nos enseña a interpretar la realidad desde el lugar donde Dios nos ha situado; nos ayuda a descubrirla como 'historia de salvación', en la que nosotros somos protagonistas. Nos enseña que, lo sepamos o no, *estamos participando en la obra de Dios*. Esa obra, nos dice La Salle, puede llenar de sentido nuestra vida.

Pero, entre La Salle y nosotros, hay trescientos años que nos separan. Necesitamos acercarnos a él, porque en él están nuestras raíces. Sin embargo, su vida, sus escritos, permanecerán extraños a nosotros si no acertamos con la clave que permite el acceso a ellos.

El estudio científico de la personalidad y de los escritos de La Salle tiene aún pocos años: no más de 40. Hasta hace poco, incluso para los Hermanos, La Salle se presentaba casi exclusivamente con la imagen austera y penitente de un santo muy exigente consigo mismo y con sus discípulos. Así lo vemos en sus primeros biógrafos: Blain, Maillefer, Bernard, siguiendo la corriente hagiográfica de la época. Y al leer estas biografías sin tener en cuenta el género literario, quedaban muy resaltadas determinadas facetas que parecían interesantes en los siglos XVII y XVIII, como la mortificación, la penitencia,... y se oscurecían otras quizá más importantes.

Algo parecido ha ocurrido con los escritos de La Salle: se han realzado determinados pasajes, predominantemente ascéticos, y se han dejado en la penumbra otros muy importantes... Ha faltado un estudio científico y comparativo entre lo que La Salle ha escrito (toda su obra), lo que él ha creado, lo que ha vivido... Es decir, han faltado las claves apropiadas para su interpretación.³

² La "**Providencia**" es expresión frecuente en La Salle para referirse al Dios que actúa en la historia y se manifiesta a través de los acontecimientos históricos, el que tiene siempre la primera iniciativa, el que "*conduce todas las cosas con sabiduría y suavidad*" (MC), el que "*se desvela en el cuidado de los hombres*" (MR 193,2), el que "*nos ha escogido para realizar su obra*" (MR 196,1): "*las almas de los niños que instruis son el campo que El cultiva por medio de vosotros*" (MR 205,1). No tiene nada que ver, por tanto, con un Dios "tapa-agujeros" o "resuélvelo-todo", ni reemplaza a los hombres en su responsabilidad.

³ Desde que el P. Rayez, jesuita, experto en la espiritualidad de la Escuela Francesa, denunciara en el año 1952 el arrinconamiento en que se tenía la figura de Juan Bta. de La Salle, mucho se ha avanzado en su recuperación por parte del Instituto Lasaliano. A ella han contribuido la colección de *Cahiers Lasalliens* (más de 50 volúmenes editados) dirigida por el H. Maurice Hermans, las investigaciones de los HH. Yves Poutet y León M^a Aroz (recogidas en CL), estudios de calidad como el del H. Miguel Campos (*Itinerario Evangélico de San Juan Bautista de La Salle*), propuestas de síntesis de la espiritualidad lasaliana como la de los HH. M. Campos y M. Sauvage (*Anunciar el Evangelio a los pobres*), biografías científicas como la del H. Saturnino Gallego (en

Hoy, los Hermanos estamos redescubriendo a nuestro Fundador. Y caemos en la cuenta de sus riquezas humanas (su ternura y sentido práctico, por ejemplo), la calidad y profundidad de su vida evangélica, el valor universal de su espiritualidad. Estamos sorprendidos de lo que teníamos "en casa", a nuestro alcance, sin apenas conocerlo. Y ahora que lo valoramos nos sentimos obligados a compartirlo, en la seguridad de que otros muchos pueden resultar beneficiados de esta riqueza.

Tres claves para 'decodificar'

Lo que hoy podemos conocer de La Salle se encuentra en la confluencia de tres dimensiones. O, si se prefiere, para tener acceso al tesoro que La Salle representa para nosotros hoy, necesitamos conocer tres *claves*, en las cuales están "codificados" sus escritos y su obra en general: *cultura, experiencia y carisma*. Sin tener en cuenta ese código no será posible descubrir el contenido del cofre. Puede ser, incluso, que nos decidamos a tirar el cofre porque lo encontramos herrumbroso, empolvado...

Cada una de esas claves corresponde a un perfil de su persona, y tendrá su expresión a través de sus escritos, con lo que supone de aportación y de dificultad para poder comprenderlo. Veremos a La Salle como "*hombre de su tiempo*", como "*hombre de fe*" y como "*Fundador*".

"Persuadidos de que el Espíritu Santo se manifestó de manera particular en la vida, la obra y los escritos de san Juan Bautista de La Salle, su Padre, y luego en la tradición viva de su Instituto, los Hermanos beben en estas fuentes el principio inspirador de su misión y de su proceder. Por eso mismo se esfuerzan en profundizar más su conocimiento del Fundador y de la historia del Instituto". (Reglas fsc, 4)

1. El hombre de su tiempo

Este primer "perfil" nos presenta al hombre que supo encarnarse y dar respuesta a los retos culturales de su tiempo. Esta es la primera lección de La Salle. Nos interpela sobre nuestra propia *inculturización*.

→ ¿Cómo aprovechamos, por ejemplo, con ojos receptivos y críticos al mismo tiempo, las aportaciones pedagógicas que están apareciendo hoy en el campo educativo? ¿Cómo actualizamos nuestros conocimientos en cada una de las ramas del saber que más nos implican, y de manera específica en el campo religioso, bíblico, teológico?

En cuanto pedagogo y renovador de la escuela primaria:

La Salle se aprovecha de una corriente de interés por la escuela que en esos momentos sopla fuerte en Francia, a través de hombres como san Pedro Fourier, Nicolás Roland, Carlos Démia, el P. Barré, o los escritos de Vives, Comenius, y "L'école Paroissiale".⁴

La "Guía de las Escuelas" lasaliana refleja las adquisiciones de los anteriores nombres, pero se sale de los moldes al plantear una revolución a fondo de la escuela, sin miedo a cambiar lo que haga falta para provecho del niño.

BAC Maior), tesis doctorales sobre aspectos concretos de la obra escrita de La Salle (especialmente en el campo español, como la del H. Luis Varela, *Biblia y espiritualidad en San Juan Bautista de La Salle*, Colección *Sinite*, Ed. San Pío X, Salamanca 1966); y, muy recientemente, los *Temas Lasalianos* (3 volúmenes).

⁴ Cf CyL 31-34; SG, t. II, 14-17.

Podemos afirmar que nuestra escuela cristiana de hoy ganaría mucho si aceptara confrontarse con lo que fue en el momento de su creación.

En cuanto a la espiritualidad:

La Salle inicia un camino en la Iglesia, es cierto. Pero este camino está emparentado, primeramente -aunque no sólo-, con las fuentes en las que bebe. La Salle es un espíritu *ecléctico*: no se le puede clasificar fácilmente en un determinado grupo o 'escuela'.⁵

Recibe mucho de la llamada "*ESCUELA FRANCESA DE ESPIRITUALIDAD*" (equivalente de la del Siglo de Oro español), representada por Berulle, Olier, Condren, Vicente de Paúl, Juan Eudes,... Su estancia de 18 meses en el seminario de San Sulpicio le permite asimilar esta escuela con una extraordinaria veta bíblica, sobre todo paulina.

Pero en él están presentes otras claras influencias: los santos Padres, especialmente SAN AGUSTÍN, que influye enormemente en el Gran Siglo francés (XVII); Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, Lorenzo de la Resurrección y Francisco de Sales, San Ignacio y varios escritores jesuitas,...

En los escritos de La Salle hay aspectos o insistencias que hoy nos llaman la atención o incluso nos sorprenden desagradablemente, pero que son, simplemente, el eco de ciertas corrientes de espiritualidad muy normales en su tiempo. P.ej.: la importancia que concede a la mortificación, la "abyección" y la negación de sí mismo ante Dios..., el concepto pesimista de la naturaleza humana... La radicalización rigorista de estas ideas es la que da lugar al "*jansenismo*".

La Salle reacciona contra esos extremos e intenta alejar a los Hermanos de ellos; así se explica, por ejemplo, su reiterada invitación a la comunión frecuente, que era claramente desaprobada por el jansenismo. La insistencia de La Salle en pedir a los Hermanos que sean fieles a la Iglesia, al Papa, y a los obispos que están en comunión con el Papa, es también una reacción lógica contra el "*galicanismo*", que se está desarrollando en esos momentos en Francia.

La expresión cultural es posibilidad y limitación:

La cultura proporciona los símbolos desde los que se construye el lenguaje. La Salle expresa su experiencia y sus sentimientos desde su cultura. Lo que intenta decirnos está mediatizado, para bien y para mal, por su universo cultural: antropológico, eclesiológico, religioso, político,...

Sería absurdo pretender que sus gustos y conocimientos culturales coincidan con los nuestros. Pero sería aún más absurdo renunciar a conocer lo que él puede aportarnos, por la dificultad que encontramos al leer sus escritos. Tenemos la suerte de que nos habla desde una profunda vivencia bíblica (sobre todo del N.T.), y una rica formación teológica... Siempre que no le exijamos los conocimientos de exégesis que hoy tenemos, y que aceptemos que su teología es de corte escolástico y marcada por Trento.

En definitiva, al acercarnos a los escritos de La Salle, no hemos de confundir el *mensaje* que nos transmite con el *ropaje cultural* que le sirve de 'vehículo'. No hay que *lamentarlo*, sino *reconocerlo*, e intentar profundizar hasta identificar aquél. Su mensaje tiene más que ver con su *experiencia espiritual* y su *carisma*: éstos, normalmente, van "dentro del vehículo", aunque en algún caso tiendan a "reventarlo" o, por lo menos, modificarlo.

⁵ cf SG, t. II, 14-15.

2. El hombre de fe

Este segundo "perfil" es mucho más interesante para nosotros que el primero. Es más vital, pues se trata de su propia experiencia de fe, que va desarrollando a través de su *itinerario espiritual*. Es la experiencia del hombre que busca y encuentra a Dios, se siente buscado y encontrado por El, y vive un proceso de Alianza con Dios.

Esta dimensión es la que da vida a sus escritos; de ahí la importancia de descubrir y poner de manifiesto la experiencia, el proceso de alianza que está detrás de cada enseñanza o mensaje de La Salle. Su itinerario es una interpelación profunda a nuestro propio itinerario. La Regla de los Hermanos nos lo recuerda así:

♣ *"Mientras contemplan la historia de la salvación que actúa en sus vidas, hallan en el itinerario evangélico del Fundador la llamada a la conversión, la constancia en la adversidad y la fuerza para volver a empezar".*
(Reglas fsc, 144)

Al asomarnos a este perfil de La Salle tenemos que salvar un doble riesgo: el de absolutizar su itinerario haciéndolo nuestro modelo, o el de rechazarlo al darnos cuenta de que, evidentemente, no coincide con nuestro propio itinerario. Descuidaríamos así la principal característica del itinerario de La Salle: que él no "copia" el Evangelio, no imita materialmente los gestos o virtudes de Jesús. No podemos convertir hoy a La Salle en un repertorio de ejemplos para imitar.

► Lo más significativo de la lección que él nos da desde su itinerario es que descubre y siente su vida como *historia de salvación*. En sus circunstancias concretas, en la interrelación con las personas con que se encuentra, en los compromisos inmediatos que se le proponen, descubre la voz de Dios y se pregunta cómo darle la mejor respuesta posible para ser un buen "instrumento" en su Obra.

Su fidelidad no es a la letra, sino al espíritu que brota del Evangelio; no a una historia pasada de salvación que se ha de repetir, sino a la historia de salvación que vive en el proyecto que está llevando a cabo. Esto es lo que vale para cada uno de nosotros, en sus propias circunstancias.

► El mejor servicio que La Salle presta a su comunidad, entonces como ahora, podríamos calificarlo de "*ministerialidad*", según iremos viendo en las páginas que siguen. Sitúa el centro en la *misión* que se nos ha encomendado, una misión de salvación, y nos hace tomar conciencia de cómo *esa misión es el fundamento de nuestra comunidad y de nuestra propia santificación*. Desde su propio itinerario, Juan Bautista nos recuerda hoy que el centro no hemos de ser nosotros, ni siquiera para santificarnos o para salvarnos, sino la obra que Dios realiza por nosotros.

¿Cómo reflejan los escritos de La Salle su propia experiencia espiritual? En primer lugar, no de manera directa: La Salle es muy reacio a hablar de sí mismo. Sin embargo, su experiencia se va filtrando de diversas formas:

◆ Por ejemplo, la experiencia que nos transmite en su *Memoria de los comienzos*, de un Dios dinámico, que actúa en la historia a través de los hombres que El elige, y los va conduciendo "de compromiso en compromiso" a la misión que les tiene asignada,... la encontramos reflejada al hablarnos de cómo Dios eligió a María para ser su madre (MF 163); aquí hasta utiliza la frase que había empleado en su relato autobiográfico: "*Dios, que conduce todas las cosas con sabiduría...*".

◆ *La experiencia de la "noche oscura", de sufrir el silencio de Dios, que lo acompañó en alguna época de su vida (1712-1714...) aparece en más de una ocasión, como cuando comenta la curación del paralítico (MD 71): "Ocurre a veces que los siervos de Dios se hallan como impotentes para obrar el bien... Deja Dios al alma en tal estado para convencerla de que, sin Él, nada puede..."; o cuando afirma de Santa Teresa, que "experimentó no sólo las ternuras, sino también los rigores con que a veces Dios prueba a las almas que ama"... y que "aun en medio de las mayores arideces, permanecía abismada en Dios, y de todo punto entregada a El, no obstante la oscuridad interior que padecía... La fe era quien únicamente la guiaba y servía de luz en tal estado" (MF 177).*

◆ *La raíz más honda de su vida de fe, el abandono a la Providencia de Dios, salta en sus escritos con cierta frecuencia; como en la meditación sobre San Bernabé, acompañada en esta ocasión del eco del desprendimiento de su propia fortuna: "...el desasimiento supone mucha fe: es abandonarse a la providencia de Dios, como el hombre que se hace a la mar sin velas ni remos" (MF 134,1).*

3. El fundador

El perfil de fundador es, sin duda, el que más nos mueve a reconocer a La Salle como maestro. Considerarlo como "Fundador" equivale a admitir que posee un carisma que le permite *descubrir, discernir y valorar* aspectos de la realidad que nos toca vivir a nosotros.

Empecemos por despejar el primer equívoco: La Salle no es Fundador primeramente porque haya "inventado" una estructura que se llama "Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas". Si fuera así, sólo los Hermanos podrían reconocerlo como Fundador; y sin embargo, hoy, muchas personas -además de los Hermanos- consideran a La Salle, con toda justicia, su "Fundador". Analicemos este "perfil":

Dice la Regla actual de los Hermanos:

"Impresionado por la situación de abandono de los 'hijos de los artesanos y de los pobres', Juan Bautista de La Salle descubrió, a la luz de la fe, la misión de su Instituto como respuesta concreta a su contemplación del designio salvador de Dios." (R 11).

– Primera cosa que nos hace notar: Entre su propia experiencia de fe y la llamada que experimenta por el carisma, hay un *fluir* continuo.

– Segundo, el *centro de gravedad* está, no en el Instituto, sino *en la misión*. Esta es anterior -en todo sentido- al Instituto.

¿Qué significa ese "descubrimiento de la misión", hecho por Juan Bautista de La Salle?

▶ Está atento a una realidad externa: *"la situación de abandono..."*.

▶ Desde una actitud interna: *"su contemplación del designio salvador de Dios"*.

▶ Consecuencia: Juan Bautista resulta *"impresionado"* por aquella realidad, la *"descubre"* como llamada de Dios y *"responde"*... Es la acción del Espíritu en Juan Bautista, a través del carisma que le concede.

Es decir, su carisma de Fundador le permite

1º, *descubrir la educación cristiana de los niños, sobre todo de los pobres, como lugar privilegiado de presencia y crecimiento del Reino.*

2º, *valorar la dedicación a dicha labor como un ministerio de gran importancia en la Iglesia.*

3º, *buscar una respuesta concreta*; de los posibles caminos para dedicarse a esta misión, La Salle cultiva y desarrolla uno -"*Hermanos*": *célibes consagrados en comunidad para la misión*- y desbroza otro -"*Maestros rurales*": *seglares que desarrollarán su labor casi aislados*-.

Como vemos, el tercer paso -su respuesta concreta- tiene su consistencia en los dos primeros, y no puede separarse de ellos.

Pero el tercer paso -el del "camino para la respuesta"-, hoy se ha ampliado: estamos en una nueva situación, inimaginable en tiempos de La Salle, que es la colaboración entre Hermanos, seglares, y también sacerdotes. Es la "*misión lasaliana compartida*". Y de nuevo tenemos que recurrir a los dos primeros pasos que nos ha iluminado La Salle. Por eso, todos los que hoy estamos en este nuevo "camino de respuesta", podemos llamar a La Salle "*Fundador*", porque su carisma nos ha alcanzado a nosotros, como lo reconoce la Regla actual:

"El Espíritu de Dios ha confiado a la Iglesia, en la persona de san Juan Bautista de La Salle, un carisma que todavía hoy anima a los Hermanos y a numerosos educadores." (Regla fsc, 20).

Gracias a ese carisma que actúa en nosotros, podemos encontrar nuevos caminos. Y por eso también afirma la Regla en su último número:

"Hoy, como entonces, su llamada no es de mero iniciador, sino de Fundador, que sigue inspirando y sosteniendo." (Regla fsc, 149).

El nuevo "camino" de la "*Misión compartida*" necesita estructurar su respuesta hoy, "*a la luz de la fe*", en "*una creación incesante en la fidelidad*" (R 11 y 149), atentos al "dinamismo de la mirada" que nos propone Juan Bautista de La Salle.

2

Un Proyecto que se va haciendo historia

1. El proyecto concreta la identidad y la encarna en la historia

"En virtud de su misión, los Hermanos crean escuelas y cooperan en la animación de comunidades educativas inspiradas en el proyecto de san Juan Bautista de La Salle".
(Reglas fsc, 13)

A través del itinerario lasaliano va surgiendo un proyecto. El proyecto está en función de la finalidad: *"procurar educación humana y cristiana a los jóvenes, especialmente a los pobres"* (Reglas fsc 3). En él hay elementos fundamentales que definen el proyecto, y hay otras estructuras más accidentales que varían al cambiar las circunstancias de tiempo, lugar, personas,...

Los elementos fundamentales son las *mediaciones* o pilares sobre los que se asienta el proyecto: la persona del educador, la comunidad de los educadores y la obra educativa. Cada uno de ellos es tan importante que podemos calificarlos de *"FINALIDADES MEDIADORAS"*⁶, en un doble sentido:

1º. Será necesario organizar toda una estrategia para conseguir y perfeccionar en sí mismas cada una de esas *finalidades mediadoras*. Así lo constatamos en san Juan Bautista de La Salle, y de una manera tan marcada que, a veces, si no tenemos la visión global, nos puede dar la impresión de dicotomía al comprobar la insistencia del Fundador en algún elemento que parece aislado del conjunto. Véase, por ejemplo, su empeño en recordar al Hermano la necesidad que tiene de vivir *en el retiro*, o la importancia que da a *la regularidad* en la Comunidad, o que el Catecismo sea explicado *todos los días* en la escuela... Cualquiera de esos elementos parciales sólo adquiere todo su sentido al ponerlos en función de la *finalidad última*, que necesita de la consistencia de *las tres finalidades mediadoras* que dan fuerza al proyecto.

2º. Las tres finalidades mediadoras se constituyen, cada una de ellas, en elementos de discernimiento para comprobar que el proyecto global es el que corresponde al carisma lasaliano.

En síntesis, podemos esquematizar así el proyecto lasaliano, en sus tres elementos fundamentales:

EL EDUCADOR, *Ministro de Jesucristo y de su Iglesia*,

- ▶ hombre interior, fundamentado en Dios;
- ▶ con identidad ministerial y conciencia profesional;
- ▶ "hermano mayor" entre los jóvenes, consagrado a la misión.

LA COMUNIDAD, *juntos y por asociación*,

- ▶ signo de dedicación radical a la educación cristiana;
- ▶ signo de fraternidad cristiana;
- ▶ "educadora" del educador; fundamento y garantía de la obra educativa.

⁶ *"FINALIDADES MEDIADORAS"*: nos damos cuenta de lo contradictorio de esta expresión y optamos por mantenerla para subrayar simultáneamente la importancia de cada uno de estos tres elementos en el doble sentido que se expresa a continuación.

LA OBRA EDUCATIVA, *escuela cristiana al servicio de los pobres*,

- hecha "a la medida del pobre", aunque abierta a todos;
- con un proyecto evangelizador integral, "*hasta formar a Jesucristo en el corazón de los niños*" (MF 157,1).
- centrada en la persona del educando: que funcione bien y los muchachos estén a gusto en ella; una escuela *de calidad*, eficaz, que prepare para la vida; que responsabilice a los jóvenes de su propia formación y los haga avanzar solidariamente.

2. El Proyecto tiene un dinamismo interno

"Juan Bautista de La Salle se sintió movido a fundar una comunidad de hombres que, iluminados por Dios y en sintonía con su designio salvador, se asociaron para dar respuesta a las necesidades de una juventud pobre y alejada de la salvación. Hoy como ayer, toda comunidad de Hermanos descubre en dicho acontecimiento sus motivaciones fundamentales". (R 47)

El Proyecto Lasaliano tiene un dinamismo interno. Sólo siendo fiel a ese dinamismo podrá seguir siendo válido para la Iglesia. La chispa que puso en marcha el dinamismo podemos identificarla con el encuentro casual entre La Salle, por entonces canónigo de Reims, y Adrián Nyel, un hombre emprendedor cuya ilusión insaciable era establecer escuelas para niños pobres. A partir de ahí vemos desarrollarse una interrelación de *personas, necesidades, finalidades y estructuras*, de la siguiente forma:

1. Los agentes

La Comunidad original de La Salle no tiene nada que ver con un ente compacto que funciona y se mueve al unísono, y menos aún con un grupo bien disciplinado que sigue fielmente los dictados de un jefe carismático. Por el contrario, a poco que se asome uno al itinerario de esta Comunidad, advierte enseguida que es un entrelazado, el resultado de un proceso de itinerarios individuales que convergen en un grupo y que se interpelan mutuamente:

▸ **Nyel**: el hombre "apostólico", conmovido por las necesidades acuciantes de la infancia abandonada. Le falta encontrar una estructura apropiada que asegure el logro de la finalidad: le falta *la comunidad*.

▸ **Juan Bta. de La Salle**: el hombre abierto a Dios, consciente de esa gran finalidad que es la salvación que Dios proporciona a los hombres; está en búsqueda y se pregunta cuál es su papel, como instrumento de Dios, en la obra de la salvación. Aún no se ha sentido "tocado" y urgido por la necesidad de la infancia abandonada y sin cultura.

▸ **Los maestros y primeros Hermanos**: hombres prácticos, piden estructuras concretas que les den seguridad; ellos mismos viven en la necesidad.

El proyecto lasaliano comienza en la confluencia de estos itinerarios individuales; cada uno de ellos resulta afectado por los otros y se sumerge, sin disolverse, en el itinerario común.

2. Las necesidades

El proyecto de educación cristiana de La Salle no surge de un razonamiento teórico, ni es la consecuencia de una filosofía. Tampoco su desarrollo se parece a la puesta en

práctica paulatina de una serie de ideas o plan previamente elaborado. Y desde luego, en sus comienzos no se advierte de manera alguna la pretensión de una organización global que quiera solucionar el problema general de la educación cristiana.⁷

Lo que sí se constata en los protagonistas de este proyecto es la apertura, la sensibilidad para detectar necesidades concretas que reclaman soluciones concretas. Es cierto que muchas de estas soluciones adoptadas se revelan como válidas ante otras necesidades, con lo cual se institucionalizan. Sin embargo, la Comunidad permanece atenta para detectar nuevas necesidades que le obligan a buscar nuevas soluciones o a adaptar las que ya tenía.

Pero hay un cierto orden en el descubrimiento y valoración de las necesidades, que va a determinar también la jerarquización de las finalidades que la Comunidad se propondrá:

- ✓ Las primeras necesidades detectadas son las que tienen que ver con los *destinatarios* -"niños ignorantes y alejados de la salvación", según se describen en el lenguaje de la época-: la solución de esas necesidades reclama *escuelas gratuitas* que atraigan a los niños, que funcionen bien y tengan continuidad...
- ✓ La puesta en marcha de las escuelas pone de manifiesto las necesidades de los *maestros*: requieren preparación, disciplina, dedicación a su empleo, valoración de su propio ministerio...
- ✓ Al atender a los maestros, La Salle descubre la necesidad de una *comunidad* que sea educadora del maestro, que facilite la organización de la escuela y garantice su continuidad, y que no esté a merced de una autoridad desconectada del ministerio escolar. Finalmente, se ve la necesidad de sellar la dedicación al ministerio con la **consagración**, con una opción radical: "*hasta vivir de solo pan*".

La valoración y la atención que exige cada una de estas necesidades variará a lo largo del itinerario, pero lo que quedará intangible será el sentido y ordenamiento de las mismas: *la sensibilidad ante las necesidades de los destinatarios de la misión será quien provoque y justifique la valoración de las otras necesidades.*

Es decir: esta Comunidad de La Salle y el itinerario que la caracteriza, no se justifica por la necesidad de formar buenos educadores; tampoco por vivir una fraternidad que se asemeje a la de los primeros cristianos; ni siquiera como medio de consagrarse a Dios. Se justifica como *respuesta a la necesidad de salvación de la juventud pobre*, como instrumento de la salvación que Dios ofrece, como signo de la presencia del Reino en la educación... Y esta justificación incluye y reclama los otros motivos.

3. Las finalidades

La respuesta a una determinada necesidad se puede plantear en muy diversos grados, y es aquí donde se fragua la *originalidad* del proyecto lasaliano, en la radicalidad de la respuesta, en el nivel en que se sitúan las finalidades:

- ▶ para facilitar la salvación -la plena liberación- a esta juventud pobre y abandonada, no se contenta con enseñar el Catecismo, sino que la finalidad es dar *una educación cristiana integral*;

⁷ Estas afirmaciones deben matizarse, no obstante, situándolas dentro de un contexto favorable que se ha ido creando en Francia. La asunción tardía del Concilio de Trento ha producido una preocupación entre los responsables de la Iglesia por la renovación de la vida cristiana. Esta preocupación se concreta en el campo de la educación de la infancia a través de diversos nombres que ya hemos señalado.

- ▶ no basta que los maestros estén bien preparados: han de estar *dedicados por entero*, en exclusiva;
- ▶ no basta con organizar escuelas que "funcionen": han de ser escuelas "*signo*", que se constituyan como modelo;
- ▶ no basta con que los maestros eduquen: han de hacerlo fraternalmente ("*hermanos*"), estando al lado de los alumnos "*desde la mañana hasta la noche*";
- ▶ no basta con ofrecer a los niños y jóvenes la oportunidad de educarse: hay que *atraerlos*, rompiendo toda barrera económica, haciéndoles lo más agradable posible el acto de la educación:
- ▶ no basta con formar "comunidades educativas": han de ser "*comunidades cristianas*", auténticas fraternidades;
- ▶ no basta con dignificar la profesión de maestro: hay que convertirlo en verdadero *ministerio eclesial*, por el que el maestro se sienta elegido por Dios y enviado por la Iglesia;
- ▶ y no basta con una dedicación mediana, "mientras no cueste demasiado": se exige *un compromiso de vida*, que los Hermanos y La Salle expresarán con su consagración, aunque sea necesario "*vivir de solo pan*".

Sólo si se capta la altura de los niveles en que se sitúan estas finalidades podrá entenderse que el itinerario de la Comunidad lasaliana es *la historia de la opción por un proyecto* que mira al futuro más que al pasado; un proyecto que quiere responder a la realidad desde la utopía; un proyecto en el que la finalidad última -"*dar educación humana y cristiana a la juventud abandonada*"- queda posibilitada, y al mismo tiempo condicionada, por *las finalidades mediadoras: una escuela "signo", una comunidad "fraternidad", un educador "ministro de Cristo y de la Iglesia"*.

Es, pues, la opción por un proyecto "profético", que no rechaza otros proyectos más limitados, pero que ha de mantenerse en su radicalidad si quiere seguir siendo signo. Se explica así la "tozudez" de La Salle en rechazar cualquier obra donde alguna de las finalidades "mediadoras" quedan truncadas:

- por eso no acepta ninguna escuela que no pueda ser atendida por una comunidad de Hermanos; y al mismo tiempo, se empeña repetidas veces en crear un seminario de maestros rurales que han de vivir aislados...
- por eso no consiente que los Hermanos continúen en una obra en la que no puedan dedicar el tiempo conveniente a la oración comunitaria...
- por eso rechaza que los Hermanos se dediquen a funciones clericales, o que tengan que enseñar el catecismo en la parroquia y no en la escuela con el resto de la educación humana...
- por eso rechaza la escuela en que los alumnos encuentren barreras económicas.

Y se explica también así la insistencia con que La Salle recuerda a sus Hermanos que "*lo más importante es el espíritu*" (Reglas 1718, 2,1).

4. Las estructuras

Un proyecto no es eficaz mientras no se materializa en estructuras concretas. Las estructuras representan, en cierta forma, la fidelidad al presente: no se identifican con las finalidades del proyecto, pero pretenden ser, al mismo tiempo, *camino* para alcanzarlas y *su concreción* en el presente.

La Comunidad de La Salle, animada por su Fundador, busca desde el primer momento estructuras que le permitan ir haciendo frente a las necesidades que va detectando.

Contra lo que pudiera pensarse, no es que se ponga en acción "porque tiene un proyecto", sino que llega a tener un proyecto porque desde el principio se pone en acción⁸: tiene *voluntad de dar respuesta* a las necesidades que va descubriendo. En cierta forma, la creación de estructuras precede al planteamiento de las finalidades; pero con una condición: *que aquéllas estén animadas por el espíritu profético de éstas*.

En el itinerario de la Comunidad lasaliana es algo evidente: el proyecto va surgiendo a medida que se avanza; *el conocimiento se adquiere gracias a la acción*.

Pero la fuerza de un proyecto no está sólo en su radicalismo profético, sino también *en su humildad*. Y éste es otro de los rasgos que van a caracterizar el proyecto de la Comunidad lasaliana. Porque, si bien es cierto que, como todo proyecto, pretende que algo cambie en el mundo, lo hace caminando junto a otros -es un proyecto *fraterno*-, paso a paso con el hermano; pero además acepta que la luz que necesita para dar el paso de este momento no es la luz total, no domina perfectamente todo el trayecto, y sin embargo *está dispuesto a dar ese paso*; eso es lo que le permitirá tener mayor luz para el paso siguiente.

Así se compone un itinerario que camina hacia la luz desde la penumbra del presente. La comunidad podrá realizar este "paso a paso" gracias a su fe en la presencia actuante de Dios. Por eso, la fórmula tan familiar para nosotros, *"Acordémonos de que estamos en la santa Presencia de Dios"*, es, en realidad, un acto de fe sobre la validez total del momento presente, en el cual se está cumpliendo ya el Reino de Dios.

3. El dinamismo nos llama a "recrear" el Proyecto

♣ *"La vida de cualquier Instituto es una creación incesante en la fidelidad, que exige a veces decisiones costosas; así le sucedió a san Juan Bautista de La Salle en diversos momentos de su vida... Penetrados del espíritu que les legó, los Hermanos se mantienen en la tradición viva del Instituto. En comunión con quienes los han precedido, siguen respondiendo con celo ardiente a los llamamientos del Señor, de la Iglesia y del mundo, para procurar la gloria de Dios."* (Regla fsc, 149)

Si miramos a la historia es para aprender de ella. Si buscamos luz es para proyectarla sobre el hoy que queremos vivificar. Y éste es el momento de iluminar nuestra realidad educativa para intentar rehacer su dinamismo:

1º. ¿Quiénes son, hoy, los agentes del proyecto?

Es evidente que, desde hace años, ya no son sólo los Hermanos quienes intervienen en el proyecto educativo lasaliano. Pero, en la práctica, esto no siempre resulta manifiesto, salvo que se esté confundiendo "ser actor" con "ser un simple ejecutor". Aquí tenemos el primer elemento que es necesario recuperar: el protagonismo de quienes intervienen en el proyecto.

Ser protagonista, ser actor, significa tener una contribución específica en el dinamismo que recrea el proyecto; es decir: estar en disposición de detectar las nuevas necesidades que requieren nuestra atención de educadores, sentirse responsable ante ellas, ser capaz de replantear y aproximar las grandes finalidades educativas hasta hacerlas

⁸ Ciertamente, no parte de cero: en el origen está el proyecto de Nyel y, tras él, el proyecto de N. Barré en las escuelas de Ruam. Pero el que conoceremos como proyecto lasaliano, expresado en la Guía de las Escuelas, surge desde la experiencia de los Hermanos en sus escuelas, mientras La Salle se cuida de confrontarlo con las aportaciones pedagógicas de la época.

"transformadoras", desplegar la creatividad necesaria para renovar e inventar estructuras eficaces...

Pero a esto no se puede obligar a nadie. Tal vez haya quien prefiera seguir siendo simple ejecutor. Pero a quien quiera intervenir responsablemente como actor, deberá facilitársele los medios, y que cada uno pueda *actuar* según su propia identidad:

"Durante bastantes años se ha descrito este modelo de "escuela de los Hermanos" como un modelo triangular, con los Hermanos en el vértice y sus colegas seculares en la base. Este modelo está definitivamente terminado o por terminar. Viene siendo gradualmente substituido por un nuevo modo de comprender la educación lasaliana. Este modelo puede diseñarse como circular. Imaginad un círculo paralelo al suelo. En los puntos de la circunferencia del círculo están los Hermanos, los maestros seculares, los sacerdotes, miembros de otros institutos religiosos, los padres, los exalumnos, miembros de la dirección, bienhechores y los mismos alumnos. Este modelo es el modelo actual de una escuela lasaliana, es decir, de una escuela animada -no primeramente por los Hermanos con otros en posición secundaria- sino animada por la comunidad educativa, en la cual los Hermanos ofrecen su específica contribución". (H. John Johnston, Superior General, 22.7,1990)

2º. ¿A qué necesidades hemos de responder?

La respuesta a esta pregunta tiene que fluir en círculos concéntricos. La atención se va desplegando desde los círculos más próximos hacia los más lejanos. Empiezo conociendo a fondo las necesidades de aquellos con quienes me relaciono a diario, los que ya son mis alumnos; y entre ellos, los más desfavorecidos, los retrasados, marginados, los que necesitan encontrar en la escuela tantas cosas que no encuentran hoy en sus familias, y la primera de ellas, cariño, comprensión, atención personal,...

Pero este conocimiento va acompañado de un análisis crítico que intenta llegar a las causas de las situaciones, a fin de encontrar las soluciones más apropiadas.

La lectura y el análisis se desplazan luego (y también simultáneamente) hacia horizontes más amplios; la comunidad educativa, la comunidad distrital... han de pensar en otros muchachos que, aun fuera de nuestras escuelas, tal vez nos necesitan.

Iremos descubriendo así, según nuestra sensibilidad, problemas de tipo intelectual, "fracaso escolar", pero también otros problemas derivados de la manipulación procedente de los medios de comunicación de masas, o la superficialidad y el consumismo, o la ausencia de valores humanos tan básicos como la solidaridad, la justicia, el respeto a los semejantes...

Desde *un punto de vista cristiano*, detectaremos otro tipo de necesidades que se manifiestan en la pérdida del sentido trascendente del mundo y de la vida, el alejamiento de la fe, el desconocimiento de Cristo y del Evangelio...

3º. ¿Qué finalidades queremos lograr?

El planteamiento de las finalidades nos obliga, ante todo, a superar el simple cumplimiento de los programas académicos, y hacer consciente el porqué de nuestra misión; habremos de dar *"razones para vivir y para esperar"* (GS 31). Para ello, nuestro proyecto debe mirar al futuro, más que al pasado; un proyecto *que eduque en los valores*,

para hacer personas, y no almacenes de conocimientos; *que eduque en la esperanza*, en una esperanza activa y creativa, para que esas personas sean capaces de transformar y renovar la sociedad, y no se integren pasivamente en ella; *que eduque en la búsqueda*, para hacer personas amantes de la verdad.

La finalidad última, que para nosotros se define como "*procurar la educación humana y cristiana*", hemos de especificarla, "acercarla" a nuestro hoy, nuestra cultura, nuestras circunstancias históricas y sociales... Aquí es donde tendremos que afinar la respuesta a la pregunta que encabeza este tercer apartado del dinamismo. Porque es en las finalidades concretas, "parciales", donde el dinamismo corre el riesgo de desaparecer por parálisis, al quedar absorbidas por lo masivo, lo rutinario, lo cómodo, la premura de los programas, las conveniencias sociales, la dificultad de encontrar estructuras adecuadas...

Por eso un proyecto *no se valora tanto por la finalidad última, cuanto por las finalidades intermedias*, las que procuran su encarnación en la historia real...

Así, por ejemplo, ¿qué finalidades tendríamos que perseguir de manera especial, en nuestro "aquí y ahora"?:

- ¿Promover la educación para la justicia y el compromiso por la paz...?
- ¿Proporcionar los instrumentos intelectuales apropiados, a los muchachos con especiales dificultades...?
- ¿Alcanzar en el proceso educativo los grados más altos de la evangelización propios de la "Iniciación Cristiana"?
- ¿Establecer unas relaciones fraternales entre el profesorado, entre éste y el alumnado...?

4º. ¿Qué estructuras hemos de inventar, cambiar, renovar, promover...?

Si antes afirmábamos que un proyecto se valora por sus finalidades intermedias, ahora añadimos que una comunidad educativa "*debería ser juzgada no por los objetivos que se propone, sino por los medios que está dispuesta a emplear para alcanzar estos objetivos*" (D. Knight)⁹. Porque en esos medios es donde entran en juego las prioridades, las opciones a nivel personal y comunitario... Y toda opción lleva consigo alguna renuncia, algo que cuesta.

En la renovación de estructuras deben congeniarse fidelidad y creatividad: *fidelidad*, para que no se nos pierdan de vista las finalidades últimas; *creatividad*, para encontrar las estructuras más eficaces en orden a dar solución a las necesidades encontradas.

⁹ Citado por el H. J. Johnston en su Carta Pastoral del 1-I-1992, p. 29.

3

Un Espíritu que da vida

1. La espiritualidad lasaliana

¿QUÉ SIGNIFICA “ESPIRITUALIDAD”?

“Espiritualidad” es la forma de vivir y expresar un determinado “espíritu”.

Y “espíritu” es un principio de vida, es la fuerza o dinamismo que nos empuja, es la actitud esencial que nos define, es el sentido último de lo que hacemos.

En último término, el espíritu que anima a cada cristiano, a cada familia o comunidad cristiana, es una manifestación particular del único Espíritu, el que animaba a Jesús, el Espíritu Santo.

¿En qué consiste la espiritualidad lasaliana?

La pregunta nos remite, primero, a esta otra: ¿cuál es el *espíritu* que anima la identidad lasaliana?

Sólo después podremos responder a esta segunda pregunta: ¿Cómo se manifiesta, cómo se expresa el espíritu lasaliano?, que es lo mismo que describir la espiritualidad lasaliana.

¿CUÁL ES EL ESPÍRITU LASALIANO?

Encontramos una respuesta sencilla en el 2º capítulo de la Regla original de los Hermanos:

*“El espíritu de este Instituto
es, en primer lugar, el espíritu de Fe,...
En segundo lugar,...
Consiste en el Celo ardiente de instruir a los niños...”*

Solemos resumirlo así: *espíritu de fe y celo*.

Pero al comienzo del siguiente capítulo (el 3º), encontramos este encabezamiento:

*“Se manifestará y conservará siempre en este Instituto
un verdadero espíritu de Comunidad”.*

Ahora podemos completar:

“un espíritu de fe y celo vivido en comunidad”.

Pero volvamos atrás, pues nos hemos saltado el primer capítulo, donde el Instituto expresa su razón de ser, *la misión*:

*“El fin de este Instituto es dar cristiana educación a los niños;
y con este objeto tiene las escuelas...”*

En ese mismo capítulo se reflexiona sobre la situación de necesidad en que se encuentran los destinatarios de la misión, las consecuencias del abandono que padecen y la importancia de la respuesta que el Instituto quiere dar.

ESPÍRITU, MISIÓN, COMUNIDAD.

Notemos la coherencia de estos tres capítulos y su interrelación: Misión (finalidad), Espíritu, Comunidad. El espíritu no es separable de los otros dos términos. No se puede hablar en abstracto del “espíritu lasaliano”, puesto que “nace” (es concedido por el Espíritu Santo) *en función de una misión*, y se alimenta y desarrolla *en el marco de la comunidad*.

En la vivencia y desarrollo de la misión es como el Instituto va adquiriendo conciencia del espíritu que lo anima y de la necesidad que tiene de ese espíritu para dar una respuesta eficaz a la misión, y de la importancia de la comunidad para ser fiel a la misión, y de cómo la comunidad se convierte en estructura inútil cuando le falta el espíritu...

Tanto la Misión como la Comunidad sólo pueden vivirse “históricamente”, es decir, con personas concretas, en circunstancias concretas, con proyectos que dan respuesta a necesidades concretas...

Y ahí, en ese campo de la realidad, es donde se despliega la *espiritualidad*: cuando, movidos por el espíritu de fe y celo, dialogamos con Dios sobre la vida real; y descubrimos cómo se nos revela Dios en el campo de la misión recibida, y experimentamos cómo llega la salvación de Dios a los jóvenes a través de nuestras personas; y nos decimos a nosotros mismos el sentido que para nosotros tiene lo que hacemos; y cuando todo eso lo oramos y celebramos en la comunidad...

Así se desarrolla la espiritualidad: nuestra experiencia del amor de Dios se va llenando de nombres, de historia, de vida, de lugares, de símbolos... Y nos encontramos más a gusto en determinadas formas de orar, o nos vemos más reflejados en tales pasajes bíblicos...

Concluyendo: Aunque el espíritu sea el mismo, la espiritualidad va modificándose en la historia, en la vida, en las personas, en las comunidades.

Nuestra espiritualidad lasaliana de hoy no puede ser exactamente igual que hace 300 años; pero tampoco puede ser igual la de una comunidad de Hermanos, hoy, que la de un grupo o comunidad de seglares, aun viviendo el mismo espíritu lasaliano de “fe y celo”. Porque, por ejemplo, ni la misión ni la comunidad se experimentan igual desde el celibato consagrado que desde el matrimonio...

Ahora que hemos relativizado la espiritualidad situándola en el contexto de la identidad lasaliana, hemos de preguntarnos cómo se manifiesta el espíritu, cuáles son sus dimensiones de fondo, pues es ahí donde debemos buscar la unidad, las raíces comunes para todos.

Y la respuesta está en la vida; tenemos que leerla en la historia antes que en los libros. La respuesta la descubrimos en el itinerario de La Salle, en el cual se ha manifestado el Espíritu Santo de modo particular con su carisma de fundador (cf. R-1987, 4).

2. El espíritu se manifiesta en la vida

En las raíces de una auténtica espiritualidad hay siempre una *experiencia espiritual* muy fuerte. Es necesario conectar con ella si queremos participar de esa espiritualidad.

A lo largo de su itinerario, Juan Bautista de La Salle descubre la imagen de un Dios vivo comprometido en la historia y empeñado en salvar a los hombres -y más concretamente, a “*los hijos de los artesanos y de los pobres*”. Con este Dios que “*guía sus pasos sin forzarlo*”, La Salle mantiene un diálogo apasionado durante toda su existencia. En ese diálogo resalta una actitud, la de *entrega y abandono en las manos de Dios*, que tiene su

reflejo inmediato en una segunda actitud: el sentirse *instrumento en las manos de Dios* para realizar su obra salvadora.

Abandono confiado en Dios y entrega a su obra: ésa es su experiencia de fe más significativa, en dos facetas, que nos transmite en aquella expresión "síntesis": *espíritu de fe y celo*.

Esa experiencia se va desarrollando en la historia de su vida a través de "*un itinerario de crecimiento constante en la fe*" (R-1987, 81), y va produciendo *síntesis vitales*, es decir, *núcleos de experiencia* en los que el carisma se hace especialmente presente. Esos núcleos, convenientemente identificados, son para nosotros focos de luz que iluminan y dinamizan nuestro propio itinerario.

1ª

La experiencia del creyente

*Buscando a Dios se dejó guiar por Él,
y lo descubrió en las llamadas
de los hijos de los artesanos y de los pobres.*

Esta primera experiencia da fundamento a las otras. Dura toda la vida, pero tiene un momento cumbre, el "momento de síntesis", en la primera etapa de madurez (30-40... años), cuando La Salle se ha comprometido ya definitivamente en la obra de las Escuelas Cristianas, y, con esa perspectiva de quien siente encarrilada su vida, contempla el camino andado.

Constata que su vida había sido una búsqueda de Dios, atento siempre a los signos por los que Él pudiera revelársele, y se sorprende ahora a sí mismo encontrado por Dios.

La conciencia que llega a adquirir de esta experiencia la expresa en su *Memoria de los Comienzos*¹⁰ de esta forma:

"Dios, que guía todas las cosas con sabiduría y suavidad y no suele forzar la inclinación de los hombres, queriendo comprometerme a tomar enteramente el cuidado de las escuelas, lo hizo de manera muy imperceptible y en mucho tiempo, de modo que un compromiso me llevaba a otro, sin que yo lo previera al comienzo."

Notemos qué *imagen de Dios* está aquí de fondo: Un Dios presente en la historia y que se revela a través de la historia humana; Dios Padre y Providencia, que actúa en la vida del hombre, al tiempo que respeta su libertad; un Dios que va llevando al hombre en la medida en que éste se compromete; un Dios que sale al encuentro del hombre y camina con él.

Y en La Salle aparece reflejado *el profeta*, en el sentido bíblico: el hombre de ojos abiertos para descubrir los signos por los que Dios le habla, el hombre de oídos atentos para escuchar la voz de Dios que le comunica su voluntad; el hombre dispuesto, como Abraham, a salir de su casa y caminar hacia el lugar donde Dios le quiere. Ha experimentado la fuerza y acción transformadora de Dios en su propia existencia. Llamado, con su Comunidad, a "*preparar el camino del Señor*" (MD 2 y 3) en los corazones de los niños y jóvenes a través de la educación cristiana, Juan Bautista ha debido realizar primero su propio camino, por el

¹⁰ La *Memoria de los Comienzos* es un documento autobiográfico de La Salle que nos ha llegado a través de los biógrafos Bernard y Blain. Probablemente fue redactado por Juan Bautista hacia 1694, aunque permaneció escondido unos 20 años, hasta que fue descubierto por los Hermanos de París mientras Juan Bautista estaba en Provenza (1712-1714). Es una lectura de los acontecimientos con perspectiva histórica, hecha a la luz de la fe (cf. H. Bédel, *Orígenes*. 1651-1726, 49-52).

que Dios se le hacía el encontradizo a cada paso para guiarlo a la misión que le tenía preparada.

Es una experiencia de enraizamiento en el Amor, en Dios. Las otras experiencias nucleares de su vida no podrían entenderse sin tener en cuenta la profundización que ha tenido lugar en ésta, siguiendo el sentido que lleva a esa raíz primera y central que es *la fe* y la búsqueda laboriosa en torno a ese eje central sobre el que gira toda su vida: *el querer de Dios, la Obra de Dios*.

Al final de su vida, cuando el Amor se ha purificado suficientemente como para que sólo quede la voluntad del Amado, podrá decir, a modo de rúbrica definitiva de esta experiencia: *Adoro en todo el proceder de Dios para conmigo*".

Esta experiencia carismática de La Salle genera un dinamismo que va dando forma a nuestra identidad en la medida en que lo asumimos, y suscita una espiritualidad característica en consonancia con nuestra misión. Podemos expresarla así:

Caminamos en la presencia de Dios iluminados por su Palabra, atentos a su voz, reconocida en las necesidades de los hijos de los artesanos y de los pobres, sintiéndonos responsables para colaborar en su Obra de salvación.

De aquí se origina un esfuerzo permanente por descubrir las necesidades educativas de los jóvenes, sobre todo de los pobres, con la seguridad de que aquéllas son los signos con los que Dios nos manifiesta su voluntad...

De aquí vendrá también la familiaridad con la Palabra de Dios, pero una Palabra leída en confrontación con la vida de cada día, no al margen de ella, y contrastada con las personas, en la comunidad...

- ✧ y el "volverse a Dios" (recuerdo de su presencia) buscando la raíz de la vida y el sentido profundo de las acciones;
- ✧ y una oración que es esencialmente celebrativa: porque celebramos nuestro encuentro con Dios, el gozo de vivir en su presencia, la alianza que Él ha hecho con nosotros.

2ª

La experiencia del ministro

*Quiriendo identificarse con Cristo
se comprometió con los Hermanos en la obra de las escuelas,
y juntos descubrieron su ministerio
como presencia de Cristo para los jóvenes.*

El hombre que se ha dejado conducir por Dios "*de un compromiso a otro*", hasta llegar al lugar donde Él lo esperaba, tendrá pronto una nueva experiencia que va enriqueciéndose en sus años de madurez. Es la comprobación de que, a través de su propia persona y de los maestros con los que se ha unido, Dios ama a "*los hijos de los artesanos y de los pobres*" y quiere salvarlos.

Esta vez está de fondo la imagen del Dios que se ha hecho hombre entre los hombres, Jesucristo, y llama a cuantos quieran seguirle para colaborar en su proyecto de salvación. En Juan Bta. de La Salle crece la conciencia de estar colaborando en la Obra de Dios, obra de salvación. Se descubre (él y sus Hermanos) *mediador, ministro, representante* de Cristo para aquellos a los que han sido enviados.

En realidad, es una experiencia de doble sentido, y así nos la transmitirá: en las necesidades de los niños y jóvenes descubren, como Moisés, la zarza ardiendo, el lugar sagrado en que Dios se les manifiesta y a donde Dios los envía. O más explícitamente, descubren a Jesucristo mismo en su misterio de encarnación:

"Reconoced a Jesucristo bajo los pobres harapos de los niños que instruís; adoradle en ellos..." (MF 96,3).

Y al servirles se llevan la garantía dada por Dios a Moisés: *"Yo estaré contigo"* (Ex 3,12). Se sorprenden a sí mismos como presencia de Dios en el mundo, presencia salvadora para los más necesitados de salvación; o más explícitamente también: Jesucristo mismo actuando en ellos:

"Sois los embajadores y ministros de Jesucristo en el empleo que ejercéis; por consiguiente, tenéis que desempeñarlo como representantes suyos. Jesucristo mismo es quien desea que los discípulos os miren como le mirarían a El..." (MR 193,2)

Aquel enraizamiento en la fe producido en la experiencia anterior le permite ahora a Juan Bautista identificar la obra de las escuelas con la Obra de Dios: ése es el monte de la alianza al que Dios le ha conducido. Juan Bautista se había fiado de Quien le guiaba; había aceptado la aventura de empezar a cruzar el desierto, siempre con los ojos atentos a las señales de Dios. En esa experiencia de saberse llevado, la reacción ha sido quemar las naves y entregarse por completo para ser un instrumento en las manos del Operario, aunque tenga que vivir de solo pan. Ahora firmará esa alianza que Dios le ofrece, asociado a sus Hermanos. En él ha crecido la conciencia ministerial: sabe que está haciendo con sus Hermanos la Obra de Dios, y van a intentar hacerla, según lo expresan en aquel Voto Heroico de 1691, *"del modo que nos parezca seros más agradable y más ventajoso para la expresada Sociedad [de las Escuelas Cristianas]"*. Los dos términos del binomio ya no se van a separar en la identidad lasaliana, como garantía de unidad

El seguimiento de Cristo se transforma así en la identificación con su Misterio de salvación. El "negarse a sí mismo", el itinerario de renuncia que Juan Bautista ha asumido como un cristiano más, tiene un sentido bien concreto: es un proceso de liberación para mejor servir a la Obra de Dios. En esta experiencia de encarnación encontramos el significado de aquella insistencia de La Salle invitándonos a *sacrificar, consagrar la vida en el ejercicio del ministerio*: él habla desde su experiencia de amor y fidelidad a Cristo, traducidos en el compromiso y la creatividad para realizar su proyecto de salvación.

De esta experiencia sale un segundo dinamismo, el más atrevido tal vez en la espiritualidad lasaliana, pero también el que contiene la aportación más genuinamente "cristiana":

Continuamos la presencia de Cristo en el mundo a través de nuestro ministerio, nos comprometemos como instrumentos fieles y creativos en la obra de la redención, y entregamos nuestra vida en favor de la juventud abandonada.

Es un dinamismo de unidad: unifica nuestra vida y la pone toda ella al servicio de la Obra de Dios. La Salle dirá a sus Hermanos:

"No hagáis diferencia entre los deberes propios de vuestro estado y el negocio de vuestra salvación y perfección".
(Col. de Trat. 16,1,4)

En consecuencia, es también un dinamismo que nos transforma en *signos* de la presencia salvadora de Cristo entre los hombres; ese es el núcleo y la aportación más importante de nuestro ministerio. Pero supone un reto a nuestra vida, porque el signo, para

que lo sea de verdad, ha de ser visible e inteligible... Ser signo de Cristo es propio de todo cristiano; y es propio, con una obligación mayor, de todo educador cristiano, en razón de su ministerio. Y el Hermano lo asume de una manera profética por su consagración en comunidad.

Por todo ello nuestra relación con Dios estará marcada por la atención a las necesidades de este mundo, sobre todo de aquellos que nos han sido confiados en la misión, y por la búsqueda responsable de soluciones eficaces.

- ✧ Por ello también, el Evangelio y la persona de Jesús serán el lugar de referencia fundamental para discernir nuestra vida, a la luz del misterio de la Encarnación realizado plenamente en Jesús.
- ✧ Y por ello, nuestros proyectos han de llevar la marca de la evangelización: en un proceso que quiere llegar hasta el anuncio de la presencia de Dios en el mundo, pero un proceso caracterizado por la unidad con la que contemplamos la persona del educando.

3ª

La experiencia del hermano

*Juan Bautista reunió a aquellos maestros en comunidad;
“se asociaron para dar respuesta
a las necesidades de una juventud pobre y alejada de la salvación” (R-1987, 47),
y se descubrieron convocados y enviados por el Espíritu de Jesús*

Simultáneamente con la experiencia anterior, al mismo tiempo y en mutua dependencia, La Salle realiza esta tercera síntesis de fe: la comunidad como lugar de experimentación de la presencia de Jesús, como lugar de crecimiento en la fe, de animación mutua y de solidaridad fraterna en el servicio a la misión.

Quizá podamos decir que aquella primera experiencia, la del hombre que busca a Dios y camina en su presencia, tiene su concreción o su autenticación cristiana en esta doble confrontación con la realidad: *la Misión y la Comunidad*.

De fondo está la convicción creciente en La Salle y sus Hermanos de que, si ahora están trabajando *juntos y por asociación* en la misma misión, es porque Alguien les ha convocado, los ha reunido en torno a Él. Y comprueban que, en la medida en que mantienen esta unión entre ellos y en torno a Jesús, les es más fácil la dedicación a la misión, no sólo en cuanto a la eficacia, sino sobre todo por la plenitud de sentido.

Su asociación es un auténtico *proceso de comunión para la misión*. Impulsan la fraternidad y a través de ella experimentan la fuerza del Espíritu que los reúne y los envía. El propio Juan Bautista, que ha dedicado su vida a dar solidez a esta fraternidad, se sentirá alcanzado y beneficiado por ella en algunos momentos dramáticos de su existencia, según lo veremos al comentar la carta de los Hermanos en 1714.

El dinamismo que se proyecta desde este núcleo sobre nuestra identidad podemos expresarlo así:

Construimos la comunidad de fe impulsados por el Espíritu, desde ella edificamos juntos la Iglesia y transformamos el mundo por el ministerio de la educación cristiana, en beneficio, sobre todo, de los pobres.

La construcción de la comunidad se realiza en *una tensión* que hay que aceptar como presupuesto básico del proyecto comunitario.

La tensión surge entre los dos polos o fuerzas (simplificando; una fuerza "centrípeta" o "la comunidad mirando hacia dentro", y otra fuerza "centrífuga" o "la comunidad mirando hacia fuera"). En cada momento la tensión se resuelve en una síntesis que nunca es ni "el justo medio" ni la anulación de uno de los dos polos.

✧ La comunidad se esfuerza por lograr y aumentar su cohesión interna, *la comunión* entre sus miembros y en torno a Cristo. Promueve, comparte y celebra la vida, la fe, los bienes y dones personales, la conversión, el discernimiento del querer de Dios...

✧ ...Pero sabe que *"su identidad más profunda"* como pequeña Iglesia que es, consiste en servir al Reino de Dios; su tarea principal es la evangelización; y sobre ella se proyecta, y de ella alimenta su propia vida interna.

La síntesis que pone en diálogo los dos polos es la que hace madurar a la comunidad:

"Como los Hermanos se asocian para trabajar juntos, la comunidad se realiza, sobre todo, gracias a la prosecución de un objetivo común, que es el Reino de Dios. Las comunidades se remozan, la comunión de espíritus y corazones resulta más íntima, las exigencias de oración y de vida de fe se reaniman en ellas proporcionalmente a la medida en que sus miembros se percatan de su misión apostólica. ..." (D 25,4)

4ª

La experiencia del profeta

*Fundador y Hermanos desarrollaron un proyecto de evangelización.
Y descubrieron que sólo el Espíritu da vida al proyecto:
al educador, a la comunidad, a la obra educativa.*

A medida que se acerca al final de sus años, Juan Bta. de La Salle va afianzándose en esta última gran experiencia de fe: sólo la presencia del Espíritu asegura la vida. No es una convicción de última hora; viene ya de muy atrás, pero ha tenido ocasión de comprobarlo directamente según se iba desarrollando el proyecto de las Escuelas Cristianas: ni las tareas de la misión ni las estructuras de la comunidad valen nada ni producen fruto sin el protagonismo del Espíritu.

En realidad, no es correcto hablar de una cuarta experiencia, como si añadiera algo a las anteriores. Mejor podemos compararla, y así la experimenta La Salle, a una corriente subterránea que circula a través de las tres primeras y hace de ellas auténticas experiencias de fe, de encuentro con el Padre en Jesús. Por eso no la buscaremos aparte de las otras, sino a través de ellas.

Corriente de vida o *Presencia activa* (hablamos de una Persona); o como lo llama la liturgia, Fuego, Viento, Luz,... ese es el auténtico dinamismo de la identidad lasaliana.

► Sin la presencia del Espíritu, incluso la vida de fe se convierte en cumplimiento vacío de preceptos, o en una voluntariosa fidelidad a esquemas de piedad... Podemos llegar a la contradicción de tener una "espiritualidad" hecha de prácticas y devociones, pero sin Espíritu.

► Sin la presencia del Espíritu, el proyecto de la misión consiste en un conjunto de tareas y, en el mejor de los casos, una aportación de respuestas eficaces a necesidades estructurales.

- ▶ Sin la presencia del Espíritu, la comunidad se reduce a una serie de estructuras para estar juntos, para el intercambio y la mutua protección...
- ▶ Con la presencia del Espíritu, la vida de fe es, sobre todo, relación interpersonal, diálogo con el Dios de la vida, y tiene como objetivo el que La Salle señala para la oración: *"Llenarse de Dios y unirse interiormente a Él"*.
- ▶ Con la presencia del Espíritu, la misión es salir al encuentro de las personas para anunciarles la Buena Nueva, que es otra Persona. Y es signo de otro encuentro, de la Alianza entre Dios y el hombre.
- ▶ Con la presencia del Espíritu la comunidad se plantea como una *comuni6n* entre personas, y las estructuras se establecen para facilitar los lazos internos entre las personas.

Podremos entender así la importancia y el realismo casi dramático que tiene la advertencia que La Salle hace a los Hermanos, un año antes de su muerte, como si fuera la conclusión a la que ha llegado después de una vida de "caminar en la presencia de Dios". La incluye a modo de prólogo o encabezamiento en el capítulo II de las Reglas, sobre *"el espíritu de este Instituto"*:

"Lo más importante, y a lo que debe atenderse con mayor cuidado en una Comunidad, es que todos los que la componen tengan el espíritu que le es peculiar. Aplíquense, pues, los novicios a adquirirlo, y los que a ella están ligados cuiden ante todo de conservarlo y aumentarlo en sí mismos. Porque este espíritu es el que debe animar todas sus obras y ser el móvil de toda su conducta; y los que no lo tienen o lo han perdido, deben ser considerados y considerarse a sí mismos como miembros muertos, porque se hallan privados de la vida y gracia de su estado..." (Reglas 1718, 2,1)

El dinamismo, que subyace a los tres anteriores, podemos expresarlo como sigue:

Dejemos que el Espíritu tome la palabra y la iniciativa en nuestra vida, en nuestra comunidad, en nuestro proyecto.
"Esta fidelidad al Espíritu es, afectivamente, según san Juan Bautista de la Salle, el elemento que unifica la vida del Hermano." (D 14,5)

Obrar *"movidos por el Espíritu"*, repetirá frecuentemente La Salle. Pero esta "Corriente" tiene una fuente: **la oraci6n**. Una oraci6n que busca unirse a Dios, y no 'servirse' de Dios. Una oraci6n así hace brotar en la persona esa Presencia viva, el Espíritu.

Y de una oraci6n así van originándose actitudes de encuentro y comuni6n:

- dando prioridad a la relaci6n personal, con Dios y con los hombres;
- buscando el sentido profundo de las cosas, de los acontecimientos...
- animando las obras con sentimientos de fe, y no simplemente 'cumpliendo'...
- estableciendo lazos de comuni6n con las personas, estando con ellas, escuchándolas, valorándolas...

Con lo que hemos dicho ya habremos podido darnos cuenta de que la espiritualidad tiene más que ver con el conjunto de la vida cristiana que con aspectos parciales de ella. En concreto hemos de afirmar que "lo lasaliano" nunca es "lo cristiano y algo más" (algo así como un "plus" de generosidad...), sino que se trata de una manera *"carismática"* de vivir lo cristiano.

Es decir, teniendo en cuenta que "carisma" es una gracia que se concede para el servicio de la comunidad eclesial, nuestra espiritualidad lasaliana no será sólo una forma particular (para nuestro propio servicio) de vivir la vida cristiana, sino que convertimos en "*signos*" para nosotros mismos y para todos, *al servicio de una misión* que se nos ha encomendado, determinados elementos o dinamismos del Misterio Cristiano, que deben vivir todos los cristianos de alguna forma; por ejemplo, *el espíritu de fe, la fraternidad, la atención a la Palabra de Dios, el vivir en la presencia de Dios, la docilidad a las inspiraciones del Espíritu*, etc, todas ellas insistencias de nuestra espiritualidad, vividas de forma armónica.

Un marco para la lectura

En este capítulo introductorio han quedado expuestas las *claves* que utilizaremos para descubrir las raíces de nuestra identidad. Resumiendo ahora algunas de las cosas que hemos dicho y adelantando otras, presentaremos brevemente la lógica interna de las páginas que siguen; algo así como *un marco* en el que situarlas para no perderse en ellas.

Hemos adoptado un esquema tripartito que toma como referencia al Fundador, Juan Bautista de La Salle, viéndolo en cada ocasión bajo una perspectiva global de su identidad: 1, *EL CREYENTE*; 2, *EL MINISTRO*; 3, *EL HERMANO*; y en el interior de cada una de ellas, *EL PROFETA*, instrumento del Espíritu, atento a descubrirlo en los signos de los tiempos.

Esta triple perspectiva nos permitirá asomarnos a la riqueza de la experiencia carismática original, que, como ya queda dicho, no es más que *una profunda y a la vez peculiar experiencia de Dios*, pero del Dios cristiano, el Dios que es Trinidad, *el Dios Padre* que vive la historia de los hombres y realiza entre ellos su Obra de salvación; *el Dios Hijo* que se ha encarnado y es testigo entre nosotros del amor del Padre; *el Dios Espíritu Santo* que nos reúne en comunión para construir la Iglesia como signo del Reino.

Hemos querido resaltar la fuente -que también es la meta final- de nuestra identidad cristiana y lasaliana, situándola en el encabezamiento de las tres partes:

**el amor del Padre,
la gracia de N. S. Jesucristo,
la comunión del Espíritu Santo.**

A través del itinerario biográfico del Fundador encontramos esas grandes *síntesis o núcleos de experiencia* en los que se muestra especialmente activo *el carisma* y a través de los cuales se genera la identidad lasaliana.

Estos núcleos no se refieren sólo a un momento de la vida, pero cada uno de ellos se puede identificar más fácilmente en ciertas etapas. Este es el motivo por el que, al referirnos a cada núcleo, nos fijamos más en una etapa concreta, aunque frecuentemente aludimos a situaciones producidas en otras etapas cronológicas.

Cada núcleo se proyecta sobre toda la vida del Fundador: a sus ojos, y hoy también a los nuestros, su itinerario vital se revela sucesivamente como *una historia de salvación, un camino de seguimiento de Cristo hasta identificarse con su misterio, un proceso de comunión para la misión*.

Partiendo de cada núcleo generador analizamos a continuación los elementos y estructuras en que se va concretando *el proyecto*, en sus tres mediaciones principales: *el educador, la comunidad y la obra educativa*. Descubrimos su íntima relación y el dinamismo carismático que las vivifica; comprendemos el sentido de determinadas insistencias del Fundador y relativizamos otras que parecen más coyunturales.

Podremos así confrontar nuestra realidad actual y ver en qué medida nuestro proyecto lasaliano sigue estando dinamizado por las mismas líneas de fuerza de los orígenes, a pesar de que tantas formas y estructuras hayan cambiado.

La experiencia de La Salle es irrepetible: es la obra del Espíritu en la vida de una persona y en unas circunstancias históricas bien concretas. Sin embargo, en cuanto iniciador de un camino espiritual en la Iglesia, como instrumento del Espíritu al servicio de una misión, su experiencia carismática ha generado un dinamismo, *espíritu de fe y celo*,

desde el cual se va recreando la identidad lasaliana en cada uno de los que entramos en ese mismo camino.

De cada núcleo generador brota un componente del rico dinamismo lasaliano. Así nos asomamos a la espiritualidad lasaliana, intentando descubrir sus claves más profundas.

A través de esta lectura en tres niveles *-itinerario, proyecto, espíritu-* iremos encontrando ciertos elementos en torno a los cuales y desde ellos parece tomar forma la experiencia carismática del Fundador: son los *ejes* de la identidad lasaliana.

– No es difícil identificar el *eje* que podríamos calificar como “*constructor*” o centro referencial de la identidad lasaliana: es **la *Obra de Dios***, materializada en *la obra de las escuelas*, pero sin que lleguen a confundirse. Aquélla siempre será la utopía que interroga y desafía la realidad limitada de ésta.

– Este eje cabalga sobre otros *ejes transversales* que adquieren su peculiaridad lasaliana a partir de las experiencias nucleares que detectábamos en el itinerario de La Salle, y a su vez cruzan los dinamismos de la identidad lasaliana con acentuaciones variables en el tiempo y en las personas.

Podrían señalarse varios, pero aquí queremos subrayar estos cuatro que parecen bien definidos e imprescindibles:

- las necesidades de “los hijos de los artesanos y de los pobres”,
- la Palabra de Dios,
- la vida interior,
- la comunidad.

La identidad lasaliana no se muestra en cada uno de ellos por separado, sino en su mutua interrelación, siempre en referencia al eje constructor.

El amor del Padre

EL CREYENTE

1

*Buscando a Dios
se dejó guiar por Él,
y lo descubrió en las llamadas
de “los hijos de los artesanos y de los pobres”.*

1. **EL ITINERARIO, una historia de salvación.**
 1. Un hombre en búsqueda.
 2. Un hombre de corazón abierto.
 3. Hombre y comunidad en éxodo.

2. **EL PROYECTO:**
 1. Un fundamento para el educador: el hombre interior o la experiencia de Dios.
 2. La comunidad lasaliana: signo del Reino entre la juventud pobre.
 3. La obra educativa: una escuela a la medida de los pobres.

3. **EL ESPÍRITU:**
 1. “El espíritu de este Instituto”.
 2. Ministros de la Palabra de Dios.
 3. Vivir en la Presencia de Dios.

I. EL ITINERARIO

Una historia de salvación

Abraham y Juan Bta. de La Salle son dos eslabones en la Historia de la Salvación. Junto a ellos, junto a otros muchos que nos han precedido, estamos nosotros, que hemos sido obsequiados con el don de la fe...

En esta cadena ininterrumpida de hombres creyentes conectamos con la experiencia de fe de Abraham, el *"padre de los creyentes"*, quien recibe de Dios aquella invitación para "patentar" un estilo de vivir, una manera de estar ante Dios: *"Camina en mi presencia con lealtad"* (Gn 17,1).

La Escritura atestigua varias veces que Abraham fue fiel a la llamada del Dios bíblico, el Dios de la Historia de la Salvación: *"Por la fe, Abraham obedeció la llamada de Dios y se puso en camino hacia la tierra que había de recibir en herencia. Y partió sin conocer cuál era su destino"* (Heb 11,8). Por ello, Abraham merece ser llamado *"amigo de Dios"* (Sant 2,23). Pero este honor no es sólo para él: la promesa de esta amistad nos alcanza también a cuantos nos hemos puesto en camino fiándonos de Dios (cf. Rom 4,18-24).

Como Abraham, Juan Bta. de La Salle se ha hecho también hombre itinerante, hombre en éxodo: vive intensamente la presencia de Dios y transmite esta actitud, esta manera de estar ante Dios, a la Comunidad que nace con él. Y como Abraham, Juan Bautista mantiene la lealtad en todo momento, avanzando de un compromiso a otro, abandonado en Aquel en quien ha puesto su confianza.

Como Juan el Precursor, Juan Bta. de La Salle va abriendo camino al Cristo que llega en sus *ministros*, sus *representantes*. Con su experiencia de fe iluminará a sus hermanos, a quienes descubrirá que *"en medio de vosotros hay Uno a quien no conocéis"* (Jn 1,26); les hará reconocer en su propia historia a Aquel que se ha encarnado en ellos mismos para llegar a los niños necesitados de salvación, y les hará sentir que *"Dios ha sido el que os eligió a vosotros... para facilitar el conocimiento del Evangelio a quienes aún no lo han recibido"* (MF 140,2), y *"Jesucristo mismo es quien desea que los discípulos os miren como le mirarían a Él... pues en la persona de Jesucristo los instruíis vosotros"* (MR 195,2).

Antes que Fundador de un Instituto, antes que la vocación *"a tomar enteramente el cuidado de las Escuelas"*, Juan Bautista vive la vocación de todo hombre y, de manera especial, de todo cristiano: la llamada a *dejarse guiar por Dios*, la llamada a poner a Dios como fundamento de su vida, la llamada a *estar disponible ante la voluntad de Dios*. Y como consecuencia de su respuesta positiva llega a ser protagonista de una misión concreta que Dios le encarga a él y a su Comunidad.

1. Un hombre en búsqueda

En este primer tramo de su vida, Juan Bta. de La Salle se nos muestra como un hombre en búsqueda. Busca a Dios, pero lo busca de una manera concreta, en la historia, en las situaciones que vive, en las personas con las que se relaciona.

No es un temperamento indeciso: cuando ha encontrado un signo suficientemente claro y ha hecho las correspondientes consultas con quienes pueden aconsejarle, da el paso sin

vacilación y queda tranquilo, a la espera de un nuevo signo que le permita avanzar. Su preocupación es ser fiel a Dios.

Pero son aún los comienzos del itinerario lasaliano. Juan Bautista no ha descubierto lo que será su "vocación histórica" por la que hoy le conocemos. Hacia los 28 años comenzará a descubrirla. Sin embargo, perderíamos la perspectiva de su vocación concreta, de su carisma de Fundador, si no la situáramos en el contexto más amplio de su "vocación como proceso", como dimensión de vida. Más aún, si ésta no se hubiera dado en Juan Bautista anteriormente, no hubiera sido posible la otra. Esa "vocación como itinerario de vida abierta a Dios" podemos percibirla fácilmente en este primer tramo. Veamos su génesis:

La maduración vocacional

Constatamos, en primer lugar, una progresiva maduración vocacional, en la que va aprendiendo a no confundir su deseo con la voluntad de Dios.

– Su adolescencia está marcada por una sucesión lineal de pasos hacia la vocación sacerdotal: tonsura a los 11 años, canonjía a los 15, entrada en el seminario de San Sulpicio a los 19... De repente, todo se quiebra cuando en el espacio de nueve meses pierde a su padre y a su madre, y ha de convertirse, como primogénito, en tutor de sus hermanos (1672). ¿Será un signo en contra de su pretendida vocación sacerdotal?

A partir de esta quiebra aparente de su ideal vocacional, Juan Bta. de La Salle iniciará una práctica que mantendrá a lo largo de su vida: todas sus opciones personales las introducirá en *el interior de un diálogo con Dios*, en una oración marcada por *la búsqueda de la voluntad de Dios*.¹¹

– En esa búsqueda activa, disipa sus dudas, aconsejado por su amigo el Canónigo *Roland*, y continúa el camino hacia el sacerdocio, compaginando sus estudios y obligaciones de canónigo con la tutoría de sus hermanos.

– Más tarde, ya con 25 años (1676), pensando que Dios le llama a la pastoral parroquial, solicita cambiar el canonicato por una parroquia. Su arzobispo se lo niega. Comenta su biógrafo Maillefer: *"el señor de La Salle se retiró un poco mortificado por el fracaso de su gestión. Se contentó con ofrecer el sacrificio y ya no pensó más en cambiar de estado"*.

– **1678:** Ordenación sacerdotal. El mismo año muere su amigo y consejero, el Canónigo Roland, dejándole el cuidado de las *"Hermanas del Niño Jesús"* que él había fundado. Juan Bautista obtiene para ellas las Letras Patentes del Rey, y atiende a las Hermanas en funciones de capellán.

– **1679,** marzo: En una de sus visitas a las Hermanas del Niño Jesús, se encuentra con *Adrián Nyel*. viene a Reims con la intención de fundar escuelas para niños pobres, y le trae una carta de su tía Maillefer, solicitando su ayuda para encontrar los lugares, las personas y los medios apropiados para llevar a buen término la empresa de Adrián Nyel. Comienza entonces a interesarse por las escuelas, sólo por hacer un servicio que se le ha solicitado, sin pensar en ir a más. Pero la chispa ya había saltado, como confesará luego en su *"Memoria de los comienzos"*¹²:

¹¹ Cf CyL t. II, 35-36.

¹² Los textos de la Memoria de los Comienzos que hemos recogido a continuación en los recuadros, están tomados de Blain 1,166-169. Obsérvese la perspectiva histórica con que escribe Juan Bautista: ahora es capaz de ver algo que ayer tal vez no podía ver.

"Dos circunstancias motivaron mi interés por las escuelas de niños: el encuentro con el Sr. Nyel y la propuesta que me hizo esta dama (la Sra. de Maillefer). Antes no había pensado en ello lo más mínimo, y no porque no me lo hubieran propuesto. Varios amigos de Roland habían intentado sugerírmelo, pero nunca consiguió penetrar en mi cabeza ni tuve jamás la idea de ponerlo por obra..."

"De un compromiso a otro"

Juan Bautista apoya a Nyel en sus proyectos, y una tras otra comienzan a funcionar las primeras escuelas. En contacto con ellas se va formando una idea cada vez más elevada de la obra educativa. Descubre la penuria humana de aquellos maestros carentes de la mínima formación pedagógica y de una adecuada motivación vocacional; los apoya económicamente y los acompaña, pero siempre con la idea de que se trata de algo circunstancial:

"...Me había figurado que el cuidado que tomaba de las escuelas y de los maestros sería solamente una dirección exterior, que no me obligaba con respecto a ellos a otra cosa que a atender a su subsistencia y a tener cuidado de que desempeñasen su empleo con piedad y diligencia." (MC. Blain 1,167)

Pero Juan Bautista no es un hombre que se contente con medias tintas. No puede dejar las escuelas mientras no las vea fundamentadas y a la altura de sus objetivos apostólicos. Para que esto pueda conseguirse es preciso cuidar la formación de los maestros y su aplicación a la tarea escolar. Sin embargo, Nyel está más preocupado por poner en marcha nuevas escuelas que por la calidad de sus operarios. Juan Bautista piensa que sólo está supliendo a Nyel en esta dedicación a las personas de los maestros, y sigue dando pasos sin prever a dónde le van a conducir:

Navidad de **1679**: Alquila una casa para los maestros, cercana a la suya, con el fin de seguirlos de cerca. Les da un reglamento que ponga un poco de orden en su vida, sin el cual no podrán imponerlo en las escuelas...

– Pascua de **1680**: Visto que la anterior medida es insuficiente se decide a traerlos a comer a su casa. Lo cual le pone en situación de conocerlos más de cerca... *"No se adelantaba en tanto que no se veía como forzado por las circunstancias"* (MR 22), dice su biógrafo. Sus compromisos sucesivos proceden de su atención a la vida: cada nuevo paso le lleva a tomar conciencia de las nuevas necesidades, a las cuales acepta remediar.

– El mismo año (**1680**), Juan Bautista obtiene su Doctorado en Teología, en Reims. Consulta asiduamente al *Padre Barré*, que le impulsa a ir adelante con la obra, y a comprometerse más en ella. El P. Barré había fundado, en Rouen, unas religiosas para educar a las niñas pobres: las "Damas de San Mauro".

– **1681**, 24 de junio: Aloja en su casa a los siete maestros que entonces eran. La oposición de sus parientes es fortísima.

– **1682**, 24 de junio: Deja su casa y se va a vivir con los maestros a una casa de la Calle Nueva.

Ahora sí: ya se ha encarrilado en una nueva situación que ha cambiado radicalmente su vida. Sin embargo, se mantiene siempre alerta por si algún signo le hace ver que la voluntad de Dios es otra. Blain pone en sus labios una oración con ocasión de la renuncia a su patrimonio, que expresa perfectamente esta actitud. Alude a la duda de si "fundar" (dar base

económica) la obra de las escuelas con su propia fortuna, o dejar que sea la Providencia quien le dé "fundamento":

*"Dios mío, yo no sé si hay que fundar o si no hay que fundar:
no me toca a mí establecer comunidades ni el saber cómo hay que establecerlas.
Eso os toca a vos, así como el hacerlo en la forma que os plazca.
Yo no me atrevo a fundar, pues no sé cuál es vuestra voluntad.
No contribuiré, pues, en nada a la fundación de nuestras casas:
si las fundáis Vos, estarán bien fundadas;
si Vos no las fundáis, no serán fundadas.
Dadme a conocer, Señor, vuestra santa voluntad."* (Blain I,163).

Juan Bta. de La Salle vive su vocación como fidelidad a un proceso, a un itinerario en el que se manifiesta Dios: un Dios histórico que se va revelando al compás de la historia.

2. Un hombre de corazón abierto

Ciertamente, hay caminos que uno mismo se traza y que poco o nada tienen que ver con la voluntad de Dios. Es el caso del hombre que está "en búsqueda", pero que ha establecido previamente un tamiz selectivo, para "filtrar" las señales y aceptar sólo aquellas que de un modo u otro le halagan o, al menos, no interrumpen la dirección o estilo de vida que lleva.

Al contemplar a este hombre en búsqueda que es Juan Bautista, descubrimos en él un rasgo que asegura la veracidad de su búsqueda: se trata de su "apertura de corazón", su *talante de autenticidad*. Juan Bautista no tiene escudos protectores, no ha establecido filtros previos que eviten o modifiquen la recepción de mensajes o interpelaciones molestas. Y esto es lo que lo pone en situación de dejarse guiar por Dios.

No son precisamente las ideas, ni los conocimientos teológicos, ni algún libro sobre educación... quienes "conmueven" a Juan Bautista y orientan su búsqueda. Son los acontecimientos que ocurren en su vida, los que le interpelan:

En primer lugar, las personas

Es una constante en la vida de La Salle que resaltan todos sus biógrafos. Lo mismo grandes pecadores que herejes, o sacerdotes pobres que necesitan alojamiento, o ex-Hermanos necesitados... todos encuentran en La Salle un corazón abierto dispuesto a socorrerlos incluso antes de que se lo pidan. Es en una de estas aperturas donde lo espera Dios para comenzar el giro definitivo.

Primero será el encuentro con Nyel y la ayuda "ocasional" que le presta. Pero la apertura a Nyel le dispone a percibir y sentirse "herido" por las necesidades de los maestros. Y puesto que ve en sus manos el poner remedio a las mismas, no duda tampoco en hacerlo. A través de los maestros sufrirá las necesidades de los niños, de las escuelas, y ve cómo se van remediando a medida que mejoran los maestros. La expresión "sentirse herido" no es una simple imagen poética: Juan Bautista no experimenta la menor inclinación natural hacia esos maestros rudos, ni tampoco atracción alguna por sus humildes funciones. Si los socorre es a causa de su propia apertura de corazón: no puede pasar de largo ante ellos.

"...Si yo hubiese sabido que el cuidado de pura caridad que me imponía por los maestros de escuela me obligaría a vivir con ellos, lo habría abandonado: pues,

como naturalmente estimaba como inferiores a mi criado a aquellos que, sobre todo en los comienzos, necesitaba emplear en las escuelas, la sola idea de que hubiera necesitado vivir con ellos me habría resultado insoportable. En efecto, cuando empecé a llevarlos a mi casa sufrí muchísimo, cosa que duró dos años" (MC. Blain 1,169).

Pero esta situación real de los pobres que comienza a palpar, le hace caer en la cuenta de las raíces del mal: la inestabilidad de los maestros, la carencia de preparación profesional, la falta de espíritu evangélico en una función que, más tarde, La Salle calificará de "*ministerio eclesial*", pero asumida casi siempre sólo en su aspecto laboral, como medio de sustento.¹³

En segundo lugar, las interpelaciones

Juan Bautista es profeta "denunciado", "contestado" diríamos hoy. Pero acepta esta contestación como voz de Dios, que le hace tropezar para reconducirlo por un nuevo tramo del camino.

La "interpelación" más hiriente le llega cuando ya está viviendo con los maestros; ha dejado su casa y su familia, pero no es suficiente...

– **1683:** Los maestros sufren entonces una de las peores tentaciones: la angustia de la inseguridad frente al porvenir. Ellos, con Juan Bautista, están intentando formar una comunidad al servicio de las escuelas gratuitas; y padecen la dificultad del abandono económico. Si apenas pueden sostenerse ahora con lo justo para vivir, ¿qué será de ellos más tarde?

Juan Bautista, profeta, denuncia su falta de confianza en la Providencia: "*Hombres de poca fe, buscáis seguridad. ¿No la tenéis acaso en el Evangelio? La palabra de Jesucristo es póliza de seguro para vosotros, y no hay otra más sólida... ¿Por qué tal desconfianza?... Ved los lirios del campo... mirad los pájaros que vuelan por el aire... a ninguno les falta lo necesario. Dios provee sus necesidades...*" (Blain 1,187).

Pero estas palabras del Evangelio quedan todavía fuera de la experiencia de La Salle, y así se lo hacen ver los maestros. Su "contestación", animada por la confianza de vivir en comunidad con Juan Bautista y por la proximidad psicológica, va a ser una crítica que herirá sin compasión a Juan Bautista: "*Vd. habla muy cómodamente mientras no le falta de nada. Provisto de una buena canonjía y de un buen patrimonio, está asegurado y a cubierto de la indigencia. Si nuestro establecimiento fracasa, Vd. queda a salvo...*" (Blain 1,188).

La Salle se da cuenta entonces que hay dos lenguajes diferentes, porque pertenecen a dos mundos distintos, aunque estén viviendo juntos. Juan Bautista habla de verdades "a priori". Los maestros hablan de su propia experiencia, muy diferente a la de Juan Bautista.

Él les ha "lanzado" la Palabra. Pero ésta, de rebote vuelve a él y lo interpela, lo hiere en el mismo núcleo del profeta: *la fidelidad a la Palabra*. Se da cuenta de que lanzaba la Palabra desde arriba y desde fuera, y la fidelidad a ella le exige pronunciarla **en la encarnación**, desde dentro de esa situación de maestros pobres para anunciar el evangelio a los pobres.

¹³ AEP 35.

En tercer lugar, las inspiraciones

Desde una actitud de discernimiento como la que caracteriza a Juan Bautista, es posible captar la voz de Dios también en el interior de uno mismo. Los biógrafos dibujan a Juan Bautista tratando de oír esa voz, con mucha frecuencia, a través de *la oración, el retiro y la penitencia*. Estos son los medios que le hacen vulnerable a Dios. No se trata de una voz abstracta, aunque sea interior.

En la ocasión que acabamos de relatar, cuando fue interpelado por los maestros, La Salle busca una voz "clara" para saber lo que ha de hacer: ¿dejar la canonjía? El biógrafo Blain recoge el resultado de este discernimiento en diez puntos que pone en boca de La Salle, probablemente compuestos a partir de la propia Memoria de los Comienzos escrita por Juan Bautista. He aquí el último de esos puntos:

"Finalmente, puesto que ya no me siento inclinado hacia la vocación de canónigo, puedo inferir que ella me ha abandonado a mí antes de que yo deje tal estado; éste ya no es más para mí, y aunque entré en él por la puerta grande, me parece que hoy me la abre Dios para hacerme salir de él. La misma voz que me llamó entonces parece llamarme a otra parte. Llevo esta respuesta en el fondo de mi conciencia y la escucho cuando la consulto..." (Blain 1,192).

– **1683-84:** Renuncia a su canonjía y, con motivo de ese invierno, terriblemente riguroso, distribuye sus bienes a los pobres. Así es como llega al término de la opción decisiva a la que Dios le había guiado a través de un largo proceso.

3. Hombre y comunidad en éxodo

A estas alturas del itinerario lasaliano, ha habido un cambio sustancial: el hombre que estaba en búsqueda ha resultado, él mismo, buscado por Dios. Ha sido arrancado de entre los suyos: ha debido dejar su mundo, su familia, sus ocupaciones, su "nivel cultural", y, llevado por la mano de Dios y sus propios compromisos, ha visto unir sus pasos con los de estos pobres maestros, otro mundo tan diferente...

Anotemos los siguientes pasos:

- ▶ **1684:** Deciden el hábito, reglamento y nombre de "*Hermanos*".
- ▶ **1685:** Primer ensayo de un "Seminario de Maestros rurales". En esta época se hace la primera puesta a punto del contenido y de los métodos de enseñanza.
- ▶ **1686:** Primera Asamblea de los Hermanos. Primeros votos de obediencia: es un voto para asegurar la cohesión del grupo en función de la misión, y no un voto de "vida religiosa" (ésta, la están viviendo ya implícitamente, pero de momento no necesitan explicitarla en una consagración especial).

En esta asamblea, Juan Bautista logra que los Hermanos elijan un Superior de entre ellos. Pero el Arzobispo de Reims anula esa elección. La mentalidad clerical de la época no puede concebir que un grupo de laicos pueda ser dirigido por un laico, y mucho menos aún si en el grupo hay un sacerdote.

- ▶ **1688:** La Salle establece la primera escuela en París (San Sulpicio). Esta salida de Reims es la primera proyección del Instituto hacia la universalidad.

► **1689:** En la *"Memoria sobre el Hábito"*, La Salle describe sobriamente, pero con precisión, la "Comunidad de las Escuelas Cristianas". Es la primera expresión escrita de la identidad de la Comunidad, que quedará invariable desde entonces, en lo esencial, tanto en su finalidad como en el estilo de vida.

La nueva situación ya no es propiamente una búsqueda sino un "éxodo", con todas sus características¹⁴:

- Ante todo, Juan Bautista ya no está solo sino en un único camino de comunión con el de los maestros, que han elegido llamarse "Hermanos". Muy pronto esta experiencia de éxodo en comunidad podrán "codificarla" en una expresión que será parte de su consagración a Dios: *"juntos y por asociación"*.
- En cuanto "éxodo", la nueva comunidad tiene la experiencia de una salida real: abandonan un mundo que ya no es el suyo, abandonan una escala de valores, abandonan una manera de plantear la vida en función de la propia realización, para situarla en función del servicio a los más necesitados.
- Es salida "de", pero sobre todo es salida "hacia". Les espera otro mundo en el que han de encarnarse, el mundo de los pobres, el de los sin cultura, el de los marginados, el de los abandonados. Pero también, el mundo donde Dios realiza su obra de salvación, de la que ellos, la Comunidad, serán instrumentos, "ministros".

Es, por tanto, un *itinerario de éxodo y encarnación*, donde cobra fuerza y se hace concreto lo que Juan Bautista repetirá en sus escritos como el fin último de la Institución por él fundada: *"procurar la salvación a los hijos de los artesanos y de los pobres"*.

¹⁴ Cf AEP 39-40.

II. EL PROYECTO

Las tres "*finalidades mediadoras*" del Proyecto Lasaliano comienzan a adquirir su peculiar personalidad a partir del "*núcleo generador*" que hemos visto nacer en esta primera etapa del itinerario lasaliano.

1. *Un fundamento para el educador: El hombre interior o la experiencia de Dios*

¿Por dónde empezar la estructuración de ese primer pilar del proyecto lasaliano, que es el educador? Sin duda que por el fundamento, es decir, por edificar el hombre interior. Pero Juan Bautista llega a esta conclusión, no por mera lógica, sino, como tantas veces en su vida, por fuerza de la lectura crítica que sabe hacer de la realidad. Los acontecimientos son signos que lee y examina para obrar luego en consecuencia.

Los primeros pasos que Juan Bautista da en torno a los maestros, se dirigen a organizar el caos que comprueba en el grupo, causa de la ineficacia en sus funciones educativas. Les proporciona reglamentos, les sigue de cerca, incluso se va a vivir con ellos... Pero la mayoría le abandonan. Casi todos los primeros compañeros de Juan Bautista dejan la incipiente comunidad, hacia 1682. Blain dice que "*encontraban su libertad demasiado limitada*".

Juan Bautista lee estos hechos, este fracaso, a la luz del Evangelio, y comprueba que las estructuras, por indispensables que sean, no pueden suplir la falta de vocación y la adhesión interior a un proyecto evangélico.

Los nuevos jóvenes que pronto reemplazan a los primeros maestros llegan con otra madera, sobre todo con otras "raíces". Juan Bautista asume entonces como misión prioritaria suya, a la que dedicará su vida, la de hacer de ellos hombres nuevos, hombres interiores, *hombres de Espíritu*.

¿Cómo estructura La Salle el "fundamento" del primer pilar de su obra? ¿Qué medios da para poder asumir la "experiencia fundante" en que debe apoyarse el educador?

1.1 El primer medio: la oración.¹⁵

"Porque siendo ella el primer ejercicio de la vida interior, es también el primer medio para hacerse hombre interior" (Col.Trat. 13,21,1).

Este convencimiento, que ha sido hecho vida en Juan Bautista, lo transmite a los Hermanos con un punto de Regla que no deja lugar a dudas sobre el puesto primordial que concede a este ejercicio en la estructuración de la obra lasaliana:

"Los Hermanos de este Instituto deben amar mucho el santo ejercicio de la Oración, y deben considerarlo como el primero y principal de los ejercicios diarios, y el que mejor puede atraer la bendición de Dios sobre los demás" (Reglas 1718, 4,1).

¹⁵ Al emplear aquí la palabra "oración" nos referiremos normalmente a la oración mental o interior.

El horario de la comunidad prevé que se haga en común incluso la oración personal; es una muestra más del realismo de La Salle: el ministerio de la escuela impone un horario tan absorbente que sería difícil que cada uno, independientemente de los otros, pudiera dedicar a la oración un tiempo suficientemente amplio a diario. Aun así, contando con ese tiempo comunitario, la Regla no ahorra insistencia para asegurar que este ejercicio sea absolutamente prioritario: si no puede hacerse con todos, habrá que buscar otro tiempo:

"Serán exactos en hacerla todos los días, en el tiempo y por cuanto tiempo prescribe la Regla; y no se ausentarán de este ejercicio sin una necesidad urgente que no pueda diferirse. Si alguna vez se vieren obligados a ausentarse, pedirán al Hermano Director otro tiempo para hacerla en el mismo día, sin falta" (Reglas 1718, 4,1).

No basta con un reglamento que facilite el tiempo de oración; es necesario que ese tiempo pueda ser bien aprovechado, y para ello redacta La Salle, primero un método esquemático (hacia 1693-1694 circulaba ya entre los Hermanos), y más tarde la *"Explicación del Método de Oración"* (entre 1717 y 1718). Sin duda que ha sido y sigue siendo una referencia fundamental para la oración lasaliana.

Pero no hay que pensar que ese "trato de favor" esté al margen de la labor educativa. Por el contrario, La Salle subraya frecuentemente la relación entre oración y ministerio:

"Es obligación vuestra elevaros todos los días hasta Dios por la oración, para aprender de El cuanto debéis enseñar a los discípulos; y descender, luego, a ellos, acomodándoos a su capacidad, para hacerlos partícipes de lo que os haya Dios comunicado respecto a ellos, tanto en la oración como en los Libros santos..." (MR 198,1).

"La obligación en que os veis de contar con gracias, no sólo para vosotros, sino también para los demás, y la de daros trazas para mover los corazones, os debe instar a aplicaros de modo especialísimo a la oración, ejercicio que Dios os ha deparado para hacerlos partícipes de sus dones." (MF 129,2).

"Tened por seguro que cuanto más os apliquéis a orar, mejor desempeñaréis vuestro empleo..." (MF 95,1)

La oración se presenta también como el medio esencial de llegar a vivir la Palabra y la Presencia de Dios: son ellas las que introducen en la experiencia fundante del espíritu de fe, el encuentro con Dios. Lo veremos en la tercera parte de este primer núcleo.

1.2 Un marco para la interioridad: el retiro.

En esta estructuración del "hombre interior" que se propone La Salle, es necesario referirnos al marco en el que se sitúa la oración y donde se produce la experiencia de Dios: el retiro.

No se trata de ninguna novedad. El desierto es el lugar bíblico por excelencia para la experiencia y el encuentro con Dios (*"Le llevaré al desierto, le hablaré al corazón"* Os 2,16). Y es desde esta perspectiva bíblica como hay que entender la insistencia lasaliana sobre "el retiro". No es una "huida", sino una ambientación, una preparación para el apostolado y una condición para experimentar a Dios. En ese marco, que para el Hermano no es otro sino la comunidad, podrá entregarse a la oración.

Un simple "muestreo" de las meditaciones de La Salle pone en la pista del sentido y la importancia que La Salle da al retiro en cuanto estructura para fortalecer el hombre interior:

El retiro, no sólo no se contradice con la labor educativa, sino que es preparación para ella, para encontrar su sentido profundo, para lograr mayor fruto en el ministerio:

"Vosotros no podréis capacitaros para trabajar con fruto en el empleo sino por el retiro y la oración" (MF 161,1).

"Vosotros necesitáis vivir en el retiro para aprender en él la ciencia de la salvación, que debéis enseñar a los otros: ése es el fruto que del retiro debéis sacar. Es necesario que os apliquéis en él a hablar de Dios..." (MF 135,1).

El retiro, en cuanto ambiente y actitud personal, es necesario para adquirir el espíritu del cristianismo y poder infundirlo a otros (marco de la "experiencia fundante"):

"La ocupación a que os dedicáis vosotros durante el día no os impide vivir en el retiro... Os ayudará mucho a adquirir la perfección de vuestro estado y a infundir la piedad en vuestros discípulos. Pero, si no os aficionáis al retiro, y si os aplicáis poco a la oración, careceréis de la unción que necesitáis para inspirar el espíritu del cristianismo" (MF 126,3).

El retiro es el ámbito que permite conocerse a sí mismo, perfeccionarse interiormente, aplicarse al estudio, orar,... y todo ello en vistas a cumplir adecuadamente con el ministerio:

"Debéis amar el retiro para trabajar eficazmente en él por vuestra perfección; pero tenéis que dejarlo cuando Dios os llame para que os dediquéis a salvar las almas que os tiene confiadas; y tan pronto como deje Dios de solicitaros a ello, transcurrido ya el tiempo que el empleo os exige, retiraos de nuevo a vuestra soledad" (MF 97,3).

1.3 Un camino en el quehacer diario: vivir en la presencia de Dios.

Pero la experiencia de Dios no se produce sólo en la oración, en la soledad, en el retiro. Como resaltaremos en la siguiente etapa, Juan Bautista vive su existencia "en unidad", y así pretende que la vivan sus discípulos. A Dios se le ha de encontrar y experimentar también en el quehacer ordinario, en las ocupaciones "*propias de su empleo*".

A ello se orientan ciertas prácticas externas:

- ▶ "*Todos se arrodillarán para adorar a Dios presente en todos los sitios de la casa, al entrar o al salir...*" (Reglas 1718, 4,13).
- ▶ El recuerdo, en público, de la presencia de Dios, incluso en las actividades escolares, como prescribe la Guía de las Escuelas.
- ▶ El examen frecuente (Col.Trat. 14,8,1-2), a fin de aplicarse lo más posible a hacer la voluntad de Dios en todo momento.

Sin embargo, no se trata de "santificar" el trabajo a base de ponerlo en referencia a Dios o de hacer presente a Dios en ese lugar: el trabajo es santo si es voluntad de Dios. Más bien se trata de recordarse a sí mismo que "*lo que estoy haciendo es voluntad de Dios, y por tanto he de hacerlo a conciencia*". Como el recuerdo que el esposo tiene para la esposa mientras está trabajando, y ello, no sólo le anima a realizar mejor su trabajo, sino que le ayuda a actualizar y hacer más hondo su amor. Así le escribe a un Hermano:

"Entre con frecuencia dentro de sí para renovar y vigorizar el recuerdo de la presencia de Dios. Cuanto más procure conservarlo, mayor facilidad hallará para obrar bien y cumplir debidamente sus obligaciones." Carta nº 1, 28-enero-1711).

El problema es que haya o no haya amor. Y esto es lo que a La Salle más le preocupa. Por eso, la estructuración que proporciona para hacer crecer el hombre interior en el educador lasaliano a lo largo de la jornada, no es tanto de prácticas externas, sino sobre todo de sugerencias para crear el dinamismo interno que permita esa necesaria experiencia de Dios.

"Trate de adquirir la mayor aplicación interior que le sea posible, porque sólo ella será capaz de santificar sus acciones." (Carta nº 10, 30-mayo-1701).

Así han de entenderse los medios que La Salle sugiere en el capítulo de la Regla sobre *"el espíritu de este Instituto"*. Para que sea este espíritu quien aliente nuestro obrar y nos lleve a hacerlo según la voluntad de Dios, La Salle propone *un camino ascético de perfección que conduce a la experiencia mística del espíritu de fe*:

1º. La primera pista para el camino se refiere a *los sentidos*. Hay que empezar por lo más externo. Propone *"observar gran recato de los sentidos"*, con este criterio de actuación: *"no queriendo servirse de ellos sino conforme a las órdenes y voluntad de Dios"* (RC 2,5).

2º. La segunda pista se refiere a *las motivaciones últimas* de nuestro obrar. Para ser consciente de ellas es preciso *"vigilar de continuo sobre sí mismos"*, y proponerse como criterio que oriente el porqué de nuestras acciones, cuidar de *"hacerlas todas guiadas por Dios, movidos de su Espíritu, y con intención de agradarle"* (RC 2,6).

3º. La tercera pista en este camino de perfección apunta *al corazón y la mente*, y se plantea como un reto: estar *"lo más atentos que puedan a la santa presencia de Dios..."*. En realidad, está proponiendo el nexo de unión entre lo que hacemos y el origen de ello que es Dios mismo. Por eso, la atención a la presencia de Dios no pretende el olvido de mis responsabilidades; no equivale a dejar de lado mis ocupaciones para dedicarme a Dios, sino a encontrar a Dios en lo que estoy haciendo y referirlo a El: *"bien persuadidos de que no han de pensar sino en El y en lo que les ordena, es decir, en lo concerniente a su deber y empleo"* (RC 2,7).

4º. En este camino ascético hay que contar también con *los enemigos exteriores*: todo aquello que tiende a apartarnos de lo que es voluntad de Dios. Y La Salle invita a no dejarse distraer por ellos: *"Alejarán de su mente todas las ideas y pensamientos vanos que pudieran distraerlos de las sobredichas aplicaciones, muy importantes para ellos, y sin las cuales no pueden adquirir el espíritu de su Instituto"* (RC 2,8).

No es difícil ver que lo que La Salle está proponiendo, en el fondo, es un *talante de vida* definido por dos actitudes básicas:

- ✧ *Liberación interior* (o *"desasimiento de las criaturas"*, del que La Salle gusta hablar): es un proceso de éxodo en el que la persona se sitúa para estar más disponible ante Dios y su voluntad.
- ✧ *Discernimiento espiritual*, o actitud de atención y docilidad a los impulsos del Espíritu.

2. La comunidad lasaliana: *Signo del Reino entre la juventud pobre*

2.1 Conciencia de su finalidad.

"El fin de este Instituto es dar cristiana educación a los niños; y con este objeto tiene las escuelas..." (RC,1,3).

Tal como declara este artículo de las primeras Reglas Comunes de la Comunidad Lasaliana, es evidente que el Fundador y la Comunidad distinguen entre lo que es su finalidad, su razón de ser -"*dar cristiana educación a los niños*"-, y la estructura principal que permite lograr dicha finalidad -"*las escuelas*"-.

De hecho, La Salle permanece abierto a otro tipo de estructuras educativas que la escuela tradicional: escuelas dominicales para jóvenes trabajadores, correccional para niños "*difíciles*", incluso una prisión para jóvenes "*libertinos de profesión*"; y sobre todo, se empeña obstinadamente en establecer en Reims y luego en París un "*Seminario de maestros de escuela para el campo*", precedente de las Escuelas Normales o de Magisterio.

La Salle y su Comunidad han optado por un tipo de destinatarios, y todas las estructuras y los cambios que se efectúan en ellas se realizan en función de aquellos destinatarios. La Comunidad no se ordena a perpetuarse a sí misma, sino a ser fiel a su misión, a servir a los destinatarios para los que ha nacido. Si se reconoce "*de grandísima necesidad*" es por ellos, "*porque estando los artesanos y los pobres ordinariamente poco instruidos, y ocupados todo el día en ganar su sustento y el de sus hijos, no pueden darles por sí mismos las instrucciones que necesitan, y una educación honrada y cristiana*". "*Procurar esta ventaja a los hijos de los artesanos y de los pobres, tal ha sido el motivo por el cual se han instituido las Escuelas Cristianas.*" (RC 1,4-5).

Parece una preocupación especial del Fundador el procurar que los Hermanos no queden prendidos en la materialidad de las estructuras escolares, y que entiendan que éstas son tan solo el medio de llegar a la finalidad. A lo largo de las 208 meditaciones se lo recuerda con mucha frecuencia. Las expresiones que más se repiten -diversas formulaciones de una misma finalidad- son éstas: "*procurar la salvación de las almas de sus alumnos*", "*acabar con el pecado*", "*conseguir que lleven vida cristiana*", "*educarlos según el espíritu del cristianismo*", "*procurar su santificación*", "*revestirlos de Jesucristo y de su espíritu*", "*infundirles el espíritu del cristianismo*",... Pero cada una de estas expresiones no es referida a la infancia o juventud "en general", sino a los niños concretos que el Hermano tiene bajo su cuidado. Es en la escuela, con "estos niños", con quienes hay que conseguir la finalidad de su vocación.

El educador cristiano, después de experimentarse él mismo formando parte de la historia de la Salvación, no sólo como destinatario sino como protagonista, como instrumento de la salvación de Dios para con sus alumnos, ayuda a éstos a integrarse en esa misma salvación.

2.2 Comunidad "*de las Escuelas Cristianas*".

Desde la "*Memoria sobre el Hábito*" (redactada por La Salle en las navidades de 1689 para defenderse de las interferencias del Sr. Baudrand, párroco de San Sulpicio) aparece con claridad el nombre:

"Esta Comunidad se llama ordinariamente la Comunidad de las Escuelas Cristianas, y en la actualidad no se halla establecida ni fundada más que en la Providencia. Se vive en ella según reglas, en dependencia para todo, sin nada propio y en completa uniformidad" (n.2).

Se la nombra por su finalidad: Es una Comunidad en función de la Escuela Cristiana. Ha surgido desde la experiencia, como respuesta a una necesidad: para formar maestros consagrados con desinterés a la educación de los pobres.

Esta era la situación histórica que nos permite apreciar la importancia de su denominación:

"En la Francia del siglo XVII, los hombres de Iglesia controlaban prácticamente todas las escuelas. Así, estas escuelas podían llamarse "cristianas". Pero de hecho, se las conocía con el nombre de "petites écoles" (pequeñas escuelas), escuelas parroquiales, escuelas de caridad. Ya más especializadas, había también las llamadas "escuelas de la doctrina cristiana" en donde sólo se enseñaba el catecismo.

'Cuando quisieron caracterizar las escuelas de las que se hacían cargo, De La Salle y sus Hermanos prefirieron siempre hablar de las "escuelas cristianas". Y tanto es así, que ya muy pronto estas palabras designaron sin equívoco sus escuelas entre todas las otras. Más de una vez, sin duda, gente de fuera, incluso prelados de alto rango escribirán "de la doctrina cristiana" e incluso "escuelas de la doctrina cristiana". Los Hermanos nunca aceptarán esta forma de expresión.

'Estas escuelas serán gratuitas: y, sin embargo, no serán tampoco escuelas de caridad, porque éstas sólo podían admitir los hijos de las familias pobres con exclusión de cualesquiera otras; tampoco serán escuelas parroquiales en donde la gratuidad sólo valía en favor de los pobres y en donde los ricos debían pagar...

'Serán escuelas "cristianas" desde el principio, abiertas a todos y gratuitas para todos, ricos y pobres. Lo serán, sobre todo, por una enseñanza, una organización, una pedagogía que tenía por objeto hacer que los niños que las frecuentaban vivieran "como verdaderos discípulos de Jesucristo".¹⁶

Antes de la comunidad lasaliana había habido la Compañía de Jesús, la Congregación de Jesús y María, y otras semejantes... A su alrededor, ven fundarse las Hnas de la Providencia, las Hnas de Ntra. Señora, las Hnas. del Smo. Niño Jesús, los Hnos. de San Carlos... Sin embargo, La Salle, que transmite a sus discípulos determinadas devociones y patronazgos, no quiere que sean éstos quienes les definan, sino su misión de educadores cristianos, y más exactamente, el campo privilegiado en que dicha misión se ejerce: *la Escuela Cristiana.*

2.3 Comunidad que educa al educador.

La comunidad lasaliana se estructura *para dar fuerza a la misión.* La Salle había comprobado cómo los maestros de las escuelas de caridad carecían de la preparación más indispensable, de la disponibilidad y la estabilidad mínimas que su profesión requería. Una vez captadas estas necesidades, su carisma le lleva a trabajar eficazmente para resolverlas. Y así organiza la comunidad, para lograr el tipo deseado de educador. No es posible entender la estructuración de esta comunidad sin referirla al ministerio que es su razón de ser.

Esta vinculación entre comunidad y ministerio educativo es lo que explica la radical decisión del Fundador y los primeros Hermanos, de mantener el laicado para todos los

¹⁶ Hno. Maurice Hermans, en "Lasalliana" 01-A-05.

miembros de la comunidad, sin excepción alguna: *"Los ejercicios de la comunidad y el empleo escolar exigen un hombre entero y verdadero"*, dirá La Salle en la Memoria sobre el Hábito (n.10). No cabe pensar en un rechazo o menosprecio de las funciones sacerdotales. Es, simplemente, la valoración positiva -signo profético ante la Iglesia- del ministerio del educador cristiano en sí mismo, sin necesidad de otras funciones ministeriales, y del que La Salle dirá sin reparos que es *"una de las funciones más importantes y necesarias en la Iglesia"* (MR 199,1).

La Regla original no deja duda sobre la centralidad de la misión educativa -concretada en la obra escolar- en la vida y la identidad de la comunidad lasaliana. Desde el primer capítulo se deja claro que esa es su finalidad, la que justifica la existencia del Instituto; pero luego varios capítulos se encargan de precisar la manera de conducirse en la escuelas.

Observemos que esta descripción de las funciones escolares se encuentra, y en puesto de honor, en un libro espiritual que define la vida consagrada y comunitaria de los Hermanos, como son las *"Reglas Comunes"*. Es decir: en la obra escolar es donde realiza el Hermano su vida espiritual. Más aún: cuando La Salle redacta las Reglas tiene muy en cuenta las Reglas monacales, p.ej. la de San Benito, de las que toma diversos elementos; pues bien, lo que en la Regla benedictina es el *"Oficio Divino"*, la razón de ser del monje y al que San Benito llama *"la Obra de Dios"*, se convierte, en la Regla lasaliana, en *el trabajo escolar*; la escuela es el lugar donde el Hermano lleva a cabo *"la Obra de Dios"*.¹⁷

La Comunidad se organiza fuertemente hacia dentro, regulando hasta los menores detalles de la vida profesional, de las relaciones interpersonales, de la forma de vestir, de la vida espiritual, de las recreaciones, de la relación con las personas extrañas a la Comunidad, de los viajes,... (véanse los distintos capítulos dedicados a estos apartados en las Reglas Comunes de 1718). No se deja apenas nada a la iniciativa personal. Mirado con ojos del siglo XX nos parecería de una rigidez insoportable.

Pero diferenciamos la estructura de la finalidad. La estructura utiliza unos moldes culturales del siglo XVII en la sociedad francesa, no transportables a nuestra cultura de hoy. Veamos lo que pretende aquella estructura:

- formar al maestro, dándole una fisonomía interna, unas virtudes que le predispongan y favorezcan para el ministerio abnegado que ha de ejercer en la escuela;
- facilitarle la permanencia en su misión, cosa nada fácil en la época;
- distinguirlo, tanto de los seculares como de los eclesiásticos (identidad propia);
- crear conciencia de grupo, de comunidad con vida propia, de "asociación-para-una-misión".

Y hay que decir que aquella estructura logró sus objetivos. La Comunidad ha sido fiel a la finalidad.

El peligro es que tales estructuras se sacralicen, queden intocables -sin advertir que en sí no garantizan automáticamente el logro de los objetivos mencionados- y se trasladen, tal cual, a otros moldes culturales de lugar y de tiempo. Hay que reconocer que así ha sucedido en la historia del Instituto, en perjuicio de la propia finalidad.

Pero hoy es más importante tener en cuenta lo siguiente: cuando la comunidad educativa lasaliana ya no está formada sólo por Hermanos, sino también por seculares, y en mayor número que aquéllos, forzosamente hay que repensar y recrear las estructuras que permitan a la comunidad seguir "educando al educador" -la comunidad educativa en unos niveles, la comunidad de fe en otros-, y garantizar de esta forma el proyecto lasaliano.

¹⁷ Cf Maurice Auguste, *Pour une meilleure lecture de nos Règles communes*, en CL nº 5, 346.

3. Una escuela "a la medida" de los pobres

Al comienzo de la Regla original del Instituto Lasaliano se lee lo siguiente:

"El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas es una sociedad en la cual se hace profesión de dar escuela gratuitamente" (RC-1718, 1,1).

Se define, pues, la obra en función de tener las escuelas gratuitas.

Resaltemos, ante todo, la estructura básica de la obra lasaliana: *la escuela*. Para 1690 está ya definida en sus líneas principales; encontramos éstas precisadas en la *"Memoria sobre el Hábito"* y en las Reglas Comunes.

Tres características se consideran sustanciales desde el principio, para que esta escuela pueda estar *"a la medida de los pobres"*:

3.1 Escuela gratuita.

"Los Hermanos darán clase gratuitamente en todas partes, y esto es esencial a su Instituto" (RC 7,1), es el principio tajantemente afirmado en las Reglas desde su primera redacción, y recordado con mucha frecuencia por el Fundador en sus escritos. También lo afirma la *"Memoria sobre el Hábito"* (n.3), en 1690.

Lo absoluto de esta exigencia se explica sin duda por la historia de los conflictos prolongados y, a veces, violentos que La Salle y sus Hermanos debieron soportar por defender la gratuidad efectiva de sus escuelas. Era la condición real para que la escuela estuviera efectivamente al alcance de los pobres.

Nos interesa captar el sentido profundo de esta estructura tan importante en la historia del Instituto, para tratar de lograr su actualización¹⁸:

✧ La primera faceta de la gratuidad, la más manifiesta y con permanente actualidad, es el lograr que la Escuela Cristiana esté al alcance de todos, pero especialmente de los más pobres, sin que éstos se vean discriminados o señalados con el dedo. Las exigencias materiales de este compromiso serán con frecuencia difíciles, pero el Fundador es reiterativo en pedir que se mantengan. La expresión *"hasta vernos obligados a pedir limosna y vivir de solo pan"*, que se incluirá en las primeras fórmulas de consagración, expresa la actitud decidida de la Comunidad en hacer de los pobres los primeros destinatarios efectivos de su misión.

✧ El segundo aspecto profundiza su significado: la gratuidad escolar es *el signo del amor gratuito de Dios* para con el educador y, a través de su ministerio, para con sus discípulos. Al principio de las Meditaciones para el Retiro, el Fundador ilumina el principio de la gratuidad de dos maneras: los Hermanos enseñan gratuitamente porque su ministerio constituye un don gratuito de la bondad de Dios; enseñan gratuitamente con el fin de que, por este ministerio, el amor gratuito de Dios pueda alcanzar a los niños pobres que les están confiados (ver MR 194,1).

En la penúltima meditación les recuerda que esta gratuidad material de su enseñanza no constituye sino el afloramiento de una actitud interior más amplia: la del *desinterés absoluto*: *"Decid con alegría, como el Apóstol, que el mayor motivo de vuestro gozo radica en predicar gratuitamente el Evangelio, sin que nada cueste a quienes lo escuchan"* (MR. 207,2).

¹⁸ Cf. AEP 202-216.

El desinterés constituye una actitud educativa esencial. Por definición, el educador vive orientado hacia aquellos que están a su cargo; pretende y busca promover su crecimiento. La Salle lo recuerda, sea a propósito de detalles concretos de la práctica educativa -la corrección, p.ej., no ha de servir para descargar el malhumor del maestro; no tiene sentido sino en cuanto es medicina para el alumno (cfr. MR 204)-, sea a propósito de la preocupación por la salvación personal -que debe estar de algún modo subordinada al cuidado de la salvación de los alumnos (cfr. MR 205,2)-.

Una pregunta queda pendiente a propósito del tema de la gratuidad: cómo conciliar ésta con las necesidades materiales del educador, y más concretamente del educador seglar con sus obligaciones familiares y sociales? La respuesta requiere una adecuada comprensión de ese término, hoy, sin disminuir para nada su significación:

✧ En primer lugar, la gratuidad en el educador es una actitud que le lleva a no condicionar su disponibilidad hacia los destinatarios de su misión por lo que recibe de ellos, sino por lo que ellos necesitan.

✧ En segundo lugar, esa actitud no está reñida con la exigencia de la adecuada remuneración laboral e incluso con las reivindicaciones oportunas a los organismos sociales competentes. Es más: para que la actitud de la gratuidad pueda ser efectiva en la práctica y se beneficien de ella los alumnos que más lo necesitan, es necesario que los órganos de poder y todos los que tienen alguna responsabilidad se empeñen en lograr una remuneración justa para todos los educadores. En el fondo, esta responsabilidad es la misma que ejercía el propio La Salle cuando procedía a la fundación de una escuela: exigía que los organismos que la patrocinaban -parroquias, municipios,...- asegurasen la renta adecuada para el sostenimiento de los maestros. Sólo así podía garantizar el principio de la gratuidad que tanto inculcaba a los Hermanos: no recibir nada de los alumnos ni de sus padres, para posibilitar la asistencia de todos, especialmente de los más pobres.

Naturalmente, las necesidades económicas del profesorado de la Escuela Cristiana cuando estaba formado sólo por célibes, no pueden ser las que corresponden a la realidad actual, pero eso no cambia en absoluto el sentido y la justificación del principio de la gratuidad.

3.2 Escuela útil:

"Dése trazas para que esas escuelas funcionen lo mejor posible. Yo pondré de mi parte cuanto pueda para contribuir a ello" (Carta 75,8).

Es notoria la preocupación de La Salle porque las escuelas "*funcionen*", "*vayan bien*". Sus cartas abundan en observaciones del estilo de la anterior o más precisas, sobre el número de alumnos, los procedimientos desacertados que podrían alejarlos, las causas concretas del absentismo escolar y de los medios para remediarlo, el progreso de los escolares, el evitar la pérdida de tiempo...

Varios capítulos de las Reglas Comunes, y sobre todo el libro hecho "en equipo" por la Comunidad de los Hermanos, conjuntamente con Juan Bautista, la "Guía de las Escuelas", se dedican a programar minuciosamente hasta los menores aspectos de la vida escolar, para que la escuela "*vaya bien*". En el fondo, ese buen funcionamiento de la escuela está orientado a que la escuela sea *útil, prepare para la vida*. Con esta preocupación, la Salle rompe con muchas tradiciones pedagógicas que le parecen inadecuadas, aunque ello le ocasiona disgustos por parte de los defensores a ultranza de los usos tradicionales.

Buscando que la escuela sea *eficaz*, La Salle contribuye a difundir el método simultáneo en la escuela elemental; promueve al mismo tiempo una indispensable individualización en la enseñanza adaptándose al ritmo de progreso de cada alumno; abandona la rutina común entonces de comenzar por la lengua latina el aprendizaje de la lectura; simplifica las reglas de escritura para facilitar su iniciación; trata de que la escuela se adapte a la realidad en que se inserta; comienza la enseñanza profesional, haciéndose pionero de la misma.

La escuela es útil porque está centrada en la persona del alumno, en su preparación para la vida. Pero profundizaremos en esta característica más tarde (en relación con el tercer núcleo generador).

3.3 Educación integral:

La "*Escuela Cristiana*" fundada por La Salle quiere educar al cristiano, sí, pero al cristiano "entero". Quiere darle una educación integral, y no reducida a los "aspectos religiosos". Así se lo dice a los Hermanos en la meditación para la fiesta de San Luis, Rey de Francia:

"En vuestro empleo debéis juntar el celo por el bien de la Iglesia con el del Estado, al cual vuestros discípulos comienzan a pertenecer, y del que un día serán totalmente sus miembros: procuraréis el bien de la Iglesia haciéndoles cristianos verdaderos y dóciles a las verdades de la fe y a las máximas del santo Evangelio; procuraréis el bien del Estado enseñándoles a leer y a escribir y todo lo que es del ministerio en lo que concierne al exterior; pero hay que juntar la piedad con el exterior, sin lo cual vuestro trabajo sería poco útil" (MF 160,3).

Al mismo tiempo, señala con claridad la finalidad o dirección de esta obra educadora, dentro de la unidad:

"No basta que los niños permanezcan en una escuela durante la mayor parte del día y en ella estén ocupados; es necesario que los que les han sido dados para instruirlos se dediquen particularmente a educarlos en el espíritu del cristianismo..." (MR.194,2).

"El Hermano no es sólo catequista en ambiente escolar ni maestro metido a catequista: el único fin último de la escuela exige -y asegura- la unidad profunda de este maestro-catequista, sin que por ello se desestime o desvalore el fin propio inmediato de la escuela. ... Aunque orienta lo profano a lo religioso -y declara sin equívoco posible que la finalidad de la escuela cristiana es apostólica, que esta escuela tiende a la construcción del Reino de Dios-reconoce, con todo, la realidad y el valor de la ciudad terrena; quiere tan sólo subrayar que la edificación de esta ciudad no constituye el fin último, sino que ha de orientarse a la construcción del Reino de Dios".¹⁹

Enseñanza "profana" y "educación de la fe" -con palabras de hoy- es indispensable que vayan a la par, según J.B. de la Salle. Ni escuela sin catecismo, ni catecismo sin escuela. Esa es la posición de La Salle respecto de los Hermanos, tal como se la manifiesta al Hno. Gabriel Drolin, que tiene el encargo de abrir una escuela en Roma; cuando, al comienzo, sólo ha podido colocarse en una parroquia en la que imparte el Catecismo, le escribe La Salle: "*Si donde Vd. da el Catecismo pudiera hacer la escuela, sería mejor*" (Carta de octubre de 1704).

Algunos meses después, el Hno. Gabriel logra tener una escuela, pero el uso establecido le obliga a dar el catecismo en la parroquia. El Fundador manifiesta claramente

¹⁹ CyL, t. II, 248 y 251.

su posición: *"En relación con el catecismo, me parece conveniente y de consecuencias que Vd. lo haga en su escuela. ¿Estará prohibido a un maestro de escuela dar catecismo a sus escolares en su escuela? No me gusta que nuestros Hermanos den el catecismo en la iglesia; sin embargo, si está prohibido hacerlo en su escuela, mejor hacerlo en la iglesia que no hacerlo"* (Carta del 28 agosto 1705).

La escuela de La Salle se estructura de forma que *"estando los niños por mañana y tarde bajo la dirección de los maestros, puedan éstos enseñarles a vivir bien, instruyéndolos en los misterios de nuestra santa Religión, inspirándoles las máximas cristianas, y darles así la educación que les conviene"* (RC 1,3).

III. EL ESPÍRITU

1. "El espíritu de este Instituto"

Ya hemos citado el prólogo que Juan Bta. de La Salle añadió al capítulo de la Regla sobre "el espíritu del Instituto" hacia 1718, a punto de terminar su vida: "*Lo más importante, y a lo que debe atenderse con mayor cuidado en una Comunidad, es que todos los que la componen tengan el espíritu que le es peculiar...*" La Salle ha palpado lo poco que valen las estructuras cuando las personas no están animadas del espíritu correspondiente. "*El espíritu de este Instituto -dice en el mismo capítulo- es el espíritu de fe*". Sin este espíritu, todo lo demás no tiene sentido, es letra muerta, estructuras sin contenido.

1.1 La fuerza del Espíritu.

El Evangelio de San Lucas (4,16-21) nos presenta el comienzo del apostolado de Jesús con un texto de Isaías que Jesús lee ante sus paisanos de Nazaret y lo hace suyo:

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque El me ha ungido y me ha enviado a anunciar la Buena Noticia a los pobres..."

El Espíritu y la Misión quedan en este texto íntimamente relacionados: es la fuerza del Espíritu quien dispone a Jesús para la Misión: "ungido" y "enviado".

Como Jesús, cada uno de los que le siguen es "marcado por el Espíritu" en el Bautismo y la Confirmación; no es una marca que conserva y protege, sino una fuerza que empuja, que da vida al ungido, y a otros a través del ungido. Y ahí se desarrolla el "*carisma*", el don recibido del Espíritu para el servicio de la comunidad.

Cuando La Salle dice que *el espíritu de este Instituto es el espíritu de fe y celo*, está hablando de esa fuerza producida por el Espíritu Santo -el "*Espíritu de Dios*", el "*Espíritu de Jesucristo*", como así lo nombra en diferentes ocasiones- el cual "*nos pone en condiciones de no vivir ni obrar en adelante sino movidos de su impulso*" (MD 43,1).

Es una fuerza que impregna toda la persona, y no sólo aspectos parciales: "*Porque este espíritu es el que debe animar **todas** sus obras y ser el móvil de **toda** su conducta*" (RC 2,1).

Vivir el espíritu de fe significa *fundamentar* nuestro ser, nuestra vida, nuestra identidad, sobre la relación personal con Dios suscitada en nosotros por su Espíritu: "*El espíritu de fe es cierta participación del espíritu de Dios que mora en nosotros...*" (Carta 105). Y esta fuerza nos lleva a hacerlo todo "*guiados por Dios, movidos de su espíritu y con intención de agradecerle*" (RC 2,6).

Esa única fuerza que procede del Espíritu se manifiesta en un doble sentido, que La Salle expresa como "*fe y celo*": es la vida de Dios que nos llena y se desborda luego para comunicarse a otros:

"El empleo que vosotros ejercéis os pone en la obligación de mover los corazones; no podréis conseguirlo sino por el Espíritu de Dios. Pedidle que os conceda en este día la misma gracia que otorgó a los santos Apóstoles y que, después de llenaros de su Espíritu para vuestra santificación, os lo comunique también para promover la salvación de los otros" (MD 43,3).

La Salle da las razones que le han motivado para señalar el "espíritu de fe" como el espíritu de su Instituto, y quizá llame la atención el comprobar que entre tales razones no se encuentra la de que "es lo propio de personas consagradas":

✧ La primera razón se refiere a la identidad cristiana:

"La fe debe servir de luz y guía a todos los cristianos, para conducirlos y dirigirlos en el camino de la salvación; por lo cual dice San Pablo: 'El justo', esto es, el verdadero cristiano, 'vive de la fe', porque se guía y obra en todo por miras y motivos de fe" (Col. Trat. 11,1,1).

✧ La segunda razón se deduce de la misión que tienen encomendada:

"Por lo cual, importa sobremanera que los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que tienen por fin de su Instituto educar en el espíritu del cristianismo a los niños encomendados a su solicitud, y procurar inculcárselo, estén tan penetrados y tan llenos del espíritu de fe, que consideren los sentimientos y máximas de fe como regla de sus obras y de toda su conducta, y el espíritu de fe como el espíritu de su Instituto" (Col. Trat. 11,1,1).

Al hablar de la finalidad de la escuela cristiana La Salle empleará estos mismos términos en referencia a los discípulos: *"educarlos según el espíritu del cristianismo"* (MR 194,2), *"revestirlos de Jesucristo y de su espíritu"* (MF 189,1)...

No podemos pasar por alto la equivalencia tan manifiesta en La Salle: *"espíritu de fe", "espíritu del cristianismo", "espíritu de Jesucristo"*... se repiten estas expresiones en sus escritos, sin que, con frecuencia, se pueda diferenciar su significado. Lo cual nos revela otra característica de la espiritualidad lasaliana: *el cristocentrismo*. Volveremos sobre ello al comentar el segundo dinamismo.

No es poco mérito en el Fundador el haber sabido asentar la espiritualidad de su Instituto sobre lo nuclear del cristianismo: el alimentarla, no de devociones particulares por legítimas que puedan ser, sino de los grandes acontecimientos de la historia de la salvación, los mismos que, en cuanto educadores cristianos, hemos de transmitir a los destinatarios de nuestra misión.

1.2 Los efectos del espíritu de fe.

Ante todo, el espíritu de fe introduce a la persona en un proceso global de conversión, al poner toda su vida a la luz y bajo el impulso de la fe. La fe convierte sin cesar la mirada, permitiendo reconocer en el mundo, en la historia y en el hombre la acción salvadora de Dios. Convierte la intención, ordenando toda la actividad al cumplimiento de la obra de salvación. Y convierte el corazón, disponiéndolo siempre más al abandono confiado en *"el proceder"* de Dios.²⁰

Decimos que es un proceso: La Salle habla desde la experiencia de un itinerario recorrido paso a paso, *"de compromiso en compromiso"*, guiado por Dios, y lo que está proponiendo es también un itinerario de fe, no una situación invariable, por perfecta que sea. La manera como propone *"adquirir este espíritu"* da a entender claramente que habla de un proceso; algunas expresiones lo revelan de modo inequívoco: *"cuiden ante todo de conservarlo y aumentarlo en sí mismos"; "atenderán siempre a las órdenes y voluntad de Dios,... por las cuales procurarán conducirse y regularse"; "se aplicarán a observar gran recato de los sentidos"; procurarán vigilar de continuo sobre sí mismos... en cuanto les sea posible; "estarán atentos cuanto puedan..."* (RC-1718, cap.2).

²⁰ AEP 94

Sobre el fondo de este proceso, La Salle enumera tres efectos del espíritu de fe: "No mirar nada sino con los ojos de la fe, no hacer nada sino con la mira en Dios, y atribuirlo todo a Dios" (id. 2,2).

1º Mirarlo todo con los ojos de la fe:

El primer efecto proviene de considerar la fe como un principio dinámico para interpretar la realidad de forma positiva; es la fe como mirada "sacramental", que profundiza la realidad; esta mirada nueva, dice La Salle, es un don del Espíritu Santo que ilumina el corazón del hombre y "les da a conocer todas las cosas, mostrándoselas como son, no sólo en su apariencia, sino en sí mismas, y según se conocen cuando se las penetra con los ojos de la fe" (MF 44,1).

La Salle invita a los Hermanos a proyectar esta visión de fe sobre la realidad que les toca vivir, la de los niños que llegan a sus escuelas, y cuya pobreza e ignorancia es tan sólo la apariencia:

"Reconoced a Jesucristo bajo los pobres harapos de los niños que instruíis; adoradle en ellos; amad la pobreza y honrad a los pobres... Muévaos la fe a hacerlo con amor y celo, puesto que ellos son los miembros de Jesucristo" (MF 96,3).

Lejos de sugerir una "evasión" de la realidad, esta mirada de fe nos devuelve al mundo diario: con la mirada del Dios de los pobres se mira a la juventud pobre y abandonada. Y porque estamos seguros de que Dios actúa entre los hombres nos sentimos comprometidos en la historia y en el mundo, al constatar la distancia entre el querer de Dios y la realidad de opresión que sufren los pobres.

2º Obrar con la mira puesta sólo en Dios:

El segundo efecto presenta la fe como principio dinámico de acción²¹. "De qué poco serviría -dice La Salle citando a Santiago (2,17-25)- haber sido iluminado con las luces de la fe, no viviendo en conformidad con el espíritu del cristianismo ni observando las máximas del Evangelio; el fin principal de la fe es practicar aquello que se cree" (MF 175,2).

"Brille vuestra fe particularmente en las obras, que no debéis ejecutar sino por espíritu de fe, como a ello estáis obligados, en consonancia con el espíritu de vuestro Instituto" (MF 147,3).

Es, por tanto, en el compromiso activo con los hombres donde ha de manifestarse la relación interior con Dios, tal como se expresará sobre todo en el fruto del espíritu de fe, el celo.

Y desde este efecto de la fe es natural llegar a la identificación que La Salle hace entre "obrar por la gloria de Dios" y "comprometerse en llevar adelante la obra de las escuelas", como queda patente en la fórmula de consagración de los Hermanos.

3º Atribuir todo a Dios:

El tercer efecto del espíritu de fe nos introduce en una *visión global de la historia de la salvación* desde la perspectiva del Misterio Pascual de Cristo²². Dios conduce la historia hasta su plena realización en Cristo, en quien ha de "reconciliar en él y por él todas las cosas" (Col 1,20). En esta visión cristiana, que une cruz y resurrección, nada se escapa al designio divino; todo tiene sentido, sin necesidad de recurrir a un fácil providencialismo: "Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (Rom 2,28).

²¹ Cf AEP 104-114.

²² Cf AEP 114-119.

Es justamente el cristocentrismo al que antes aludíamos el que da consistencia a este tercer efecto -tan radical- del espíritu de fe.

1.3 El fruto de la fe: el celo.

En la Regla original escribe el Fundador:

"En segundo lugar, el espíritu de su Instituto consiste en el Celo ardiente de instruir a los niños y educarlos en el santo temor de Dios..." (RC 2,9)²³.

Entre la fe y el celo hay la misma relación que entre la raíz y el fruto. Así hay que entender el *único espíritu* de la Comunidad Lasaliana. No son dos elementos en paralelo, ni mucho menos un "doble espíritu". El celo es la manifestación de la fe; el árbol de la Comunidad Lasaliana está enraizada en la fe y fructifica en el celo; sin raíces, se seca; sin frutos, es estéril. Y cuanto más urgida se ve a dar frutos, tanto más ahonda sus raíces para buscar la savia que le permita fructificar.

Pero "celo" no equivale, sin más, a "acción", afirma La Salle: *"Cuando, en los ministerios apostólicos, no se sabe unir el celo a la acción, produce escasos frutos todo cuanto se emprende en bien del prójimo"* (MF, 114.2). Celo es el fruto que lleva la savia de la raíz. Por eso, no es equiparable "mucho o poco celo" con "mucho o poca actividad", ni con "grandes o pequeñas acciones". En la mentalidad de La Salle, celo es, para los Hermanos, su actitud espiritual interior, inspiradora de su comportamiento educativo.

"Celo" es un término que pertenece al lenguaje tradicional religioso y, más exactamente, bíblico. Significa ardor, pasión, entusiasmo... por una causa en la que se cree con firmeza. *"Estar celoso"* es estar apasionado, es amar lo que se hace y hacerlo lo mejor posible, es entregarse sin cálculos.

La Biblia nos habla de un Dios lleno de celo por el hombre, comprometido con el hombre en una Alianza que El mismo se ha adelantado a ofrecer. La Salle pone como referencia, para que lo imitemos, el celo de Dios:

"Debéis en esto imitar, de algún modo, a Dios: Dios se encariñó tanto con las almas por El creadas que, viéndolas sumidas en el pecado, e incapaces de redimirse por sí mismas, se vio como constreñido, por el celo y el ansia de su salvación, a enviar a su propio Hijo para rescatarlas de estado tan lamentable..." (MR 201.3).

El espíritu de fe es la causa de que el Hermano tome parte conscientemente en la Historia de Salvación, en la que Dios *conduce y elige* a los hombres. Por la fe el Hermano se reconoce ministro de Dios al educar a los niños y jóvenes. Y esa fe transformada en celo le impulsa a desempeñar su ministerio como *"obra de Dios"*, con todo el ardor. La Salle insiste en ello en las dos principales meditaciones sobre el celo (201 y 202):

"Es Dios el que os ha constituido a vosotros en vuestro empleo"... "Pero al llamaros para tan santo ministerio, os exige Dios que lo desempeñéis con celo ardiente por la salvación de los niños, pues esa es obra de Dios, y Dios maldice al que ejecuta su obra con negligencia... Poned, pues, de manifiesto en todo vuestro proceder con los niños confiados a vuestra custodia, que os consideráis como ministros de Dios, desempeñando el oficio con caridad y celo sincero y verdadero... El celo que ha de animaros

²³ Y en la Regla actual leemos: *"El espíritu de fe se hace patente en los Hermanos por el celo ardiente hacia aquellos que les han sido confiados..." (R 7).*

debe ponerlos en tales disposiciones, considerando que es Dios quien os ha llamado, os destina a ejercerlo y os manda a trabajar en su viña. Desempeñadlo, pues, con todo el afecto del corazón y como quien trabaja sólo para El" (MR 201,1).

Como lo hizo al hablar del espíritu de fe, La Salle subraya esa dimensión relacional, interpersonal, al hablar del celo, entre el Hermano y Dios, a través de los niños. Es un celo "encarnado", afectuoso y lleno de cariño. Algunas expresiones austeras de La Salle pudieran llevar a la errónea impresión de que hay que amar a Dios pasando por la "inevitable" relación con las criaturas. Pero La Salle no propone, respecto de los alumnos, una "fría relación inevitable", sino una "afectuosa relación sacramental"; es decir, amándoles a ellos, el Hermano sabe, por la fe, que está amando a Dios, y la fe le da fuerzas para amar más, si cabe, a sus alumnos: "*Muévaos la fe a hacerlo con amor y celo...*" (MF 96,3).

Incluso en la Regla, en medio de un conjunto de normas y reglamentaciones sobre la forma de conducirse en las escuelas respecto de sus alumnos, los Hermanos se encuentran con esta indicación: "*Amarán tiernamente a todos sus alumnos...*" (RC 7,13). Y en la meditación sobre San Francisco de Sales llega a proponer como referencia la ternura de la madre:

"Si usáis con ellos (los alumnos) firmeza de padre para sacarlos y alejarlos del desorden, debéis sentir también por ellos ternura de madre, para acogerlos, y procurarles todo el bien que esté en vuestra mano" (MF 101,3).

"El celo es conciencia de una responsabilidad ante Dios respecto de los niños; es seguridad de la posibilidad de colaborar en la obra de Dios contribuyendo a la salvación de estos niños; el celo es confianza radical, a pesar, muchas veces, de las apariencias, en la capacidad de crecimiento que procede de su vocación humana y de su dignidad de hijos de Dios".²⁴

Esa actitud existencial que es el celo, da unidad y sentido a la vida del educador lasaliano: hace transparente -"sacramental"- la monótona y a veces cargante actividad con sus alumnos, al ponerla en relación con Dios, al integrarla en la Historia de Salvación, tal como La Salle propone en sus Meditaciones sobre el ministerio de la escuela. Al mismo tiempo es fuente de luz y energía para la acción, permitiendo al Hermano hacer más fructífera su labor, más creativa su respuesta a las necesidades de sus alumnos.

Más aún, su propia vida personal, el esfuerzo que realiza por su propia santificación, queda unido por el aglutinante del celo a su ministerio, el cual se convierte en único fin de toda su actividad:

"No basta que seáis vosotros discípulos verdaderos de Jesucristo; estáis también obligados a procurar que le conozcan y adoren los niños que educáis. A este fin ha de tender el empeño que pongáis en vuestra propia perfección" (MF 182,3).

Su propia salvación pasa a depender de la salvación de sus discípulos:

"Vosotros os habéis comprometido a responder ante Dios por aquellos que instruís; y, al tomar a vuestro cargo el cuidado de sus almas, le habéis ofrecido en cierto modo alma por alma... ¿Ponéis tanto cuidado en su salvación como en la propia vuestra?" (MF 137,3).

²⁴ AEP 227.

Si la fe fructifica en el celo queda claro que el Hermano no se relaciona con Dios "a pesar" del trato con sus alumnos, sino precisamente en ese trato. El ministerio que ha recibido de Dios enmarca toda su vida: *"No hagáis diferencia entre los deberes propios de vuestro estado y el negocio de vuestra salvación y perfección"* (Col. Trat. 16,1,4).

2. Ministros de la Palabra de Dios

"Para adquirir este espíritu y vivir de él...": Tras dejar bien claro cuál ha de ser el espíritu que debe animarnos, el Fundador explicita a continuación los *dos ejes* que hacen posible este dinamismo interno: *la Palabra de Dios y el "sentimiento de fe"*. Observemos, ante todo, que son los mismos ejes que La Salle propondrá como necesarios para animar la oración.

2.1 La Palabra, nuestro alimento.

El primer eje viene a ser como el alimento que nos mantiene en camino. La Palabra de Dios hay que *"devorarla"*, *"rumiarla"*, llevarla en el corazón. Ella nos va haciendo formar parte, de una manera cada vez más plena y consciente, de la Historia de la Salvación. No tiene nada de extraño que sea lo primero que La Salle nos propone:

"Para adquirir este espíritu y vivir de él: 1º los Hermanos de esta sociedad tendrán profundísimo respeto a la Sagrada Escritura; y, para manifestarlo, llevarán siempre consigo el Nuevo Testamento, y no pasarán ningún día sin leer algo en él, por sentimiento de fe, de respeto y de veneración a las divinas palabras que contiene, considerándolo como su primera y principal Regla" (RC 2,3).

La dimensión bíblica de la espiritualidad lasaliana llama poderosamente la atención a cualquier espectador extraño que se asome a ella. Sin embargo, nada tiene que ver con una devoción fundamentalista a la Escritura Sagrada; está directamente ligada a la misión que el Hermano ha recibido, y así lo recuerda el Fundador de manera insistente en sus escritos: *"Dios... ha iluminado los corazones de quienes El eligió para anunciar su palabra a los niños..."* (MR 193,1). Su ministerio lo es para anunciar el Evangelio, *"la palabra de la reconciliación"* (MR 193,3). *"Honrad el ministerio haciéndoos, como dice san Pablo, ministros idóneos del Nuevo Testamento"* (MR 199,3).

La Palabra le revela el significado de su itinerario. A la luz de la Palabra interpreta La Salle la vocación, la misión, la labor de los Hermanos y de los educadores cristianos. Por ella les ayuda a tomar conciencia de su participación en la Historia de Salvación. Las Meditaciones para el Tiempo del Retiro tienen esta primera intención.

Al igual que para todo verdadero cristiano, la *regla principal* del Hermano es el Evangelio, pero la motivación principal a la que alude La Salle, no será la propia perfección personal, sino *la coherencia* con la misión recibida de anunciarlo: *"Si queréis henchiros vosotros del espíritu de Dios, y de todo punto capacitaros para el empleo, centrad el estudio en los Libros sagrados de la Escritura, particularmente en el N.T., a fin de que sea norma de conducta, tanto para vosotros como para aquellos que instruíis"* (MF 170,1).

Tratemos de encontrar -de forma ordenada, aunque breve- el alcance de esta dimensión bíblica de nuestra espiritualidad.

2.2 Nuestra cultura bíblica.

Para empezar, podemos afirmar sin lugar a dudas que el lenguaje bíblico es *un rasgo significativo y esencial* en nuestra cultura lasaliana. Es a todas luces evidente en los escritos

del Fundador, el cual se expresa frecuentemente con citas bíblicas, no explícitas en gran parte de los casos, hilvanándolas libremente en su propio discurso. Como era de esperar, el mayor número de las referencias se las llevan los Evangelios y san Pablo: san Pablo es la fuente primordial del pensamiento de La Salle en lo que respecta a su núcleo central: *el ministerio de la Palabra de Dios*²⁵.

La Salle comunica a los Hermanos esta familiaridad con la Palabra bíblica. Como ya hemos recordado, era práctica de Regla el *"llevar siempre consigo el N.T."*, y *"no pasar ningún día sin leer algo en él"*. Aconseja hacer la oración apoyándose siempre *en algún pasaje de la Sagrada Escritura*. Más aún, propone que, durante el día, se traiga con frecuencia a la mente *"algún pasaje de la Sda. Escritura que nos ayude y mueva a realizar bien la obra emprendida..."*

Para facilitar este "riego bíblico", a continuación de la explicación del espíritu de fe en la Col. de Trat., ofrece el Fundador a los Hermanos, con el título de *"Pasajes sacados de la S.E. que pueden ayudar a los Hermanos a ejecutar sus acciones por Espíritu de Fe"*, una lista de 78 pasajes bíblicos, relacionados con las diversas acciones del día. Es una lista simplemente iniciada, a modo de ejemplo para que cada uno la continúe. Lo que La Salle pretende, en el fondo, es que cada uno se familiarice de tal modo con las Escrituras que pueda encontrar en cada momento el alimento que necesita, la expresión de la voluntad de Dios.

Véase, como detalle bien representativo del "marco bíblico" de la espiritualidad lasaliana, este finísimo "toque de mística" que La Salle da a los Hermanos en la Colección, entre los *"Medios que conviene adopten los Hermanos para ejecutar sus obras con perfección"*:

"Apenas os despertéis, poned vuestro espíritu en Dios, y, al primer toque de campana, imaginaos que el mismo Jesucristo os dirige estas palabras: 'Despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo' (Ef 5,14); o esas otras del Cantar de los Cantares: 'Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía' (Cant 2,10). Corresponde a estas palabras, y decid de lo íntimo del corazón: 'Me levantaré y buscaré al amado de mi alma' (Cant 3,2)" (Col.Trat. 14,2,1).

Tras esta observación externa, que valoramos positivamente, conviene advertir que es fácil caer en el error de confundir la *dimensión bíblica de la espiritualidad lasaliana* con el uso frecuente y material de la palabra escrita en la Biblia. Una vez más, habremos de recordar aquel proverbio oriental: *"Cuando el sabio señala a la luna, el necio mira al dedo"*. ¿No será *el dedo* lo que acabamos de observar? Y ¿dónde está *la luna*?

2.3 Las claves están en la vida.

Nada mejor que fijarnos en la vida del Fundador, en su *itinerario espiritual*, para encontrar las claves que revelan el sentido de la dimensión bíblica. Resaltemos las siguientes:

1ª. *La Salle descubre su vida como Historia de la Salvación*, en la que Dios se hace presente como protagonista.

Recordemos aquel texto, tomado de la "Memoria de los Comienzos" -*"Dios, que guía todas las cosas con sabiduría y suavidad y no suele forzar la inclinación de los hombres..."*- escrito por La Salle para reflejar su propio itinerario vital: no presenta ninguna cita bíblica. Sin embargo, está cargado de densidad bíblica: el Dios de la Historia de la Salvación, el que

²⁵ CyL, t.II, 128ss.

llama y envía, el que conduce a los hombres y respeta al mismo tiempo la libertad de éstos,... el Dios bíblico está aquí reflejado, haciendo de la vida de La Salle una historia de salvación para él mismo y para tantos otros que se beneficiarían de "las escuelas"...

Esta es la primera clave: La Salle lee su propia vida como "historia de salvación". En ella encuentra la Palabra de Dios, que le guía de compromiso en compromiso.

2ª. *La Salle se descubre inserto en la obra salvadora de Dios, continuándola como instrumento suyo.*

"Miraré siempre el trabajo por mi salvación y el establecimiento y guía de nuestra Comunidad como la obra de Dios: (...) y le diré a menudo estas palabras del profeta Habacuc: Domine, opus tuum." (RI 8).

"Debo considerarme como un instrumento inútil a no ser en manos del operario..." (RI 9).

Es otro texto autobiográfico, esta vez de las *"Reglas que me he impuesto"*. La única frase bíblica citada en todo el documento es la que aquí se ha resaltado. Pero, una vez más, los ecos bíblicos resuenan en todo él: la referencia al Dios creador, que continúa su Obra en la historia a través de los hombres, que dialoga con ellos comunicándoles su voluntad,... Dios hace su obra a través de La Salle, y éste se siente *instrumento* que ha de ser fiel y al mismo tiempo responsable, y para ello debe estar atento a conocer la voluntad de Dios.

Este impulso vital que surge en La Salle como *el eje* sobre el que gira su proyecto de vida -*"Señor, tu obra"*-, es la segunda clave que nos permite comprender el sentido bíblico de la espiritualidad lasaliana. Podríamos calificarla con estos términos: conciencia ministerial.

3ª. *La Salle descubre el Misterio Salvador de Cristo cumpliéndose ya en su vida y en la de los maestros con los que se asocia, incluso antes de ser conscientes de ello. Son "palabra de Dios" para aquellos a quienes son enviados.*

La tercera clave viene a ser una lectura más profunda de la clave anterior. Cuando La Salle se plantea el paso definitivo a vivir con los maestros, a renunciar a sus bienes y a su canonjía, lo que le empuja, en último término, a dar el paso, no es algún texto bíblico que él desee cumplir con perfección, sino el haberse hecho consciente de que, en la existencia de aquellos maestros dedicados a los niños pobres, se estaba cumpliendo ya el Misterio de Salvación que Cristo había encarnado; que ese Misterio de Salvación, lo mismo en Cristo que en los maestros, implica la *dependencia total* de la voluntad de Dios, pues es *su Obra*, y es El quien le da fundamento; y Juan Bautista, que ya está participando en el misterio salvador de Cristo porque está en comunión con estos maestros, debe llevar su participación hasta las últimas consecuencias...

2.4 Entrar en el dinamismo de la Palabra.

Historia de la Salvación, Obra creadora de Dios a través de los hombres, Misterio Salvador de Cristo: Estas tres claves nos están indicando que, más allá de una *cultura* bíblica, lo que se nos propone es un *dinamismo* en el que hay que entrar, y que va transformando nuestra vida. Podríamos esquematizar fácilmente este dinamismo, desde los escritos de La Salle en confrontación con su propia vida, en cinco pasos que se van sucediendo en espiral, apoyándose unos en otros para tener consistencia:

1^{er} paso, al que siempre hay que volver: familiarizarse con la Palabra de Dios, la palabra escrita. En ella me educo para escuchar a Dios. La Palabra escrita es el marco, el ambiente en el que sitúo mi vida. Este ambiente me permite escuchar la Palabra concreta de

Dios a mi persona, a través de los acontecimientos (hechos, relaciones,...) que forman mi historia.

Hay que decidirse por una lectura asidua de la Escritura. Y no sólo la simple lectura; ésta ha de tener como complemento indispensable el estudio que nos permita leerla comprensivamente, que nos lleve a la *"perfecta posesión de la Escritura"* (MF 116,2).

"De ese sagrado Libro (Evangelio) debéis sacar las verdades con que instruir todos los días a los discípulos, para infundirles por su medio el auténtico espíritu del cristianismo. A ese fin, alimentad diariamente vuestra alma con las santas máximas que contiene Libro tan misterioso, y hacéoslas familiares meditándolas con frecuencia." (MF 159,1).

2º paso: *Interiorizarla.* El conocimiento adquirido en el paso anterior nos ofrecerá materiales preciosos para su progresiva interiorización, y tendrá como consecuencia inmediata la frecuente ocupación de la mente en la *"rumia"* de la Palabra:

"Repasad a menudo en vuestra mente, y procurar grabar en vuestro corazón, lo que más os haya impresionado de vuestras lecturas." (Col.Trat. 14,7,3).

El momento culminante en esa interiorización se encuentra en la Meditación y Oración. La lectura de la Biblia no constituye fin en sí, sino que es medio que nos encamina a la oración, a la intimidad habitual con Dios:

"Persuadíos de que comprenderéis mejor el Evangelio meditándolo, que aprendiéndolo de memoria" (MF 170,2).

En este segundo paso, nuestra vida espiritual adquiere un carácter dialogal. La Escritura nos hace tomar conciencia de la realidad personal de Dios y también del hombre. Cuanto más personal sea la relación entre Dios y el hombre, más auténtica será la vida espiritual que une al hombre con Dios.

La vida espiritual cristiana no puede partir del mero conocimiento o idea de Dios como ser personal. Irrumpe en nosotros por el hecho de que Dios se nos ha manifestado como Persona; en cuanto nos ha hablado y su Palabra se ha hecho carne entre nosotros, y nosotros respondemos con la fe a esta Palabra que se nos ha dado. Así se cierra el circuito de este diálogo en que Dios nos ha tomado la delantera. Dios deja de ser "algo" para nosotros y se convierte en "alguien".

3º paso: *Lectura crítica de mi vida y de la realidad* en que estoy inmerso, a la luz de la Palabra; y, mejor, de la Palabra "contrastada" en el grupo, en la comunidad.

La recomendación que La Salle hace a los Hermanos en la redacción última de la Regla, cap. II: en cuanto a considerar el Nuevo Testamento *"como su primera y principal Regla"*, pretende situarlos en un proceso de "radicalidad", una actitud de búsqueda de la raíz de la vida, que forzosamente está en Dios, y El nos lo ha expresado con su Palabra. Esta radicalidad no es obra humana, no es voluntarismo, sino un don del Espíritu Santo que hay que pedir en la oración:

"Sólo el Espíritu de Dios puede darnos su inteligencia y movernos eficazmente a practicarlas, porque están totalmente por encima del alcance del espíritu humano. En efecto, a menos que el Espíritu de Dios no nos las enseñe por sí mismo, no podremos comprender que: 'los pobres son bienaventurados' (Mt 5,3); que hay que 'amar a los que nos odian' (Mt 5,44); que 'tenemos que regocijarnos cuando nos calumnien y digan toda suerte de mal contra nosotros' (Mt 5,11); que 'debemos devolver bien por

mal' (Mt 5,44), y buen número de otras verdades diametralmente opuestas a lo que la naturaleza nos sugiere" (MD 44,2).

4º paso: *Lectura de mi vida como "Historia de Salvación".* Buscar los signos, los "gestos", las "palabras" de Dios, con los cuales El se quiere hacer presente en mi vida. A ello se dirige aquella propuesta de la Regla: *"Animarán todas sus acciones con sentimientos de fe", y "Estarán lo más atentos que puedan a la santa Presencia de Dios"* (Reglas 1718, 2,4.7).

Se trata de una nueva perspectiva de la vida, o bien de una mirada en profundidad a las cosas, por pequeñas que sean; es revestir de significado cada una de nuestras acciones, porque ya todo es parte de la Historia de la Salvación.

La Palabra de Dios nos hace descubrir el Misterio que está presente en el mundo: nos sitúa en el contexto de los "sacramentos de la vida", Dios filtrándose por entre los agujeros de la materia...

Así expresa La Salle esta idea en la meditación del lunes que sigue a Pentecostés:

"...Dice Jesucristo a sus Apóstoles en otro lugar del Evangelio que, 'cuando viniere' el Espíritu Santo, que El llama 'Espíritu de Verdad, les enseñará toda verdad'; pues les dará a conocer todas las cosas, mostrándoselas como son, no sólo en su apariencia, sino en sí mismas, y según se conocen cuando se las penetra con los ojos de la fe.

¿Os servís de esa luz para discernir unas de otras las cosas visibles, y para distinguir en ellas lo verdadero de lo falso, lo aparente de lo sólido? Si procedéis como discípulos de Jesucristo y como iluminados por el Espíritu de Dios, ésa ha de ser la luz que únicamente os guíe" (MD 44,1).

5º paso: *Encontrarme a mí mismo como Palabra de Dios para los jóvenes:*

"...Persuadidos de que la verdad de Jesucristo habla por vuestra boca, que sólo en su nombre les enseñáis, que es El quien os da autoridad sobre ellos, y que ellos mismos son 'la carta por El dictada, que escribís vosotros todos los días en sus corazones, no con tinta, sino con el espíritu del Dios vivo', que obra en vosotros y por vosotros, mediante la virtud de Jesucristo" (MR 195,2).

La Salle plantea este atrevido paralelismo -al mismo tiempo, tan exigente para la persona del ministro- sin ningún reparo. Después de citar los términos en que Jesucristo dice que *"sus palabras son espíritu y vida"* (Jn 6,64), lo aplica al educador cristiano:

"Tal ha de ser también el intento que os propongáis vosotros al instruir a los discípulos: conseguir que lleven vida cristiana, y que vuestras palabras sean espíritu y vida para ellos:

- primeramente, porque las producirá el Espíritu de Dios que habita en vosotros;

- en segundo lugar, porque procurarán a los niños el espíritu cristiano..." (MR 196,3).

3. Vivir en la Presencia de Dios

El segundo eje necesario para activar el dinamismo de la fe (como el de la oración), es el *"sentimiento de fe"*: expresión muy lasaliana y muy rica en contenido; para intentar

desentrañar éste, digamos para empezar que no se trata de algo "sentimental", sino de algo que brota muy de dentro de la persona, y tiene mucho que ver con el "querer" en su doble acepción: el "querer" de la voluntad y el "querer" del amor. La voluntad y el amor de la persona se dirigen hacia Dios y se apoyan totalmente en Él: eso es el "sentimiento de fe".

Este segundo eje se refiere, pues, explícitamente, a la disposición interna con que debe hacerse el camino: supone, a la vez, un esfuerzo de la voluntad y un abandono confiado en las manos de Dios, pues estamos haciendo su obra:

"Para adquirir este espíritu y vivir de él:... 2º los Hermanos de esta sociedad animarán todas sus obras con sentimientos de fe; y al hacerlas atenderán siempre a las órdenes y voluntad de Dios, las que adorarán en todas las cosas, y por las cuales procurarán conducirse y regularse". (RC 2,4)

Veamos ahora cómo este eje va tomando forma en nuestra vida:

3.1 Una actitud radical.

"Acordémonos de que estamos en la santa Presencia de Dios": Es una fórmula que pertenece a nuestra "cultura doméstica" lasaliana. Pero tiene profundas raíces en la historia de los creyentes y buscadores de Dios. Por lo menos llegan hasta Abraham: *"Camina en mi presencia con lealtad"* (Gn 17,1). Sus raíces también se expanden por toda la vida de Juan Bta. de La Salle. Lo que él escribirá de santa Teresa es, en realidad, su propia experiencia:

"Así como lo hallaba todo en Dios, tenía la suerte de encontrar a Dios en todas partes: en cualquiera situación o lugar donde estuviese, Dios era quien la guiaba... Eso la ayudaba a hacerlo todo con la mira puesta en El" (MF 177, 3).

Obsérvese que, lo que está en el trasfondo, no es una imagen estática de Dios, ni una divinidad en la que uno se sumerge perdiendo su propio yo. Al contrario, es un Dios personal, activo, metido en la historia, un Dios que *guía* a la persona si ésta lo acepta.

Esta referencia vital a la presencia de Dios es una actitud radical, una muestra de radicalismo evangélico, que no se contenta con medias tintas. La Salle insistirá una y otra vez en esa actitud que debe sustentar cada una de nuestras acciones:

"Hacedlo todo como quien está delante de Dios, es de Dios y no tiene que agradar más que a Dios" (MD 45,3). "...Guiados por Dios, movidos de su Espíritu y con intención de agradarle" (RC 2,6)

No se limita, por tanto, al mero recuerdo ocasional o casi anecdótico.

"Vivir en la presencia de Dios" consiste, según lo entiende La Salle, en un dinamismo interno por el que el hombre presta atención a Dios, lo descubre en el mundo, en las personas, en las cosas y en su propia vida, intenta hallar su voluntad, y obra conforme a ella.

La presencia de Dios da unidad a nuestra vida, pues toda ella se sitúa en ambiente sagrado. El ambiente no se hace sagrado porque se vaya sembrando de gestos de santiguarse, de estampas o cruces, sino por su dependencia del "querer" de Dios.

En sentido figurado podemos decir que esta actitud es como el corazón del *"espíritu de fe"*: el "andar en la presencia de Dios" nos dispone para una "aceptación afectiva" de su voluntad, nos hace estar abiertos y disponibles al querer de Dios.

En todos sus escritos, La Salle recuerda e insiste con frecuencia sobre la atención a la presencia de Dios. Hay que aplicarse a la presencia de Dios, dice, *"porque es el alma y el soporte de la vida interior; porque los ejercicios espirituales tienen muy poco vigor si no los anima la presencia de Dios"* (Col.Trat. 13,19,2-3). La Regla invita a los Hermanos a prestarle atención *"tanto como les sea posible"* y *"a renovarla de tiempo en tiempo"*, puesto que *"no deben pensar sino en El y en lo que les ordena, es decir, en lo referente a su deber y empleo"* (RC 2,7).

3.2 De la vida a la oración.

La Salle escribe un método para enseñar a orar. Pero él entiende que *"la principal ocupación del alma en la oración verdaderamente interior es llenarse de Dios y unirse interiormente a El"*. En consecuencia, casi la mitad del método lo dedica a desarrollar el *"ejercicio de la presencia de Dios"*, del que dice *"que no debe ser poco el tiempo que a él se consagre, porque ella es precisamente lo que más contribuye a infundir el espíritu de oración y la aplicación interior que se necesita; sino que por el contrario, debe uno procurar que la mente se ocupe en este ejercicio todo el tiempo posible y no aplicarla a otra cosa, hasta que no pueda ya hallar medio de fijar su atención en él"*. Sin duda, es lo más característico del método lasaliano.

Sin embargo, no es posible entender ni asumir este estilo de oración si no se capta la fuente de donde procede: la vida. Hay todo un itinerario *"caminando en la presencia de Dios"*, que está detrás de este método. Y sólo desde una vida que se abre a la presencia de Dios, que la discierne en las situaciones de cada día, que la percibe en su historia y se deja conducir por ella,... sólo desde esa vida tiene pleno sentido este ejercicio orante de la presencia de Dios.

"Ponerse en presencia de Dios" es, antes que un ejercicio, un itinerario, un camino, un cambio de lugar. La Salle nos invita a orar *"desde el fondo del alma"*: es el lugar al que he sido conducido por Dios, si es que me he dejado conducir por El en mi vida. Es el lugar de la transparencia, de la raíz del ser, de la apertura a Dios y a su proyecto sobre mí. Como a Juan Bautista de La Salle, Dios nos conduce a cada uno, de experiencia en experiencia, *de compromiso en compromiso*, hacia *"un lugar radical"*. No encontraremos la presencia de Dios si antes no hemos hecho ese recorrido hacia donde Dios conduce. Lo mismo que Juan Bautista de La Salle hemos de llegar a experimentar y asumir en nuestra vida que la pregunta clave para un cristiano no es *"¿dónde puedo encontrar a Dios?"*, sino *"¿dónde quiere Dios encontrarme a mí?"*

En la *Explicación del Método de Oración* La Salle no nos habla de "buscar" la presencia de Dios, sino de *"aplicarnos"* a su presencia: Dios ya está presente, Dios nos conduce, Dios es el que nos busca a nosotros, antes que nosotros a El. Esa ha sido la experiencia personal de La Salle. Por eso, nuestra actitud ha de ser, antes que nada, pura y simplemente de fe. Es la actitud evangélica por excelencia, la que permitía acercarse a Cristo, obtener su salvación.

La Salle presenta en su método seis formas de ver a Dios presente, *considerando a Dios presente en el lugar en que uno está, en nosotros mismos, en la iglesia*. No son formas excluyentes; él mismo insistirá en sus Meditaciones sobre la presencia de Cristo en los pobres, en nuestros alumnos... Pero aquí piensa en el hombre que está "retirado para orar".

En cada una de esas formas de "presencia de Dios" el vehículo o fundamento es el mismo: la Escritura, la Palabra de Dios, lo cual es ya un *principio dialogal*, relacional, personalizante. Y siempre, la misma motivación para ponerse en su presencia: "*por un sentimiento de fe*". Es como decir: ante Dios tenemos que presentarnos desnudos, con lo más esencial de nosotros mismos, con la raíz de nuestro ser, nuestro amor y nuestra voluntad.

A través de esas formas de ponerse en la presencia de Dios, La Salle va conduciendo al orante a descentrarse de sí mismo para terminar centrándose en Cristo, el ORANTE por excelencia: somos miembros del cuerpo de Cristo, y es El quien ora en nosotros, El es quien se ofrece al Padre, y nosotros con El; El es la Vid, y nosotros los sarmientos; El es el Sol que nos da vida,... Nuestra oración al Padre, con Cristo, se va simplificando hasta llegar al punto esencial en el que nos identificamos con Cristo, al llamar a Dios "*Abbá*".

3.3 Celebrar la Presencia.

Después de habernos dejado penetrar por la presencia de Dios, La Salle nos invita a *celebrarla*, es decir, a expresar nuestra fe en ella. Se atiene a un dinamismo indiscutible: el "*sentimiento de fe*" -esa conciencia íntima de estar ante Dios-, necesita *expresarse*, comunicarse para seguir existiendo. Y, al tiempo que se expresa, describiendo diversos matices, cobra profundidad y se afianza en el interior del orante; se enriquece con la expresión. Tras este movimiento expansivo, la misma dinámica le lleva a simplificar progresivamente sus manifestaciones, hasta quedarse en "*una simple mirada interior de fe de su divina presencia*".

Algo así como la luz: hemos necesitado descomponerla en sus diversos colores, para quedar maravillados de la variedad del *arco iris*. Luego, los colores se van sumando hasta quedar fundidos en un rayo de luz blanca.

O como el amor: al principio del enamoramiento necesita expresarse en una variedad enorme de manifestaciones; se va así tomando conciencia de la riqueza de la relación interpersonal. Después, tiende a simplificarse hasta llegar al silencio de la mirada o del estar juntos.

La Salle propone en su Método una "didáctica de la celebración", que es lo que suele conocerse como "el esquema de los actos". Con esa didáctica pretende acostumbrarnos a dar un ritmo dialogal a nuestra oración, que esté centrado, no en nosotros mismos, sino en Dios; o más exactamente, en Cristo.

El ritmo comienza desarrollándose en tres tiempos. Y a medida que nuestra vida se va sumergiendo en ese ambiente celebrativo de la presencia de Dios, el ritmo de la oración debe irse simplificando. La celebración se hace más simple cuanto más honda es.

- ▶ 1º. *El encuentro gozoso con Dios*. Nos situamos ante Dios, vueltos a El, admirando su presencia, gozosos de estar ante El; sólo El cuenta. Surgen sentimientos *de fe, de adoración de agradecimiento*, y de amor y alabanza... Es un reconocimiento de las maravillas que Dios ha hecho en nosotros y por nosotros: El nos salva, nos libera, nos ama con amor inmenso, El guía nuestros pasos,... Es una salida de nosotros mismos para centrarnos en Dios.
- ▶ 2º. *La mirada humilde sobre sí mismo*. Nos vemos a nosotros mismos, pero respecto de El, lamentando lo indignos que somos de Dios. Se despliegan así esas actitudes tan bíblicas, frecuentemente expresadas en los salmos, como son *la humildad, la confusión, la contrición*...

► 3º. *El impulso hacia Cristo en el Espíritu*. Nos volvemos a Jesús, de quien nos viene la salvación. Jesús es el único que nos puede presentar ante el Padre, purificados por su sangre, revestidos de esa filiación divina que El ha ganado para nosotros. *Nos apropiamos los méritos de Cristo*, nos manifestamos *unidos con El*, y *pedimos el don de su Espíritu*, pues éste es la única garantía de que nuestra oración va a ser agradable al Padre, porque la va a hacer el mismo Espíritu Santo en nosotros.

El dinamismo celebrativo de estos tres tiempos produce una transformación: de *celebrar la presencia de Dios* pasamos dialécticamente a *celebrar nuestra unión con Dios en Jesús*; o de otra forma: *celebrar nuestra participación en el Misterio de Dios por el Espíritu Santo*. Este movimiento que aquí se ahonda está presente desde el primer momento en la oración, pero se proyecta en la vida al darnos una mirada sacramental: viviendo y celebrando esta unión con Dios, no podemos hacer otra cosa que mirarlo todo de esa forma sacramental que convierte las cosas, los acontecimientos, las personas, la propia vida, en "transparentes" de Dios.

Así es como la oración nos va conduciendo a una síntesis vital cada vez más íntima, que se traduce en esta confesión de fe: *¡Yo soy presencia de Dios en el mundo!* Esa es la base teológica del ministerio (cf. MR 195,2). No es un centramiento en la propia persona, sino el reconocimiento agradecido de que la vida de Dios discurre a través de nosotros hacia el mundo, hacia aquellos a quienes hemos sido enviados.

La gracia de N. S. Jesucristo

EL MINISTRO

2

Queriendo identificarse con Cristo se comprometió con los Hermanos en la obra de las escuelas, y juntos descubrieron su ministerio como presencia de Cristo para los jóvenes.

1. **EL ITINERARIO, vivido como seguimiento de Cristo e identificación con su Misterio.**
 1. El discípulo.
 2. Identificados con el proyecto salvador de Cristo.
 3. Comprometidos en este proyecto histórico. 1691 y 1694.
2. **EL PROYECTO:**
 1. El educador: su identidad ministerial.
 2. La comunidad: asociados para la misión.
 3. La obra educativa: un proyecto de evangelización.
3. **EL ESPÍRITU: Un proceso de identificación con Cristo.**
 1. Los niveles del proceso.
 2. Dinamismos para el seguimiento de Cristo.
 3. La motivación para el seguimiento de Cristo.

I. EL ITINERARIO: Seguimiento de Cristo e identificación con su Misterio

La experiencia del **seguimiento de Cristo** que La Salle nos transmite y que, antes, él ha experimentado, es bipolar: “*ser discípulo y ser testigo*” es una sola moneda con dos caras. *Oír y anunciar la Palabra* son dos tiempos de una misma realidad que se exigen mutuamente y se suceden ininterrumpidamente.

Seguir a Cristo, según lo experimenta La Salle, es identificarse con Él y con su obra de salvación.

Esa tensión del “*estar con Él*” y “*ser enviado a predicar*” (cf Mc 3,14) la expresa La Salle con frecuencia, como algo que ha vivido intensamente. Así nos dirá en la meditación sobre San Andrés:

"Vosotros, que habéis sido llamados, como los Santos Apóstoles, para dar a conocer a Dios, necesitáis para ello vivir animados de celo ardiente. Pedid a Dios una parte del que tuvo este santo Apóstol y, tomándole por modelo, anunciad incansablemente a Jesucristo y sus santas máximas.

Por tanto, idlas a buscar en Jesucristo, permaneciendo a menudo en su compañía, por vuestra asiduidad a la oración. Allí, tras de haberos convencido de la obligación en que estáis de instruir a los otros, no escatimaréis trabajo alguno para procurar a Dios toda la gloria que os sea posible" (MF 78,2).

1. El discípulo:

1.1 ITINERARIO DE ENCARNACIÓN

La vida de Juan Bautista, desde el momento en que se introduce en la obra de las escuelas, es un itinerario de encarnación, en el sentido descrito en el himno de Pablo, Flp 2,6-11: éxodo de un mundo a otro, renuncia a seguridades y privilegios, desprendimiento de bienes materiales y culturales; tuvo que encarnarse entre un tipo de personas que, al principio, *consideraba incluso inferiores a su lacayo* (cfr. *Memoria de los Comienzos*), hasta hacerse como uno de ellos. Así se hizo sensible a las necesidades de los pobres, y se sintió responsable de ellos. Fruto de esa responsabilidad es el proyecto de las Escuelas Cristianas.

En ese camino le acompaña la incomprensión -de los de fuera y, muchas veces, de los de dentro-. Los sufrimientos, los ataques a su obra no le faltaron. E incluso el abandono de Dios en la "noche oscura del alma" -período entre 1712 y 1714- le condujo a acrisolar su fe y su confianza ciega en la Providencia: saboreó el frío silencio del Sábado Santo, a la espera del amanecer de Pascua.

Y a pesar de esta evidente continuidad o similitud de los pasos de La Salle con los de Jesús, no encontramos, sin embargo, mimetismo alguno: no hay repetición de gestos, ni afán de parecerse externamente a Jesús o de querer "copiar" sus actitudes más heroicas.

Si se da una semejanza es porque el Fundador toma como "*kairós*", como manifestación de Dios, cada uno de los acontecimientos y relaciones humanas. La conciencia de estar participando en la obra de Dios es la que le induce a asumir su historia

concreta como *historia de salvación*; y por tanto, en ella es donde se produce la identificación con Cristo, al continuar su misterio de encarnación y salvación.

Para captar el dinamismo que va moviendo a La Salle en este itinerario de identificación con Cristo, volvamos sobre aquel acontecimiento que culminó con la renuncia a sus bienes y a su canonjía, y al que nos referimos al comentar el núcleo anterior.

En aquella ocasión Juan Bautista lleva a cabo un discernimiento que tiene su momento cumbre en la consulta al Padre Barré. Este responde partiendo de un texto evangélico que comentará a continuación:

"Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos y abrigos; pero el Hijo del Hombre no tiene sobre qué reclinar la cabeza. Las raposas, añadió, son los hijos de este mundo que se apegan a los bienes de la tierra. Las aves del cielo son los religiosos que tienen su celda como asilo; pero los que, como vosotros, se consagran a instruir a los pobres no deben tener más patrimonio, en la tierra, que el del Hijo del Hombre. Así, pues, no solamente debe despojarse Vd. de todos sus bienes, sino que debe renunciar también a su beneficio y vivir en el abandono general de todo lo que pudiera distraer su atención de la prosecución de la gloria de Dios".²⁶

Teniendo en cuenta la forma como procede Juan Bautista tras el discernimiento, las palabras de Barré e incluso las consideraciones que Blain pone en boca de Juan Bautista respecto de las motivaciones para su opción final, podemos llegar a estas conclusiones:

◆ La opción de Juan Bautista se sitúa, ciertamente, en un contexto de *seguimiento de Cristo*, pero no se refiere a imitar gestos o virtudes de Jesús; no intenta "poner en práctica un pasaje del Evangelio", no es su motivación el copiar la pobreza o el desprendimiento de Cristo, ni tampoco el adquirir la perfección evangélica. Tampoco es motivo de su opción el dar a los maestros un ejemplo de abandono en manos de la Providencia. Este podrá ser una consecuencia de su gesto, pero no es buscado en sí mismo.

◆ La opción de Juan Bautista está situada en un itinerario vocacional que tiene "*memoria*" y "*proyecto*". La "memoria" del itinerario alude a los sucesivos compromisos que ha ido tomando, guiado por la mano de Dios, y que le señalan una dirección; es justamente esta dirección la que ahora se ve cuestionada; en la interpelación de personas vivas -los maestros- y no de pasajes bíblicos leídos en abstracto, capta la llamada de Dios para seguir en la dirección oportuna. Del acierto en la respuesta dependerá el éxito del "proyecto". Y éste no es otro que *la obra de Dios*. Pero tampoco en abstracto, sino concretada en las Escuelas: en ellas se hace visible la salvación de Dios para los pobres, tal como Juan Bautista ha ido constatando. Contribuyendo a esta obra de Dios, Juan Bautista tiene la experiencia de vivir la encarnación y la misión de Jesucristo. Es a esta experiencia a la que le está remitiendo el P. Barré, al hablarle de la vocación-misión que tienen los maestros.

◆ En definitiva, la pregunta a que ha de responder La Salle es, en último término, *cómo realizar mejor la obra de salvación que Dios le ha encomendado*. En el discernimiento consiguiente, evidentemente tendrá la luz de la Sagrada Escritura, pero leída, no de forma abstracta, sino en la interrelación con las personas que le acompañan en su itinerario. Intenta, pues, responder al llamamiento de Dios en esta situación, pero dentro de su itinerario; éste es el lugar de su respuesta a Dios, pues en él es donde Dios lo llama para realizar su obra.

²⁶ CL 6,56, §29; CL 6,57, §43.

◆ Finalmente, encuentra que la respuesta adecuada para asegurar el proyecto, la obra de Dios, pasa por vivir solidariamente con los maestros, en plena comunión con ellos, renunciando a todo aquello que se lo impide. Esa comunión le exige asumir las inseguridades de aquéllos en relación con la obra, pero no intentando resolverlas aportando sus bienes a la fundación, sino remitiéndose a la Providencia de Dios que es quien les ha llamado a su obra.

En conclusión, este momento crucial en la vida de La Salle es revelador de una de las claves más importantes en la manera de vivir y entender el seguimiento de Cristo: fidelidad, no a la letra, sino al espíritu que brota del Evangelio; no a una historia pasada de salvación que se ha de repetir, sino a la historia de salvación que viven hoy en sus circunstancias concretas y en los itinerarios por los que Dios les ha conducido. Al imitar a Cristo, el objetivo no es copiar un modelo perfecto, sino entrar en el itinerario de encarnación que El comenzó y continúa hoy en cada uno de nosotros. Dicho itinerario está justificado porque conduce a la salvación: esa es la obra de Dios que está en juego, la misión que Cristo recibió y en la cual Dios nos llama a participar.

En todo este proceso de discernimiento que condujo a La Salle al desprendimiento total, no es difícil ver la base experiencial de lo que luego formulará teológicamente en sus meditaciones: EL AUTÉNTICO MOTOR EN EL PROCESO DE SEGUIMIENTO E IDENTIFICACIÓN CON CRISTO NO ES LA PROPIA INICIATIVA SINO EL ESPÍRITU.

Viviendo esta experiencia de abandono al Espíritu de Cristo, La Salle llega a la conclusión de que está haciendo, no su propia obra, sino la de Dios, y por tanto será preciso dejar que Dios mismo le dé fundamento.

1.2 LA EDIFICACIÓN DE LA COMUNIDAD

En segundo lugar, la participación de Juan Bautista en el Misterio de Cristo se proyecta en la búsqueda de comunión y de servicio para edificar la Comunidad naciente.

La búsqueda de comunión le llevará a construir una comunidad que esté inspirada por el amor, por las relaciones fraternas, por el espíritu de las Bienaventuranzas. Pero esta comunión ha de construirla desde dentro.

El episodio que antes comentábamos nos da también luz para comprender el sentido de esta dimensión del seguimiento de Cristo en la vida de Juan Bautista de La Salle. En la confrontación entre los distintos itinerarios que entonces se vieron implicados: el de La Salle, de los maestros, del P. Barré, la Palabra toma fuerza y realismo. La Palabra deja de ser teoría, se hace vida en la mutua interpelación; y la Palabra hace surgir la comunión auténtica: crea la Comunidad.

Es curioso y al mismo tiempo esclarecedor el paralelismo establecido por Barré en su respuesta a Juan Bautista. Frente a los tres términos que aparecen en la frase evangélica - las raposas, las aves del cielo, el Hijo del Hombre-, sitúa otros tres: los hijos del siglo, los religiosos, *"los maestros que se consagran a instruir a los pobres"*. Los dos primeros términos sirven tan solo para resaltar el tercero. Lo que Barré está proponiendo a La Salle es:

- ▶ 1º, que el Misterio de Salvación que encarna el Hijo del Hombre, se está cumpliendo ya en la existencia de estos maestros dedicados a los niños pobres;
- ▶ 2º, ese Misterio de Salvación, lo mismo en Cristo que en los maestros, implica la *dependencia total* de la divina Providencia, ya que es *obra de Dios*, y es El quien le da fundamento;

► 3º, Juan Bautista, que ya está participando en el misterio salvador de Cristo porque está en comunión con estos maestros, debe llevar su participación hasta las últimas consecuencias, reforzando esa comunión, asumiendo la condición de inseguridad de los maestros. En este último punto radica la llamada vocacional que se plantea a La Salle.

Lo que Barré plantea es una auténtica *inversión* de expectativas: el centro gravitatorio no está puesto en La Salle y su personal perfección o imitación de Cristo, sino *en los maestros*, es decir, en la misión que están realizando y en la cual se cumple el Misterio de Cristo. *En la comunión total con estos maestros y su misión* llega a su madurez el itinerario de encarnación que La Salle había comenzado y que constituía la vocación en la que Dios le iba situando, tal como él escribirá luego en la "Memoria de los Comienzos".

Esta "inversión" en la manera de asumir el seguimiento de Cristo, a partir de la Comunión y de la Misión, aparecerá frecuentemente en los escritos de La Salle para los Hermanos, proyección de su propia experiencia.

Dentro ya de esta comunión, Juan Bautista desarrolla una dimensión esencial de servicio, desde su puesto de iniciador y superior de la Comunidad.

El servicio fundamental de La Salle no es de "ejemplaridad" -el centro estaría puesto en la persona de Juan Bautista- sino de "*ministerialidad*": sitúa el centro en la misión que realizan los Hermanos. Es decir, Juan Bautista ayuda a los Hermanos a tomar conciencia de la misión que realizan -misión de salvación, representando a Cristo-, y de cómo esa misión es el fundamento de su comunidad y de su propia salvación personal. Les ayuda, pues, a buscar una perfección, pero no por ella misma, sino porque la necesitan para cumplir su misión de salvadores, para que el Misterio de Cristo se manifieste en ellos sin dificultad. Volvemos así a otra *inversión descentradora* que aparecerá frecuentemente en los escritos lasalianos.

En este marco, Juan Bautista asumirá la función de autoridad, en cuanto superior de la Comunidad, como un ministerio de animación para el aprovechamiento espiritual de sus Hermanos. Sus cartas son reveladoras de esta dimensión evangélica: La Salle acompaña a cada Hermano partiendo del punto en que está cada uno de ellos; con paciencia y caridad les ayuda a crecer²⁷.

Según manifiesta en las "*Reglas que me he impuesto*", Juan Bautista ejerce su autoridad como "*lugarteniente de Nuestro Señor*" respecto de sus Hermanos (RI nº 7); es, en el fondo, una representación de la paternidad de Dios que le ha encomendado la dirección de aquéllos. Como padre intenta que la comunión fraterna que ha suscitado llegue a su plena madurez. Esto justifica su obsesión por ceder el ejercicio de la autoridad.

Los biógrafos ponen el acento en la humildad personal de Juan Bautista, pero se desvían: *el centro está en la Comunidad*. Juan Bautista quiere ver su Comunidad tomar las riendas de su propio destino y responsabilizarse de su misión. En el trasfondo está su humildad, es cierto, pero no como motivo, sino como *perspectiva* que le permite apreciar el lugar donde se juega el éxito de la misión -*la obra de Dios*-: es la Comunidad. De ahí su postura, como la de Juan el Precursor, que es intentar que ella crezca aunque él tenga que disminuir.

1.3 PARTICIPACIÓN EN LA MISIÓN SALVADORA DE JESÚS

La tercera constante que descubrimos en el itinerario de Juan Bautista en cuanto discípulo de Cristo se refiere a su participación en la misión salvadora de Cristo entre los pobres.

²⁷ Cf. la correspondencia con el Hno. Matías, en S. Gallego T. II, pp. 94-103.

De una forma progresiva al principio, radical después, lo vemos comprometerse en la obra de las Escuelas, como una estructura liberadora para *los hijos de los artesanos y de los pobres*. No llega a este compromiso como consecuencia de un razonamiento teórico, o por afán de aplicar las enseñanzas evangélicas. Más bien desde la base, eso sí, de su apertura evangélica y su docilidad al Espíritu, es el contacto con las necesidades de los maestros de escuela de Reims y, a través de ellos, con la situación de abandono de los hijos de los artesanos y de los pobres, lo que conmueve su corazón y reclama su respuesta creativa. Sintió que Dios les estaba amando a través de su persona, y que Dios quería salvarlos, y para ello había *"iluminado los corazones de los que él eligió"* (MR 193,1) para ser sus ministros.

A partir de aquí comienza la búsqueda y creación de estructuras que contribuyan a lograr esta salvación liberadora: gratuidad escolar, formación de los maestros, pedagogía adaptada a los niños, actitudes "ministeriales" en los maestros, compromiso consecratorio, carácter absolutamente laical de los Hermanos, Seminarios de Maestros rurales, instrucción y prácticas religiosas para formar en la vida cristiana, etc.

Así va madurando una conciencia ministerial que les urge a adoptar una vida cuyos rasgos evangélicos, y entre ellos la pobreza en primer lugar, permitan a los Hermanos aparecer como "signos visibles de Jesucristo", y ser reconocidos como *"salvadores"* de los pobres. Así lo expresará La Salle en la meditación del día de Navidad, en la que, de forma inusual, utiliza la primera persona para referirse al proceso de encarnación que le ha llevado a él y a los Hermanos a parecerse a Jesús, no por una imitación "a priori", sino como resultado de su ministerio:

"Nosotros, al elegir nuestro estado, hemos debido resolvernos a vivir en el abatimiento, como el Hijo de Dios al humanarse; pues eso es lo más característico de nuestra profesión y empleo. Somos pobres Hermanos... Sólo los pobres vienen a buscarnos..." (MF 86,2).

Esta nueva clave que el itinerario de La Salle nos transmite, nos sugiere interpretar la entrada en la misión salvífica de Jesús, en su Misterio, no como un efecto voluntarista ni una conclusión intelectual, sino como consecuencia existencial: *es el resultado de una vida abierta a las invitaciones del Espíritu*, que, *de compromiso en compromiso*, se ha encontrado a sí misma introducida por el Padre en la labor redentora de Cristo (cf. MR 195).

2. Identificados con el proyecto salvador de Dios:

2.1 LA EXPERIENCIA DEL FRACASO

Los años que siguen al "momento fundacional" de 1682 constituyen un tramo plagado de dificultades, oposiciones, luchas, abandonos,... Bien lo podemos calificar como "la experiencia del fracaso". Pero es en esta experiencia donde La Salle y los primeros Hermanos van a descubrir vivencialmente que *su ministerio les lleva, ante todo, a identificarse con Jesús*. Y que esta identificación se refiere, sobre todo, a Jesucristo en su misterio de sufrimiento.

"Durante todo el tiempo que el Sr. de la Salle siguió viviendo allí (en Reims), es decir, hasta el año 1688, en que viajó a París para intentar un establecimiento, fue blanco de la contradicción y estuvo expuesto diariamente a ultrajes"²⁸ (Blain I,275-276). Pero fue después de su partida a París cuando la obra pareció desintegrarse:

²⁸ Cf AEP 296-298.

- ▶ El Seminario de Maestros rurales que con tanto cariño había empezado, se vino abajo. El postulante casi desaparece. Buena parte de los Hermanos de las comunidades de Reims y de las escuelas de Laon, Guisa y Rethel -fundadas por Nyel- abandonan la Sociedad...
- ▶ En París se encuentra con la oposición de los Maestros Calígrafos; el proyecto lasaliano de una escuela para los pobres abierta a todos, se pone en cuestión ante los tribunales.
- ▶ Los párrocos desean someter a los Hermanos a su tutela; Baudrand, párroco de San Sulpicio, quiere que los Hermanos vistan el hábito eclesiástico.
- ▶ Hay ataques físicos a varios Hermanos, y otros varios enferman por agotamiento. El mismo Juan Bautista enferma gravemente a fines de 1690.
- ▶ El Hno. Enrique L'Heureux, a quien preparaba para Superior con los estudios de teología, muere a principios de 1691.

Blain dice en su relato que, en estas circunstancias, Juan Bautista llega a una situación interior de perplejidad (BI I,312):

"Esta es la triste situación en que se encontró el piadoso institutor a fines de 1690: después de tantos sacrificios, después de tantas penas y trabajos, después de tantas cruces y persecuciones, después de tantas apariencias de éxito, se encontraba más o menos en la misma situación que diez años antes, con pocos Hermanos, sin haber progresado casi nada su obra y en el temor de verla perecer".

2.2 LA TENTACIÓN DE LA SEGURIDAD.

Pero no son sólo las dificultades y los fracasos. Parejas a ellos van también las diversas tentaciones de someterse a la legalidad -del sistema civil y eclesiástico-, de aceptar las seguridades inmediatas a costa de renunciar a lo que suponía de más novedoso del carisma lasaliano.

- ▶ Primero es la oferta seductora del Arzobispo de Reims que le propone la garantía de una situación estable a su comunidad, con tal que se limite a la diócesis de Reims.
- ▶ Luego, es la tentación de convertir a los Hermanos en meros "funcionarios" a las órdenes del párroco, protegidos por éste contra los ataques de los maestros calígrafos, pero renunciando a la autonomía interna de la comunidad.
- ▶ Al mismo tiempo se presenta la tentación más fuerte, casi la obligación, de someterse al esquema escolar legal vigente entonces: reducir las Escuelas Cristianas a ser "escuelas de caridad" -sólo para pobres y con posibilidades educativas muy limitadas-; se evitaría con ello las denuncias de los otros maestros, de las escuelas de pago. Pero tendría que renunciar a la alternativa que traía consigo la novedad de la Escuela Cristiana: una escuela con un proyecto de educación cristiana integral y abierta a todos aunque dirigida preferentemente a los pobres.

Como tema de fondo está siempre *la fidelidad a la misión*. En ella se juegan su identidad, y de ello son conscientes La Salle y los Hermanos. Y ninguna seguridad humana les va a garantizar esa identidad. Sólo la Providencia, que es quien la ha hecho nacer para responder a las necesidades de los pobres. La Salle lo dirá con toda claridad en la *Memoria sobre el hábito*, redactada en París hacia 1690, con el fin último de defender la identidad de la nueva comunidad: *"Esta comunidad... no está establecida ni fundada, al presente, sino en la Providencia"* (MH 2).

2.3 LA CONCIENCIA DE LA NOVEDAD

El primer fruto de todas estas contrariedades, de las oposiciones encontradas, de la perplejidad propia incluso, es el que La Salle y los Hermanos tomen *una mayor conciencia*

de la novedad de su misión. Si las escuelas cristianas provocan tantas reacciones en contra, tantos intentos de alterar su identidad, es porque realmente significan algo nuevo, algo diferente de lo que existe; se presentan como una *alternativa* al orden existente: alternativa al sistema escolar "legal", a la forma de enseñanza tradicional, a la separación entre los que pueden pagar y los que no; alternativa en cuanto comunidad de laicos consagrados para una misión educativa.

Los signos de la novedad habían ido surgiendo ya anteriormente, a medida que la comunidad lasaliana iba tomando conciencia de que Dios estaba creando algo nuevo a través de los Hermanos²⁹:

- ▶ Adoptan un estilo de vida en común (1682), porque la misión exige la fuerza de la comunidad.
- ▶ Se deciden a vestir un hábito "singular" (invierno de 1684-1685) que les distinga de los seglares, de los eclesiásticos y de toda otra comunidad, porque ante ellos mismos y ante los demás necesitan percibir visiblemente y dar a entender que la identidad que proviene de la misión es también diferente.
- ▶ Substituyen el nombre de "maestro" por el de "Hermano", porque entre ellos está surgiendo un proyecto de fraternidad, pero también porque este nombre de Hermano "*les recuerda -escribe Blain- que, debiendo considerarse como hermanos mayores de quienes vienen a recibir sus lecciones, han de ejercer este ministerio de caridad con un corazón caritativo*" (BI I,241): es una nueva forma de relación educativa.

Hábito y nombre subrayan las dimensiones *de compromiso, de gratuidad y de estabilidad* en una comunidad constituida para el servicio de "*las Escuelas Cristianas*".

La *Memoria sobre el Hábito*, en 1690, afirma, además, una opción ya realizada, que permanecerá invariable en la tradición lasaliana: el laicado para todos los Hermanos: "*Los que componen esta Comunidad son todos laicos...*". No es un rechazo agresivo del sacerdocio, sino una elección positiva por una forma de vida diferente, en función de la misión recibida: "*Porque los ejercicios de la Comunidad y del empleo escolar exigen un hombre entero y verdadero*" (MH 9-10).

Dentro del marco de la Sociedad de los Hermanos, el laicado es también el medio de garantizar entre todos una estricta igualdad. Siguiendo la costumbre de la época, un sacerdote habría sido considerado *ipso facto* como superior.

Por otra parte, el acceso al sacerdocio llevaba consigo el acceso a la cultura grecolatina: un mundo y un lenguaje desconocidos del pueblo al que los Hermanos estaban destinados. Pero los Hermanos permanecerán "pueblo con el pueblo", sin búsqueda de otro tipo de promoción: su perfeccionamiento profesional se hará a partir del lenguaje y de la cultura del pueblo, y en función del servicio que han de prestar, sobre todo, a "*los artesanos y a los pobres*".

En el fondo está, además, la fe en las posibilidades del laicado en vistas a desarrollar un *ministerio eclesial* con todas las condiciones precisas, sin más título justificativo que el del Bautismo y Confirmación.

Es así como adquieren conciencia de ser *instrumentos de esa novedad de Dios*, de haber sido elegidos para llevar a cabo una misión nueva. La consecuencia va a ser el compromiso total de sus vidas, que expresan con un signo externo, *la consagración*. La Salle y los Hermanos se identifican con el proyecto salvador de Dios respecto de los niños y jóvenes que les confía, y lo aceptan como propio: se consagran a Dios para realizar su Obra.

²⁹ Cf AEP 275-278; 293-294.

3. Comprometidos en "este" proyecto histórico. 1691*1694:

3.1 EL DISCERNIMIENTO

En este momento crucial del itinerario de la Comunidad lasaliana, desde la experiencia del fracaso y con una conciencia creciente de la novedad de su misión, La Salle realiza una lectura crítica, un discernimiento de lo que está sucediendo y de la opción que deberá tomar si quiere seguir adelante. Pero su perspectiva será, como siempre, *el querer de Dios*; y el marco en el que se sitúa será *la obra de Dios*. Es, por tanto, una lectura desde la fe.

En la amenaza proveniente de la crisis, encuentra unos signos frágiles de esperanza³⁰:

- ▲ El camino recorrido: ha habido luces y sombras, pero Dios ha estado presente en todo momento, conduciéndolo "de compromiso en compromiso". Y si Dios lo llamó para realizar "su obra", aunque ahora sea de noche, Dios debe estar ahí, oculto en la sombra, pero sin desertar.
- ▲ Ha visto con claridad que la obra de las escuelas *es obra de salvación*: los niños son "salvados", liberados de su ignorancia,... ¿cómo va a dejarlos ahora, defraudando la esperanza que ha sembrado en ellos?
- ▲ Si han abandonado bastantes Hermanos, otros tantos quedan en la obra con ánimo de continuar. Estos cuentan con él y lo necesitan. La solidaridad con ellos le exige seguir, pero, sobre todo, la confianza en Dios, que pasa a través de los hombres con los que se asocia.

Pero, al mismo tiempo, el análisis de la situación le lleva a detectar algunas causas o ausencias que han podido provocar los fallos. Los detecta como necesidades a las que habrá que poner remedio:

- ▲ Necesidad de formar la identidad del maestro, partiendo del ministerio que están desarrollando; sobre todo, necesidad de formar al "hombre interior" que sustenta la personalidad del maestro.
- ▲ Necesidad de dar fuerza interna a la comunidad, reforzando la cohesión entre sus miembros, el sentimiento de solidaridad ante la misión. Es consciente de que la obra educativa se sustenta en la comunidad.
- ▲ Necesidad de dar eficacia a la escuela y de constituir la como proyecto educativo cristiano, bien sistematizado. Para ello será necesario organizar este proyecto, precisando los objetivos y las estructuras adecuadas.

Y es así como llega a la decisión:

"Después de maduras reflexiones sobre los medios convenientes para apuntalar un edificio que amenazaba ruina al mismo tiempo que se lo levantaba, le vino la inspiración de asociar con él a los dos Hermanos que consideraba más idóneos, para sostener la naciente Comunidad y de comprometerlos con él, mediante un vínculo irrevocable, a seguir trabajando por consolidarla" (BI I,312).

Tres años más tarde, otros diez Hermanos más se unirían a los dos primeros, N.Vuyart y G. Drolin, para reiterar con el Fundador el compromiso por toda la vida: *votos de Asociación, de Obediencia y de Estabilidad*. Estos votos constituyen el cimiento de la Sociedad lasaliana. Poco a poco serán propuestos a los otros compañeros de la fundación; constituyen el núcleo central que asegurará el porvenir.

³⁰ AEP 299.

3.2 EL GESTO PROFÉTICO

Los votos de 1691 y 1694 llevan marcada esta triple dimensión: *la confianza en Dios*, a quien se atribuye el proyecto; *la solidaridad con los Hermanos*, con quienes se cuenta a la hora de realizar el proyecto; *la responsabilidad con los destinatarios* de la misión, pues, aun sintiéndose simples instrumentos en las manos de Dios, se saben instrumentos responsables y libres.

La consagración se encuentra en el cenit del itinerario; no es ni su comienzo ni su final. Pero sí es el "nudo" que une los dos tramos, justo cuando amenaza romperse la continuidad.

Externamente no añade nada, ni a la misión (la obra de las Escuelas) ni a la comunidad (la asociación entre los maestros). Pero internamente *las pone en referencia explícita a Dios mismo*. Por este motivo sus protagonistas encontrarán una fuerza mayor para llevar adelante el proyecto. En cierto sentido podemos hablar del "*Pentecostés lasaliano*": Es el Espíritu, que los asocia y los lanza a la misión.

El voto proyecta hacia el futuro lo que ya se está viviendo. Es un *gesto profético*: se afirma que Dios está presente en la obra que realizan, y por eso, a pesar de su aparente fragilidad, pueden comprometer su vida en dar continuidad a la experiencia.

Precisamente en esa fragilidad presente del proyecto, La Salle y los dos Hermanos evitan, en el voto de 1691, el atarse a cualquier tipo de estructura concreta: es la *finalidad* de la obra la que aquí se proclama proféticamente, y la que va a ser objeto de la *creatividad* de los firmantes. Se refiere a un futuro por construir, y ante el cual se necesita iniciativa y decisión. Expresa la voluntad concreta de inventar el bien, de responder a las necesidades, de procurar la eficacia,... y todo ello discernido comunitariamente:

"Nos consagramos... para procurar con todas nuestras posibilidades y todo nuestro interés... del modo que parezca seros más agradable y más ventajoso..."

..Nosotros desde ahora y para siempre... hacemos voto de asociación y de unión para procurar y mantener el citado establecimiento...

...Prometemos hacer, por unanimidad y por consentimiento común, todo lo que creamos, en conciencia y sin consideración humana alguna..."

En 1694 hay ya un proyecto más formado: las estructuras que aparecen en la fórmula se refieren más a reforzar la cohesión interna de la Comunidad, a asegurar la disponibilidad para la misión, a discernir la voluntad de Dios mediante la obediencia "al Cuerpo de la Sociedad" y a quienes la dirigen...

Me consagro enteramente a Vos para procurar vuestra gloria...

...Prometo y hago voto de unirme y permanecer en sociedad con los Hermanos...

...Para tener juntos y por asociación las escuelas gratuitas...

Por lo cual, prometo y hago voto de obediencia... asociación y estabilidad...

También en esta segunda ocasión se da un paso más en cuanto a la claridad de expresión, poniendo con mayor evidencia la sacramentalidad de la experiencia humana a través de los dos "PARA". De esta forma se subraya la equivalencia entre "*procurar la gloria de Dios*" y comprometerse "*juntos y por asociación*" en el proyecto de las escuelas.

¿Qué sugieren las fórmulas empleadas? Tres términos resaltan:

Consagración **A** Dios,
Consagración **CON** estos Hermanos,
Consagración **PARA** este proyecto evangélico.

Como un "catalizador" de sentido, la consagración hace presente en la conciencia de la Comunidad lasaliana que estas tres partes pertenecen a una misma realidad:

- ▶ la referencia a Dios ("*para procurar vuestra gloria*"),
- ▶ la Asociación en Comunidad ("*juntos y por asociación*"),
- ▶ la Misión educadora ("*las escuelas gratuitas*").

Es así como concretan el seguimiento de Cristo. No es una consagración para la propia salvación: es nuestro compromiso en una lucha *por la gloria de Dios*, que se manifiesta en la liberación de los más necesitados, en *ganar los corazones* de los niños y jóvenes que se nos han encomendado.³¹

³¹ Obsérvese, además, que en esta consagración de 1694, que se mantendrá inalterable en vida del Fundador, está ausente la "tríada" clásica representativa de la Vida Religiosa, los votos de pobreza, castidad y obediencia. No es que estén expresados o "resumidos" en el de obediencia; éste, que se venía realizando en la comunidad lasaliana desde 1686, no se puede interpretar como un voto de "vida religiosa", sino de cohesión en el grupo -representa el dinamismo interno de la asociación, para el mejor servicio a la misión. Puede decirse que este gesto de consagración es el signo de la identidad ministerial que sus autores han asumido, una identidad planteada radicalmente en función de la Obra de Dios, identificada con las escuelas al servicio de los pobres.

II. EL PROYECTO

El dinamismo generado en esta experiencia carismática que acabamos de contemplar en el itinerario de La Salle actúa sobre las tres *mediaciones fundamentales* del proyecto lasaliano para hacer de éste un auténtico *ministerio eclesial* y, por consiguiente, una mediación de la presencia de Cristo en favor de la juventud abandonada.

1. El educador: su identidad ministerial.

La Salle describe la identidad del protagonista de su proyecto como "*ministro de Jesucristo y de la Iglesia*". La estructuración de la identidad ministerial del educador pasa por las siguientes facetas:

1.1 PERSONALIZACIÓN DE LA MISIÓN.

Es preciso superar el riesgo de quedarse atrapado en la "mecánica funcional" que implican las tareas escolares (u otras no estrictamente escolares). La experiencia fundante de la fe a que daba lugar el dinamismo anterior ha de ser auténtico espíritu, fuente de vida para el quehacer diario.

Se trata, pues, de personalizar la misión, lo cual requiere:

a) Lo primero, enraizar la misión en la experiencia fundante; o darle vida desde el espíritu de fe, que es lo mismo. Esto lleva al educador a adquirir conciencia de ser llamado y enviado por Dios a esta misión. Es sacar a la luz la dimensión vocacional y vivir la misión en actitud de respuesta, de obediencia a Dios en la fe.

Con ocasión de la fiesta de San Pablo, La Salle escribe:

"Dios ha sido el que os eligió a vosotros, por la virtud de su poder y su particularísima bondad, para facilitar el conocimiento del Evangelio a quienes aún no lo han recibido. Consideraos, pues, como los ministros de Dios, y desempeñad los deberes del empleo con todo el celo posible, y como quien ha de dar cuenta de ello" (MF 140,2).

Y siguiendo con este modelo de referencia que es San Pablo para los educadores cristianos, La Salle recuerda esa necesaria fidelidad a la llamada que hemos recibido:

"Llamados por Jesucristo para ejercer su ministerio y educar a los pobres, ¿sois vosotros tan fieles como lo fue san Pablo en seguir la voz de Dios? ¿Correspondéis con la misma diligencia que él a todas las mociones de la gracia? ¿Y os mostráis tan celosos en el cumplimiento de los deberes de vuestro empleo como se mostró él?" (MF 99,2).

b) Personalizar la misión implica también dar unidad a la vida, vivir de manera integrada la tendencia hacia Dios y el servicio a los hombres, acción y contemplación, el esfuerzo de conversión y la fidelidad al momento presente, realismo y utopía...

Pero esa unidad exige mantener la tensión entre los dos polos: la experiencia que da fundamento a la vida del educador (la fe, la referencia a Dios), y la experiencia que configura su estancia en el mundo, su protagonismo en la historia humana (la labor educativa).

Esta síntesis que La Salle ha logrado en su vida la transmite así a sus discípulos:

"No hagáis diferencia entre los asuntos propios de vuestro estado y el problema de vuestra salvación y perfección. Tened por cierto que nunca obraréis mejor vuestra salvación, ni adelantaréis tanto en la perfección, como cumpliendo bien los deberes de vuestro estado, con tal que lo hagáis con el fin de obedecer a Dios" (R 16,1,4).

La motivación para esa síntesis brota de la misión, que requiere la fuerza de la fe: *"Porque tenéis ejercicios que se ordenan a vuestra santificación personal; mas, si vivís animados de celo ardiente por la salvación de aquellos a quienes tenéis encargo de instruir, no los omitiréis nunca, y los encaminaréis siempre a esa intención" (MR 205,2).*

Tal vez el equilibrio no resulta siempre fácil en la práctica: es la tensión entre dos polos. La Salle recuerda frecuentemente a los Hermanos, en las cartas de dirección, la necesidad de lograr ese equilibrio. Así lo vemos, p.ej., en las dos observaciones siguientes, expresadas en una misma carta:

"Es preferible omitir algún ejercicio (de piedad) para ocuparse de algo indispensable, antes que disponer para ello del tiempo dedicado a la escuela, pues el tiempo de escuela no debe acortarse ni un momento.

No se distraiga con pensamientos de la escuela durante la oración, cada cosa a su tiempo" (Carta 56,5.7).

1.2 UNA VISIÓN INTEGRADORA DESDE LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN.

En las Meditaciones para los días del Retiro, La Salle propone de una forma sistemática la fundamentación ministerial de nuestra misión. Con toda seguridad la primera redacción se remonta a los retiros de Vaugirard iniciados en 1691, aunque la redacción final es posterior a 1707.

Desde las claves que forman parte de su existencia, La Salle hace para nosotros una "lectura bíblica" de la obra de la escuela cristiana, o más concretamente, del educador cristiano, representado paradigmáticamente en su pensamiento por el Hermano de las Escuelas Cristianas. No es una presentación teológica de la identidad del Hermano, sino una lectura "religiosa", "en profundidad", de la experiencia que el Hermano está viviendo en la Escuela Cristiana. Por eso es válida, en su conjunto, para cualquier educador cristiano, y de ahí la dedicatoria de la obra: *"Destinadas a todos aquellos que se dedican a la educación de la juventud, y particularmente a los Hermanos de las Escuelas Cristianas..."*

En las *"Meditaciones para el Tiempo del Retiro"* nos presenta la historia de la salvación que se realiza **hoy** en la existencia del educador cristiano. El lenguaje, los símbolos que emplea, hay que entenderlos en este contexto de *"historia de la salvación"*.

– Estamos en una historia de ALIANZA: Dios sale al encuentro del hombre.

La Salle sitúa su reflexión (las 16 meditaciones 'MR') entre los dos extremos: la alusión al comienzo de la obra creadora de Dios (*"Es Dios tan bueno que, una vez creados por Él los hombres, desea que todos lleguen al conocimiento de la verdad."* 1ª meditación, MR 193,1) y el triunfo escatológico de los que siguen tras el Cordero, según la imagen del Apocalipsis (última meditación, MR 208,3). Ambos extremos, origen y final, están situados, no en un marco abstracto sino personalizador: es el Dios que llama a la vida, a la salvación, que establece una Alianza con el hombre. Y esta Alianza toma cuerpo hoy en la misión del educador cristiano. Por su medio se anudan esos dos extremos de la historia de la salvación en la persona de sus discípulos:

"Dios que difunde la fragancia de su doctrina en todo el mundo por el ministerio de los hombres, y que ordenó: Brote la luz de las tinieblas; es el que, por Sí, ha

iluminado los corazones de quienes Él eligió para anunciar su palabra a los niños, con el fin de que puedan iluminarlos descubriéndoles la gloria de Dios.” (MR 193,1)

– **Colaboramos con un Dios COMPROMETIDO en la salvación del hombre.**

En el trasfondo de la vida y la obra del educador, La Salle descubre, primeramente, al Dios creador, pero un Dios personal, Padre, que no se contenta con crear al hombre, sino que está empeñado en salvarlo y desea entrar en una relación interpersonal con él (*“el conocimiento de la Verdad, que es Dios mismo”* (MR 193,1).

► Es un Dios que llama y envía a los hombres; realiza su obra a través de sus “ministros”: continúa la creación con ellos. Pero La Salle se refiere aquí de manera directa a la creación que crece en los niños, en su maduración humana y cristiana:

“Ese es, dice san Pablo, el campo que Dios cultiva y el edificio que Él construye, y sois vosotros los elegidos por Él para ayudarle en su tarea, anunciando a dichos niños el Evangelio de su Hijo y las verdades en él contenidas.” (MR 193,3)

► Pero por eso mismo es también Juez, que no consiente que su Obra se haga con negligencia (cf. MR 201,1); y, al mismo tiempo, premia lo que por Él se hace.

“Es Dios tan bueno, que no deja sin galardón el bien que por Él se hace, y el servicio que se le presta, sobre todo procurando la salvación de las almas.” (MR 207,1)

– **"Esta es LA OBRA DE DIOS".**

Para La Salle, el eje sobre el que gira la Historia de la Salvación es *la Obra de Dios*, a la que contribuye el educador cristiano con los dones que Dios mismo le ha otorgado. Con ese horizonte constante de referencia, La Salle nos invita a reconocer la iniciativa de Dios en todo lo bueno que podemos hacer, a ponernos en sus manos como instrumentos dóciles y al mismo tiempo creativos, y a recurrir a Él para hacer su obra a su estilo.

“Convenceos bien de aquello que dice san Pablo; Vosotros plantáis y regáis; pero es Dios por Jesucristo quien da el crecimiento y la perfección a vuestro quehacer.” (MR 196,1)

La obra de Dios a la que La Salle se refiere es también algo muy concreto, sobre una realidad bien concreta. Nos presenta una lectura de la realidad sobre la que hemos de actuar:

“Considerad que es achaque muy corriente, entre los artesanos y los pobres, dejar a sus hijos vivir a su antojo como vagabundos que van de acá para allá, mientras no logran colocarlos en alguna profesión...” (MR 194,1).

Para responder a esa situación de necesidad está el proyecto lasaliano, cuya iniciativa se atribuye directamente a Dios:

“Dios se ha dignado poner remedio a tan grave mal estableciendo las Escuelas Cristianas, donde se enseña gratuitamente y sólo por la gloria de Dios; donde, recogidos durante todo el día, aprenden los niños a leer, escribir y la religión; y donde permanecen siempre ocupados. Así se hallarán en condiciones de dedicarse al trabajo cuando sus padres lo decidan.” (MR 194,1)

Y por ser obra de Dios, nuestra labor ha de realizarse con un celo ardiente:

“Desempeñadlo, pues, con todo el afecto del corazón y como quien trabaja sólo por Él.” (MR 201,1; ver toda esta meditación).

– **En el centro: EL MISTERIO DE CRISTO, actualizado por el Espíritu.**

Entre la creación y el triunfo escatológico se sitúan los grandes acontecimientos de la Historia de la Salvación. Encarnación-Redención y Pentecostés. El educador cristiano está actualizando y representando el Misterio de Cristo entre sus discípulos. En él se realizan aquellos acontecimientos. La Salle extrae la consecuencia de su lectura: El Espíritu, que *renueva la faz de la tierra*, es el principal protagonista en esta continuación de la obra de Dios, en esta actualización del Misterio de Cristo. Por eso el educador debe entregarse al Espíritu para que Dios pueda actuar, a través de él, en sus discípulos.

"...Pediréis con mucha insistencia a Jesucristo que os anime de su Espíritu, pues os ha escogido para realizar su obra." (MR 196,1)

– **Una gran cadena de MEDIACIONES HUMANAS.**

Diversos *personajes o símbolos bíblicos* van apareciendo, como espejos en los que se ve reflejado el educador o los propios alumnos:

- ▶ Elías, el profeta del celo ardiente (MR 202,1).
- ▶ Samuel, que anuncia el castigo de Dios al sumo sacerdote Helí, por ser éste un mal educador de sus hijos (MR 203,3).
- ▶ Natán, el profeta que corrige al pecador (MR 204,2-3).
- ▶ David, figura del pecador que reconoce su pecado (MR 204,2-3).
- ▶ Los ángeles, mensajeros de Dios, representación del cuidado que Dios tiene con los hombres (MR 197-198).

La Salle se fija más en *los Apóstoles y primeros cristianos*, porque en ellos se manifiesta especialmente la efusión del Espíritu Santo, lo cual es imagen de lo que está ocurriendo y debe ocurrir en la experiencia educativa de la Escuela Cristiana (MR 199-200).

De manera especial, *san Pablo*, elegido por Dios para anunciar el Misterio de Cristo, aparece a los ojos de La Salle como el espejo que mejor refleja la imagen ideal del educador cristiano, *ministro y dispensador de los misterios de Dios*, al igual que san Pablo (MR 199,1; 202,2).

Unidos a estos personajes bíblicos, La Salle cita otros del tiempo de la Iglesia, todos ellos "trabajadores" en la Obra de Dios, la obra de la evangelización. Y se complace en subrayar la relación y continuidad del cometido del educador cristiano con el de todos aquéllos. El educador cristiano se puede contemplar así como un eslabón más en una cadena ininterrumpida que promueve la salvación de Dios a través de toda la historia. En él, lo mismo que en los otros personajes, se hace realidad la Historia de la Salvación (MR 199,2).

– **La Historia de la Salvación ha tomado cuerpo en la Iglesia.**

Trabajar en la obra de Dios, según La Salle, equivale a "edificar la Iglesia", hacer que los alumnos entren a formar parte de ella, como *piedras vivas*, no con una simple pertenencia material, sino como "*santuarios del Espíritu Santo*" (MR 201,2; 205,3).

– **El educador, objeto de la Alianza de Dios.**

El educador, que representa la Alianza de Dios con el hombre, es también objeto de esta Alianza: Dios toma a su cargo la santificación y la salvación de la persona del ministro (el educador), cuando éste se ha comprometido en la obra de Dios para llevar la salvación a los otros (sus discípulos) (MR 205,2; 207).

1.3 FORMACIÓN MINISTERIAL.

La formación ministerial del Hermano es objeto de una seria estructuración en el período que comienza con 1691:

- ▲ Reúne a los Hermanos en vacaciones, para reflexionar con ellos sobre su ministerio: Son los retiros de Vaugirard, que dan origen a las 16 Meditaciones sobre el Ministerio educativo. Es importante observar que, en un tiempo como el del retiro anual, absolutamente dedicado tradicionalmente a la renovación espiritual de la persona, La Salle haya querido centrar la reflexión de los Hermanos sobre su propio ministerio, como fuente de santificación y renovación.
- ▲ Funda el noviciado (1692), para la formación espiritual del Hermano. Para los novicios escribe la "*Colección de Trataditos*", una especie de tratado breve de vida espiritual.
- ▲ Para la formación teológica y catequística de los Hermanos escribe "*Los Deberes del Cristiano*", un manual de teología básica, de orientación marcadamente cristocéntrica.
- ▲ Muy pronto, la creación de "*Academias*", "*Escuelas dominicales*", "*Pensionados*", "*Cursos Superiores*",... proporciona otras ocasiones de perfeccionamiento en diversas ramas del saber, impulsados por la necesidad.

Y en sus meditaciones La Salle recuerda frecuentemente a los Hermanos la necesidad que tienen de formarse porque su ministerio así se lo exige:

"...Estáis obligados por vuestro ministerio a poseer la suficiente ciencia para poder enseñar a los niños que están a vuestro cargo la buena y sana doctrina de la Iglesia. ¿Incluís entre vuestros más apremiantes cuidados el de instruiros hasta conocerla perfectamente? Dios os exigirá cuentas de esa obligación, cuyo incumplimiento os haría indignos de vuestro estado." (MF 120,1)

Otros escritos de La Salle surgen en esta época, como muestra de la creatividad a que se había comprometido por voto, y que responden a las necesidades que él y los Hermanos van detectando en la escuela. En ellos se manifiesta con toda claridad la vocación integradora del proyecto lasaliano, de formar al hombre entero:

- Silabario francés
- Reglas de Cortesía y Urbanidad cristianas
- Ejercicios de piedad para las escuelas
- Instrucciones para aprender a confesarse bien
- Instrucciones y Oraciones para la Confesión y Comunión
- Deberes del Cristiano hacia Dios (por preguntas y respuestas, para facilitar la instrucción religiosa de los alumnos).

La formación se extiende también a la conciencia profesional que debe caracterizar al educador cristiano, dando lugar al estilo creativo que ha distinguido a la pedagogía lasaliana. Veamos algunos aspectos:

- ▲ La percepción, lo más exacta posible, de las necesidades de los jóvenes, los pobres especialmente. De ello se encuentran abundantes ejemplos en la *Guía de las Escuelas*.
- ▲ El intercambio de experiencias entre los educadores, en relación con las actividades escolares.
- ▲ El aprovechamiento de los avances pedagógicos contemporáneos: de ello resultan beneficiados la progresión y el aprendizaje.
- ▲ La adaptación de todo ese conjunto de datos, a fin de crear una pedagogía coherente y lograr que las conductas educativas respondan eficazmente a las necesidades percibidas y a las finalidades pretendidas por el educador.

2. La comunidad: asociados para la misión.

Ya antes del voto de 1694 la Comunidad de los Hermanos se había ido estructurando en función de su ministerio, pero ahora lo hace con mayor profundidad aún.

Anteriormente habían surgido elementos que quedan reflejados en la "Memoria sobre el Hábito" (1689): el nombre de la Comunidad, el hábito, el carácter exclusivamente laical de sus miembros, su dedicación a regentar escuelas y formar maestros...

Pero es ahora cuando esta comunidad muestra una dimensión plenamente ministerial: desde una identidad asumida para una misión reconocida.

2.1 COMUNIDAD MINISTERIAL.

La Comunidad necesita expresar con un gesto celebrativo -"decirse" y "decir a los demás"- la ministerialidad de lo que está haciendo: Dios está presente en lo que hacemos; es "su Obra", es El a quien servimos, y su fidelidad garantiza la nuestra.

El gesto se realiza cuando se ha despertado plenamente la conciencia de tal ministerialidad, y va a servir de nexo entre la identidad de la Comunidad y la Misión que realiza.

Los votos emitidos en 1694 son el gesto que confirma la ministerialidad de la Comunidad de La Salle.

Los votos, o mejor, las personas que emiten estos votos -es decir, los Hermanos con La Salle- serán en adelante el signo profético que recordará y defenderá la radicalidad del proyecto lasaliano. Junto a este signo profético, junto a estas personas consagradas, se irán uniendo, en mayor o menor medida, otras muchas personas que, desde distintas opciones cristianas, se sentirán identificadas con el carisma lasaliano.

El significado que La Salle y los Hermanos dan a estos votos lo encontramos reflejado en la Colección de Trataditos de 1711, en respuesta a la pregunta "*¿A qué obligan los votos de los Hermanos de las EE.CC.?*" Los votos obligan a cuatro cosas:

1º. "A tener las escuelas por asociación, con aquellos con quienes nos hemos asociado en la sociedad, o que se asociarán en el futuro".

El destino de los votos no es, según esto, ni la comunidad, ni la propia santificación, sino la misión: nos asociamos PARA una misión. Y para ello se acepta cualquier lugar, cualquier labor que contemple el proyecto de la Comunidad.

2º. "A permanecer estable en dicha sociedad..."

Se refiere a la continuidad del proyecto con quienes me he asociado. La fidelidad de Dios sustenta nuestra mutua fidelidad entre los que hemos sido llamados por El a la misma misión.

3º. "Si llegara a faltar todo en la sociedad, me obligo a no dejarla jamás, sino a decidirme a vivir de sólo pan".

Una exigencia radical, siempre en virtud del proyecto. No es un voto de pobreza en abstracto, un voto de no tener nada; es el voto de seguir en este proyecto aunque falte de todo.

4.º. *A obedecer: primeramente, a los superiores...; en segundo lugar, a los directores particulares...; en tercer lugar, al cuerpo de la sociedad...*

Una obediencia que da cohesión al grupo para mantenerlo plenamente al servicio de la misión no es, pues, por un afán privatizante de luchar contra el deseo de independencia o de libertad.

2.2 ASENTADA EN LA RADICALIDAD.

La opción que hace original a esta Comunidad en la Iglesia es su radicalidad en favor de la Misión de la educación cristiana. Esta opción está expresada en el voto de Juan Bautista y los primeros Hermanos con la expresión *"aunque nos viéramos obligados a pedir limosna y hasta vivir de solo pan"*.

Es un proyecto radical, es decir, se compromete en la consecución de una escuela que sea "signo", donde las otras escuelas puedan mirarse. Por eso también necesita un educador "signo", entregado con radicalidad a la misión educativa.

¿Cómo entender hoy esta radicalidad? Hemos de hacer dos *lecturas complementarias* de ella:

– La primera lectura es la más normal: es la radicalidad propia de un cristiano que hace de la misión educativa una experiencia que configura su vida: le dedica sus energías vitales con especial predilección, y la vive desde cualquier opción de estado de vida, soltero o casado.

De esta forma, concreta la *dimensión profética* propia de todo cristiano: da a entender a los otros cristianos y a los hombres en general que la educación cristiana es una parcela tan importante dentro del Reino de Dios que se puede vivir como *vocación*, asociado a otros cristianos para mejor cumplir la finalidad.

– La segunda lectura es la que hace de esta radicalidad un *signo profético*: no sólo pone la misión educativa en el núcleo de su proyecto vital, sino que además lo hace *con exclusividad*, es decir, poniendo a su disposición las energías correspondientes a otras facetas básicas de su persona, como son la afectividad y la generatividad (paterno-materna). Su proyecto vital lo convierte en *consagración*. Naturalmente, no se puede hacer si no es en respuesta a un don de Dios.

► Son dos lecturas complementarias: el "signo profético" de éstos apoya la "dimensión profética" de toda la comunidad lasaliana y la hace más visible.

La Comunidad se construye internamente desde esta opción de radicalidad. Quiere ser una comunidad cristiana, de discípulos de Jesús, pues también su finalidad será *"hacer discípulos"*.

Y lo mismo que para la edificación del "hombre interior" del educador, La Salle estableció unos *"soportes interiores"* (*oración, presencia de Dios, espíritu de fe, recogimiento interior*), también establece unos *"soportes exteriores del Instituto"*, orientados a construir y fortalecer la Comunidad: *la rendición de conducta, la acusación personal de las faltas, la advertencia de defectos y la recreación en común*. Con formas religioso-culturales de su época, La Salle quiere dotar a su Comunidad de unas dimensiones que han de caracterizar a la auténtica comunidad cristiana:

*una comunidad que comparte su fe
y vive la conversión como proceso;
que practica la corrección fraterna,
que celebra el perdón y la reconciliación,
que experimenta la comunión
y discierne comunitariamente la misión que ha recibido.*

2.3 PARA COMPARTIR LA MISIÓN.

"Hacemos voto de asociación y de unión para procurar y mantener el citado establecimiento..." (Voto de 1691).

"Hago voto de unirme y permanecer en sociedad con los Hermanos... para tener juntos y por asociación las escuelas gratuitas..." (Voto de 1694).

En el signo que ha sellado la ministerialidad de la Comunidad queda bien evidente el carácter comunitario de la misión. De ahora en adelante, la fórmula "juntos y por asociación" será representativa de la identidad lasaliana. Así lo ha recogido la Regla de 1987:

"Desde los comienzos del Instituto, los Hermanos realizan su misión 'juntos y por asociación': cada uno ejerce su apostolado como miembro de una comunidad por la que se siente reconocido, sostenido y enviado" (n. 16).

El compromiso de cada uno no es individualmente con la misión, sino con la Comunidad que realiza la misión. La finalidad está clara: sostener la misión, llevar adelante la obra educativa para el servicio de los pobres; pero no es cada uno por separado el que lleva a cabo la finalidad, sino la Comunidad, la "Sociedad" en cuanto tal. De ahí que la persona acepta el que la Sociedad -sus superiores- pueda confiarle cualquier función dentro de ella, aunque no sea estrictamente escolar (*"para cumplir en dicha Sociedad lo que me fuere confiado..."*). Este es el caso de los "Hermanos sirvientes", que son aceptados en el Instituto por el mismo Fundador, y que, sin poder dedicarse a funciones escolares, por falta de capacidad intelectual o física, contribuyen con su trabajo a que la Comunidad realice su Misión.

Primera consecuencia de esta dimensión comunitaria del Ministerio: no es *lo que hacemos*, sino *la solidaridad y la comunión* con la comunidad que ha recibido la misión, lo que nos permite participar en el ministerio:

"Los Hermanos son solidarios de su comunidad, de su Distrito y del conjunto del Instituto. Al cumplir su ministerio, sean cualesquiera sus funciones, contribuyen a la realización comunitaria de la única misión eclesial del Instituto" (Regla, n. 16).

La ASOCIACIÓN establece a la Comunidad como auténtico protagonista del proyecto educativo, como veremos más adelante: la *Guía de las Escuelas* surge así, en un esfuerzo de creatividad comunitaria. Primeramente, en los diálogos de todos los Hermanos en las "recreaciones" diarias de la comunidad; luego, en asambleas o "conferencias" que La Salle mantenía *"con los Hermanos más antiguos del Instituto y más capacitados para dar escuela..."* (Prólogo a la edición príncipe, 1720).

3. La obra educativa: un proyecto de evangelización.

Hasta llegar a los votos de 1691 y 1694, el proyecto educativo lasaliano ha estado en un proceso de descubrimiento, de "tanteo", de comprobación de su necesidad y de la posible eficacia; ha sido inventado paso a paso, en confrontación con los logros educativos de la época y con otras realidades escolares.

En cierto sentido, los votos celebran esa etapa que La Salle y los Hermanos han interpretado desde la fe como parte de la Historia de Salvación, y al mismo tiempo relanzan el proceso acentuando la creatividad para responder a las necesidades de *los hijos de los artesanos y de los pobres*.

3.1 DE LA MARGINACIÓN A LA INICIACIÓN

La escuela de La Salle surge como una institución "iniciadora", en el sentido antropológico del término. Inicia a la sociedad y a la Iglesia en un único proceso. Este carácter iniciático ha sido su gran aportación a la sociedad moderna.

Todo comienza al constatar la marginación (los que se quedan "al margen", es decir, sin ser integrados en la sociedad) de un grupo de niños, *"los hijos de los artesanos y de los pobres"*. Véase la lectura de este hecho en la meditación 2ª que el Fundador escribe sobre el Ministerio de la educación cristiana (MR 194). Algo similar encontramos en el cap. 1º de las Reglas originales:

*"Es un mal crónico, entre los artesanos y los pobres,
dejar a sus hijos vivir a su antojo,
como vagabundos que van de acá para allá,
mientras no logran colocarlos en alguna profesión;
no se cuidan en modo alguno de enviarlos a la escuela,
por no permitirles su pobreza pagar a los maestros,
o porque, viéndose en la precisión de procurarse empleo fuera de casa,
se hallan como forzados a dejarlos abandonados."*

La falta de integración que de ello se sigue se lee en doble clave, social y religiosa:

*"Las consecuencias son desastrosas;
acostumbrados esos pobres niños a llevar durante varios años vida de holganza,
con mucha dificultad se acostumbran luego al trabajo.
Como se juntan con malas compañías, aprenden a cometer muchos pecados,
de los que más tarde les resulta muy difícil corregirse,
a causa de los viciosos y persistentes hábitos contraídos durante tan largo tiempo."*

En esa lectura de una situación real no se buscan culpabilidades. En cambio, se asume la responsabilidad de poner remedio, pero no motivados por la propia generosidad, sino por la iniciativa de Dios mismo que ha tenido a bien contar con nosotros para esa obra. Nótese que la respuesta va en línea de lo que se ha observado como necesidad: si están "al margen" hay que proceder a integrarlos en la sociedad y en la Iglesia; y se apuntan las estructuras básicas para esa integración:

*"Dios se ha dignado poner remedio a tan grave mal
estableciendo las Escuelas Cristianas,
donde se enseña gratuitamente y sólo por la gloria de Dios;
donde, recogidos durante todo el día,
aprenden los niños a leer, escribir y la religión;
y donde permanecen siempre ocupados.
Así se hallarán en condiciones de dedicarse al trabajo
cuando sus padres lo decidan.
Dad gracias a Dios, que tiene la bondad de servirse de vosotros
para procurar a los niños tan grandes ventajas..."*

(MR 194,1)

El resto de la meditación comienza a describir el proceso de integración; pues lo que caracteriza a la escuela cristiana no es que "aparte del margen", no es para "guardar a los niños"; lo que la define es la *iniciación*, pero una iniciación cristiana; es, pues, un proceso que mira hacia la Sociedad y la Iglesia en las que han de integrarse los discípulos:

*"No basta que los niños permanezcan la mayor parte del día
recogidos en la escuela y ocupados en ella;
es necesario, además, que quienes recibieron misión de instruirlos,
se empeñen particularmente en educarlos
en el espíritu del cristianismo..."*

(MR 194,2)

"Educar en el espíritu del cristianismo" indica cómo se ha de hacer toda la labor escolar; es la levadura que hace fermentar toda la masa; es el estilo que ha de caracterizar toda la educación que imparte la escuela cristiana, y que dará lugar a un tipo de hombre que va asumiendo las dimensiones del Evangelio.

Finalmente, La Salle afirma la prioridad de la dimensión cristiana como aquella que debe señalar la dirección de todo el proceso educativo: "*adquirir el espíritu del cristianismo*":
*"Por consiguiente, ¿consideráis como primordial cometido vuestro instruir a los discípulos sobre las máximas del santo Evangelio y el ejercicio de las virtudes cristianas?
¿Nada tomáis tan a pechos como procurar que se aficionen a ellas?
¿Consideráis el bien que intentáis hacerles como el fundamento de todo lo bueno que practicarán en el resto de su vida?..."* (MR 194,3)

3.2 UN PROYECTO EDUCATIVO PARA INICIAR

Blain describe de esta forma la actividad de La Salle por esta época (1694-1700):

*"Su celo le conducía a menudo a las clases para examinar y hacer testigo a sus propios ojos de lo que allí sucedía. Los niños y los maestros eran igualmente objeto de su atención. Examinaba en los unos la manera como los otros se las arreglaban para enseñar, y si observaban puntualmente las reglas prescritas para mantener el orden, el silencio, el recogimiento, y si no se agotaban ellos mismos en un oficio que nunca se hace mejor que con una gran tranquilidad, con una perfecta igualdad de humor, con una noble gravedad, con una dulce firmeza, con un celo vigilante, sin inquietud y sin emoción, sin agitarse y sin hablar más que cuando es absolutamente necesario. Desde los maestros volvía los ojos a los niños, estudiaba su carácter, examinaba su progreso...
En relación con los niños, nunca separó su instrucción [religiosa] de su educación, ni la piedad de la ciencia. Pretendió hacerles encontrar lo uno y lo otro bajo maestros piadosos y hábiles."* (CL 8,359).

Es así como va redactando y ordenando la *Guía de las Escuelas*, "*sólo después de numerosísimos diálogos sostenidos por él con los Hermanos...*" (Introducción a la edición de 1720).

La *Guía de las Escuelas* es la expresión de un proyecto que quiere ser todo él **evangelizador**, dirigido al hombre total y no sólo a algunas facetas "profanas" o religiosas. Quiere educar al cristiano, es decir, al "*hombre según Cristo*".

- ▶ Es un proyecto *profético*: pretende educar al hombre en los valores de las Bienaventuranzas, y no sólo disponerlo para "encajar" en la sociedad.
- ▶ Es un proyecto *integrador*: fe, cultura y vida se funden armónicamente en él. Parte de la vida, de las necesidades del alumno, y vuelve a la vida.
- ▶ Y es un proyecto *de iniciación*: pretende formar la identidad humana y cristiana de los niños y conducirlos hasta su plena integración en la sociedad y en la Iglesia. Quiere formarlos "*en el espíritu del cristianismo*".

La estructuración de este proyecto hace de la escuela una institución iniciadora:

- ▶ La escuela proporciona a los alumnos las estructuras básicas para introducirse en la sociedad: lectura, escritura, aritmética. Sobre todo, les proporciona el secreto de la clave sobre la que empieza a desarrollarse la sociedad moderna, que está naciendo en ese momento: el orden y la organización.

- ▶ Los introduce en un sistema de relaciones de dependencia mutua: a través del estilo de organización escolar, los oficios, las ayudas de los más adelantados a los más atrasados, el compartir los alimentos,...
- ▶ Los adiestra en los mecanismos que permiten la comunicación y las relaciones en el interior de la sociedad. Por ejemplo, con las Reglas de Cortesía y Urbanidad cristianas.
- ▶ A nivel explícitamente religioso, la escuela introduce a los muchachos en el Misterio cristiano, en el lenguaje religioso, en actitudes de referencia a Dios, en la vivencia parroquial,... A ello ayudan la instrucción religiosa, las frases bíblicas en los ejercicios escolares, los gestos y símbolos de piedad, los sacramentos en el ámbito parroquial,... Y a través del ejercicio de la presencia de Dios y la reflexión de la mañana, sobre todo, se les inicia en la relación personal con Dios, una relación entendida como historia de salvación.

A través de este proceso, los alumnos

- ▶ toman la palabra: aprenden a expresarse y comunicarse;
- ▶ en consecuencia, adquieren conciencia de sí mismos; logran su identidad;
- ▶ desde la identidad participada, puesta en relación, alcanzan el sentido de pertenencia, social y eclesial.

Es así como *salen del margen*, entran en la historia (y en la Historia de Salvación) y se integran activamente en la Sociedad y en la Iglesia.

3.3 EL OBJETIVO ÚLTIMO: "HACER DISCÍPULOS"

La finalidad última de todo el proyecto de la Escuela cristiana va siendo reformulada y explicitada a la luz de la consagración que la Comunidad ha hecho para ese mismo proyecto. Y si la fórmula de la consagración indica la radicalidad del compromiso, también la finalidad será expresada con radicalidad, hasta agotar las posibilidades de una educación cristiana. En definitiva, se trata de *hacer discípulos verdaderos de Jesucristo* (MF 162,2). Es una Comunidad de discípulos enviada a hacer discípulos.

La Salle dibuja todo un *itinerario del discipulado* a través de su obra, especialmente de las Meditaciones. Y es dentro de este itinerario donde se pueden comprender expresiones tan enormemente contrapuestas como las que utiliza, desde un crudo realismo en que habla de los niños "*pervertidos por el pecado*", hasta lo que parece un idealismo utópico de unión mística con Cristo.

Para confeccionar este itinerario, La Salle parte de un principio de igualdad básica: todo cristiano está llamado a la perfección. Así lo manifiesta en la meditación con motivo de la fiesta de la Sma. Trinidad, día en que renovaban los Hermanos su consagración:

"Ellos (los niños), no menos que vosotros, fueron consagrados a la Santísima Trinidad desde el día de su Bautismo; llevan su sello estampado en el alma, y son deudores a este adorable Misterio de la unción de la gracia, que se derramó en sus corazones." (MD 46,3).

Por consiguiente, La Salle no establecerá una moral de dos pisos, para cristianos "normales" y para los "llamados a la perfección". Si el Hermano debe penetrarse bien de las máximas del Evangelio, del espíritu de las Bienaventuranzas, no es para ser más perfecto que los otros, sino porque tendrá que imprimir ese mismo espíritu en sus discípulos:

"Obligados como estáis a instruir sobre esas máximas a los niños cuya educación corre a vuestro cargo, es deber vuestro penetraros bien de ellas, a fin de imprimirlas profundamente en sus corazones." (MD 44,2).

Con una visión realista (casi pesimista, en conformidad con la antropología del siglo XVII), bien alejada de una concepción ingenua o angelical del niño, La Salle invita a tomar a los niños como son: *"débiles de espíritu como de cuerpo"* (MR 197,3), *"faltos de educación"* (MR 193,3), *"aparentan no tener otra inclinación que la de dar contento a sus pasiones y sentidos, o complacer a la naturaleza"* (MR 203,2). Con frecuencia hay que empezar el proceso de educación de la fe *"arrancándolos del pecado"*, *"haciendo que renuncien a su vida pasada"* (MR 198,2), *"alejándolos de las malas compañías"* (MD 56,2), liberándolos de los malos hábitos (MR 203,2). No se trata de una concepción abstracta del pecado, sino de una esclavitud real en el contexto sociológico en que vive el niño, que impide incluso su crecimiento humano y su madurez personal, no sólo su vida de hijo de Dios.

"Efectivamente, puede decirse con razón que, si el niño se acostumbra al pecado, pierde hasta cierto punto la libertad, y se hace a sí mismo cautivo e infeliz, según aquello que enseña Jesucristo: Quien comete el pecado es esclavo del pecado." (MR 203,2).

Pero no se trata sólo de evitar lo malo; hay que acostumbrarles al bien dándoles medios para que lo practiquen con facilidad:

"Es obligación vuestra proceder de tal modo con ellos que, a semejanza de lo realizado con vosotros por los ángeles custodios, los determinéis a practicar las máximas del santo Evangelio, y les propongáis, para conseguirlo, medios fáciles y convenientes a sus años; de modo que, acostumbrados insensiblemente a ello en la infancia, puedan en edad más avanzada seguir practicándolas sin excesivo esfuerzo y como en virtud de cierto hábito." (MR 197,2).

El medio en que más insiste La Salle para dinamizar esta parte del itinerario cristiano es la vigilancia, sobre todo la vigilancia preventiva. La Guía le dedica un amplio espacio. Y en las Meditaciones vuelve con frecuencia sobre ella:

"Sean, por consiguiente, vuestro primer cuidado y el primer fruto de vuestra diligencia en el empleo, velar de continuo sobre ellos para impedirles realizar acción alguna que sea, no ya mala, pero ni siquiera indecorosa en mínimo grado; de modo que se abstengan de cuanto presente la menor apariencia de culpa." (MR 194,2).

Pero su principal insistencia va dirigida al interior de los muchachos, para formar cristianos lúcidos, que obren por convicción, que descubran la relación existente entre su fe y la conducta que deben practicar (cfr. MR 198,3). Por eso el Hermano ha de pedir a Dios con frecuencia *"el don de mover los corazones"*: *"es ésta la gracia de vuestro estado"* (MF 81,2).

"Conmover los corazones": ésta y otras expresiones muy semejantes en boca de La Salle revelan su preocupación por interiorizar el proceso de fe, de forma que no se reduzca a un inductivismo, ni a un adiestramiento, sino que llegue a *"formar a Jesucristo en el corazón de los niños que tenéis encomendados a vuestra solicitud, y comunicarles el espíritu de Dios"* (MF 80,2).

El objetivo inmediato del proceso educativo que La Salle va estructurando es *"enseñarles a vivir bien"*, según dirá la Regla (1.3). Este "vivir bien" se traduce en *"vivir según el espíritu del cristianismo"* (MR 200,2) sin dicotomías entre fe y vida. Así lo expresa en el prólogo a las *Reglas de Cortesía y Urbanidad cristianas*:

"Sorprende que la mayor parte de los cristianos consideren el decoro y el civismo cualidades puramente humanas y mundanas, y que no traten de levantar un poco más su espíritu a la consideración de que se trata de una virtud que se refiere a Dios, al prójimo y a nosotros mismos. Esto pone de manifiesto el escaso cristianismo que hay en el mundo y qué pocas personas viven en él sin conducirse por el Espíritu de Jesucristo.

Y sin embargo, sólo este Espíritu debe animar todas nuestras acciones para hacerlas agradables a Dios; y es una obligación sobre la cual nos advierte San

Pablo al señalar en la persona de los primeros cristianos que, puesto que debemos vivir por el Espíritu de Jesucristo, debemos conducirnos en todo por el mismo Espíritu".

La *iniciación cristiana* implica el conocimiento serio del mensaje cristiano. Es la "instrucción" de que tantas veces habla La Salle. Así urge su necesidad en el prólogo a su obra *Los Deberes del Cristiano* (I):

"Pertener a una profesión sin conocerla, ignorar incluso el nombre que se lleva, a qué obliga y cuáles son los deberes esenciales de tal estado, esto va contra el buen sentido y la recta razón; y sin embargo es lo más frecuente en la mayoría de los cristianos; son cristianos sin saber por qué lo son, porque pocos se toman el cuidado de instruirse sobre lo que les conviene hacer para vivir bien en esta profesión. Este es el motivo por el que, formado el designio de formar al cristiano y de darle los medios para vivir según su estado y del nombre que lleva, se ha juzgado necesario darle a conocer primero qué es la Religión cristiana".

El proceso alcanza su culmen con estas dos dimensiones:

1ª Introduciendo a los muchachos en la vida de la Iglesia El modelo que pone La Salle es, nada menos, que la Comunidad original, de los Hechos de los Apóstoles (cfr. MR 200,2):

"Tened en cuenta que, pues debéis trabajar mediante el empleo en edificar la Iglesia sobre los cimientos echados por los santos Apóstoles, instruyendo a los niños que Dios ha encomendado a vuestros desvelos, de modo que formen parte de la estructura del edificio, es necesario que lo ejerzáis como desempeñaron los Apóstoles su ministerio" (MR 200,1).

2ª Llegando a la identidad cristiana plena, es decir, a la identificación con Cristo, actuando unidos a Jesús:

"Debéis apremiarlos a que unan todas sus acciones a las de Jesucristo nuestro Señor..." (MR 195,1).

► ...Y optando decididamente por el Reino de Dios:

"Ponderad con frecuencia interiormente cuál es fin de vuestra vocación, y que ello os urja a trabajar por el establecimiento y consolidación del Reino de Dios en los corazones de los alumnos. ¿Pensáis en que uno de los mejores medios para procurar esta ventura es conseguir, en primer término, que reine Dios de tal modo en los alumnos que ya no se dé en ellos acción ni impulso alguno que no proceda más que de Dios?" (MD 67,1).

► No hay límites para esta identificación con Cristo:

"Procurad, pues, que piensen con frecuencia en Jesús, su bueno y único Dueño; que hablen a menudo de Jesús; que no aspiren sino a Jesús, ni respiren sino por Jesús" (MF 102,2).

3.4 LAS RAÍCES DEL PROYECTO

Al tiempo que se va forjando este proyecto de evangelización, Juan Bautista percibe y señala las raíces de las que aquél se alimenta. Las describe en las 16 Meditaciones sobre el ministerio de la escuela. Nos referiremos aquí a la primera de ellas.

Animado por el espíritu de fe, pero al mismo tiempo con un profundo sentido realista, Juan Bautista contempla, de una parte, la bondad de Dios, que *"quiere que todos los hombres se salven"*; de otra, las necesidades que le rodean, de *"los hijos de los artesanos y de los pobres"*, que están alejados de la salvación.

En esta doble contemplación descubre a Dios presente y activo en la aventura que están viviendo. Haciendo memoria de cómo se ha desarrollado su propio compromiso, Juan Bautista se remonta a la Providencia de Dios, quien lo ha ido guiando por acontecimientos imprevistos, hasta hacerle tomar las riendas de las escuelas. Constata cómo su camino ha cambiado desde que Dios tocó su corazón para convertirlo a los pobres y encuentra reflejada esta experiencia en las palabras de Pablo que, a su vez, narra lo que ha sido su propia vocación (cf 2Cor 3-4):

"Dios que difunde la fragancia de su doctrina en todo el mundo por el ministerio de los hombres, y que ordenó: 'Brote la luz del seno de las tinieblas' es el que, por Sí, ha iluminado los corazones de quienes El eligió para anunciar su palabra a los niños, con el fin de que puedan iluminarlos descubriéndoles la gloria de Dios".

Leyendo lo que está sucediendo en la obra de las escuelas, Juan Bautista se empeña en aproximarse a la fuente:

"Es Dios tan bueno que, una vez creados por El los hombres, desea que todos lleguen al conocimiento de la verdad".

La escuela está dentro de ese plan de Dios. Es El quien tiene la iniciativa de esta aventura. Al descubrir las raíces de nuestra identidad, la reacción no es quedarse pasivamente complacido, sino asumir la exigencia que entraña el ser instrumento del plan de Dios:

"Ya, pues, que 'en su misericordia, os ha encomendado Dios tal ministerio, no adulteréis su palabra; antes bien, granjeaos en su acatamiento la gloria de descubrir la verdad' a los que tenéis cargo de instruir; y poned en ello toda diligencia al dirigirles vuestras enseñanzas, considerándoos en ese particular como ministros de Dios y los dispensadores de sus misterios".

A la misma conclusión llega, partiendo de la realidad en que se encuentran los pobres: sus padres no pueden cumplir uno de sus deberes más graves: *"el de educar cristianamente a los hijos y enseñarles la religión"*. Una mirada de fe a lo que está pasando le hace concluir a La Salle que Dios ha previsto en su plan el remedio a tal necesidad, y que ese remedio somos nosotros, los educadores cristianos.

"Corresponde, pues, a la providencia de Dios, y a su desvelo en el cuidado de los hombres, colocar en lugar de padres y madres a personas debidamente ilustradas y celosas para transmitir a los niños el conocimiento de Dios y de sus misterios, y que pongan toda la diligencia y toda la aplicación posibles, 'según la gracia de Jesucristo que Dios les otorga, para asentar, cual peritos arquitectos, las bases' de la religión y de la piedad cristiana en el corazón de esos niños; muchos de los cuales quedarían desamparados".

Una vez desvelada nuestra identidad, hay que tomar conciencia de la responsabilidad que implica, pues para ello nos ha proporcionado Dios unos dones que es necesario descubrir y hacer fructificar en provecho del ministerio:

"Vosotros, pues, llamados por Dios para tal ministerio, 'ejercitad, según la gracia que recibisteis, el don de instruir, enseñando, y de exhortar, impeliendo a los confiados a vuestra custodia, y guiándolos con diligencia y vigilancia'. De este modo cumpliréis con ellos el principal de los deberes que tienen los padres y madres con sus hijos".

Pero La Salle descubre en la obra de las escuelas no sólo un medio de instrucción, aunque el objeto último de esta instrucción sea algo tan sublime como Dios mismo. Continuando con la lógica del plan de Dios, La Salle relaciona la obra de las escuelas con la finalidad de dicho plan:

"No sólo quiere Dios que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad; quiere también que todos se salven".

Y en esa lógica, el argumento que La Salle expone es atrevido y contundente:
"Mas no puede quererlo verdaderamente, si no les da medios para conseguirlo y, por tanto, si no proporciona maestros que contribuyan a la realización de tal propósito respecto de los niños".

La constatación gozosa a la que llega, refuerza su sentimiento de estar realizando la obra de Dios:

"Ese es, dice san Pablo, 'el campo que Dios cultiva y el edificio que El construye, y sois vosotros los elegidos por El para ayudarle en su tarea', anunciando a dichos niños el Evangelio de su Hijo y las verdades en él contenidas".

Una vez más, la responsabilidad no deja lugar para la simple complacencia:
"Por lo cual debéis honrar vuestro ministerio procurando salvar a algunos de ellos; y, pues Dios, según expresión del mismo Apóstol, os ha constituido ministros suyos para reconciliarlos con El, y os ha confiado a este fin la palabra de la reconciliación para con ellos, exhortadlos como si Dios los exhortara por medio de vosotros; ya que os ha destinado para 'anunciar a esas jóvenes plantas las verdades del Evangelio' y procurarles medios de salvación proporcionados a su capacidad".

Todavía, una vez puestas de manifiesto las raíces de la identidad de la escuela cristiana, La Salle quiere terminar la primera meditación recordando la exigencia de *fidelidad* a esa identidad descubierta. Somos instrumentos en la obra de Dios, pero instrumentos responsables, de cuya creatividad depende el éxito de aquélla:

"Sed fieles, por tanto, a este proceder para poder contribuir, en la proporción en que Dios os lo pida, a la salvación de aquellos que El os ha confiado".

En síntesis, esta lectura inicial que La Salle nos aporta en la primera meditación de MTR sobre la identidad de la escuela cristiana, puede condensarse así:

- ▲ La escuela cristiana es *obra de Dios* y surge por iniciativa suya.
- ▲ La escuela cristiana es un *instrumento de salvación*, y se inserta como tal en el plan de Dios sobre los hombres, la Historia de Salvación.
- ▲ Nosotros, los educadores cristianos, hemos sido elegidos por Dios para llevar adelante esa obra de salvación, como ministros suyos, como instrumentos responsables. La escuela cristiana es nuestro *lugar ministerial*.

III. EL ESPÍRITU

Un proceso de identificación con Cristo

La identificación con Cristo y su Misterio salvador es el corazón de la espiritualidad lasaliana. Sin latir con este corazón es imposible vivir en esa espiritualidad.

En sus escritos, La Salle nos presenta diversos niveles de profundidad en el proceso de identificación, que llevarían estos nombres: *imitación, seguimiento, conformidad, unión*. Y descubrimos con asombro que, según pasamos de un nivel a otro más profundo, aumenta también la frecuencia de uso en La Salle.

El paso de un nivel a otro no está delimitado; comprobamos, más bien, una continuidad, o mejor aún, una superposición o confluencia de niveles, que se implican mutuamente. Pero sí está claro que La Salle presenta, con todos esos niveles y matices, un *proceso* en el que la *"imitación de Cristo"* es el umbral para *entrar en el Misterio de Cristo*, y llegar, finalmente, a la *identificación con Cristo*.

Es un *proceso de interiorización* en el que La Salle nos va haciendo pasar de lo externo a lo interno, de los actos a las actitudes, de "hacer como" a "sentir como"; de una "conformidad externa" a una conformidad "con los sentimientos e intenciones"; de "imitarle" a "vivir su misterio"; de "seguirle" a "dejarse llevar por su Espíritu".

1. Los niveles del proceso.

1.1 "DISCIPULO E IMITADOR DE JESUCRISTO".

Entrar en un camino de conversión.

El primer paso hacia la identificación con Cristo es el de convertirse en discípulo suyo, lo cual lleva implícito el ser su imitador, pero La Salle prefiere explicitarlo; con ambos conceptos define lo que significa *"ser cristiano"*.

"Se da el nombre de cristiano a todos los que son de esta Religión, y este nombre viene de Cristo, y significa, Discípulo e Imitador de Jesucristo." (DA o,o,5)

En realidad, es en el hecho de imitar a Cristo donde se comprueba que uno es su discípulo, pues, si lo consideramos nuestro Maestro, *"debemos tratar de conformar nuestra vida con la suya, en lo que nos ha enseñado en su santo Evangelio"* (DC 42,13,11)

Una primera consecuencia se deriva enseguida de esta necesidad imperiosa de imitar a Cristo y aprender de El. Puesto que no se puede imitar lo que no se conoce, es necesario acercarse a la fuente esencial de dicho conocimiento, el Nuevo Testamento. La lectura asidua, especialmente de los Evangelios, será una *insistencia característica lasaliana* (cf MR 196; MF 159,1).

Desde el comienzo podemos decir que lo que La Salle está proponiendo en otros términos, con esa reiterada invitación a acercarnos al Evangelio para conocer a Cristo e imitarlo, es un proceso de "radicalidad evangélica", o una búsqueda incansable de la raíz de la vida cristiana, o adoptar la "conversión a Cristo" como dimensión de vida. Y esto, tanto se trate del "consagrado" -el Hermano- como del simple cristiano -los discípulos-, pues la causa de ello es el hecho común de ser cristianos.

Las expresiones lasalianas ponen de manifiesto frecuentemente ese afán de radicalidad, de no contentarse con el nivel ya logrado: "*¿Lo habéis dejado todo desde lo profundo del corazón?*" (MF 167,1). Lo mismo, respecto de los alumnos: "*Conforme enseña Jesucristo, animadlos a no darse por satisfechos con sólo hacer obras buenas...*" (MR 202,2). "*Que vayan creciendo en todo según Jesucristo*" (MR 205,3).

Este dinamismo "radicalizante" se condensa en fórmulas tan ricas como ésta: "*Que todas nuestras acciones se refieran a Cristo y tiendan a El, como a su centro, y saquen toda su virtud de El...*" (EM 34).

No es sólo un camino: vamos tras una Persona.

La imitación de Jesucristo es una actividad humana, eminentemente ascética; exige la voluntad y el esfuerzo continuado: "*Estoy resuelto a seguiros, ¡oh amable Salvador mío!, por más que me cueste*" (EM 192e). La Salle no oculta este aspecto mortificante del seguimiento del Maestro. Más bien tiende a resaltarlo, como tendremos ocasión de ver.

Pero tal imitación no la entiende La Salle como un fin en sí mismo ni como un ejercicio mecánico o voluntarista donde el "modelo" imitado queda fuera de nosotros mismos. Al contrario, resalta el carácter personalizante, referido al seguimiento de Alguien, no de algo. De tal manera que hemos de contar con la ayuda del "modelo" para poder imitarlo; una ayuda interna, en forma de gracia, pues es el propio "modelo" quien suscita y lleva a cabo en nosotros la imitación.

La Salle es reacio a utilizar la palabra "modelo" en referencia a Cristo, huyendo, tal vez, del carácter estático de la expresión. "El ejemplo" de Cristo, "Maestro" y "Salvador", subraya mejor el dinamismo que origina la invitación de quien va delante de nosotros para que nosotros le sigamos: "*Jesucristo nos enseñó, con su ejemplo y con sus palabras, la práctica de las virtudes, como cosas necesarias a la salvación, y por eso dijo que El es el camino*" (EM 249).

Consciente de esta dependencia nos invita a pedir la gracia de la imitación para mejor seguir a Cristo: "*Concededme la gracia que me habéis merecido en este misterio de imitaros*" (EM 192g). "*...La gracia de ir en pos de vos y de seguir vuestras pisadas*" (EM 192d).

Para participar en su misión.

Donde queda, con mayor evidencia, la imitación de Jesucristo como manifestación de seguimiento es al relacionarla con su finalidad principal: la misión. Estamos llamados a imitar a Cristo para poder participar en la misión que el Padre le ha confiado. Nótese bien que esta finalidad no la atribuye La Salle sólo a los Hermanos, sino a todos los cristianos. Así pues, escribe en su catecismo, entre "*las virtudes que debemos imitar particularmente de Jesucristo*" están "*el celo que siempre ha tenido por la salvación de las almas*" (DC 42,13,12).

Esta misión de salvación en que participamos hay que llevarla a cabo de la misma forma que Jesucristo, es decir, siendo fieles a la voluntad del Padre. Por ello, "*debemos renunciar a la propia voluntad, porque Jesucristo, desde el instante de su concepción, renunció a la suya, aunque santísima e incapaz de desorden; por lo cual dijo: 'Descendí del cielo no para hacer mi voluntad'...*" (R 13,13,1 citando Hb 10,7).

Lo que es válido para todo cristiano se especifica en el Hermano en razón de su ministerio. Este constituye un motivo de primer orden para esforzarse más, si cabe, en aquilatar la imitación y el seguimiento de Cristo: "*No os aficionéis sino a Jesucristo, a su doctrina y a sus santas máximas; ya que El os ha honrado escogiéndoos, con preferencia a tantos otros, para anunciarlas a los niños, sus predilectos*" (MF 167,2).

Pero la imitación motivada por el ministerio abarca todo aquello referido a la finalidad, la misión; por eso el Hermano -el educador cristiano- habrá de hacer como los Apóstoles, *"acomodar su conducta en todo a la de Jesucristo, cuando intentaran ganar las almas para Dios. Eso mismo habéis de hacer vosotros, a quienes El eligió entre tantos para ser sus cooperadores en la salvación de las almas. Al leer su Evangelio, debéis reparar en el modo y en los medios de que El se sirvió para mover a sus discípulos a practicar las verdades evangélicas..."* (MR 196,2)

Es Él quien nos eligió primero.

El texto anterior (y toda la meditación 196) nos permite avanzar más aún en la comprensión de la "imitación de Jesucristo" en la línea del seguimiento y hacia la identificación con El: Imitamos a quien, previamente, nos eligió y nos ha hecho cooperadores suyos. Por ello, al imitarle, lejos de evocar un simple recuerdo, estamos prolongando y actualizando a Cristo mismo, que sigue salvando a los hombres. Es El quien nos hace sus imágenes, sus ministros: *"Jesucristo mismo es quien desea que los discípulos os miren como le mirarían a El..."* (MR 195,2). Y por tanto, El es el único que puede vitalizar nuestra acción: *"Todos vuestros afanes en bien de los niños que os están confiados resultarían estériles si el propio Jesucristo no les comunicara la virtud, la fuerza y la eficacia que requieren para ser de provecho"* (MR 195,3).

Esta conciencia instrumental que La Salle profundiza en sus MR dilata enormemente el concepto de "imitación" para darle un nuevo horizonte: el del Misterio de Cristo. Imitando a Cristo, unidos a El en su misión, somos introducidos en su Misterio.

Al mismo tiempo, lo que queda en este horizonte de la imitación no son los actos externos, sino las actitudes de Cristo, sus disposiciones interiores. La Salle nos invita a que las asumamos para así *"comenzar, continuar y hacer nuestra acción en unión a Nuestro Señor"* (R 126).

1.2 "EN CONFORMIDAD CON SUS MIRAS E INTENCIONES".

Una inspiración motivadora de nuestra obrar.

La dimensión de interioridad está presente en la imitación de Cristo desde el comienzo, pero La Salle la propone de una forma explícita, como objetivo inmediato: la imitación de Cristo va buscando la conformidad con El, en un nivel cada vez más profundo de identificación. Es un paso reversible, como tendremos ocasión de subrayar: la conformidad con Cristo a un nivel interno nos mueve a imitarlo externamente en su conducta.

Sobre esta *inspiración motivacional* construye La Salle la introducción a *Reglas de Cortesía...*, y la establece, por tanto, como principio regulador de toda la conducta cristiana, incluso de la cortesía social; pues, afirma basándose en san Pablo (Fil 4,8), que *"no puede haber acto alguno que no esté inspirado por motivos puramente cristianos"*. Por eso, cuando los padres y madres, los maestros y maestras, educan a los niños, han de proponerles, dice La Salle, motivos *"que miren a la gloria de Dios y a la salvación"*, o *"por respeto a la presencia de Dios..."*, o porque sus prójimos son *"miembros vivos de Jesucristo y templos vivos y animados de su espíritu"*. Estas *"miras"* y *"motivos"*, además de *"santificar todas sus acciones"*, son las que *"permiten discernir como se debe la cortesía y urbanidad cristianas de las que son puramente mundanas y casi paganas"*. Desde esta inspiración cristiana podrán *"vivir así como cristianos auténticos, con modales exteriores conformes a los de Jesucristo y a los que exige su profesión..."* (RB 0,0,5s).

La propuesta se mantiene en el mismo sentido cuando se dirige a los maestros, en MR, y les dice que *"para desempeñar debidamente el ministerio, no os bastará ejercer con los niños vuestras funciones conformándoos únicamente al proceder externo de Jesucristo"... "si, de igual modo, no hicierais vuestros sus designios e intenciones"* (MR 196,3).

La preocupación por llegar a la interioridad, a la conformidad interna con Jesucristo, se acrecienta en la Explicación del Método de Oración, donde se solicita como una gracia divina. Los diversos actos que desarrollan el Método vuelven una y otra vez sobre esta inspiración. Véase, como muestra, el ejemplo de *"Acto de Unión a Nuestro Señor"*, con motivo de la oración sobre una virtud, en este caso la humildad de Jesucristo: *"Que la unción de vuestra santa gracia me enseñe a ser humilde de corazón, y a practicar la humildad no sólo en lo exterior como las personas del mundo por política, sino con miras de fe, en unión con vuestro espíritu, en conformidad con vuestras disposiciones y a imitación vuestra"* (EM 285b).

La conformidad interior con Jesucristo, manifestada en la conducta externa, nos remite más adentro aún: a la participación en *"el espíritu de los misterios"* (EM 178-180). Se crea así un flujo y reflujo que señala el dinamismo propio del seguimiento de Cristo: del *espíritu* a las *actitudes* para llegar a los *actos externos*, y éstos nos remiten de nuevo al espíritu que debe animarlos (cf. RB, introducción).

La conformidad con el Crucificado.

La conformidad interior con Cristo tiene una dirección clara en los escritos lasalianos: su *Misterio Pascual*. En este camino hacia el Misterio Pascual, La Salle hace especial hincapié en el Cristo sufriente, en la Cruz; y deja claro que es precisamente esta faceta la que más nos puede asemejar a El: *"Nadie es cristiano sino en la proporción en que se asemeja al Salvador, y aquello que nos hace semejantes a El es el amor de los padecimientos y de la mortificación"* (MF 176,3).

Son extremadamente abundantes e insistentes las referencias lasalianas a la mortificación, la penitencia, la participación en los sufrimientos de Cristo. Sin embargo, esta visión aparentemente pesimista de La Salle queda subsanada al advertir el carácter de proceso en que se sitúan todas sus apreciaciones: *el paso del Hombre Viejo al Hombre Nuevo*. Es un proceso de *purificación*, de muerte para la vida. No hay masoquismo sino búsqueda de la Vida nueva que ofrece Cristo Resucitado, el mismo que murió en la Cruz.

El proceso estimula la renuncia al pecado, a fin de *"vivir para la justicia"* (MD 28,2). Jesucristo es la motivación, y no nuestra propia perfección: *"Nosotros, que nacimos en pecado y hemos vivido en el pecado, tendamos a hacernos conformes a Jesucristo y a padecer con El durante la vida, si aspiramos a tenerle por Cabeza, a contar entre sus miembros y a extinguir el pecado en nosotros..."* (MF 152,1).

El proceso acentúa, no tanto la voluntad personal de avanzar, por imprescindible que ella sea, cuanto la contemplación de Jesús en su propio proceso de anonadamiento (cf. MF 112,2), la gracia que El nos ha merecido. En la meditación del Sábado Santo, ante las llagas del Crucificado, La Salle nos invita místicamente a *"meter la mano en la herida del costado"... "para penetrar, si es posible, hasta el Corazón de Jesús, y transfundir de él al vuestro los sentimientos de la paciencia verdaderamente cristiana, de entera resignación, de la perfecta conformidad con la voluntad divina..."* (MD 28,3).

En definitiva, el proceso nos lleva a la conformidad con el Salvador. La imagen más representativa del Salvador, en toda espiritualidad cristiana, es *el Crucificado*. Para que Dios nos pueda enviar como *Salvadores*, para que los pobres nos puedan reconocer como tales (cf. MF 86,3), hemos de hacernos conformes al Crucificado: *"Pongamos toda nuestra gloria,*

como san Pablo, en llevar en nuestros cuerpos las señales sagradas de los padecimientos de Jesús; a fin de hacernos conformes a Jesucristo crucificado, y honrar su santa Cruz... Nunca pareceremos mejor sus siervos, amigos e imitadores que imprimiendo en nosotros el sello de su santa Cruz y soportando aflicciones semejantes a las suyas" (MF 165,3).

La luz viene de la Resurrección.

El trasfondo de todo este proceso, no sólo el final, está iluminado por la Resurrección de Cristo, la cual, dice La Salle, no sólo es *"gloriosa para Jesucristo"* sino también *"útil para nosotros porque es la prenda segura de nuestra resurrección"* y *"porque por ella acabó con el pecado"*. Si Jesucristo resucitó es *"con el fin de que vivamos vida nueva"*. La exigencia inmediata es dolorosa: *"Clavad ese cuerpo con todas sus aficiones desordenadas, a la Cruz de Jesucristo"*; pero está suficientemente aliviada por la promesa de Cristo, que *"nos conforma"* a El en su Resurrección: *"El lo hará de antemano partícipe de la incorruptibilidad del suyo, preservándolo del pecado..."*.

Así pues, este proceso de anonadamiento para conformarse con Cristo, se revela, en la perspectiva de La Salle, como un esperanzado e ilusionado proceso de resurrección: *"La Resurrección de Jesucristo debe procuraros también la ventura de resucitar espiritualmente,... impulsándoos a emprender vida del todo nueva y celestial... Mortificad vuestros cuerpos terrenales...; despojaos del hombre viejo y vestíos del nuevo"* (MD 29,3).

En el contexto de nuestro ministerio.

El proceso de conformidad con Cristo, al que nos acabamos de referir, corre el riesgo de una lectura desencarnada del Evangelio, una especie de transposición anacrónica de la Pasión de Cristo, si lo separamos del contexto en que lo sitúa La Salle: el interior del ministerio del Hermano. En él y gracias a él es como el Hermano alcanza su conformidad interna con Cristo.

Desde su propia experiencia de vida, La Salle ilumina la del Hermano al leer en la fe lo que, de hecho, les está sucediendo en su itinerario de éxodo hacia los pobres: es un itinerario donde son "perseguidos a causa de la justicia", donde sufren privaciones, escasez, ingratitud,... y donde han de estar en una continua salida de sí mismos para estar al servicio de los otros, en la Escuela y en la Comunidad.

En esa misión que realizan, *"establecidos por Dios como sucesores de los santos Apóstoles"...* *"teneos por felices y bien pagados cuando os sacien de oprobios o cuando padezcáis cualquier ultraje por amor de Jesucristo"*. Son precisamente estas molestias sufridas en el ministerio, *"las que os ayudan a morir a vosotros mismos"* (MF 145,3), y que podrán superar gracias al ejemplo y al amor de Cristo que les anima: *"Debemos permanecer victoriosos en medio de todos esos males, animados por el ejemplo de Aquel que nos amó hasta entregarse a la muerte por amor nuestro"* (MF 152,1).

1.3 VIVIR EL MISTERIO DE CRISTO.

El ideal místico de la unión con Cristo...

Imitación de Cristo y conformidad interior con El nos llevan como de la mano, en la enseñanza espiritual de La Salle, a una nueva perspectiva del seguimiento de Cristo, que se filtraba ya con toda claridad en los dos primeros niveles: *la participación y la vivencia del Misterio de Cristo*.

En esta nueva cima de nuestro itinerario, resuena como un eco constante la frase de san Pablo, tan querida a la Escuela Francesa de espiritualidad: *"Ya no soy yo quien vivo, es*

Cristo quien vive en mí" (Gál 2,20). Ella sintetiza perfectamente el ideal que, según La Salle, debe orientar nuestra vida cristiana, como también nuestro ministerio educador.

Desde el primer momento del seguimiento de Cristo, cuando parece que estamos en pleno esfuerzo ascético de conversión, se propone ya *el ideal místico de la unión con Cristo* como tendencia que debe caracterizar a todo cristiano, no sólo a los religiosos. Así lo expresa La Salle en el libro escrito para los escolares, *"Instrucciones y Oraciones para la Santa Misa, la Confesión y la Comunión..."*: *"...Trocad, pues, en mí, divino Jesús, esta vida natural que sólo busca sus comodidades (...) de modo que, no viviendo ya sino de la vida que me habréis comunicado, pueda yo decir en realidad de verdad, que no vivo de mi propia vida, sino que Vos vivís en mí"* (I 6,24,2).

Y en la Explicación del Método, esta unión con Cristo se la sitúa al más alto nivel, siguiendo a Jn 17, al compararla con la unión de Cristo y el Padre: *"Estabais en vuestro Padre y vuestro Padre en Vos (...) Haced que yo permanezca en Vos y Vos en mí"* (EM 169a.f).

...Vivido en el ministerio.

No hay ningún salto cualitativo cuando se trata de trasladar esa experiencia mística de la vida cristiana al campo ministerial de la misión educativa: cuando La Salle utiliza las expresiones *"Ministros de Jesucristo"*, *"embajadores y representantes de Jesucristo"*, que aplica a los Hermanos y, por extensión, a los educadores cristianos, está empleando la misma clave de lectura, que le permite ver en el educador un "sacramento" de Cristo para los niños pobres y abandonados. Estos tendrán la experiencia de ser amados por Cristo, servidos, enseñados y salvados por El, a través de la persona del educador: *"Jesucristo mismo es quien desea que los discípulos os miren como le mirarían a El..."* (MR 195,2).

...Desde la oración.

Pero esta "sacramentalidad" no es "automática". Depende, por un lado, de la unión interna que el educador guarde con Cristo, y que ha de conseguir en la oración: *"Si queréis salir airosos en vuestro ministerio, debéis, pues, aplicaros mucho a la oración (...) Al ver Jesucristo que le miráis a El, en vuestro empleo, como quien todo lo puede, y a vosotros, como instrumentos que no han de moverse sino por El, no dejará de concederos cuanto le pidáis"* (MR 196,1).

Por otro lado, esa sacramentalidad le exige al educador su propia identificación con la finalidad que Cristo se propuso en su misión, y tener *"intenciones purísimas en el empleo, semejantes a las de Jesucristo"* (MR 196,3). Estableciendo un claro paralelismo y equivalencia, La Salle invita a proponerse como único fin, en calidad de *ministros de Jesucristo*, *"el amor y la gloria de Dios"* y *"procurar la salvación de las almas"* (MR 201,2.3). Lo mismo que el Hijo de Dios al venir al mundo, el Hermano ha de proponerse *"acabar con el pecado"* (MR 202,1) y comunicar la vida a sus alumnos, pudiendo decir *"lo que Jesucristo decía de las ovejas de las que es pastor... 'Yo he venido para que tengan vida y la tengan con más abundancia'"* (MR 201,3).

...En la comunión de la Iglesia.

El Misterio de Cristo es también el Misterio de la Iglesia, su Cuerpo Místico. La experiencia del Misterio de Cristo conduce invariablemente a experimentar el Misterio de la Iglesia. El ministerio del Hermano proviene, a la vez, *"de Jesucristo y de su Iglesia"* (MR 201,2), lo cual es otro motivo para *"proceder en (su) estado con celo ardiente"*: *"Es necesario también que 'hagáis patente a la Iglesia la calidad del amor que le profesáis', y*

que le deis pruebas de vuestro celo; pues sólo por ella -que es el Cuerpo de Jesucristo- trabajáis..." (MR 201,2).

El seguimiento de Cristo en la enseñanza espiritual de La Salle, queda, pues, marcado con una fuerte impronta eclesial que garantiza esa dimensión en el ministerio del educador lasaliano. Este, como sacramento de Cristo ante la Iglesia, ha de proceder así: *"Que vuestro celo dé muestras sensibles de que amáis a quienes Dios os tiene encomendados 'como Jesucristo amó a su Iglesia'" (MR 201,2).*

Compartiendo el celo de la Iglesia *"por la santificación de sus hijos"*, el educador contribuye a *"hacerlos entrar verdaderamente en la estructura de ese edificio"* que es la Iglesia (MR 201,2), a *"edificar por ellos el cuerpo de Jesucristo, y hacerlos santos y perfectos"* (MR 198,3).

De la importancia que La Salle atribuye a esta dimensión eclesiológica de nuestro ministerio da fe el juicio escatológico de Dios, al que, según La Salle, ha de dar cuenta el educador *"ante el tribunal de Jesucristo"...* de lo que haya hecho, en cuanto *"ministro de Dios y dispensador de sus misterios con los niños"* (MR 205,1).

▸ Afirma primeramente la responsabilidad del educador de la fe en la construcción de la Iglesia: *"Al encargarnos Jesucristo de instruir a los niños y de educarlos en la piedad, os encomendó el cuidado de edificar su cuerpo, que es la Iglesia; y al mismo tiempo, os obligó a contribuir, en cuanto os fuere posible, a santificarla y purificarla con la palabra de vida..."*.

▸ El motivo alude a la identificación del Misterio de Cristo y el de la Iglesia: *"De todo eso quiere Dios que le deis cuenta exacta cuando os la exija, por tratarse de diligencia que El toma sumamente a pechos; pues, tanto amó a su Iglesia, que por ella se entregó a sí mismo"*.

▸ Finalmente, aplica el Misterio a los niños, desde la doble perspectiva, cristológica y eclesiológica; al educador le corresponde introducirlos en dicho Misterio -ese es el objetivo de la "Iniciación Cristiana": *"...Es también deseo del Señor que os comprometáis de tal modo a hacerlos santos, que alcancen todos el estado de varón perfecto y la plenitud de Jesucristo (...) Que vayan creciendo en todo según Jesucristo, el cual es su cabeza, por quien todo el cuerpo de la Iglesia tiene su estructura y conexión; a fin de que estén siempre de tal modo unidos con ella y en ella que (...) tengan parte en las promesas de Dios por Jesucristo"* (MR 205,3).

Como la vid y los sarmientos.

La imagen joánica de la Vid y los sarmientos es retomada por La Salle para expresar nuestra unión con Cristo. Hemos de resaltar el contexto eclesial en el que utiliza esta alegoría evangélica en la Explicación del Método: La Salle comenta el *"segundo modo de ponerse en la santa presencia de Dios en el lugar en que uno está: Considerando a Cristo Nuestro Señor en medio de los que están reunidos en su nombre"*. En este marco comunitario se refiere a los frutos que dicho modo puede producir, y resalta el dinamismo místico que la oración provoca en la vida: *"un movimiento continuo de nuestras acciones a Cristo y de Cristo a nosotros"*. *"Que todas nuestras acciones se refieran a Cristo y tiendan a El, como a su centro, y saquen toda su virtud de El, como los sarmientos sacan su savia de la cepa..."*. El segundo fruto, siempre con la imagen de la vid como fondo, ahonda en el misterio de comunión que se da entre Cristo y nosotros, causa del fruto que podamos producir: *"Jesucristo es quien obra en nosotros, porque permanece en nosotros y nosotros permanecemos en El, gracias a lo cual producimos mucho fruto"* (EM 34-35).

Lo que estaba implícito en la Explicación del Método, La Salle lo aplica explícitamente a nuestro ministerio en MR: la eficacia de nuestra labor con los niños dependerá de *"la virtud, la fuerza y la eficacia"* que Jesucristo ha de comunicarle, pues *"todo el fruto que podáis*

producir mediante el empleo en quienes os están confiados, sólo será verdadero y eficaz en la proporción en que Jesucristo lo bendiga y vosotros moréis en El: igual que el sarmiento..." (MR 195,3).

Unidos a Cristo en su consagración al Padre.

La participación en el Misterio de Cristo llega a su culmen al unirse en su Consagración al Padre. La Salle, siguiendo una acentuación de la Escuela Francesa -que procede, a su vez, de las cartas paulinas y Hebreos-, vuelve repetidamente sobre el aspecto sacrificial de la Redención efectuada por Cristo y la resonancia que ha de tener en nuestra vida. A través de dos textos bíblicos de san Pablo (Flp 2,5-11) y de la Carta a los Hebreos respectivamente, presenta el dinamismo sacrificial de Cristo, que *"se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte de cruz"*, y que *"ofrecido como víctima inmaculada"* ha sido *"exaltado en la gloria"* y se ha convertido en *"mediador de la Nueva Alianza"* (obsérvese que el doble movimiento descendente-ascendente tiene una orientación esencialmente positiva).

En la meditación para la Vigilia de la Ascensión, partiendo de Jn 17, La Salle compara la consagración de Cristo al Padre con la del Hermano: Jesús se consagra por sus discípulos, para que éstos sean santificados en la verdad, y puedan *"contribuir a la santificación de los otros"*. *"Con ese fin se ofrece al Padre y quiere sacrificarse por la muerte que va a padecer en la cruz"*. De la misma forma, el Hermano ha de santificarse por sus alumnos: *"Ya que fuisteis elegidos para procurar en vuestro estado la santificación de los alumnos, tenéis que ser santos vosotros con santidad no común..."* (MD 39,2).

La unión de nuestras acciones con las de Cristo es lo que hace que sean santas y agradables a Dios, al incluirse en la ofrenda que Jesús ha hecho de sí mismo al Padre. Es un don y al mismo tiempo una exigencia para todos. La Salle lo recuerda a los educadores respecto de los niños de los que están encargados: *"Como tenéis la obligación de ayudar a que se salven vuestros discípulos, debéis apremiarlos a que unan todas sus acciones a las de Jesucristo Nuestro Señor; a fin de que puedan ser gratas a Dios y trocarse para ellos en medios de salvación eterna, al ser santificados por los méritos y la unción de Jesucristo"* (MR 195,1).

Como el pastor da la vida por sus ovejas.

Pero la ofrenda de Jesús al Padre llega hasta el sacrificio de su propia vida. El Hermano, sacramento de Cristo en su ministerio, ha de ser consciente del alcance de su consagración en Cristo: *"El celo ardiente de salvar las almas de los que tenéis que instruir, es lo que ha debido moveros a sacrificaros, y a consumir toda vuestra vida para darles educación cristiana, y procurarles la vida de la gracia en este mundo, y la vida eterna en el otro"* (MR 201,3).

Así, como el pastor, dispuesto a dar la vida por sus ovejas, el Hermano alcanza su unión con Cristo en esta disposición final a la que le conduce su ministerio: *"...Desempeñando el oficio con caridad y celo sincero y verdadero, sobrellevando con mucha paciencia las molestias que en él hayáis de padecer, felices con ser despreciados por los hombres, y perseguidos, hasta dar la vida por Jesús, en el ejercicio del ministerio"* (MR 201,1; cf. MR 198,2; MF 135,2; 137,3).

El proceso de identificación con Cristo, según lo expresa La Salle, no termina aquí: hemos de completarlo en el *"TERCER NÚCLEO GENERADOR"*, al comprobar que, desde dentro del Misterio de Cristo, *es el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo, la Fuerza que nos atrae y nos impulsa hacia la unión con Cristo*. Sin esta perspectiva, que es la definitiva, quedaría truncada la visión lasaliana del seguimiento de Cristo.

2. Dinamismos para el seguimiento de Cristo.

Nada hay en la doctrina lasaliana que nos presente un seguimiento de Cristo distinto del que ha sido tradicional en toda la historia de la Iglesia. Incluso, los cuatro aspectos o "niveles" que hemos distinguido en el proceso de identificación con Cristo, los encontramos, de una forma o de otra, en cualquier escuela de espiritualidad cristiana. No podría ser de otra forma, y el hecho de que en La Salle se presenten tan manifiestos representa una garantía de fiabilidad en el camino que nos propone hacia el encuentro con Cristo.

A pesar de la anterior constatación, el seguimiento de Cristo presentado por La Salle tiene una personalidad propia, bien definida, con rasgos peculiares que son, no exclusivos, pero sí *significativos*.

La estructuración de esta "personalidad" lasaliana del seguimiento de Cristo se constituye en torno a un eje a modo de "columna dorsal": *el Ministerio del educador cristiano*. Y da lugar a ciertos "dinamismos". Esos dinamismos, escondidos frecuentemente en el ropaje cultural del siglo XVII, constituyen un auténtico reto para nosotros: nos recuerdan que no hay una forma neutra ni standard de seguir a Cristo, sino que hemos de hacerlo en nuestro propio itinerario, desde los carismas que Dios nos ha concedido, y en función del ministerio que representamos en la Iglesia.

En síntesis, la pedagogía lasaliana del seguimiento de Cristo podría resumirse así:

*LA CONVERSIÓN AL SEGUIMIENTO DE CRISTO
ES UNA "INVERSIÓN" CONTINUADA DE EXPECTATIVAS.*

La conversión, es decir, la transformación de la persona, el cambio de valores y de actitudes, la renovación permanente provocada por la radicalidad del Evangelio,... es algo inherente al seguimiento de Cristo, pues se trata, ni más ni menos, del paso del Hombre Viejo al Hombre Nuevo creado a imagen de Cristo.

Pero siempre está acechando la tentación de reducir el seguimiento a un acto inicial, un "gesto" de conversión que nos disculpa de la persistencia en el camino. La Salle, consciente de esta tendencia humana al estancamiento, promueve una tensión continua en la que invierte o retuerce nuestras expectativas más naturales; nos deja insatisfechos con el nivel alcanzado, al tiempo que nos empuja a dar el siguiente paso.

La interpelación que dirige a los Hermanos con motivo de la fiesta de san Mateo, y a partir del gesto del Apóstol -"*se levantó y lo siguió*" (Mt 9,9)-, expresa este dinamismo con energía: "*Habéis seguido vosotros a Jesucristo con la prontitud de san Mateo, quien a la primera palabra y al instante renunció a sus negocios, sin tener tiempo ni haberlo pedido para ponerlos en orden? ¿Cuántas veces, quizás, os ha tenido que llamar Jesucristo? ¿No habéis respondido a menudo con san Agustín: 'Mañana, mañana me convertiré'? ¿No lo decís aún ahora cada día? ¿Lo habéis dejado todo desde lo profundo del corazón?*" (MF 167,1).

El seguimiento se convierte fácilmente en un engaño existencial cuando, en la vida de cada día, el centro de cuanto hacemos no es Cristo sino nosotros mismos; cuando los valores del mundo tienen prioridad sobre los del Evangelio; cuando buscamos nuestra voluntad y nuestra gloria, en lugar de la voluntad y la gloria de Dios;... La Salle acostumbra a enfrentarnos con estos *pares dialécticos* que nos fuerzan a romper con el engaño y tomar opciones definidas en nuestra vida. A través de este desarrollo dialéctico se establece una *progresión cristocéntrica* que lleva consigo, por una parte, la exigencia de un *éxodo liberador* de nuestro propio egoísmo para entrar en la Obra de Dios; y, por otra parte, la garantía de

nuestra *encarnación entre los jóvenes*, sobre todo entre los pobres, en los cuales se hace histórico y real ese cristocentrismo.

Veamos, pues, algunas de las principales tensiones que promueven la conversión al seguimiento de Cristo "al modo lasaliano":

1ª. DE NUESTRO ESFUERZO, A LA ACCIÓN DE CRISTO EN NOSOTROS:

El proceso de identificación con Cristo, lejos de ser un fruto del esfuerzo humano, lo es de la acción que Cristo desarrolla en nosotros. Nuestro esfuerzo no puede faltar, pero será Cristo quien le dé eficacia y valor. Esa es la convicción que late en la oración de EM: "*Haced en mí de igual manera lo que queréis que yo haga*" (EM 169b). Son sus méritos los que hacen que nuestras acciones, incluso las más santas, puedan ser agradables a Dios, en virtud de nuestra unión con Cristo (cf. I 1,2,6).

Esta síntesis dialéctica aparece expresada vigorosamente y con abundancia en los escritos lasalianos. Resulta interesante, por ejemplo, la lectura comparada de las meditaciones 85, 22 y 45 (en este orden).

En las tres resalta, sobre todo, la progresión cristocéntrica, desde tres ópticas diferentes:

MF 85: "Para la Vigilia de la Natividad". Desde la óptica de la Encarnación de JC, el cual "*llama a la puerta de vuestro corazón para establecer en él su morada, sin que hayáis querido recibirle... Porque no se presenta sino en figura de pobre, de esclavo, de varón de dolores*".

MD 22: "Para el domingo de Ramos". Desde la óptica de la glorificación de Jesucristo, que viene a "*establecer su reinado en las almas*", y quiere que nos dispongamos "*a recibirle sin reservas como rey, entregándoos de todo en todo a su dirección...*"

MD 45: "Para el martes de Pentecostés". El Espíritu Santo continúa en nosotros la acción de Cristo, "*que no viene al alma sino para comunicarle la vida de la gracia o para moverla a obrar por la gracia*"; gracia que Jesús "*os mereció... al precio de tantos dolores*", y el Espíritu Santo "*con indecible bondad os la comunicó*".

Las tres ponen de manifiesto el papel fundamental que tiene la libertad humana en esta tensión dialéctica:

"*Si queréis que os resulte provechosa la venida de Jesucristo, es necesario que le dejéis señorearse de vuestro corazón...*"

"*Debéis darle en tributo vuestros impulsos interiores... tras acciones...*" "*...dejándole señorear sobre cada uno de vuestros impulsos interiores...*"

"*No os reduzcáis de nuevo al yugo de la servidumbre del pecado...*"

Las expresiones de tinte bélico (tomadas frecuentemente de san Pablo), subrayan el carácter dramático de la tensión, donde se conjuga el esfuerzo humano y la acción de Cristo:

"*Dispongamos de tal modo el corazón a recibirle, que gustoso establezca dentro El su residencia. Con esta intención, apliquémonos a desocuparle de todo lo profano y terrenal que en él haya: El hombre terreno, dice san Pablo, conversa gustoso de las cosas de la tierra, y no sabe hablar sino de*

"*Habéis de combatir a sus órdenes... Contra los enemigos de vuestra salvación...*" "*Es menester que Jesucristo triunfe, y vosotros triunféis con El.*" "*Es necesario que pueda El levantar un ejército, compuesto de las virtudes con que debéis adornar el alma...*" "*Es necesario que luchéis aguerridamente...*

"*La carne milita con sus apetitos contra el espíritu, y el espíritu contra la carne*" "*...Si mediante el espíritu -es decir, por el Espíritu de Dios que mora en vosotros- mortificáis las obras de la carne, viviréis*"

ellas; en cambio, el hombre utilizando las armas que os celestial, habla de las cosas del pone en las manos..."
cielo, y se sobrepone a todo."

Finalmente, la resolución de la tensión se orienta *hacia la unión con Cristo en el Espíritu*, como único protagonista de nuestra vida cristiana:

"Con este fin ha bajado a la tierra y quiere venir a nuestro corazón el Hijo de Dios: con el de hacernos partícipes de su naturaleza..."
"...Que podáis decir con verdad: *"Ese será el medio único de conseguir que pertenezcáis vosotros de todo en todo a Jesucristo". "Debéis... poner de manifiesto que os dejáis conducir por impulso del Espíritu de Dios."*

2ª. DE LA PREOCUPACIÓN POR NUESTRA MISERIA Y NUESTRO PECADO, A LA CONTEMPLACIÓN DE CRISTO SALVADOR EN SUS MISTERIOS.

Este progresivo descentramiento se aprecia convenientemente en la Explicación del Método: la sucesión de los actos que La Salle propone para ayuda de los principiantes, impiden que la mirada se quede centrada en el propio sujeto, y conducen, como de suyo, hacia el Misterio de Cristo. Incluso en *"los tres actos que se refieren a nosotros mismos"*, cuyo lenguaje está a todas luces recargado de pesimismo y desprecio hacia la naturaleza humana, sin embargo la mirada se alza hacia el Salvador, a su amor, a sus méritos, a sus ejemplos, al perdón que nos ofrece...

El mismo movimiento vemos en las meditaciones: aunque parezca cargar el acento en nuestra raíz de pecado, con frecuencia se nos revela como una forma de tomar impulso para lanzarnos hacia Cristo y apoyarnos con firmeza en su amor: *"Nosotros, que nacimos en pecado y hemos vivido en el pecado, tendamos a hacernos conformes a Jesucristo... Es, pues, necesario que,.... ni la tribulación, ni los disgustos, ni el hambre... puedan separarnos del amor de Jesucristo (...) que nos amó hasta entregarse a la muerte por amor nuestro"* (MF 152,1).

3ª. DE LA PENITENCIA PARA SER MÁS PERFECTOS, A LA UNIÓN CON CRISTO "PACIENTE", INSERTOS EN SU OBRA DE REDENCIÓN.

La insistencia lasaliana en la mortificación, en la huida de las comodidades, en negar las satisfacciones a los sentidos,... -aun cuando, en su forma, es ciertamente tributaria de determinadas concepciones antropológicas y teológicas hoy ya superadas-, no tiene por fin alcanzar la mayor perfección posible, sino suplir en nuestra carne *"lo que falta a la Pasión de Cristo"*. Lo que falta por cada uno de nosotros es *"la aceptación de su voluntad, la unión de sus padecimientos personales a los de Jesucristo en cuanto miembro suyo que padece en El y por El"* (MR 195,1).

Más allá de las expresiones culturales que hieren nuestra sensibilidad actual, es preciso reconocer que esa "avidez" por la mortificación que encontramos en La Salle, es común, no sólo a los ascetas clásicos, sino a los grandes místicos como santa Teresa, san Juan de la Cruz, san Francisco de Asís; y es también, para todos ellos, una forma de muerte, no por sí misma, sino para entrar en la Vida; la vida que Cristo nos ha merecido por su muerte; nuestra mortificación se convierte en testimonio de la vida de Cristo en nosotros: *"Daos trazas para no pasar día alguno sin mortificaros,... y eso por espíritu de religión y para dar testimonio de la que profesáis"* (MF 176,3).

De esta forma, el concepto lasaliano de penitencia nos introduce en otro movimiento descentrador, de nosotros hacia Cristo. Rompe el esquema dualista de "ascética y mística", y une los dos polos en una nueva tensión dinamizadora que nos sumerge en el Misterio de Cristo por la acción del Espíritu: *"Renuncio, pues, a mi espíritu, para entregarme y abandonarme enteramente a la dirección de vuestro Espíritu y de Vos mismo, de modo que, no obrando ya sino en Vos y por Vos, la penitencia que yo practique se haga vuestra, y que seáis Vos quien la practiquéis en mí"* (I 3,38,2).

4ª. RENUNCIAR AL MUNDO PARA ENTREGARME A CRISTO:

El mundo opuesto, por sus valores, al Reino de Dios, el mundo que odia a Cristo y a los suyos (Jn 15,18), el mundo que rechaza la Palabra de Cristo y los que la anuncian (Jn 17,14-16),... es otro motivo de tensión en el seguimiento de Cristo. Es el mundo que hemos dejado aparentemente, pero al que nos cuesta renunciar del todo, y es el mundo que se manifiesta dentro de nosotros mismos a través de nuestra naturaleza y nuestras inclinaciones más o menos opuestas al Evangelio. La Salle vuelve con frecuencia sobre estas realidades e insiste en la renuncia en vistas a la conformidad con Cristo: *"Vosotros dejasteis el mundo para seguir a Jesucristo en la soledad; poned, pues, todo vuestro empeño en entregaros a El sin reserva"* (MD 59,1).

No hay posibilidad de reconciliación; se trata de una alternativa clara: *"Comunicando con el mundo, se acaba admitiendo su espíritu y, como éste es opuesto al de Jesucristo, y ambos no pueden subsistir a un tiempo en la misma alma, se pierde a la fuerza el espíritu de Jesucristo al llenarse del espíritu mundano"* (MF 181,1).

Pero esta tensión de renuncia y seguimiento no es privativa de los Hermanos. Por el contrario, éstos han de introducirla en la educación que imparten a sus alumnos, sencillamente porque es propia de todo cristiano: *"Es necesario... que quienes recibieron misión de instruirlos pongan... particularmente su empeño en educarlos según el espíritu del cristianismo, que les dé la sabiduría de Dios,... que está en abierta oposición con el espíritu y la sabiduría del mundo, hacia la cual debe inspirárseles grande horror..."* (MR 194,2). En MR volverá repetidamente sobre este dinamismo de enfrentamiento a los valores del mundo y de opción por los de Cristo.

5ª. NO MI VOLUNTAD, MI OBRA, MI HONOR, SINO LA VOLUNTAD, LA OBRA, LA GLORIA DE DIOS.

"Que vuestra primera preocupación (sea) de estar siempre dispuestos (...) a sacrificar todo honor, salud y vida por la gloria y los intereses de Dios..." (R 15,1,2). La Salle asume este descentramiento radical que propone Jesús al que quiere ser su discípulo (*"...Olvídese de sí mismo..."* Mc 8,34-38). En las *Reglas que me he impuesto* refleja su experiencia de renuncia a sí mismo para buscar la voluntad y la gloria de Dios (cf RI 2.5.8.9...), e introduce a los Hermanos en el mismo dinamismo; pero cuida mucho de situarlo en el contexto de la identificación con Cristo: es Cristo el que cumple en nosotros la voluntad del Padre; es El quien realiza, por nosotros, la Obra del Padre: *"Y como el fin principal que Jesucristo persiguió en este mundo fue el cumplimiento de la voluntad del Padre,... quiere a su vez que vosotros, sus miembros y vasallos, viváis unidos a El en calidad de tales, y os propongáis el mismo fin que El se propuso, en todas vuestras acciones"* (MD 22,1).

Las meditaciones del comienzo de la Semana Santa, las que introducen, por tanto, en el misterio central de la Redención, vuelven repetidamente sobre la necesidad de implicarse en esta obra, con Cristo y en Cristo, a su modo: buscando y aceptando la voluntad del Padre: *"Esforzaos, a ejemplo de Jesucristo, vuestro divino Maestro, por no querer sino lo que Dios quiere, cuando lo quiere y según lo quiere"* (MD 24,1). *"Haceos en esto discípulos de Jesús, para no tener otra voluntad que la de Dios"* (MD 24,3).

Sin esta tensión purificadora de la propia intención, pronto quedaría corrompido el fruto de nuestro ministerio: *"Poneos en guardia contra toda mira humana en vuestro trato con los niños, y nunca os gloriéis de cuanto hagáis; pues ambas cosas son capaces de corromper todo lo bueno que hubiere en el ejercicio de vuestras funciones..."* (MR 196,3).

6ª. DE SER DISCÍPULO DE JESUCRISTO A SER SU APÓSTOL.

De la vivencia cristiana en privado, al ministerio eclesial. De un cómodo cristianismo para nuestro servicio y perfección personal, a un cristianismo misionero, testimonial, para llevar adelante el proyecto de Jesús, el Reino de Dios. Como san Andrés, *"que fue predicador de la verdad cuando apenas era su oyente; que, no contento con mirar por su propia salvación, siendo aún discípulo novato, buscaba, además, condiscípulos"* (MF 78,2).

La experiencia de la fe y del seguimiento de Cristo se transforman de inmediato en el ardor del celo apostólico y el deseo de que otros conozcan a Cristo y lo sigan: *"No basta que seáis vosotros discípulos verdaderos de Jesucristo; estáis obligados a procurar que le conozcan y adoren los niños que educáis..."* (MF 182,3).

7ª. DE SEGUIR A CRISTO Y "ADEMÁS" EL MINISTERIO, A VIVIR EL MINISTERIO COMO MARCO DEL SEGUIMIENTO DE CRISTO.

Esta "inversión" completa la anterior: ya no se trata sólo de "prolongar" nuestro seguimiento haciendo que otros le sigan, sino que este segundo término se convierte en el estímulo del primero: *"A este fin ha de tender el empeño que pongáis en vuestra perfección"* (MF 182,3). El giro es de 180º: necesitamos *"revestirnos de Cristo"* porque hemos de revestirlos a ellos, nuestros discípulos. Ellos son la **causa** de nuestra santificación: *"Estáis encargados de parte de Dios de revestirlos de Jesucristo y de su espíritu: ¿habéis cuidado de vestirlos vosotros de él, antes de emprender tan santo ministerio; de modo que podáis comunicarles esa gracia?"* (MF 189,1; cf. MD 39,2).

8ª. DE SER "SACRAMENTO DE CRISTO" PARA LOS POBRES, A CONTEMPLAR A LOS POBRES COMO "SACRAMENTO DE CRISTO" PARA NOSOTROS.

Aun sabiéndonos *"ministros de Jesucristo"*, sus *"embajadores"* (MR 201,2), y *"dispensadores de sus misterios con los niños"* (MR 205,1), La Salle no nos deja extasiarnos en nosotros mismos con tales denominaciones. Los destinatarios de esa representación que ostentamos, son los que deben centrar nuestra atención, pues en ellos se nos hace visible Jesucristo: *"Reconoced a Jesucristo bajo los pobres harapos de los niños que instruí; adoradle en ellos..."* (MF 96,3). Así se va completando la típica inversión lasaliana que produce el dinamismo de nuestra vida cristiana: Yo, Jesucristo, mis discípulos.

9ª. DE PERTENECER A JESUCRISTO PARA PODER SERVIR A LOS POBRES, A SERVIR Y PARECERSE A LOS POBRES PARA MEJOR IDENTIFICARSE CON JESUCRISTO.

Esta tensión nos enraíza más aún en el ministerio como la causa auténtica de nuestra santificación como cristianos. Es cierto que hemos de aficionarnos *"a Jesucristo, a su doctrina y a sus santas máximas"*; ya que El nos ha elegido *"para anunciarlas a los niños, sus predilectos"* (MF 167,2). Sin embargo, ellos, *"imágenes de Jesucristo"*, a quienes hemos recibido *"encargo de amar"*, son los que nos acercan a Cristo: *"Cuanto más los améis, en mayor medida perteneceréis a Jesucristo"* (MF 173,1).

El equilibrio de este movimiento tensional se refleja en la meditación para el día de Navidad: la conformidad con el Salvador coincide con la conformidad con los niños pobres. Y en esa coincidencia nos encontramos en *"la condición de salvadores para con ellos"* (MF 86,3).

10ª. DE VIVIR EL MISTERIO DE CRISTO, A DEJAR QUE ESTE MISTERIO SE MANIFIESTE EN NOSOTROS POR LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU.

Es un fuerte impulso místico el que alienta en toda la cristología lasaliana, que nos hace trascender el Cristo de la historia para llegar al Cristo que vive hoy en nosotros por el Espíritu. No es la vida histórica de Cristo, sus gestos históricos,... copiados hoy en nuestra vida, sino nuestra propia vida, nuestro ministerio vivido desde las actitudes -el "espíritu"- de Cristo. No es una historia repetida hoy, sino el Misterio de Cristo que se prolonga en nuestra historia y en nuestro ministerio. El protagonista de este "movimiento" es el Espíritu que Cristo "derrama en nosotros". *"Es este mismo Espíritu Santo quien anima nuestras acciones y es en ellas un Espíritu de vida"* (EM 36), y se difunde, a través de nosotros, sobre los discípulos para hacerles poseer el espíritu del cristianismo (MR 195,2).

3. La motivación para el seguimiento de Cristo.

En último término, no hay más que una motivación para seguir a Cristo e identificarnos con El: hemos recibido el don de conocer el Misterio de Cristo, hemos sido elegidos por el Padre en la persona de Cristo, y El nos ha puesto al servicio de este mensaje (cf. Ef 1,3-12; 3,3-12; cf. MR 199,3). Nuestro seguimiento es sólo la respuesta a esa gracia recibida.

En esta motivación nuclear, La Salle no hace ninguna diferencia: todo cristiano está llamado a seguir e imitar a Jesucristo, como el autor lo recuerda en sus escritos catequísticos destinados a los alumnos (cf DA 0,0,5). Es llamativo el paralelismo entre los requerimientos que dirige a los Hermanos para que asuman el espíritu de fe (RC 2,1), y los que dirige a todos los cristianos en el prefacio a *Reglas de cortesía*: *"Ese espíritu (de Jesucristo) es el único que debe animar todas nuestras acciones (...), que pues debemos vivir por el espíritu de Jesucristo, igualmente debemos guiarnos en todo por ese mismo espíritu"* (RB 0,0,2).

Cada uno habrá de realizar el seguimiento según los dones que haya recibido (cf MF 189,1; MR 205,1). Entre ellos, *"don excelente de Dios"* es el que han recibido los educadores cristianos, de anunciar el Evangelio a los niños, y esta motivación les empuja a la conformidad total con Cristo, *"hasta dar la vida por Jesús, en el ejercicio del ministerio"* (MR 201,1). Su objetivo, para sí como para aquellos a quienes educan, es la utopía del seguidor de Jesús: *"que piensen en Jesús,... que hablen a menudo de Jesús, que no aspiren sino a Jesús, ni respiren sino por Jesús"* (MF 102,2).

3.1 LA MOTIVACIÓN DEL MINISTRO DE JESUCRISTO.

La Salle, al presentar al Hermano el proceso de identificación con Cristo, le motiva por los dos polos de un imán:

El primer polo es la consideración de ser cristiano. El segundo es el de ser *"ministro de Jesucristo"*, su *"representante"*, sacramento de Cristo, de donde surge una como obligación de identificarse con Cristo, o mejor, dejarse unir a El, pues es, ante todo, un don que El concede (cf. MR 195,3): *"Ya que estáis obligados por vuestro estado a instruir a los niños, debéis poseer profundo espíritu cristiano para infundírselo"* (MF 132,1).

Ambos polos están presentes en el Hermano: *"¿No lleváis vosotros en vano los nombres de 'cristiano' y de 'ministro de Jesucristo' en la función que ejercéis?"* (MF 93,3).

Entre ambos polos, La Salle establece varias *"líneas de fuerza"*:

- *Del "ser cristiano"* se deriva la obligación de imitar a Cristo -"globalmente considerado"- en todo su Misterio. Sin embargo, el ministerio del Hermano señala *en particular*

determinados "*misterios, virtudes y máximas*" de Jesucristo, cuyo espíritu ha de poseer de manera especial.

– **Por ser cristiano** debe dar testimonio de su fe (cf. MF 84,3), y esa obligación alcanza igualmente a sus alumnos cristianos.

Pero, en virtud de su ministerio, debe poder decir como san Pablo: "*Imitadme y considerad a los que viven según el ejemplo que yo os he dado*" (Flp 3,16-17). Más aún, debe *imitar* en esto a Jesucristo, que, después de haber lavado los pies a sus discípulos, les dice: "*Os he dado ejemplo a fin de que hagáis como yo os he hecho*" (Jn 13,15). Es "*el celo por la salvación de los niños cuya educación os está encomendada*" el que ha de llevar a los educadores cristianos a practicar cuanto les enseñan, pues los niños "*toman ordinariamente por dechado de su vida el ejemplo de sus maestros*" (MR 202,3).

– **Como todo cristiano**, el Hermano ha de asemejarse a su Salvador cargando con la cruz, asumiendo el sufrimiento que le depara la vida, y esto por amor a Dios: "*¿Amáis así el padecer por Dios? Sabed que lo que más prueba el amor que se le tiene es el complacerse en sufrir algo para conformarse con Jesucristo crucificado y para agradar a Dios*" (MF 130,3; cf. MF 121,3; 165). Pues, "*en tanto es uno cristiano, en cuanto se asemeja al Salvador, y lo que nos hace semejantes a El es el amor a los padecimientos y a la mortificación*" (MF 176,3).

Pero el ministerio del Hermano subraya de manera especial esta relación con el Salvador que sufre en la cruz, y la necesidad de imitarle y unirse a El en este misterio para desempeñar adecuadamente la misión recibida (cf. MR 201).

3.2 LA UNIDAD DE VIDA EN EL EDUCADOR CRISTIANO.

Cuando el ministro de Jesucristo -el Hermano, el educador cristiano- camina ya en el seguimiento de su Maestro, pronto se hace consciente que su motivación tiene una traducción histórica y realista; que no es cristiano "en abstracto", a lo que añade luego su categoría de "ministro de la Palabra", sino que se realiza como cristiano en la historia de su vida, siendo ministro, representante de Cristo, en su misión ante los niños y jóvenes.

Si sigue a Jesús es, precisamente, participando en su plan de salvación desde esa parcela ministerial de la educación cristiana. Y lo mismo que la llamada de Dios se le hizo "histórica" a través de las necesidades de los jóvenes, también el seguimiento de Cristo lo concreta en el servicio a esa juventud necesitada.

Por ello es "lógico" que, lo que empieza percibiéndose como una imitación del "modelo" Jesús, termina viviéndose desde dentro, como parte del único Misterio que es Cristo encarnado.

Podemos entender, según esto, que la auténtica motivación que dé La Salle para introducirse y avanzar en este movimiento de "aproximación" a Jesús, no sea la perfección del Hermano, ni su identidad de cristiano, ni siquiera el hecho de ser un "consagrado". El motivo definitivo son "ellos": los jóvenes para los que representa a Cristo, para quienes está **actuando** el Misterio de Salvación; los jóvenes a quienes ha sido enviado le descubren al Hermano el sentido auténtico de su ser de cristiano y de consagrado ("*Yo por ellos me santifico...*" cf. MD 39,2).

Por ellos se descubre a sí mismo formando parte de la historia de la salvación, interviniendo como "*instrumento*" libre, fiel y creativo en la realización del Plan de Dios, en su Reino (cf. MR 196,1). En ellos se encuentra introducido por iniciativa de Dios en el Misterio de Cristo, y forzosamente ha de remitir todo el fruto de su acción a la fuerza y virtud de Cristo, o mejor, al Espíritu de Cristo que actúa en él (cf. MR 195,3).

La Salle invita al educador de la fe a encontrar el sentido profundo de lo que está haciendo en su ministerio: no es la enseñanza de una doctrina, por sublime que ésta sea, sino el *"procurar a los niños el espíritu cristiano", "que es el espíritu mismo de Jesucristo"* (MR 196,3). Y hace ver que esto equivale a *"dar vida"*. Las palabras del educador se convierten así en *"espíritu y vida para ellos"*.

Pero esto no podrá ser así si su proceder es una simple imitación externa del de Jesús. Debe hacer suyos *"sus designios e intenciones"* (MR 196,3). Debe dejarse *"animar de su Espíritu"* (MR 196,1), incluso *"entregarse al Espíritu de Jesucristo... renunciando en absoluto a vuestro espíritu propio"* (MR 195,2).

De esta forma, el Hermano se sorprende a sí mismo ocupando el lugar de Cristo ante sus discípulos; ésta había sido la experiencia de La Salle respecto de sus Hermanos (cf. RI 7), y así les invita a ellos a experimentarla: *"En la persona de Jesucristo los instruíis vosotros"* (MR 195,2).

Dios *"obra en vosotros y por vosotros, mediante la virtud de Jesucristo"* (MR 195,2). Esta "obra" que el educador está realizando y para la que ha sido escogido (MR 205,1), es nada menos que *"la obra de nuestra redención"*, que *"a nosotros incumbe, pues, acabar y consumir"* (MR 195,1). La Salle enfrenta al educador cristiano directamente con el núcleo del Misterio cristiano, y anuda en ese núcleo su ser de "cristiano" y de "ministro de Jesucristo". En él se enraíza la profunda unidad de su vida.

"Suplo en mi carne lo que falta a la pasión de Jesucristo" (Col 1,24), es la frase de san Pablo que La Salle recoge como síntesis expresiva de la participación en el Misterio cristiano (MR 195,1), y el educador la oye para sí, sólo como un eco. Como un eco, pues en realidad La Salle se la dice aplicándola, en primer lugar, a sus discípulos: *"Debéis apremiarlos a que unan todas sus acciones a las de Jesucristo Nuestro Señor"* (MR 195,1).

Es así como cae en la cuenta el educador cristiano que es en la realización de su ministerio donde constata la veracidad de su propia vida cristiana, y que no hay diferencia cualitativa entre lo que debe buscar para sus alumnos -en virtud de su ministerio- y lo que ha de lograr para sí mismo -en virtud de su ser de cristiano, "discípulo de Cristo"-.

La comunión del Espíritu Santo

EL HERMANO

3

*Reunió a aquellos maestros en comunidad;
“se asociaron para dar respuesta
a las necesidades de una juventud pobre
y alejada de la salvación” (R-1987, 47)
y se descubrieron convocados y enviados
por el Espíritu de Jesús.*

1. **EL ITINERARIO: un proceso de asociación – comunión para la misión–.**
 1. El padre de la comunidad.
 2. Crisis y discernimiento
 3. Juan, nuestro padre y nuestro hermano.
2. **EL PROYECTO: Método y Espíritu.**
 1. El educador: una vida en tensión.
 2. La comunidad: un signo con fuerza propia.
 3. La obra educativa: comunidad humana.
3. **EL ESPÍRITU:**
 1. La identificación con Cristo en el Espíritu.
 2. Comunión y Misión: la tensión que da vida a la comunidad.
 3. El amor, la fuerza del ministerio.

I. EL ITINERARIO

Un proceso de asociación: comunidad para la misión

Al final de un itinerario como el de Juan Bautista de La Salle, itinerario de fundador, hay que enfrentarse irremediabilmente a la cuestión de la que depende la evaluación definitiva. En esa cuestión confluyen estos tres términos: *comunidad, carisma, espíritu*; y puede plantearse así: ¿En qué medida esta comunidad continuadora de la obra lasaliana ha asumido el carisma manifestado en el Fundador, y vive de su espíritu?

Tras cada uno de esos tres términos resalta la figura del mismo protagonista: la persona del Espíritu Santo. Él es quien nos reúne en comunidad para la misión; Él es quien ha suscitado el carisma lasaliano, según ha reconocido la Iglesia (cf. R-1987, 20); Él es quien nos infunde el espíritu de fe y celo que nos da la fuerza necesaria para contribuir a la renovación del mundo.

Pues bien, lo que pone en evidencia el momento que vamos a contemplar del itinerario lasaliano es que Juan Bautista ha sido un instrumento fiel al Espíritu, ha transmitido el carisma recibido a la comunidad que ha nacido con él, y la comunidad ha sabido acoger en su seno el carisma que es su razón de ser y se deja vivificar por él. Esta es la experiencia central que se incorpora aquí al itinerario lasaliano.

"Lo más importante es el espíritu": Este parece ser el auténtico testamento de La Salle, su recomendación final tras una vida que se ha desarrollado *"al impulso del Espíritu"*³². Así lo deja señalado en la Regla, al añadir las introducciones de los capítulos sobre *"El espíritu del Instituto"* (II) y sobre *"La Regularidad"* (XVI), y todo a lo largo de la *Explicación del Método de Oración*, que escribe en el año anterior a su muerte.

El *espíritu* con minúscula y el *Espíritu* con mayúscula. La Comunidad lasaliana sólo podrá tomar como base y motor el Espíritu Santo, manifestado en el espíritu de fe y celo.

Como lo expresan muy bien los Hnos. M. Campos y M. Sauvage, en su conclusión a *"Anunciar el Evangelio a los pobres"* (AEP 393-394):

"El Espíritu Santo es quien gratifica al Hermano con los dones de la fe y del ministerio. El es quien lo introduce en un 'conocimiento' siempre más profundo del 'Misterio' del Dios Vivo y Salvador. ..."

"Es el Espíritu Santo quien hace percibir a los Hermanos las necesidades más urgentes de los pobres. El es quien los envía hacia ellos con el fervor de la esperanza y la fuerza para afrontar los combates contra la injusticia del 'mundo' para 'hacer la justicia' permitiendo a los pobres 'alejados de la salvación' acceder a las promesas y a las alianzas de Dios en Jesucristo. ..."

"Más allá de las necesarias estructuras de organización, formación, animación, es, en definitiva, del Espíritu de Dios de quien el Instituto esperará, en una pobreza radical y una gozosa esperanza, la renovación continua del espíritu evangélico y del ímpetu apostólico, como de su cohesión interior y de su unidad en la diversidad de las formas comunitarias y de las respuestas educativas al servicio de los más abandonados."

³² *"Par le mouvement de l'Esprit"* es la expresión original que La Salle repetirá frecuentemente para expresar cómo hemos de dejarnos guiar por Él.

"Por eso, la oración del Hermano puede contentarse con repetir la súplica litúrgica en la que se expresa la actitud radical de pobreza y de esperanza: 'Envía tu Espíritu Santo para darnos nueva vida y renovarás la faz de la tierra'. La meditación de Pentecostés nos parece resumir perfectamente, desde esta perspectiva, toda la espiritualidad de S. Juan Bautista de la Salle:

'PEDID A DIOS QUE OS CONCEDA EN ESTE DÍA LA MISMA GRACIA QUE OTORGÓ A LOS SANTOS APÓSTOLES Y QUE, DESPUÉS DE LLENAROS DE SU ESPÍRITU PARA VUESTRA SANTIFICACIÓN, OS LO COMUNIQUE TAMBIÉN PARA PROMOVER LA SALVACIÓN DE LOS DEMÁS' (MD 43,3)."

1. El padre de la comunidad:

El acontecimiento que centra la atención en la última etapa del itinerario de Juan Bta. de La Salle no lo podremos valorar adecuadamente sin tener en cuenta los hilos que han ido tejiendo el entramado de la comunidad lasaliana. Es conveniente, pues, un breve recorrido que nos permita ser conscientes de ese camino que ha preparado la síntesis final.³³

La comunidad, fruto del carisma lasaliano:

La Comunidad lasaliana ha nacido de un carisma: un carisma que el Espíritu *"ha confiado a la Iglesia en la persona de san Juan Bautista de la Salle"* (R 20). Podemos afirmar que la comunidad de los Hermanos es *el primer fruto* del carisma lasaliano. Pero una comunidad que surge en la tensión de la consagración *"a la gloria de Dios"* y para el servicio del mundo de los pobres. Y sólo en esa tensión podrá subsistir la Comunidad lasaliana.

El Espíritu es quien convoca a los Hermanos en la Comunidad. Pero lo hace a través de un hombre, Juan Bautista, y éste pronto es consciente de que su principal labor, la que el Espíritu le ha encomendado, es la formación de la comunidad. Desde el comienzo de la fundación, el compromiso vital de Juan Bautista se había manifestado como un compromiso para una Comunidad. Así lo expresa la fórmula de 1691 ("voto heroico"): *"para procurar con todas nuestras fuerzas y con todo nuestro cuidado el establecimiento de dicha Sociedad"*.

Juan Bautista había trabajado los diez años anteriores en crear una *conciencia común de identidad*, un sentimiento de ser "nosotros" los que hemos de llevar adelante el proyecto. Su trabajo se había desarrollado en dos frentes: la educación espiritual de los Hermanos y la estructuración para la consolidación de la Comunidad.

Juan Bautista actúa en todo momento como *"instrumento"* del Señor para realizar la *"obra de Dios"* ("Reglas que me he impuesto", nn.8 y 9); reconoce también que se considera como *"lugarteniente de Dios"* respecto de sus Hermanos (id. n.7).

Formar al hombre interior:

Poco antes de su "voto heroico" había perdido gran parte de sus primeros compañeros. Con ello aprende una lección: no basta con estructuras comunitarias, aunque sean indispensables; *son necesarias la vocación personal y la adhesión interior*. Con los que ingresan a continuación, y sobre la base de una vocación personal asumida, Juan Bautista trabaja para hacerlos hombres nuevos. Los biógrafos describen la nueva comunidad comparándola a la de los Hechos.

Los Hermanos encuentran en Juan Bautista la mejor inspiración para su entrega. Y Juan Bautista los educa, fundamentalmente, por su irradiación personal, por su presencia y

³³ Para todo este apartado, cf AEP 340-356.

cercanía, por el estilo de relación que sabe establecer con ellos; busca, ante todo, su adhesión interior; quiere hacer de ellos "hombres interiores". Por eso, no sólo vela personalmente por la preparación de los novicios, sino que reúne frecuentemente a los Hermanos para retiros espirituales, les dirige espiritualmente a través de la correspondencia mensual, redacta para ellos obras espirituales y pedagógicas...

Caminar juntos:

Lo más importante: sabe que tiene que *estar con ellos y ser como ellos*. Esta encarnación, sólo puede hacerla a costa de un duro éxodo, una marcha por el desierto desconocido.

A través de este éxodo, Juan Bautista se acerca a ellos y aprende a tratarlos; se interesa por ellos sin darles limosna; los va puliendo con su acción, y les ayuda a descubrir las riquezas profundas que ocultaban en su interior bajo formas bastas. Y así llega a estimar el estado de aquellos a quienes un día consideró inferiores a su lacayo, a apreciar también a las personas con las que había elegido vivir, al principio más por caridad que por atracción personal. Y al estimarlos les inspira confianza, como lo atestiguan los votos de 1691 y 1694, y el hecho de confiarles rápidamente responsabilidades.

Facilitar la responsabilidad:

"Que la comunidad tome en sus manos su propio destino, que se haga responsable de la misión que se le ha encomendado", ésa es la preocupación básica del Fundador, Juan Bautista. Está convencido de que el carisma recibido ha pasado a la comunidad y está actuando dentro de ella como *fermento* que le ayuda a madurar. Esa convicción se refiere no sólo al plano de la formación y adhesión interior de los miembros de la comunidad, sino también al proceso de estructuración: les acostumbra, desde los inicios, a tomar su vida y proyecto comunitario en sus propias manos.

Los relatos de Blain a propósito de las Asambleas son muy explícitos a este respecto. Apenas algunos años después de los comienzos de la Comunidad, cuando se trata de definir los primeros reglamentos, Juan Bautista reúne a sus discípulos y les invita a que ellos mismos decidan las reglas que quieren seguir. La luz y la inspiración son esperadas a partir del diálogo fraterno. "*Lo único que se reservaba era escucharlos y concluir a partir de la mayoría de votos*". La misma estrategia empleará en las Asambleas que tendrán lugar en adelante: a la hora de emitir los votos perpetuos en 1694, al establecer nuevas escuelas, en la redacción de la Guía de las Escuelas, al proceder a la última redacción de la Regla en 1717... "*Era más discípulo de ellos que ellos de él*", sintetiza Blain (2,411).

Las Asambleas de los Hermanos tenían lugar habitualmente alrededor de Pentecostés. Con ello, Juan Bautista señalaba el deseo de que se desarrollasen bajo la inspiración del Espíritu Santo. Pero a los ojos del Fundador, la acción del Espíritu se manifestaba por el diálogo fraterno. Blain lo observa expresamente, a propósito de la primera Asamblea de Reims, subrayando que La Salle cree más en la inspiración de una comunidad en búsqueda que en la suya propia (BI 1,233).

"Que ellos crezcan y yo disminuya":

Es casi una obsesión en Juan Bautista, el intentar que sus discípulos acepten nombrar un superior de entre ellos. A veces, con demasiada precipitación, pues las circunstancias no parecen maduras. Pero el motivo es plenamente justificado para Juan Bautista: lograr que la Comunidad tenga plena autonomía interna en cuanto comunidad eclesial; que se pueda gobernar por sí misma.

Hacia 1686, a lo largo de un retiro con los Hermanos, Juan Bautista realiza el primer intento. Los Hermanos se dejan persuadir y eligen a Enrique L'Heureux. Pero los superiores

eclesiásticos no lo ven conveniente y obligan al Sr. de La Salle a retomar el gobierno de la Comunidad. Fue entonces cuando Juan Bautista toma la decisión de ordenar a algunos de los Hermanos para confiarles la dirección de las casas importantes. La muerte imprevisible del Hermano L'Heureux le hizo volver a su idea primera, a pesar de las dificultades que de momento encontraba: el Instituto debía contar sólo con laicos, y no tener otros superiores que laicos tomados de entre sus miembros.

Un primer paso: la comunidad elige.

En 1694, tras los primeros votos perpetuos de doce Hermanos que parecen asentar sólidamente la Comunidad, La Salle trata de persuadir, otra vez, a sus discípulos para que elijan a un superior de entre ellos. Pero esta vez no acceden los Hermanos. El Instituto es joven y frágil todavía. Pero, aun así, es un paso adelante, pues Juan Bautista aparece como *elegido* superior por los miembros de la Comunidad, y así consta en acta.

Los Hermanos adquieren conciencia de su derecho a elegir entre ellos mismos su superior, y declaran a continuación su voluntad de que, en el futuro, después del Sr. de La Salle, *"no haya nadie entre nosotros, ni elegido como superior, que sea sacerdote... y que no tendremos ni tampoco admitiremos ningún superior que no esté asociado y que no haya hecho votos como nosotros y como todos los demás que se nos asocien a continuación"*.

Cuando en 1702, el Cardenal de París decidió sustituir al Sr. de La Salle con un superior eclesiástico de su elección, los Hermanos reaccionaron tan vivamente que, de hecho, el Cardenal no tuvo más remedio que dejar que La Salle siguiera gobernando la Sociedad.

2. Crisis y discernimiento:

Las crisis de 1712-1714 parecieron poner en entredicho la pretendida maduración de la Comunidad. Sin embargo, su resolución manifestó a las claras que el carisma -el Espíritu- había hecho su labor como fermento en el interior de la masa. Era ya *vida de la Comunidad*.

Los hechos que nos encontramos darán la respuesta a las inquietudes que aquejan a Juan Bautista, en el momento de su entrada en la vejez:

- La autonomía del Instituto: ¿será libre de establecerse aquí o donde se le llame? ¿O se verá sometido a la tutela de superiores eclesiásticos, incluso de los párrocos (como era el proyecto de los curas de San Sulpicio)?
- Para realizar esta autonomía, ¿serán capaces los Hermanos de tomar las riendas del Instituto?
- ¿Qué grado de adhesión tienen los Hermanos al proyecto de La Salle?

En un ambiente hostil:

La Comunidad lasaliana no encuentra nada fácil su desarrollo. Las incomprendiones y oposiciones son continuas y desde frentes muy diferentes, ya sea por hostilidad directa o por incapacidad para apreciar la novedad de la que esta comunidad es portadora.

Conflictos con la clerecía de San Sulpicio, de quien depende económica y jurídicamente. El párroco del siglo XVIII estima que los maestros de escuela dependen enteramente de él, y no puede concebir un Instituto independiente, interparroquial, interdiocesano.

La Salle se verá en frecuentes conflictos con este grupo: ante el cardenal de París, ante los tribunales...

En el período que ahora comentaremos, anterior y posterior a la marcha de La Salle de París, algunos eclesiásticos de este grupo siembran la discordia y la animosidad de algunos

Hermanos contra el Fundador. Provocan diversos abandonos y hasta revueltas de Hermanos.

Conflictos y múltiples procesos con los Maestros de las "pequeñas escuelas" y la corporación de "maestros calígrafos". Sólo en 1704 hubo nada menos que 16 demandas, juicios,... en contra de los Hermanos, con multas y diversas prohibiciones, sin contar los pillajes o saqueos de mobiliario escolar...

Comprendiendo que esta atmósfera resulta sofocante para el desarrollo de su obra, La Salle intenta establecerse en Rouen: allí alquila primero y luego adquiere la propiedad de San-Yon, que se convertirá en centro del Instituto, con diversas creaciones escolares, noviciado...

El "asunto Clement": En 1706, La Salle había recibido la oferta del abate Clement. Tiene 23 años (la mayoría de edad es a los 25). Es rico y espera recibir otros beneficios. Quiere fundar una obra para jóvenes pobres. La Salle ve aquí la posibilidad de relanzar (por 3ª vez) el Seminario de Maestros para el campo.

Con la ayuda de un amigo de La Salle, Luis Rogier, el asunto se concluye y el Seminario se inaugura, en Pascua de 1709.

Dos años después interviene el padre de Clement, cirujano del Rey. Clement, ahora mayor de edad, se retracta y pretende haber sido sobornado por La Salle. La familia de aquél no quiere llegar a un entendimiento.

La Salle compone una "Memoria" para disculparse y la confía a unos amigos. Estos estiman que la causa está perdida. Rogier se distancia y reclama la restitución de la casa que él mismo ayudó a comprar.

El 17 de febrero de 1712, el tribunal falla en contra de La Salle. Lo acusa de haber "sobornado a un menor" y le invita a "no volver a actuar de semejante forma". La Salle tendrá que pagar 8.400 libras. En junio, otro fallo del tribunal atribuye a Rogier la propiedad de la casa que sirvió para el "Seminario".

La actitud de La Salle:

El asunto Clement es la gota que desborda el vaso. Juan Bautista decide salir de París pensando que es su presencia la que provoca esas tormentas, y marcha a visitar las comunidades del sur de Francia. Marcha el *18 de febrero* (al día siguiente de la sentencia).

Juan Bautista, con los 60 años ya cumplidos, se pregunta si su obra ha podido echar raíces o está a punto de hundirse. Ni siquiera está seguro de que los Hermanos le acepten, o, incluso, si sus ideas sobre el Instituto son acertadas. El momento parece propicio para que el destino del Instituto quede en manos de los Hermanos. Encarga al Hno. Bartolomé el cuidado del Instituto en la región de París.

Pero en el sur no le va mejor. Después de los comienzos prometedores de Marsella, los Galicanistas y Jansenistas le hacen pronto la vida imposible al mostrar La Salle una irreductible adhesión a Roma. El noviciado de Marsella desaparece y la obra de los Hermanos en la región se coloca al borde de la ruina. Incluso oye a algunos Hermanos acusarle de haber ido a Provenza "para destruir".³⁴

En esta situación experimenta el abandono -la "noche"- de Dios. Llega a dudar de sí mismo y de su propia fidelidad a Dios. Pone en tela de juicio toda su actividad de Fundador. Piensa que es "incapaz de gobernar". Y en este desconcierto interior, se encuentra esta vez aparentemente solo, sin apoyo, sin socorro, sin compañeros. La oscuridad y la duda se adueñan de él. Se pregunta si no debiera retirarse a la soledad o dedicar el resto de sus fuerzas a un ministerio en favor de los pecadores.

³⁴ Cf Blain 2,47-48; 86-93.

Una triple crisis:

Juan Bautista se encuentra de bruces con una *triple crisis*:

- ▶ *Crisis que afecta a la misión*: se pregunta no sólo si ha sido mal obrero, sino también si no fue un iluso que tomó como llamada y misión del Señor una elección y un proyecto personales inspirados en el fondo por el amor propio.
- ▶ *Crisis que afecta a la comunidad*: ni siquiera responde a las cartas que le llegan de los Hermanos. En París corre el rumor de que ha abandonado el Instituto. Incluso ha experimentado el rechazo de algunos Hermanos.
- ▶ *Crisis que afecta a la consagración*: Blain llega a decir que hasta la comunicación con Dios "*se le convirtió para él en tierra seca y árida...; su alma no gozaba ya la dulzura divina... Dios no le decía nada y lo dejaba en las tinieblas*" (BI 2,96). Parece rota la Alianza que lo unía con Dios, al experimentar el fracaso de la Asociación para la que se había consagrado.

El discernimiento:

En Parmenia, la ermitaña Sor Luisa oye sus confidencias y su tentación de dejar la obra y retirarse a la soledad. Ella le dice sin vacilar que esa no es la voluntad de Dios. Pero él no ve otra salida.

Y es ahora, en esta triple fractura en que se encuentra Juan Bautista, cuando le va a alcanzar una nueva *inversión* lasaliana: él, que ha consagrado su vida a hacer fraternidad, que ha sido "padre" de muchos "hermanos", *va a ser objeto de la fraternidad de sus Hermanos*. Son ellos los que le van a sacar de la noche oscura en que está sumido. Es el Espíritu, a través de los Hermanos, quien le hará pasar del Sábado Santo al Domingo de Resurrección.

Mientras, en París, el grupo de clérigos de San Sulpicio intentaba desmembrar el cuerpo del Instituto, cambiando las Reglas de los Hermanos: las Casas serían autónomas, cada una formaría sus novicios, cuyo número se limitaría a dos. De hecho, el Instituto perdería así su vocación universal. Cada diócesis estaba nombrando ya un superior eclesiástico para los Hermanos...

Los Hermanos reaccionan: ése no es el tipo de "Sociedad" que habían fraguado con Juan Bautista. La crisis estaba produciendo su fruto de maduración. El discernimiento lo había sido para Juan Bautista, pero también para los Hermanos.

Los principales Hermanos de París, Versalles y San Dionisio se reúnen. Con fecha del 1º de abril de 1714 (Domingo de Resurrección), le escriben una carta que recibe Juan Bautista, tal vez en la colina de Parmenia o en la escuela de Grenoble.

3. "Juan, nuestro padre y nuestro hermano":

*"Señor y queridísimo Padre nuestro:
Nosotros, principales Hermanos de las Escuelas Cristianas, preocupados por la mayor gloria de Dios y el mayor bien de la Iglesia y de nuestra sociedad, reconocemos que es de capital importancia el que vuelva a tomar las riendas y el cuidado de esta obra de Dios que lo es también suya, puesto que ha sido agrado del Señor el servirse de usted para fundarla y guiarla desde hace tanto tiempo".*

Es el comienzo de la carta que escriben los Hermanos a Juan Bautista de La Salle, desde París, en 1714.³⁵ Esas palabras revelan que están escritas en un momento cumbre de la vida de Juan Bautista. Momento cumbre y también dramático. Los remitentes representan al conjunto de la Sociedad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fundada por Juan Bautista. No son todos "los principales Hermanos", pero sí son varios de los más representativos: el Hno. Bartolomé y los directores de las casas de París, Versalles y St. Denis.

Comienzan dando testimonio de una realidad: *"Tú eres nuestro Padre. Nuestra Sociedad es obra tuya"*. En efecto, Juan Bautista ha "engendrado" a estos hombres para Dios y para los pobres. Ha llegado a identificar su proyecto vital con la Sociedad, de ahí que consagre a ésta todos sus recursos intelectuales, afectivos y físicos, para la animación interior y la estructuración de la Comunidad.

Pero al mismo tiempo, junto a este primer testimonio queda manifiesta la actitud madura y responsable de sus autores, prueba inequívoca de que la paternidad de Juan Bautista no ha creado una dependencia servil, sino que les ha ayudado a tomar en sus manos su propio destino y valorar por sí mismos la obra que llevaban entre manos.

La Carta de 1714 es reflejo de una Comunidad que ha madurado; ella habla de un cuerpo unido y con vida: Es obra de una Sociedad cuyos miembros son capaces de reunirse por iniciativa propia y tomar decisiones *"en nombre y de parte del Cuerpo de la Sociedad"*. Es la indicación de que el proceso de estructuración del Instituto ha logrado un alto índice de madurez.

Se trata de un acto típico de *discernimiento*:

- Consideración realista de una situación en la que hay que elegir.
- Búsqueda de la voluntad de Dios respecto de Juan Bautista y del Instituto.
- Discernimiento operado por un grupo de personas cualificadas.
- En referencia al itinerario ya recorrido por Juan Bautista.
- Recuerda a Juan Bautista los dones que recibió para guiar el Instituto, de los que, precisamente, él dudaba.
- Integra fe y aspecto humano: a través de esos dones es como el Espíritu ha manifestado la vocación de "Fundador de los Hermanos" a Juan Bautista.

Es, pues, una sociedad con *capacidad de discernimiento*: sabe leer el momento presente a la luz del itinerario recorrido hasta ahora. Más aún: *lee su historia como Historia de Salvación*, pues Dios ha estado presente en ella de la mano de Juan Bautista. Es una Comunidad que ha madurado en la fe. Su preocupación es la gloria de Dios, y reconoce su propia obra, la obra de Juan Bautista, como *"obra de Dios"*.

La Comunidad tiene *conciencia de asociación*: ha realizado un itinerario comunitario en unión con Juan Bautista, "guiada" por él. Y ese itinerario de alianza ha quedado concretado en unos lazos de dependencia mutua que recuerdan ahora a Juan Bautista.

La Comunidad tiene pleno *sentido de su finalidad*: la misión es el motivo definitivo de su obrar. La Carta fue motivada por la misión, por el bien de la Iglesia, por el bien de la Sociedad, que es *"de tan gran utilidad para la Iglesia"*. Los Hermanos invitan al Fundador a *"procurar la gloria de Dios"* buscando *"el bien de la Sociedad"*.

"Todos estamos convencidos de que Dios le ha dado y le da las gracias y los talentos necesarios para gobernar esta nueva Compañía, que es de tanta utili-

³⁵ En este comentario en torno a la carta y sus circunstancias seguimos el estudio de M. Sauvage publicado en CL 57, pp. 137 ss.

dad para la Iglesia; y es de justicia testificar ahora que Vd. la ha guiado siempre con mucho éxito y edificación".

La Comunidad está poseída por el espíritu "lasaliano", y así lo manifiesta al utilizar los mismos términos que encontramos frecuentemente en los escritos de La Salle: *"el bien, la utilidad de la Iglesia", "la obra de Dios que es también suya", "le agradó al Señor servirse de Vd.", "Dios le ha dado las gracias y los talentos necesarios", "preocupados por la gloria de Dios"...* Todas estas expresiones revelan la común inspiración, el espíritu que mueve la Comunidad: Dios es quien elige, llama, envía; la misión y el ministerio están ordenados a una finalidad escatológica, más allá de lo visible; por otra parte, el don gratuito de Dios se manifiesta visiblemente en el hombre por los talentos necesarios para realizar convenientemente su misión (ver MF 148,3; 189,1; MR 201,1).

En todo esto se advierte en los Hermanos la misma conciencia de *identidad, mística y realista* a la vez, que en el Fundador: la Sociedad ha nacido de Dios, pero también del compromiso, de los cuidados y de la dirección del Fundador; trabaja por la gloria de Dios haciendo ingresar a los niños pobres en la estructura del edificio de la Iglesia; sus miembros realizan *"la obra de Dios"* dedicándose a su obra, utilizando los talentos que han recibido.

En una palabra, los Hermanos tienen conciencia que, en su historia, el Misterio de salvación de Dios se revela y se cumple, en ellos, y para los niños pobres. Y por eso, el paso histórico que dan, al llamar a La Salle en un momento crucial para el bien de la Sociedad, aparece también como una manifestación de la acción del Dios Salvador.

"Por todo ello, señor, le rogamos muy humildemente, y le ordenamos en nombre y de parte del Cuerpo de la Sociedad al que Vd. ha prometido obediencia, que vuelva a asumir de inmediato el gobierno general de nuestra Sociedad".

Finalmente: la Carta revela la capacidad de la Comunidad para regenerar a su propio Fundador, para hacerle recobrar la conciencia de su vocación. Es el Espíritu que actúa en la Comunidad. Es el mismo carisma de La Salle que se ha difundido entre sus Hermanos y que permanece en la Comunidad cuando ésta se mantiene a la escucha del Espíritu, en actitud de discernimiento.

"En fe de lo cual hemos firmado. Hecho en París, el 1º de abril de 1714. Quedamos con el más profundo respeto, Señor y queridísimo Padre, sus muy humildes y muy obedientes inferiores."

La Carta llega a Juan Bautista como una *"palabra-fuerza"*, como expresión de un cuerpo que vive, como testimonio de una asociación real que se manifiesta a través de esa palabra.³⁶

Es un aldabonazo a la conciencia histórica de Juan Bautista, una invitación a situar este momento de su vida en el conjunto de su itinerario: *"Ha sido del agrado del Señor el servirse de Vd. para fundarla y guiarla desde hace tanto tiempo"*. Es una llamada a la confianza en Dios y a sentirse de nuevo instrumento útil en sus manos; la vocación sentida hace tiempo no ha sido una ilusión; ellos le testifican que se ha mantenido fiel, que ha sido entre ellos un signo del amor y la alianza de Dios: *"Todos estamos convencidos de que Dios le ha dado y le da las gracias y los talentos necesarios para gobernar esta nueva Compañía, que es de tanta utilidad para la Iglesia; y es de justicia testificar ahora que Vd. la ha guiado siempre con mucho éxito y edificación"*.

³⁶ *"Palabra-fuerza"* es el término utilizado por el Hno. Miguel Campos en su tesis doctoral *"Itinerario evangélico de San Juan Bta. de La Salle"* para referirse a ésta y otras expresiones que impulsan el itinerario lasaliano. Cf IE 263-267.

Juan Bautista relee su vida a la luz de la Carta. Quizá recuerde, en primer lugar, que hace 32 años unos maestros le echan en cara su bonito discurso sobre la Providencia y la confianza en Dios, diciéndole: *"Somos de dos mundos diferentes; tú no eres uno de nosotros"*. Ahora, por el contrario, oye a los Hermanos que le dicen: *"Señor y muy querido padre nuestro"*, o lo que es equivalente: *"nosotros te pertenecemos; tú eres de los nuestros: vuelve a estar con nosotros"*. Es la respuesta a la tentación de creerse abandonado por sus Hermanos entre quienes se había encarnado a partir de 1682.

Y piensa, después, en aquel "voto heroico" de 1691 y 1694. Y percibe el paralelismo manifiesto entre la fórmula que entonces empleó y la Carta de los Hermanos:

- ▶ Estos le hablan de estar *"preocupados por la mayor gloria de Dios y el mayor bien de la Iglesia y de nuestra Sociedad"*. ¿No es para lo que se había consagrado entonces, con las mismas palabras?
- ▶ Los Hermanos le recuerdan que ha sido instrumento de Dios, que de El ha recibido las gracias para fundar y guiar esta nueva Compañía. En su Consagración se había comprometido a *unirse y permanecer en Sociedad* con aquellos que ahora le escribían.
- ▶ En tercer lugar, y de manera ya bien explícita, los Hermanos aluden directamente a la fórmula de votos: *"Por todo ello, señor, le rogamos muy humildemente, y le ordenamos en nombre y de parte del Cuerpo de la Sociedad al que Vd. ha prometido obediencia, que vuelva a asumir de inmediato el gobierno general de nuestra Sociedad"*.

Es la presencia y la acción de Dios que vuelven a manifestarse a Juan Bautista. Es la respuesta a su tentación de retirarse de los hombres para poder escuchar a Dios. Lo mismo que en las otras grandes ocasiones de su vida, Dios se le vuelve a revelar escuchando a sus Hermanos.

Es ahí donde se restaura y cobra nuevo dinamismo su Consagración, una consagración que encuentra su fuerza dentro de la fraternidad, para llevar a cabo *"la obra de Dios, que es también suya"*. Así, gracias a la fraternidad, la triple fractura en que se encontraba Juan Bautista queda reparada con el triple dinamismo que ha conducido su itinerario.³⁷

A la luz de esta experiencia de Juan Bautista se llena de significado lo que él mismo escribe en la MD 20, hablando de *"las almas afligidas con penas y sequedades"*:

*"Acontece de ordinario que, después de entregarse así a Dios,
El deja sentir los efectos enteramente extraordinarios de su bondad y protección...
Tened, pues, por seguro que, una vez puestos en las manos de Dios
para padecer en toda la medida que le pluguiere;
o bien si os deja en la tribulación, os ayudará con su gracia a sobreponeros a ella,
aunque acaso de manera no sensible;
o bien, os librárá de la misma por caminos imprevistos y cuando menos lo penséis."*
(MD 20,3)

LOS ULTIMOS AÑOS.- LA SERENIDAD:

Vuelto al frente de los Hermanos, La Salle da la imagen de la serenidad. El discernimiento ha sido profundo: si el Instituto no ha sido aniquilado o gravemente deformado de la prueba, es que Dios así lo ha querido.

- Asocia al gobierno cada vez más al Hno. Bartolomé.
- Lo mejor de sus cuidados va al Noviciado, que ha fijado en San Yon (Rouen).
- Se desplaza todavía para visitar las casas del norte, París, Reims,...

³⁷ Cf AEP 361-367.

En 1717 se tiene el Capítulo General con 15 Hermanos. El Hno. Bartolomé es elegido Superior General. La Salle recibe la misión de hacer la revisión final de las Reglas (será la edición de 1718).

En su semi-retiro, en San Yon, La Salle compone en 1718, "La Explicación del Método de Oración", destinado a los Novicios.

Muere el Viernes Santo, 7 de abril de 1719. La frase que pronuncia a modo de despedida es como la síntesis final de toda una vida caminando en la presencia de Dios:

“Adoro en todo el proceder de Dios para conmigo”.

II. EL PROYECTO

Es muy llamativo en la estructuración del Proyecto lasaliano el sentido de la organización. Las tres obras de La Salle que más se orientan a estructurar internamente las tres "*finalidades mediadoras*" resaltan la importancia del *método* para organizar la vida interior del educador, la relación en la comunidad, el proceso educativo en la escuela.

Sin embargo, esta "tesis" va siempre vivificada y sostenida por una "antítesis": es **el Espíritu** el que da vida. Sin él, nada vale el método.

a) MÉTODO:

– **En la oración del Hermano:** La Explicación del Método de Oración se asienta sobre *el principio del orden*. Esta es la "tesis" de La Salle: La oración hay que hacerla con orden. Es el orden como *condición y dinamismo de progreso*, como medio de aprovechamiento de recursos, como forma de controlar (evaluar) el avance en la vida espiritual.

– **En la comunidad:** La Regla original se propone, efectivamente, la *regularidad*, es decir, el orden perfecto en las relaciones internas de la comunidad, en la mutua dependencia de sus miembros, en sus ejercicios, en su funcionamiento ad intra y respecto del contexto social... Con ello proporciona a sus miembros estabilidad y permanencia, adhesión a su estado, disponibilidad para la misión...

– **En la escuela:** La *Guía de las Escuelas* establece el orden como "método" básico de funcionamiento. Y ese orden es el que permite el progreso continuado del alumno, aprovechando al máximo sus recursos personales y el tiempo disponible, preparándole *eficazmente* para incorporarse a la sociedad. Para muchos, ese orden se convierte en el contenido mismo de la escuela, y esa será la gran aportación de la Escuela Lasaliana a aquella sociedad que está adquiriendo la nueva fisonomía de la modernidad.³⁸

b) ESPÍRITU:

Pero La Salle no piensa en un orden mecanicista, que produce sus frutos automáticamente. Esa tesis que él ha aplicado a la vida espiritual, a la escuela, a la comunidad,... es válida siempre que se descubra el dinamismo interno que le da vida, y que resulta ser su "antítesis": el espíritu (o mejor, *el Espíritu*).

– **En EMO:** El Espíritu Santo tiene la palabra, y hay que estar atento a "sus movimientos", "sus inspiraciones".

– **En la Regla:** Por encima de toda metodología, el Espíritu es quien construye la comunidad a través del *espíritu de fe, el espíritu de comunidad, el amor a Dios y al prójimo*. Son los tres ejes señalados en las Reglas, capítulos 2º, 3º y 16º, poniéndolos por encima, o mejor, como fundamento de sentido, de las normas de la regularidad.

– **En la Guía de las Escuelas:** Es la relación personal, el conocimiento que el maestro tiene de cada alumno, el "*mover los corazones*" (expresión que repetirá frecuentemente en las Meditaciones)... ese es el principio básico de la educación, y es "*el mayor milagro*" que hay que esperar del educador, por encima de toda la organización escolar. Pero eso, sólo el Espíritu puede concederlo.

³⁸ Cfr. Pedro M^a Gil, "*Tres siglos de identidad lasaliana: La relación Misión-Espiritualidad a lo largo de la historia FSC*". Roma 1994, pp. 46-60, 89-101.

Podemos referirnos a otras dos de sus grandes obras, y veremos que siempre está presente la misma tensión:

- ▶ En *"Reglas de cortesía y urbanidad cristianas"* señala *el orden* que debe regir las relaciones sociales entre las personas. Pero en el prólogo tiene buen cuidado de insistir en el espíritu que ha de dar vida a ese "orden", tratándose de personas cristianas: *"...Ese Espíritu (el de Jesucristo) es el único que debe animar todas nuestras acciones para hacerlas santas y agradables a Dios"*.
- ▶ En *"Los deberes del cristiano para con Dios"*, y tal como dice el título, La Salle propone "el orden" que debe caracterizar nuestras relaciones con Dios. Pero ese orden tiene como objetivo *"conocer a Dios y amarlo"* (DA 0,0,18). Más aún: La Salle no olvidará de decirnos, en la introducción a la obra, que *"para ser un buen cristiano, es preciso estar animado por el Espíritu de N.S. Jesucristo..."* (DA 0,0,6).

Método y Espíritu serán los dos polos de esa *tensión* que explica el realismo, la eficacia y la capacidad de adaptación y renovación del Proyecto lasaliano.

1. El educador: una vida en tensión.

La vida del Hermano es "una vida en tensión": así lo entiende La Salle. Pero una tensión serena, la que corresponde a una misión que pide fidelidad atenta a las situaciones que se pretende servir, en función de las posibilidades del medio, del discípulo y del maestro: *"realismo educativo"*.

La actitud a que da lugar en el Hermano está expresada en esta frase, estilo "berbiquí", que comienza siendo tranquilizante y termina siendo inquietante. Antes de comunicarla a los Hermanos La Salle la ha hecho suya en sus *"Reglas que me he impuesto"* (n. 14).

*"No os preocupéis tanto de saber
cómo podréis ejecutar con perfección lo que tenéis que hacer,
cuanto de hacerlo con toda la perfección que sepáis.
Pues obrando con la perfección que sabéis,
mereceréis aprender y saber lo que todavía ignoráis.
Contentaos con lo que podéis hacer
ya que Dios se contenta con eso.
Pero no andéis remisos en lo que podéis con su gracia;
y creed que, con tal que queráis,
podéis con el auxilio de su gracia
más de lo que pensáis".
(R 16,2,9-10)*

Esa tensión de esfuerzo y de espera confiada está sostenida desde la comunidad... cuando ésta es *"comunidad de fe en la que se comparte la experiencia de Dios"* (R-1987, 48), y está alimentada desde la oración... cuando ésta se vive como *un itinerario*, cuando no se reduce a ser un momento aislado en la vida de cada día, sino que se sitúa en un proceso de acercamiento a Dios, que arrastra consigo el conjunto de la vida. Y éste es el objetivo del Fundador al ofrecer a los Hermanos su *Explicación del Método de Oración*.

1.1 HOMBRES DE COMUNIDAD: UN RETIRO PARA LA MISIÓN.

Entre las insistencias típicamente lasalianas está la invitación al retiro. Juntamente con la oración forma el binomio estructural que, según el Fundador, da cimiento a la identidad del Hermano, ya como hombre de Dios, ya como hombre para la misión.

Se nos hace difícil conciliar estas dos situaciones en una misma vida: retiro y relación social. ¿Pueden darse ambas en el Hermano, que, como cualquier educador, debe desarrollar su misión en una actividad que es, por esencia, comunicación? Estamos tentados de tachar esta insistencia lasaliana como algo típicamente dualista, achacable a la espiritualidad de su tiempo. ¿Podemos recuperarla hoy, cuando se nos recuerda desde el mismo centro de la Iglesia que el Hermano debe ser *“experto en comunión”* (cf VC 46)?

Analicemos brevemente algunos textos del Fundador para encontrar la respuesta a estas preguntas.

Un primer vistazo nos advierte ya que para el Fundador no existe dualismo ni incoherencia entre estos elementos, *retiro y misión*. Al contrario, entre ambos se establece una relación de necesidad recíproca, como entre la fe y el celo. La experiencia de Dios tenida en el retiro tiende a comunicarse; ése será el fruto necesario para el ministerio del Hermano:

*“Cuando alguien se ha llenado de Dios en la soledad,
puede luego hablar de El con osadía y provechosamente...”* (MF 100,2).

La finalidad de este ministerio con los niños y jóvenes es, en último término, *“revestirlos del espíritu de Jesucristo”*. Pero el Fundador nos interpela, tomando como símbolo de referencia la capa que San Martín, siendo aún catecúmeno, parte en dos para compartirla con un pobre:

*“¿habéis cuidado de vestiros vosotros de él,
antes de emprender tan santo ministerio,
de modo que podáis comunicarles esa gracia?”* (MF 189,1)

¿Y dónde encontramos la “capa” de la que hemos de revestirnos? *“En el retiro se aprende a hallar a Dios”*, nos responde el Fundador en esa misma meditación; y enseguida nos da la pista del escenario sobre el que se sitúa el retiro, al decirnos que San Martín vive su retiro en la comunidad de religiosos cuyo monasterio ha fundado.

Es, pues, la comunidad el lugar del retiro y de la oración. Es en la comunidad donde actúa el Espíritu e impulsa a los Hermanos llenándolos del celo con el que han de transformar el mundo en beneficio de los pobres:

*“Merced a esos medios (retiro y oración),
y especialmente por haberse henchido del Espíritu de Dios
y del celo que se requería
para trabajar tan fructuosamente como lo hizo en la salvación de las almas,
se puso en condiciones san Martín de realizar tan grandes empresas”* (MF 189,2).

“Vida retirada” es equivalente en La Salle a “vida comunitaria”. Al comentar la curación del paralítico (Mc 9,1-8) recalca esta equivalencia:

*“...‘Id derechos a vuestra casa’;
o sea, vivid en el retiro, recogimiento y silencio,
y aplicaos asiduamente a la oración y demás ejercicios piadosos,
no menos que al exacto cumplimiento de las Reglas de la comunidad”* (MD 71,3).

Pero la comunidad no guarda al hermano como en un estuche: lo llena de celo y lo lanza al apostolado. Es una comunidad que se constituye toda ella en función de la misión:

*“A ejemplo de san Martín, ocupad vosotros todo el tiempo en estas dos cosas:
en pedir a Dios con instancia la salvación de los que tenéis a vuestro cargo,
y en buscar los medios para conseguirla,
y hacer que los asuman ellos”.* (MF 189,3)

1.2 ORACIÓN: EN EL MÉTODO VA LA TENSIÓN.

Cuando se quiere -aunque sea inconscientemente- parodiar el método lasaliano de oración, se presenta como una sucesión ordenada de 21 actos, a modo de "21 pasos" que haya que dar para llegar a la "meta" de la oración, aunque luego esos actos se vayan simplificando hasta quedar reducidos al acto de fe. Sin embargo, esa sucesión de actos sólo pretende comunicar una *tensión*, de tal forma que esa tensión se convierta en nosotros en *dinamismo* de nuestra oración. En pocas palabras, podríamos afirmar que *el método lasaliano de oración consiste en una tensión*. Y es esa tensión lo que, pedagógicamente, hace avanzar en el itinerario oracional, como vamos a ver.

La tensión se establece siempre entre dos polos de fuerza, y da lugar a un equilibrio dinámico, a una síntesis vital que sitúa al sujeto en una nueva posición. Ahí se vuelven a plantear de nuevo los dos primeros polos, de distinta forma que al principio, lo que dará lugar a una nueva posición... Veámoslo en los 9 actos de la Primera Parte:

► El "*polo-origen*", el que sirve de punto de apoyo, está formado por los tres primeros actos (el nº 3 es, simplemente, mnemotécnico; de hecho, La Salle habla de otros posibles actos, a gusto del orante: amor, esperanza, alabanza, reconocimiento gozoso...). La fuerza de este "polo" surge, toda ella, de la atracción de Dios: el orante está vuelto hacia Dios, captado por su presencia, impresionado por el encuentro, superado por la alianza de que es objeto... Es, esencialmente, un momento gozoso. En el juego de la dialéctica lasaliana subrayemos ese primer puesto: ésta es la "*tesis*", a la que habrá que volver siempre.

► *El polo opuesto*, el que pudiéramos llamar "*antítesis*", está formado por los tres actos siguientes (en cuanto al número, diríamos lo mismo que para el anterior...). En este encuentro, en esta alianza, es inevitable que la mirada se vuelva a nuestra pobre realidad para constatar la enorme distancia entre el don que recibimos y lo poco que aportamos. No es una mirada resignada, y menos aún masoquista, sino promotora de deseos de purificación, de actitud de conversión. Esta "antítesis" está abundantemente expresada por el hombre bíblico de los salmos...

Es importante constatar el puesto de este polo: el segundo. Lo cual, ayudará a relativizar la tendencia de La Salle al menosprecio de la naturaleza humana, que tan frecuentemente aparece en su obra (típica, por otra parte, de la época). La Salle no parte de este menosprecio, sino del "aprecio" de Dios y su majestad, de los dones recibidos de Él. Y ese "polo-original" es el que, a la postre, determina que la resolución de la tensión sea fundamentalmente positiva.

► *La síntesis* viene planteada por los tres últimos actos: se logra en Cristo. En él se da, plenamente realizado, el encuentro con Dios, la alianza sin vuelta atrás: "*Haced que no piense en Él sino por Vos, y que sólo le ame en Vos*" (EM 169).

Veamos lo que representa este momento de síntesis en la "dialéctica oracional": es el "*sentimiento de fe*" de estar unido a Jesús; es la conciencia que adquiero de que el "*llenarme de Dios y unirme interiormente a Él*" (ideal lasaliano de la oración) lo estoy cumpliendo en Jesús y por Jesús; pero no por mi esfuerzo, sino gracias a la acción del Espíritu de Jesús en mí.

Estamos hablando de una "síntesis vital", y por tanto de algo que siempre será muy personal: la hondura y densidad de esta síntesis será lo que determine el grado de oración en nuestro proceso. Para los más, la elaboración de esa síntesis se irá haciendo *como quien saca agua de un pozo valiéndose de un cubo*, es decir, con empeño y sudor por nuestra parte; algunos, en cambio, quizá lleguen a esa síntesis como quien recibe *el agua de lluvia*, por simple gracia de Dios... Entre ambos extremos están *la noria y la acequia* (los cuatro niveles de oración, según santa Teresa).

Cada síntesis alcanzada, en el sentido que la hemos descrito, en la medida en que es una síntesis *vital*, es decir, que se ha asumido en la vida y ha pasado a nuestro vivir diario,... en esa medida se transforma en nuevo "*polo-original*" -otra vez el gozo del encuentro con Dios-, que suscita el otro polo, el de la constatación de mi pequeñez y consiguiente deseo de purificación, para llegar a la nueva síntesis, la experiencia de que el Espíritu hace la oración de Jesús en mi interior al Padre...

Cuando no hay síntesis *vital*, entonces volvemos cada vez a partir de cero: el "método" deja de ser "camino", para convertirse en repetición rutinaria. Sólo cuando se vive esa *tensión dialéctica* se encuentra uno situado en el camino de superación que quiso ofrecernos La Salle.

2. La comunidad: un signo con fuerza propia.

Siempre, en el cristianismo, la comunidad ha sido un signo con fuerza propia: "*En esto conocerán que sois mis discípulos...*". De tal forma que la Comunidad cristiana por antonomasia, la Iglesia entera, se designa a sí misma como *sacramento* de Cristo, es decir, un signo que realiza aquello que significa: hace presente a Cristo.

En la consagración lasaliana es especialmente significativo su carácter comunitario: "*juntos y por asociación*". Esa dimensión de comunidad sostiene la propia consagración. Es un signo dentro de otro signo, y ambos se potencian mutuamente, para fortalecer entre los dos la misión que justifica tal consagración. Es en la misión donde se promueve "*la gloria de Dios*".

2.1 LA FUERZA DE LA MISIÓN.

A La Salle le preocupa, de manera evidente, establecer una comunidad firme, con una gran cohesión interna, con capacidad de educar a quienes han de educar a los niños y jóvenes; una comunidad que sea fuerza de la misión. Habla más bien de los deberes que la vida común impone a cada Hermano que de la significación de la fraternidad en sí misma; resalta más su carácter ascético que su sentido místico eclesial.³⁹

La Salle comienza a establecer su Instituto cuando trata de transformar el grupo informe de los primeros maestros en una "Comunidad" caracterizada no sólo por un espíritu idéntico, sino también por prácticas comunes. El es hombre de regla para sí mismo; de igual forma, se dedica a esbozar un reglamento que dé cohesión interna al grupo. Y a lo largo de toda su vida lo veremos continuar el reajuste de las Reglas de la Comunidad. ¿Con qué criterios?

► Ante todo, esta legislación no parte de la teoría o de un ideal preconcebido sino de la vida; antes de convertirse en reglamento ha sido práctica de cada día. Lo mismo en cuestión de Reglas de comunidad como en materia de votos, el criterio típicamente lasaliano ha sido éste: *vivir antes de legislar*.

► Las Reglas no surgen por afán mimético de otras congregaciones religiosas, sino que se proponen aquellas que parezcan más apropiadas para dar solidez a la comunidad y para encauzar las energías de ésta hacia la realización de la misión. Esto es lo que explica, de un lado, la minuciosidad con que se legislan hasta detalles nimios (eso nos parecen hoy) de la vida comunitaria; y, de otro, la intransigencia del Fundador en defender algunos puntos que el califica de esenciales para la misión del Instituto: *la gratuidad* absoluta, única que asegura el acceso de los pobres a este "medio de

³⁹ Cf AEP 305-315.

salvación"; *el vínculo entre escuela y catequesis*, que favorece la amplia comunicación de los maestros con sus discípulos y una evangelización que nace en la realidad de los niños; *el laicado* absoluto de la Congregación, porque la escuela exige "al hombre completo" (MH 10); *la autonomía del gobierno interno* del Instituto, indispensable para asegurar su conciencia de identidad y la fidelidad a sus propios objetivos.

Es llamativo observar que el Fundador no se preocupa en absoluto por obtener la aprobación pública del Instituto y de sus estatutos, y esto a pesar de la insistencia de algunos Hermanos. En cambio, gasta su energía en lograr que los Hermanos desarrollen lazos fraternos entre ellos, que se ayuden mutuamente al crecimiento espiritual y adquieran una mayor competencia profesional. Y sobre todo eso, que el espíritu dé vida a las estructuras establecidas tanto para el servicio a la misión como para el desarrollo de la comunión.

2.2 LA COHESIÓN DE LA COMUNIDAD.

Dos pilares dan firmeza y cohesión a la comunidad lasaliana, según el Fundador: *la obediencia y la regularidad*:

De la obediencia dice que es la virtud comunitaria esencial, la "*principal y la más indispensable a los religiosos y a todas las personas que viven en Comunidad*" (R 9,1,1). En su pensamiento, la obediencia se entiende, sobre todo, en el sentido limitado de docilidad al Superior. La motivación esencial que para ello da es que el Superior es el representante de Dios. Desde luego, sería anacrónico pretender encontrar, en la presentación que La Salle hace de la obediencia, conceptos tales como "discernimiento comunitario", "responsabilidad compartida",...⁴⁰

Pero no podemos desperdiciar en absoluto la fundamentación cristológica que para La Salle es la clave de la obediencia del Hermano -como lo es de todo cristiano-. A la luz del Misterio de Cristo, *que vino al mundo, no para hacer su voluntad, sino la de Aquel que le había enviado* (Jn 6,38), la obediencia supera las formas concretas y culturales para convertirse en el estilo cristiano de vivir, en disponibilidad y atención a la voluntad del Padre. Véase, por ejemplo, la meditación 24, para el Martes Santo:

*"Adorad estas diferentes disposiciones de Jesucristo, para conformarse con los designios que Dios tenía sobre Él, según Él mismo lo declara diciendo:
La voluntad del que me ha enviado es mi alimento (Jn 4,34);
o sea, la regla y como el alma de su conducta.
Esforzaos, a ejemplo de Jesucristo, vuestro divino Maestro, por no querer sino lo que Dios quiere, cuando lo quiere y según lo quiere."* (MD 20,1)

Sobre la regularidad, La Salle dice que "*es el primer sostén de las comunidades y de tal manera que, mientras subsiste, las hace incommovibles; por el contrario, la irregularidad es la primera causa de su destrucción y de la pérdida de sus miembros*" (RC 16,3). Insiste en los más pequeños detalles, sobre la exactitud rigurosa en la observancia del horario...

⁴⁰ Ciertamente, la reflexión teológica posterior ha ayudado a amplificar y compensar esta concepción, un tanto reduccionista, de la obediencia religiosa. La Regla actual de los Hermanos afirma que el Espíritu "*descubre sus designios a través de los acontecimientos del mundo, los jóvenes, la comunidad, los Superiores, el Cuerpo del Instituto y la Iglesia*" (R-1987, 36). Y que ese mismo Espíritu "*se manifiesta en la comunidad solícita en prestar oído atento a las llamadas del mundo y de la Iglesia. Debe oírse el parecer de todos los Hermanos, pues en cada uno habla y actúa el Espíritu*". Pero también, hoy como ayer, en último término, "*los Hermanos aceptan en actitud de fe la decisión de los Superiores*" (R-1987, 37).

La regularidad se impone igualmente en la casa y fuera de ella, para la vida interna de la comunidad y la marcha de la escuela (véase, por ejemplo, el examen de conciencia propuesto por la Med. 92, para el 31 de diciembre). Esta regularidad minuciosa asegura la cohesión de la comunidad, pero constituye también para cada uno de sus miembros una fuente de perfección personal y de santificación.

Lo mismo que de la obediencia, también hay que señalar la ambigüedad que ha acompañado la práctica histórica de la regularidad en el Instituto:

- Por una parte, esa minuciosidad sirvió en un principio para dar fuerza interna a una obra amenazada desde todos lados, y preparó a sus destinatarios para ejercer una misión cuyo éxito residía en la fidelidad a los pequeños detalles.
- Pero también es cierto que, a lo largo de la historia del Instituto, ha habido momentos en que la Regla se ha sacralizado de tal forma que, de ser un medio para cumplir la voluntad de Dios, se ha convertido en fin, identificándose absolutamente con la voluntad de Dios, sin distinguir entre los principios básicos y las formas culturales propias de una época.⁴¹
- El propio Fundador, poco antes de su muerte, ya nos había puesto en guardia contra esa tentación fundamentalista, al añadir en la edición de 1718 aquella afirmación que relativizaba la regularidad: *"...Porque no se la establece en las Comunidades sino para facilitar a los que en ellas viven la guarda exacta de los Mandamientos de Dios, y porque las Reglas, en su mayor parte, son prácticas que se relacionan con esos Mandamientos."* (RC 16,1)

2.3 UN LUGAR PARA LA RECREACIÓN.

La Salle quiere que la comunidad sea para el Hermano un polo de atracción frente al mundo, donde se sienta a gusto, y encuentre en ella cuanto necesita para dedicarse a Dios y a su servicio. Está convencido de que uno de los principales motivos de que las comunidades decaigan es la extroversión de sus miembros, la ruptura del "retiro" comunitario, el vivir pendientes de los sucesos exteriores. No se buscan las conversaciones con los de fuera, afirma, sino *"porque no se contenta uno con la tenida con sus Hermanos"*, ni se curiosean lo que pasa en el mundo sino *"porque el corazón no se ocupa suficientemente en las cosas de Dios"*, ni se entretiene en hablar de cosas mundanas sino *"porque no se tiene costumbre de hablar de Dios."* (R 10,1,1)

Así pues, el retiro que La Salle propone al Hermano y que se identifica globalmente con la comunidad, no implica un vacío de palabras sino más bien una interiorización, una reflexión personal y compartida sobre Dios y todo lo relacionado con el ministerio.

De ahí que uno de los puntales que La Salle establece para dar solidez a la "vida retirada" del Hermano sea *"el modo de pasar bien la recreación"* (R 10; RC XVI,8): hace de él uno de los cuatro *"soportes exteriores del Instituto"*, sobre los que se apoya la comunidad. Al contrario que su contemporáneo Rancé (1626-1700), fundador de los Trapenses, que para dar solidez a su reforma suprime la recreación de los monjes, La Salle no sólo la mantiene sino que le da una gran importancia en el reglamento de la comunidad, le dedica el cap. 6º de la Regla y compone todo un *"Catálogo de Asuntos de conversación para los Hermanos en sus Recreaciones"*, con el fin de que éstas les ayuden a *"conservar el espíritu de su Instituto"* (R 10,1,2).

⁴¹ La Declaración de 1967 corregirá esta falsa perspectiva, afirmando con absoluta claridad: *"...Las Reglas y las estructuras no han de ordenarse a su propia conservación, ya que tienen como fin servir a las personas..."* (D 19,2).

Podemos afirmar, pues, que la *"recreación comunitaria"* de los Hermanos, según el Fundador, es una pieza clave para el "retiro" que han de mantener en su vida y a fin de cumplir bien con su ministerio.

¿Qué representa hoy la "vida retirada" del Hermano? Más allá de las estructuras culturales en las que se manifieste, es un *signo* que debe darse a sí mismo y a los seculares con los que comparte la misión: signo de renuncia al espíritu del mundo, a sus valores, a sus criterios, a su estilo; signo de búsqueda y experiencia de Dios. A ello contribuirán la práctica de la "presencia de Dios" y el "recogimiento interior" que propone La Salle, y el "retiro" entendido como "ejercicio espiritual" periódico o extraordinario, orientado a la renovación, discernimiento de la voluntad de Dios y profundización en nuestro proyecto de vida. A estos medios habrá que añadir y reforzar la "recreación comunitaria": con nuevas formas, pero con el mismo fondo.

3. La obra educativa: comunidad humana.

El dinamismo comunitario que anima el Proyecto lasaliano es mucho más que una simple garantía de continuidad para la escuela. Marca profundamente todo el estilo del proyecto y le confiere una fisonomía muy peculiar, que se nota de manera especial en la prioridad absoluta concedida a las estructuras "personales".

Esa "estructura relacional", La Salle intenta crearla primeramente en el interior mismo de la persona del educador. Eso es lo que se esconde bajo la denominación asumida, que es todo un símbolo: *"Hermano"*. En el otro extremo del Proyecto veremos el puesto central, tan llamativo, que la persona del niño ocupa en todo el desarrollo de dicho proyecto. Entre ambos "extremos" surgen, por un lado, la comunidad de los Hermanos, como ya hemos visto; por otro, la comunidad escolar. Creando una y otra estará el Espíritu, en un nuevo Pentecostés que comienza iluminando los corazones de los ministros y termina conmoviendo los corazones de los discípulos.⁴²

3.1 UN "HERMANO MAYOR" ENTRE LOS JÓVENES.

La denominación "Hermanos" adoptada desde los primeros años por los miembros de la comunidad lasaliana, no alude sólo a un tipo de relaciones entre la comunidad de maestros (y mucho menos al hecho de ser "laicos"). Indica la forma como quieren ser percibidos y apreciados por los alumnos. En la construcción de una escuela fraterna los educadores realizan la primera contribución con sus personas, con su cercanía a los niños y jóvenes, con el estilo fraternal de relaciones entre ellos. La Regla, la Guía de las Escuelas, las Meditaciones, estructuran y facilitan esta relación fraterna entre los maestros y los alumnos.

"Los Hermanos amarán tiernamente a todos sus alumnos" (RC 7,13). En cuanto hermanos mayores, sabrán manifestar a los pequeños que Dios les ha confiado una "ternura" real; "sobrenatural", ciertamente, en el sentido de que es vivida en la fe y viene de la fe; pero también "corporal", en el sentido de que encuentra los caminos de la sonrisa y del gesto que proclama la bondad y el afecto del corazón. Por eso la Guía pone en guardia contra la falta de calor humano en las relaciones:

"La razón por la que los escolares se ausentan, es porque tienen poco afecto al Maestro que no les anima ni sabe ganarlos, ... y casi en todas las ocasiones tiene que recurrir al rigor y los castigos, lo cual hace que los escolares no quieran venir a la escuela..."

⁴² MD 43,2.3; MR 195,2.3

El remedio para estas clases de ausencias será que los maestros se apliquen a hacerse muy amables, a tener un exterior afable y abierto, sin tomar por eso un aire bajo y familiar; que se hagan todo para todos sus alumnos para ganarlos a todos por Jesucristo." (Guía, 16,2,15-16)

La gravedad necesaria al maestro *"no consiste en conservar un exterior severo, en enojarse o proferir palabras duras"*; el exterior *"sombrio y hosco"* del maestro, sus gritos o rudezas favorecen el ausentismo; por lo contrario, el maestro agradable, de *"exterior afable, digno y abierto"* atrae a los niños. El amor del Hermano por sus alumnos busca combinar la *"firmeza del padre y la ternura de la madre"* (MF 101,3); se extiende a todos sin excepción, *con preferencia por los más pobres* (RC 7,14); los estimula al bien valiéndose también de la atracción de las recompensas (Guía, 14).

Esta actitud cariñosa del hermano mayor para el pequeño debe calibrarse todavía más en el momento obligado de la corrección:

"Hay que tener mucho aguante, pero no permitir que los niños aspiren a la impunidad, y que hagan todo lo que les dé la gana; no hay que cifrar en eso la mansedumbre. Pero sí hay que saber que consiste en que no aparezca nada de dureza, ni aflore la cólera o la pasión, en los castigos que se den; sino que se vea resplandecer en ellos la gravedad del padre, la compasión llena de ternura, y cierta dulzura, aunque viva y eficaz; y que se vea en el maestro que reprende o castiga, que lo hace presionado por cierta necesidad y celo del bien común." (Guía, 15,0,23)

Además, esta relación fraterna ha de poder ser percibida así por los escolares, pues de esta forma es como se llega a entrar en sus corazones⁴³:

*"Dice también Jesucristo
que las 'ovejas deben conocer a su pastor' para poder seguirle.
Dos cosas son necesarias y aun tienen que descollar en los conductores de almas.
Primeramente, virtud no común que sirva de ejemplo a los demás;
pues si ellos perdieren el recto camino,
no podrían menos de extraviarse quienes siguieran sus pasos.
En segundo lugar, debe ser patente en ellos
su especial ternura con las almas que les están confiadas;
de modo, que cuanto pueda interesar o perjudicar a las ovejas
sea vivamente sentido por ellos.
Esto es cabalmente lo que despierta en las ovejas
el amor a su pastor y las mueve a complacerse en su compañía,
porque en ella encuentran su descanso y su alivio." (MD 33,2)*

3.2 LO PRIMERO, LA PERSONA DEL NIÑO.

En la escuela lasaliana la persona del niño es el centro de interés de los educadores. Basadas en este principio fundamental van surgiendo las transformaciones pedagógicas

⁴³ En la nueva situación de la misión lasaliana compartida por diferentes identidades, es importante que el signo de "ser hermano para los discípulos" sea captado y asumido por los diversos educadores, religiosos y seculares, como una dimensión característica del estilo lasaliano:

"Según se expresa el Fundador, el Hermano vive con los alumnos "desde la mañana hasta la noche"; eso significa que la educación como él la entiende se caracteriza por el estilo fraternal de las relaciones entre el educador y los jóvenes. El Hermano se incorpora al ambiente en que viven sus discípulos, cuyos intereses, preocupaciones y esperanzas comparte. No es precisamente maestro que inculca verdades, sino hermano mayor que ayuda a descubrir por sí mismo al discípulo las invitaciones del Espíritu, a comprender mejor la realidad, a reconocer sus personales aptitudes y a descubrir progresivamente el puesto que le está reservado en el mundo" (D 40,4).

introducidas por La Salle y los Hermanos, que darán lugar a la *Guía de las Escuelas*. El paso del niño por la escuela es, frecuentemente, breve: hay que lograr que le sea útil para la vida y, al mismo tiempo, lo más agradable posible. Ambas cosas no solían coexistir por aquel entonces, en una escuela dominada por el temor y el castigo, de una parte, y, de otra, por tradiciones pedagógicas que bien poco tenían que ver con las necesidades reales y las posibilidades del niño. Estas últimas -necesidades y posibilidades- pasan a ser la preocupación constante de los educadores en la escuela de La Salle, y conforme a ellas se decidirán los cambios que darán la fisonomía característica a esta escuela.

El niño adquiere categoría de persona (para hablar con propiedad: ve reconocido lo que es en sí mismo); como consecuencia, el educador está urgido a situar su relación pedagógica con el alumno en un plano prácticamente inédito hasta entonces, con estas dos dimensiones: conocimiento personal de cada alumno y respeto a sus derechos. Evidentemente, no es tiempo aún de utilizar este término -"derechos"-, pero bien podemos decir que el concepto, su sentido más hondo, forma parte de la filosofía que fundamenta la estructura de la escuela lasaliana. Léanse, como muestra de lo que acabamos de afirmar, estas observaciones que encontramos en la Guía de las Escuelas al comienzo del capítulo sobre las correcciones:

"Las cosas que hacen duro e insoportable el proceder del maestro a aquellos de quienes está encargado, son:

Primero, cuando las penitencias son demasiado rigurosas y el yugo que les impone demasiado pesado, lo que tantas veces proviene de su poca discreción y sentido común; pues, con frecuencia sucede que los alumnos no tienen fortaleza bastante de cuerpo ni de espíritu para aguantar las cargas que a menudo los abruman.

Segundo, cuando manda, intima o exige algo a los niños con palabras demasiado duras, o de manera demasiado imperiosa, sobre todo cuando ello procede de algún impulso desordenado de impaciencia o cólera.

Tercero, cuando urge excesivamente la ejecución de algo a un niño que no está dispuesto a ello, y al que no da holgura ni tiempo para que se rehaga.

Cuarto, cuando exige con el mismo ardor las menudencias que las cosas importantes.

Quinto, cuando rechaza de entrada las razones o excusas de los niños, sin querer oírles de ninguna manera.

Sexto, en fin, cuando por no conocerse bien a sí mismo, no sabe compadecer las flaquezas de los niños, y exagera mucho sus defectos; y cuando les reprende o castiga lo hace de modo que parece moverse y actuar sobre un instrumento insensible y no sobre una criatura capaz de razón." (Guía 15,0,8-14)

Conocer personalmente a cada niño es una obligación educativa para La Salle y sus primeros Hermanos. Y no sólo se trata de una obligación "profesional"; en cuanto tal, La Salle la refiere al ministerio, y por tanto incumbe a la dimensión espiritual del Hermano; por eso la hace objeto de meditación y oración. Véase, por ejemplo, la meditación 33 sobre el evangelio del Buen Pastor (Jn 10,11-16):

*"...Esta ha de ser también una de las preocupaciones principales de quienes se dedican a instruir a los demás:
acertar a conocerlos, y discernir la manera de proceder con cada uno.
Porque hay quienes exigen más bondad, y otros, mayor firmeza;
no faltan algunos que requieren mucha paciencia,
y otros, en cambio, que se los estimule y aliente;
es necesaria la reprensión y el castigo
para que unos se corrijan de sus faltas,
mientras hay otros sobre los cuales es preciso velar de continuo
para impedir que se perviertan o extravíen..." (MD 33,1)*

La "*Guía de las Escuelas*" se encarga de traducir esta preocupación en estructuras adecuadas. Hay un seguimiento personal de cada alumno; se evalúa regularmente el progreso de cada uno; los cambios de una lección a otra están minuciosamente previstos para asegurar al máximo el aprovechamiento de cada alumno. En el aprendizaje de las técnicas básicas se presta una atención especial a los menos dotados con el fin de que no les falten los instrumentos más esenciales para situarse en la vida. La psicología del tiempo es muy incipiente; sin embargo la Guía prevé el uso de verdaderos ficheros que los maestros han de ir completando de un curso a otro, y en los que se anotan, desde los antecedentes familiares y sociales de cada niño y sus condiciones de alojamiento, hasta sus tendencias particulares, aptitudes y disposiciones intelectuales, así como la evolución que va manifestando.

Un capítulo aparte merece el tema de **la corrección**. Los castigos -concretamente los corporales- se consideran en esa época parte ineludible en la educación. Hubiera sido impensable la supresión de los mismos. Pero lo más importante es que la Guía establece un camino que conduce inequívocamente a su desaparición. Ante todo se propone poner la corrección al servicio de los niños, y nunca como desahogo del maestro. La somete a tales condiciones que, de aceptarse éstas, se hace aquélla poco menos que imposible, y desde luego queda humanizada.

Según la Guía, la corrección debe estar exenta de toda pasión, de toda aversión, de todo resentimiento personal; por tanto, no debe practicarse en un arrebato de cólera y el maestro no debe permitirse injuriar a sus alumnos. Es inútil corregir si no es para el bien de los niños; por esto es mejor utilizar penitencias "medicinales" que castigos simplemente aflictivos. Y sobre todo, explicitando de nuevo su afán por individualizar la relación educativa, La Salle aconseja actitudes diversas, según se trate de jóvenes viciosos o ligeros, insolentes o tímidos, menores de edad o recién llegados a la escuela.

Estas orientaciones pedagógicas encuentran una expresión y una inspiración espirituales en las dos *Meditaciones del tiempo del Retiro* consagradas a la corrección. La Salle explica en ellas a sus discípulos su significado y sus exigencias evangélicas. La corrección traduce el celo del educador por que los niños a él confiados vivan según la Alianza contraída con Dios por el Bautismo, busca liberarlos de la alienación del pecado, pasar de la esclavitud a la libertad cristiana.⁴⁴

La valoración de la persona de cada alumno en particular encuentra su marco adecuado en el *ambiente comunitario* que se intenta lograr en la escuela, y al que contribuye el tipo de relaciones que se establece entre los alumnos y su implicación en las diversas responsabilidades escolares. La Guía establece muchos "*encargos*" que se distribuyen entre los alumnos, en función de sus cualidades o capacidades; entre esos encargos merece la pena resaltar los dedicados a servicios de ayuda o de caridad, como los que recogían las ofrendas de comida para los más pobres, o los visitantes de enfermos.

Las relaciones de ayuda mutua en el trabajo escolar se favorecen por el *método de enseñanza simultánea*: los mayores ayudan a los más pequeños; los más adelantados a los más atrasados; incluso, como muestra de solidaridad, se da el caso de que uno o varios alumnos puedan quedar retenidos en un nivel, en lugar de promocionarlos a otro superior, para que se conviertan en elementos motores del grupo y faciliten el progreso de sus compañeros más atrasados.

⁴⁴ AEP 223.

III. EL ESPÍRITU

*La raíz de la Comunidad lasaliana:
"Movidos de su Espíritu"*

1. La identificación con Cristo en el Espíritu.

Al profundizar en el segundo núcleo generador de la identidad lasaliana hacíamos un recorrido por el camino que nos propone La Salle para llegar a la identificación con Cristo. Dejamos entonces pendiente esta última etapa del proceso:

A medida que nos adentramos en el Misterio de Cristo, más patente es *la fuerza que desde dentro nos atrae*, nos impulsa hacia la unión con Cristo. La Salle nos llama la atención sobre esa fuerza que no es otra que la del Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo.

El protagonismo de esta nueva Fuerza que aparece en nuestro caminar es tan importante que de ella hace depender La Salle todo el éxito del proceso, no sólo en los Hermanos, sino también en sus discípulos.

Pero simultáneamente, la entrada en acción de esta Fuerza queda subordinada a la libertad humana, a nuestro propio interés por convertirnos a Cristo, y a la facilidad que damos a su acción.

Un regalo para el caminante.

Quien se aventura en el camino del seguimiento de Cristo, recibe como regalo el Espíritu de Jesús; y el regalo es tanto mayor cuanto más se avanza en el proceso. De esta forma, La Salle se alinea en la corriente de la más pura tradición cristiana (Jn 14,16; 20,22) al referirse al Espíritu Santo como el gran Don de Dios, el Regalo de Cristo a su Iglesia. Quienes lo dejan todo por Jesús encuentran en el Espíritu, asegura La Salle, el cumplimiento de la promesa del "ciento por uno":

*"No es posible imaginar ni cuánto es el amor que profesa Jesucristo
a quienes lo dejan todo por El,
ni cuántas gracias les otorga, tanto para ellos como para los demás.
Por tener su corazón vacío de las cosas del mundo,
Dios se lo llena de su Espíritu Santo..." (MF 167,2).*

Con su constante referencia al Espíritu en el desarrollo de la vida espiritual, La Salle está reivindicando la iniciativa absoluta de Dios en la generación del Hombre Nuevo. Esta convicción profunda de su experiencia la transforma frecuentemente en oración, y como tal la invita a hacer a los Hermanos:

*"Repetidle a menudo con la Iglesia estas sagradas palabras:
'Envía tu Espíritu Santo para darnos nueva vida,
y renovarás la faz de la tierra" (MD 42,3).*

El Don del Espíritu parece ser la primera consecuencia de la presencia de Jesucristo en medio de los Hermanos, afirma La Salle en EM:

*"Está en medio de ellos para darles su santo Espíritu,
y para dirigirlos por él
en todos sus actos y toda su conducta" (EM 26).*

Pero ese mismo Don está también en íntima relación con la Eucaristía, de forma que se presenta como su efecto más inmediato:

*"...Y con el fin de comunicarles su Espíritu,
les da su Cuerpo en este augusto sacramento" (MD 26,1).*

A lo largo de las meditaciones para la Octava del Santísimo Sacramento vuelve sobre el tema:

*"A quien recibe, pues, el Cuerpo de Jesucristo
le cabe la suerte de participar en la vida del Salvador,
(...), si conserva en sí el Espíritu de Jesucristo,
que es lo que Jesucristo deja en nosotros" (MD 48,3).*

Protagonista del HOY en el Misterio de Cristo.

La historia de la salvación, que se asienta sobre los acontecimientos de la Encarnación y la Pascua de Cristo, tiene su prolongación y permanente actualización por la acción del Espíritu Santo. La Salle reitera en EM la necesidad de asumir el "espíritu de los misterios" de Jesucristo. La expresión se refiere directamente a la savia salvadora que trasciende las acciones históricas de Cristo y se proyecta sobre nuestra vida concreta. Pero en el trasfondo está la presencia del Espíritu divino, único capaz de lograr nuestra conformidad interna con la actitud de Jesús, de asegurar esa actuación salvífica en nosotros. En ocasiones La Salle deja más clara la referencia directa al Espíritu Santo, como en este caso en que alude a Gál 4,5-6:

*"Es muy conveniente unirse a Jesús en su nacimiento
para entrar en comunicación y participación de su Espíritu,
por el cual podemos llegarnos al Padre
como hijos adoptivos en su Hijo unigénito" (EM 231).*

La irrupción del Espíritu en nuestra historia permite la vida "según Cristo", que no es otra que la vida del Espíritu. La Salle hace esta doble trasposición para evidenciar la equivalencia y al mismo tiempo subrayar el protagonismo actual del Espíritu en el proceso de identificación con Cristo: En EM realiza la trasposición, desde la conocida frase de san Pablo (Gál 2,20), de la vida de Cristo a la vida del Espíritu:

*"Ven, pues, Espíritu Santo, a poseer mi corazón,
y animar de tal modo todas mis acciones,
que se pueda decir que las produces más bien Tú que yo,(...)
Dichoso aquel que ya no vive ni obra
sino por el Espíritu de Dios:
de ese tal se puede decir
que ya no vive él
sino que Cristo, o más bien el Espíritu Santo,
vive en él" (EM 62 c.d).*

En MD 48,1 propone el movimiento inverso; esta vez, queda subrayada la presencia de Cristo en nuestra alma por la acción del Espíritu:

*"¿Le dejáis plena libertad (a Jesucristo)
para que comunique a vuestra alma su Espíritu divino?
¿Está vivo en vosotros
hasta el punto de que podáis decir
que ya no vivís vosotros,
sino que es Jesucristo quien en vosotros vive?".*

Ni voluntarismo, ni quietismo.

El equilibrio está sorprendentemente logrado, reconociendo el papel de la libertad humana y el de la iniciativa divina en el proceso del seguimiento de Cristo. Ya sabemos que La Salle espolea fuertemente el esfuerzo ascético, el autodomínio y el deseo de conversión, pero al mismo tiempo, y con más ahínco si cabe, insiste en la actitud de apertura a la acción de Dios, la disponibilidad para acoger el don del Espíritu que nos impulsa en nuestra ida hacia Dios y, de forma específica, en nuestro ministerio.

La meditación para el martes de Pentecostés, nos muestra claramente los dos polos que establecen la tensión:

– Primero, la llamada al esfuerzo de la voluntad:

*"No podéis conservar la vida de la gracia
sino mortificando en vosotros las inclinaciones de la naturaleza corrompida,
que a eso llama carne san Pablo;
y, en la medida en que la resistáis,
se fortalecerá en vosotros la vida de la gracia.
Ese será también el medio único de conseguir
que pertenezcáis vosotros de todo en todo a Jesucristo".*

– Pero en el trasfondo de ese "medio único" no se deja duda de a quién pertenece realmente la iniciativa, el motor:

*"Debéis, además obrar en (vuestro estado) a impulso de la gracia,
y poner de manifiesto que os dejáis conducir
por impulso del Espíritu de Dios.
Así probaréis, según san Pablo,
que perseveráis en la gracia de Dios.
Si vivís, dice, por el Espíritu,
obrad también por el Espíritu" (MD 45,2.3).*

– En otros casos, la relación entre los dos polos se expresa con el binomio muerte-vida:

*"Y es este mismo Espíritu Santo
quien anima nuestras acciones
y es en ellas un Espíritu de vida,
y hace que no sean en nosotros acciones muertas..." (EM 36).*

Sin embargo, en este equilibrio reconocido, pesa mucho la debilidad de la naturaleza humana, porque *"nada alienta si Tú no estás dentro"* (Himno litúrgico), y La Salle no tiene reparo en subrayar la prioridad original de la iniciativa divina. La súplica se dirige a Cristo en petición de su gran Don, que ha de ser el motor de nuestras acciones; está escrita para el momento preparatorio a la Comunión, en un libro dirigido a los escolares:

*"...Venid, pues, a tomar nuevamente posesión de mi corazón,
y dejar en él a vuestro Espíritu Santo como prenda de vuestro amor,
de modo que El regule todos sus movimientos,
que modere todas mis pasiones
y que no deje inclinaciones sino hacia el bien..." (I 6,13,2).*

Animados por el Espíritu.

Al impulso del Espíritu se va haciendo realidad nuestra identificación con Cristo. Pero la afirmación no cambia un ápice en lo que concierne a la identificación con Cristo que han de realizar nuestros discípulos, y que depende de la efectividad de nuestro ministerio. Será, por tanto, el impulso del Espíritu, si hemos aceptado este Don en nosotros, quien nos pondrá en condiciones de *"representar"* a Jesucristo, y quien logrará el fruto deseado en los discípulos:

*"Entregaos a menudo al Espíritu de Nuestro Señor,
a fin de no obrar sino por El al ejercerlo,
renunciando en absoluto a nuestro espíritu propio;
de manera que, difundiéndose el Espíritu Santo sobre los discípulos,
puedan estos poseer plenamente el espíritu del cristianismo" (MR 195,2).*

En una relación de causa-efecto, La Salle hace depender el éxito del ministerio del protagonismo que tenga el Espíritu en la persona del ministro. Las palabras de éste serán entonces

*"espíritu y vida para ellos...
porque las producirá el Espíritu de Dios que habita en vosotros".
Así es como
"procurarán a los niños el espíritu cristiano...
que es el espíritu de Jesucristo" (MR 196,3).*

Pero no es sólo la sacramentalidad del ministro lo que cuenta en esta transmisión del Espíritu. También la sacramentalidad del pobre es conducto para la actuación del Espíritu:
*"Miradlos, a ejemplo de san Francisco, como imágenes de Jesucristo
y como los mejor dispuestos a recibir en abundancia su Espíritu".*

Y de esta "situación ministerial", La Salle saca una consecuencia para la propia identificación del Hermano con Cristo:

*"Por tanto, cuanto más los améis,
en mayor medida perteneceréis a Jesucristo" (MF 173,1).*

De esta forma, el ministerio del Hermano aparece como el lugar por excelencia en que se realiza la identificación con Cristo y la actuación del Espíritu, tanto respecto al Hermano como a sus discípulos.

2. Comunión y Misión: la tensión que da vida a la Comunidad.

"Se manifestará y se conservará siempre en este Instituto verdadero espíritu de Comunidad". Así comenzaba el cap. III de la Regla. Esta primera gran señal en la dirección de la Comunidad se veía completada con el *principio dinámico* establecido por el prólogo al c. XVI, sobre la Regularidad, y que serviría como criterio interpretativo para discernir la validez de ésta:

"Es necesario que los Hermanos se apliquen a sí mismos, y tomen por fundamento y sostén de su regularidad, lo que dice San Agustín al principio de su Regla, a saber: que "los que viven en una Comunidad deben, ante todo, amar a Dios y luego al prójimo"; porque estos Mandamientos son los principales que Dios nos ha dado, y porque la regularidad, sea cual fuere, si se la separa de la observancia de estos dos Mandamientos, es muy inútil para la salvación,..." (RC 16,1)

La Salle establecía así el auténtico fundamento de la Comunidad: no la regularidad externa, sino la caridad evangélica, la caridad fraterna. Sin ésta, aquélla pierde todo su significado. Las prescripciones concretas regulares recuerdan que la caridad se encarna en la existencia diaria y que la libertad interior conduce al hombre hacia el respeto y el servicio de sus hermanos.⁴⁵

No son demasiados los escritos que La Salle dedica al tema de la comunidad, pero sí son suficientemente expresivos como para que podamos captar a través de ellos dónde reside la fuerza profética de la comunidad lasaliana según lo entiende su Fundador.⁴⁶

2.1 EL FUNDAMENTO DE LA COMUNIDAD.

Comencemos con un muestreo de textos de las meditaciones, que apuntan al fundamento de la comunidad: la unidad interna entre los Hermanos.

⁴⁵ Cf AEP 315-319; 323-338.

⁴⁶ Por supuesto, La Salle se refiere siempre a la comunidad de Hermanos, pero las líneas de fondo son extrapolables a la comunidad de fe en el contexto actual de la misión compartida.

Esta unión de los Hnos. en la Comunidad debe tomar como referencia la de los primeros cristianos en la comunidad descrita por Lucas en Hechos, y debe pedirse con insistencia, pues de ella depende la paz interior y la felicidad:

*"Habiéndoos llamado Dios por su gracia a vivir en comunidad,
no hay cosa que debáis pedirle con mayor insistencia
que esa unión de corazón y de espíritu con vuestros Hermanos,
porque sólo mediante tal unión conseguiréis la paz,
en la que ha de consistir toda la felicidad de vuestra vida.
Instad, pues, al Dios de los corazones
que, del vuestro y del de vuestros Hermanos,
forme uno solo en el de Jesús" (MD 39,3).*

La referencia a Dios (que es inseparable en el pensamiento de La Salle de la referencia a la Obra de Dios) se presenta como motivación y finalidad para lograr esa unidad de corazón y de alma entre los Hermanos. A propósito del fundador de los "Mínimos", San Francisco de Paula, aprovechará para decirnos en la meditación correspondiente:

*"La virtud que, aparte la obediencia,
más debe resplandecer en las comunidades
es la caridad y unión de los corazones.
Como no ha de permanecerse en ellas,
sino para ayudarse unos a otros a ir a Dios,
todo el esmero ha de ponerse en vivir todos unidos en Dios,
y no tener más que un sentir y un pensar...
¿Sois una sola cosa con vuestros hermanos?
¿Les habláis y tratáis con amor?
¿No hacéis caso de repugnancias y antipatías?
Convenceos de que han de revivir en las comunidades
los sentimientos de los primitivos cristianos,
quienes no tenían más que un corazón y un alma." (MF 113,2)*

Sin esta unión de corazones la vida comunitaria no tiene ningún sentido; sólo queda una estructura muerta que arrastrará consigo la pérdida de cuanto justifica a esta comunidad:

*"Piedra preciosa es la unión en el seno de las Comunidades;
por eso la recomendó reiteradamente Jesucristo a sus Apóstoles antes de morir.
Perdida ella, todo está perdido.
Conservadla, por tanto, cuidadosamente,
si queréis que vuestra Comunidad perviva." (MF 91,2)*

Pero esta fraternidad que anima el Espíritu es algo muy real, formada por hombres. Sobran, pues, los tonos idílicos: La Salle hace gala de su gran realismo al describir la Comunidad en donde falla la unión...:

*"En efecto, la Comunidad sin amor y unión es un infierno:
el uno, por su parte, murmura;
el otro desacredita a su Hermano por estar ofendido con él;
éste se incomoda contra alguien que le amarga la vida;
aquél se queja a su superior de algo que cierto Hermano ha hecho contra él.
En resumen, no se oyen más que lamentos, críticas, maledicencias;
de donde resultan muchas turbaciones e inquietudes..." (MD 65,1)*

...Como también las dificultades que se habrá de vencer para que la caridad sea auténtica, y la necesidad de recurrir al auxilio de la gracia, sin la cual no es posible aquélla:

"No es posible que vivan juntas varias personas sin que hayan de soportarse entre sí. El uno será de temperamento difícil, el otro de humor contradictorio; éste tendrá modales poco delicados; aquél, genio antipático, y el de más allá, excesiva condescendencia; quién manifestará con excesiva facilidad lo que piensa; aquel otro se mostrará en extremo reservado y cauteloso; éste será fácil a la crítica. Raro será que tales diferencias de condición e índoles tan distintas no acarreen dificultades entre los Hermanos; de modo que, si la gracia no acude con su ayuda, resulta casi imposible que se avengan unos con otros, y que la caridad no sufra gravísimo detrimento." (MD 74,1)

...Habrá,, pues, que aceptar como algo normal el sufrimiento causado por los Hermanos en la vida común, y "no pedir milagros":

"No seáis, pues, tan poco cuerdos, tan poco razonables y tan poco cristianos que pretendáis no tener que sufrir de los hermanos cosa alguna; exigiríais verdaderamente con ello uno de los milagros más inauditos y singulares. Luego, no esperéis tal cosa a lo largo de toda vuestra vida." (MD 73,2)

2.2 EL ESPÍRITU DE LA COMUNIDAD.

En una de las más bellas páginas de la *Explicación del Método de Oración*, Juan Bta. de La Salle "describe" la constitución de la comunidad lasaliana (cf. EM 2,24-38). El protagonista de la narración es el propio Jesucristo, el cual está en medio de la comunidad edificándola y conduciéndola a su finalidad, que no es otra sino la misión educativa. Simultáneamente, al mismo tiempo que promueve la cohesión entre los miembros de la comunidad, conduce a cada uno al logro de su propia identidad, según *"el espíritu de su estado"*.

La descripción sigue un orden, sin ninguna duda intencionado, que hace gravitar todo el dinamismo de la comunidad sobre el gran Don que le concede Jesucristo, su Santo Espíritu:

"Está en medio de ellos para darles su Santo Espíritu, y para dirigirlos por Él en todos sus actos y toda su conducta." (EM 2,26)

Con la persona del Espíritu va asociado el espíritu característico de esta comunidad, es decir -podemos traducirlo así-, el carisma por el que esta comunidad posee una identidad específica en la Iglesia para el desarrollo de la misión que se le ha encomendado. Este carisma crece en el interior de la comunidad al mismo tiempo que la vida de fe de sus miembros y su mutua unión, enraizados en la Palabra de Dios. La Salle va enumerando los componentes internos del carisma resaltando su peculiaridad de don:

"Jesucristo está en medio de los Hermanos en sus ejercicios para darles el espíritu de su estado, y para mantenerlos y afianzarlos en la posesión de ese espíritu... Jesucristo está en medio de los hermanos para enseñarles las verdades y las máximas del Evangelio; para infundirlas profundamente en el corazón de cada uno, y para inspirarles que hagan de ellas la regla de su vida; ... Jesucristo está en medio de los Hermanos para moverlos a que practiquen con uniformidad en su Sociedad

*las mismas máximas del Evangelio,
a fin de que conserven siempre entre sí entera y perfecta unión" (EM 2,27-30)*

La progresión de este dinamismo así descrito por La Salle, va orientando la vida y la acción de la comunidad hacia Cristo, representado *como el sol,*
*"que no sólo comunica a las plantas la virtud de producir,
sino que da también a los frutos la bondad y perfección,
que es mayor o menor
según estén más o menos expuestos a los rayos del sol." (EM 2,32).*

Es una comunidad de fe reunida por y para la misión; por tanto, lo mismo la vida interna de la comunidad que su proyección sobre la misión educativa, deben tener como punto central de referencia al propio Jesucristo:

*"Así es como los Hermanos hacen sus ejercicios
y las acciones propias de su vocación
con mayor o menor perfección,
en proporción de la mayor o menor
referencia, convergencia y unión con Jesucristo." (EM 2,32).*

Al final, a modo de síntesis, vuelve a recordarnos que todo este dinamismo constructor de la comunidad está personalizado en el Espíritu Santo y se orienta hacia la misión, la vocación propia de la comunidad.

*"Y es este mismo Espíritu Santo quien anima nuestras acciones
y es en ellas un Espíritu de vida,
y hace que no sean en nosotros acciones muertas,
no sólo en cuanto acciones cristianas,
sino tampoco en cuanto acciones propias de nuestra vocación y perfección,
que piden en ellas una perfección particular." (EM 2,36)*

El texto nos ofrece las claves principales que hemos de desarrollar para encontrar el sentido y la identidad de la comunidad lasaliana:

1. Es en la comunidad donde "acontece" el carisma que, a su vez, suscita en ella la espiritualidad que da sentido a la misión; así surge la identidad. De la misma forma que no habrá identidad cristiana al margen de la comunidad cristiana, tampoco se puede hablar de identidad lasaliana al margen de la comunidad donde se hace presente el carisma lasaliano. Es en la comunidad y con la comunidad como se van explicitando y actualizando la espiritualidad y la misión.
2. La comunidad lasaliana es una comunidad de fe, y no simplemente un grupo humano, pues su misión es evangelizar, anunciar a Cristo, edificar la Iglesia. Por eso, la vida y la acción de la comunidad deberán tener siempre como puntos de referencia, a Cristo, el Evangelio y la Iglesia.
3. Entre la vida interior de la comunidad y su finalidad o misión hay una relación de continuidad y de reciprocidad: una sostiene a la otra, sin que puedan subsistir independientemente.
4. Una comunidad no se construye solamente sobre estructuras, sino sobre *"lazos de comunión"*. Las estructuras valen tanto en cuanto permitan y potencien esos lazos de comunión.
5. La comunidad lasaliana, como cualquier otra comunidad cristiana, tiene como finalidad facilitar a sus miembros el seguimiento de Jesucristo. La comunidad es, ante todo, un grupo de discípulos de Jesús. Por eso, los lazos que van tejiendo la comunidad

están hilvanados con dos hebras que son, a su vez, las dos coordenadas en que se sitúa el seguimiento de Jesús: *filiación y fraternidad*.

El ser discípulo de Jesús configura así nuestra identidad: nos hace hijos de Dios y hermanos de los hombres. La labor de la comunidad se orienta, según esto, a la búsqueda de la voluntad del Padre, a celebrar el amor que nos ha manifestado en Jesús y abrirnos a él, a convertirnos a los valores que realizan el Reino, a lograr unas relaciones fraternas, a impulsar y gestionar la solidaridad con los pobres.

6. La preocupación de los miembros de una comunidad debe ser la de fortalecer día a día los lazos de comunión: ése es el objetivo del proyecto de la comunidad cristiana. Con esa finalidad, y partiendo de su propia situación, de las circunstancias y condicionamientos en que viven, intentarán precisar los medios y estructuras que pueden ayudarles a conseguir aquéllos... cada vez un poco más.

7. El principal y más inestimable servicio que esta comunidad cristiana puede prestar al conjunto de la comunidad educativa y al proceso educativo que ésta lleva a cabo, no es lo que sus miembros "hacen", sino lo que la comunidad "es"; el testimonio de su vida cristiana vivida en comunión; la síntesis de fe, cultura y vida, objetivo de la educación cristiana, plasmada en un grupo de personas que animan la vida escolar.

2.3 COMUNIDAD CONSAGRADA PARA LA MISION.

La Comunidad lasaliana no puede subsistir como un "en-sí". No es para sí misma ni su propia fuente, ni su propio fin⁴⁷. Pero, recíprocamente, tampoco es posible que el Hermano pueda mantener y madurar su celo apostólico, ni profundizar su referencia a Dios, al margen de la comunidad. Por eso, la comunidad necesita consistencia propia, como una "finalidad mediadora".

En el interior de esta "Comunidad-consagrada-para-la-misión", según queda expresada en los textos lasalianos, existe una tensión irreductible, generadora de vida, de acción y de santificación para sus miembros. El Hermano vive entre esos dos polos: la vida comunitaria con todo lo que supone -unión con sus Hermanos, ejercicios espirituales, formación personal y comunitaria...- y la misión educativa con toda la preocupación que origina el servicio a los niños y jóvenes.

Pero esos dos polos deben actuar dentro de la misma Comunidad, impidiendo que se aísle o quede abstraída por los problemas internos.

La Comunidad se hace consciente así de que es mediación para la finalidad. Pero es algo más que un simple instrumento opcional. La misma tensión establece a la Comunidad como "*finalidad mediadora*", en el sentido de que, siendo una mediación fundamental y condicionante para poder llevar a cabo la misión, ha de ser apreciada y vivida en sí misma, como un valor clave, aunque sea un valor *referencial*.

Esta tensión la manifiesta La Salle de diversas formas, refiriéndose frecuentemente a *ejes* que relacionan los dos polos, evitando de esta forma que cualquiera de los polos quede absolutizado. Unas veces será el eje "*retiro-apostolado*", como lo expresa en la meditación para la fiesta de San Antonio, Abad; recordemos la identificación que, en la mente del Fundador, se produce entre "retiro-soledad" y "Comunidad de Hermanos":

⁴⁷ AEP 288-289. "*La 'asociación para el servicio educativo de los pobres' nos ha recordado que lo que buscamos no es la comunidad por sí misma, sino la comunidad para la misión del Instituto...*". (Carta del H. Sup. Gral., 1989, 23).

*"De modo parecido tenéis que proceder vosotros:
debéis amar el retiro
para trabajar eficazmente en él por vuestra perfección;
pero tenéis que dejarlo cuando Dios os llame
para que os dediquéis a salvar las almas que os tiene confiadas;
y, tan pronto como deje Dios de solicitaros a ello,
transcurrido ya el tiempo que el empleo os exige,
retiraos de nuevo a vuestra soledad, imitando a san Antonio." (MF 97,3)*

Otras veces será el eje, también clásico, "acción-contemplación". Se apoya sobre aquel símbolo de la escala de Jacob, por donde los ángeles subían y bajaban para recibir las órdenes de Dios y transmitir las luego a los hombres:

*"Es obligación vuestra elevaros todos los días hasta Dios por la oración,
para aprender de El cuanto debéis enseñar a los discípulos;
y descender, luego, a ellos, acomodándoos a su capacidad,
para hacerlos partícipes
de lo que os haya Dios comunicado respecto de ellos,
tanto en la oración como en los Libros santos,
donde se contienen las verdades de la religión y las máximas evangélicas."
(MR 198,1)*

Y un tercer eje para expresar la misma tensión: *regularidad* y *misión*. La primera representa la comunidad hacia dentro, pero no volcada en sí misma sino atenta a descubrir la voluntad de Dios. Será la fuerza que permita cumplir con fidelidad las obligaciones que impone el ministerio:

*"¿Os esforzáis por vivir perfectamente la regularidad
en vuestra Comunidad?
Es el medio seguro de atraer las gracias de Dios
que necesitáis para cumplir las obligaciones de vuestro estado
y del ministerio a que fuisteis llamados por Dios.
Cuanto más exactos seáis en la observancia,
más fácilmente conseguiréis llevar los niños a Dios
e infundirles verdadera y sólida piedad.
Como ése es el fin de vuestro estado,
tomad los medios más oportunos,
que el mismo Dios os exige para conseguirlo." (MF 131,2)*

3. El amor, la fuerza del ministerio.

El "Amor del Padre y del Hijo", como también llama la liturgia al Espíritu Santo, es la fuerza que nos reúne en la comunidad, la misma que nos lanza a la misión. Así lo subraya La Salle en las 16 Meditaciones sobre el ministerio: el Amor es la fuerza interna y la motivación última del ministerio del Hermano, como del educador cristiano. De esta forma lo arranca de la materialidad de las funciones escolares y lo sitúa en referencia a una tupida red de relaciones interpersonales, cuya raíz son las relaciones trinitarias.

a) *Dios, fuente del amor*, es el origen de este ministerio. La Salle lo refiere a El en sentido trinitario, "relacional": las tres Personas están implicadas en esta obra de salvación. Las cuatro primeras meditaciones de MR acentúan la referencia a la acción diferente -y complementaria- del Padre, el Hijo y el Espíritu; pero a lo largo de las 16 meditaciones La

Salle subraya la relación interpersonal que está en el origen del ministerio del Hermano, y que éste ha de continuar en su propia labor.

En el "corazón" de MR, la 9ª meditación (201), viene a comparar el "*celo ardiente*" del que han de "*vivir animados los que instruyen a la juventud*", con el amor de Dios. Es el amor de Dios vivido y compartido ("*fe y celo*"):

"El amor de Dios debe apremiaros, ya que Jesucristo murió por todos, a fin de que, los que viven, no vivan ya para sí, sino para Aquel que murió por ellos." (MR 201,2)
"Debéis en esto imitar, de algún modo, a Dios; Dios se encariñó tanto con las almas por El creadas que, viéndolas sumidas en el pecado, e incapaces de redimirse por sí mismas, se vio como constreñido, por el celo y el ansia de su salvación, a enviar a su propio Hijo para rescatarlas de estado tan lamentable. Esto movió a decir a Jesucristo: 'Amó tanto Dios al mundo, que le dio su Hijo unigénito...'" (MR 201,3)

b) El educador cristiano, *instrumento del amor de Dios* ante los jóvenes, debe ser consciente de su categoría de "*mediador*":

"Y pediréis con mucha insistencia a Jesucristo que os anime de su Espíritu, pues os ha escogido para realizar su obra." (MR 196,1).

No podrá, pues, mantener una relación fría con sus discípulos, sino llena de amor, y un amor que se haga visible en muestras concretas:

"Proceded de tal modo, que vuestro celo dé muestras sensibles de que amáis a quienes Dios os tiene encomendados como Jesucristo amó a su Iglesia." (MR 201,2).

Esta mediación tendrá que brillar especialmente en los momentos más difíciles, como es el de la *corrección*:

"Si se aplica con pasión y sin tener puestos los ojos en Dios, sirve únicamente para indisponer al discípulo contra el maestro y excitar en él sentimientos de venganza y animadversión..."
"...Mostradles, al hacerlo, tanta benevolencia que, muy al contrario de despecharse contra vosotros, sólo os manifiesten después gratitud por el bien que les hicisteis..." (MR 204,3)

c) Los alumnos, destinatarios del amor de Dios, son introducidos así en un nuevo mundo de relaciones según el Evangelio, con Dios, con los hombres:

"...Para edificar por ellos el cuerpo de Jesucristo, y hacerlos santos y perfectos, debéis proceder en tal forma que les inspiréis los mismos sentimientos y los pongáis en idénticas disposiciones a las que san Pablo intentaba suscitar...:
1º, que no contristen al Espíritu Santo de Dios, por el cual fueron sellados...
2º, que renuncien a su vida pasada...;
que se abstengan de la mentira
y traten siempre verdad al hablar con su prójimo;

*3º, que sean mansos y bondadosos los unos con los otros,
que se perdonen mutuamente...
y se amen entre sí,
a ejemplo del amor con que Jesucristo los amó." (MR 198,3).*

d) La finalidad del ministerio apunta a construir la Iglesia con "piedras vivas", "templos del Espíritu". Supera la perspectiva institucional; no se trata de una simple "pertenencia" marcada por signos externos, sino de una *iniciación* auténtica que introduce a los muchachos en el cuerpo de Cristo y los llena del Espíritu:

*"Al encargarnos Jesucristo de instruir a los niños y de educarlos en la piedad,
os encomendó el cuidado de edificar su cuerpo, que es la Iglesia"...
"...presentarle a todos los niños que hayáis instruido
como formando parte del edificio de la Iglesia,
en cuya estructura penetraron gracias a vuestros desvelos,
hasta convertirse en santuarios donde Dios habita por el Espíritu Santo.
(MR 205,3).*

e) La visión escatológica con la que La Salle corona sus meditaciones sitúa al Hermano y al educador cristiano en una nueva trama de relaciones con Dios y con sus discípulos. Este canto final, lejos de ser una evasión poética, es la confesión de fe en la utopía de la educación cristiana, expresada con esas imágenes de más allá del tiempo pero referida al proceso que se ha de ir haciendo día a día en la escuela:

*"¡Qué unión tan estrecha tendrán en Dios el uno con los otros!
Experimentarán mutuamente indecible contento, platicando entre sí..." (MR 208,2)
"¡Qué estremecimiento de júbilo experimentaréis
cuando oigáis la voz de aquellos que condujisteis al cielo como de la mano...!
...Unos y otros unirán sus voces
para alcanzaros de Jesucristo sentencia favorable..." (MR 208,3)*

A MODO DE CONCLUSIÓN

El proyecto de vida de Juan Bautista de La Salle

Tenemos un documento de Juan Bautista de la Salle transmitido por su biógrafo Blain: *"Las reglas que me he impuesto"*. Escrito seguramente durante algún retiro cuando el autor tenía entre los 35 y los 40 años, nos muestra las líneas de fuerza del *proyecto vital* de una identidad que ha ido llegando a su madurez.⁴⁸

El concepto formal que hoy tenemos de "proyecto personal" no existía entonces. Si salvamos estas dificultades externas podremos adentrarnos en la profundidad de la experiencia religiosa lasaliana. Intentaremos identificar las líneas de fondo -o *dinamismos*- de lo que, sin llamarlo así, era el proyecto de vida de Juan Bautista de La Salle. Descubriremos las *actitudes* que desde esos dinamismos intenta promover. Y veremos finalmente cómo proyecta todo ello sobre la realidad que le toca vivir, hasta concretar una serie de *prácticas*, muy dependientes estas últimas de la cultura y costumbres de su tiempo.⁴⁹

1. VISIÓN DE CONJUNTO: UNIDAD DE VIDA

Lo primero que nos llama la atención es la tendencia unificadora, que se va afinando y creciendo en la experiencia religiosa de La Salle durante los años más intensos de la estructuración y de la extensión de la Sociedad:

"Es buena norma de conducta no hacer distinción entre los asuntos propios del estado y el problema de la salvación y perfección propias, y convencerse de que no se asegura mejor la salvación ni se adquiere mayor perfección que cumpliendo los deberes del propio cargo, con tal de que se haga con la mira de obedecer a Dios. He de intentar tener siempre esto ante los ojos" (n.3).

Esta unidad vital se logra, como enseguida veremos, *en torno a la experiencia que está configurando su vida*: todo lo relativo a *la obra de las escuelas* y la dirección de los maestros; y *a partir de la experiencia en que ha fundamentado su vida*: su relación con Dios, su *espíritu de fe*. Ha captado la obra de las escuelas como misión recibida de Dios. De hecho, ya había abandonado la dignidad de canónigo para dedicarse totalmente al nuevo proyecto. Polariza toda su existencia en torno a la cristalización del proyecto comunitario de las escuelas. Y ése es el lugar en que se encuentra con Dios.

2. LOS TRES EJES O DINAMISMOS

Tres ejes cruzan y dirigen todo su Proyecto de vida. Desde ellos dinamiza su existencia y orienta todo su quehacer y sus relaciones interpersonales.

⁴⁸ Según ha mostrado Fr. Gilles Beaudet en un estudio publicado en *Lasalliana* n° 20 (enero 1991) 3-A-78, los 20 artículos que componen este documento autobiográfico siguen de cerca en su redacción a las Consideraciones del jesuita Hayneufve en su obra *Meditaciones para el tiempo de los ejercicios...*, muy probablemente utilizado por La Salle para su reflexión durante alguno de los retiros tenidos en los años anteriores y próximos a 1694.

⁴⁹ Véase el estudio de M. Campos en *Itinerario Evangélico de SJBS*, 215ss.

1. La Obra de Dios: el centro de atención.

La "Obra de Dios", a la que tantas veces se refiere La Salle en sus escritos espirituales, es como el tesoro escondido por el que ha vendido toda su hacienda y al que dedica toda su energía. Y la parcela que el Señor le ha encomendado en su Obra coincide con "el establecimiento y guía" de la comunidad para las escuelas al servicio de los pobres. De ahí ese "no hacer distinción...": la historia personal se funde con la Historia de la Salvación. En todo lo que ocurre, en las relaciones vividas, en el itinerario personal que se entrelaza con el de los otros en la comunión para una misión, reconoce que es Dios quien salva, es Dios quien realiza su Obra; por eso *se abandona en sus manos*:

"Consideraré siempre la obra de mi salvación y del establecimiento y guía de nuestra comunidad como obra de Dios: y así le confiaré su cuidado para no hacer sino por sus órdenes cuanto me concierne respecto de ella; y le consultaré constantemente sobre cuanto haya de hacer, tanto respecto de una como de otra; y le diré a menudo estas palabras del profeta Habacuc: Domine, opus tuum." (n.8).

2. La unión con Cristo: el punto de mira.

La unión con Cristo, la identificación con Él, es la perspectiva desde la que contempla su vida y la obra que tiene encomendada. No es una imitación externa lo que busca, sino la unión interna, "con sus miras e intenciones":

"Uniré mis acciones a las de Nuestro Señor al menos veinte veces al día, tratando de no tener otras miras e intenciones que las suyas" (n.5).

El cristocentrismo, que Juan Bautista vive tan expresamente, dimensión fundamental de la espiritualidad lasaliana, está en la esencia del *ministerio del educador cristiano*, según dirá La Salle en sus Meditaciones: el educador actúa como *representante* de Cristo, como *embajador* suyo, debe infundir el espíritu de Jesucristo y por eso ha de revestirse él mismo de Jesucristo.

3. El impulso del Espíritu: garantía de autenticidad.

Este tercer dinamismo permanece en el trasfondo, como un hilo que recorre y enhebra todo el proyecto de vida. Constituye la garantía de que realmente está haciendo la obra de Dios. Sin esa referencia queda siempre la duda de que sea más bien el propio capricho lo que uno realiza. Es como un impulso clarificador que hace brotar en él la conciencia de ser *mediador*, de ser *instrumento*, de ser *ministro* y *representante* de Dios: "Le consultaré constantemente sobre cuanto haya de hacer":

"Cuando mis Hermanos vengan a pedirme consejo, rogaré a Nuestro Señor que Él se lo dé. Si se trata de algo importante, me reservaré algún tiempo para orar; y trataré al menos de recogerme durante ese tiempo y de levantar mi corazón a Dios" (n.6).

"Haré lo posible para elevar mi corazón a Dios al principio de cada una de mis acciones y no emprenderé cosa alguna sin antes haber orado" (n.18).

3. LAS ACTITUDES

Los dinamismos anteriores son los que suscitan en Juan Bautista una serie de actitudes que podríamos calificar de "fundamentales": enmarcan su conducta.

1. Fidelidad y creatividad.

La consecuencia de su consagración a la Obra de Dios, no es la pasividad ni el "providencialismo". Es, más bien, una actitud de radicalidad en torno al querer de Dios, que se traduce en un doble movimiento de fidelidad y creatividad: quiere conocer su voluntad y

ser fiel a ella; es lo único que le interesa. Por eso mismo *está atento* a conocer "las órdenes" de Dios para saber cómo tiene que actuar, y *"a no dejarlas pasar en cuanto las haya conocido"*:

"Debo considerarme como un instrumento, inútil a no ser en manos del operario; por tanto, debo esperar las órdenes de la Providencia para actuar, pero sin dejarlas pasar cuando las haya conocido" (n.9).

Subraya así, en su experiencia personal, la acción de Dios dentro de la historia, las llamadas de Dios en la vida del hombre, como vemos en la "Memoria de los comienzos" - *"Dios que guía todas las cosas sabia y suavemente..."*; y, por otra parte, explicita su dependencia de Dios, a quien atribuye toda la iniciativa: El es quien le fue guiando, *"de un compromiso a otro"*.

2. Responsabilidad y compromiso.

La identificación con Cristo en su Misterio redentor le conduce a asumir sobre sí la tarea reconciliadora de Cristo, que Juan Bautista proyecta especialmente sobre su función animadora de la comunidad de los Hermanos:

"...Si me considero ocupando el lugar de Dios respecto de ellos, será con la idea de que estoy obligado a cargar con sus pecados, lo mismo que Nuestro Señor ha cargado con los nuestros, y que es una carga que Dios me impone en relación con ellos" (n.7).

Sobre esta experiencia enriquecerá su doctrina sobre el ministerio del educador cristiano: por haber sido asociado al Misterio redentor de Cristo, es responsable de la salvación de sus alumnos, y se compromete en su cuidado como el buen pastor cuida de sus ovejas.

3. Apertura y docilidad al Espíritu.

Apertura y docilidad traducen, en realidad, la actitud vocacional de discernimiento ante la Providencia, que transmite sus órdenes, bien concretas, a través de las necesidades y llamamientos de los pobres, y a quien se le ha de responder también de forma bien concreta, *a través de las obligaciones del propio estado*, que manifiestan la salvación de Dios.

Lo veíamos en el n. 9 de forma explícita, pero resalta en todo el proyecto, desde el n.1, esa actitud que Juan Bautista imprime a todo su itinerario: una *actitud de diálogo* con el Señor, en cuya presencia camina; una *actitud de discernimiento*, porque lo único que le importa es conocer el querer de Dios y, una vez conocido, ser fiel en cumplirlo.

4. En comunión con sus hermanos:

"Miraré... el establecimiento y guía de nuestra comunidad como la obra de Dios" (nº. 8). Juan Bautista convirtió su itinerario de búsqueda en un "éxodo" junto a sus Hermanos, y así lo revela su proyecto. El compromiso *"juntos y por asociación"* define, desde el momento de su consagración, su manera de entender la vida, incluso en su relación con Dios. La religión con sus Hermanos, respecto a los cuales se considera *"ocupando el lugar de Dios"* (cf nn. 6 y 7), será el espejo en el que se proyectará su propia experiencia de un Dios providente, preocupado por la salvación del hombre, paciente y cercano a cada uno.

4. PROYECCIÓN SOBRE LA REALIDAD

Dinamismos y actitudes tienen que dar lugar a un tipo de conducta que esté en coherencia con aquéllos. Y aquí queda bien patente el realismo del proyecto lasaliano: no se refiere

a situaciones ideales, sino a las respuestas concretas, aquí y ahora, como puede y como sabe, desde la aceptación de sí, desde el reconocimiento de las propias limitaciones.

1. Atención al momento presente.

La fidelidad de La Salle al momento presente viene exigida por su fe en el Dios de la Historia: *éste es el tiempo de la salvación*; pero también por su conciencia de ser instrumento de salvación para otros. La consecuencia es dar la máxima importancia a lo que se hace, es la preocupación por no perder el tiempo (nº 13), por prever lo que se haya de hacer y cómo hacerlo (nº 15)... Pero lo sabrá hacer sin angustia, porque, en definitiva, es sólo un instrumento en manos del operario:

"Buena norma es la de no preocuparse tanto por saber lo que hay que hacer cuanto por hacer con perfección lo que se sabe" (n.14).

Es dentro mismo de la realidad, donde encuentra la *utopía*: Dios, haciendo su obra. Por eso en el lenguaje lasaliano son correlativos en un solo impulso, consagrarse a *"procurar la gloria de Dios"* y comprometerse a *"tener juntos y por asociación las escuelas..."* (cf nº 8). De esta forma se pone veto al desánimo ante la lentitud típica del proceso educativo, que constituye nuestra experiencia configuradora. En cambio, y al mismo tiempo, apremia la preocupación porque el trabajo resulte bien, que la comunidad se establezca sólidamente, que la obra se extienda, que la escuela tenga éxito...

2. Concreción sobre las propias obligaciones.

Es un aspecto más del punto anterior: su respuesta a Dios la ha de dar en las obligaciones que le incumben, como animador de sus Hermanos (nn. 6 y 7), en las relaciones con los extraños (n.4), en el quehacer de cada día (n.15), en los viajes que le exigía la fundación y atención de las escuelas (nn. 11 y 17)...

3. Solidaridad con la comunidad.

Juan Bautista busca la comunión con las personas próximas, y lo hace de forma muy realista. En su proyecto lo señala de dos formas:

- Poniéndose en guardia frente a las tiranteces que pueden surgir en las relaciones interpersonales: *"Cuando alguien, superior o no, me dé algún disgusto... cuidaré de no decir nada; y cuando se me hable de ello, los excusaré y daré a entender que han tenido razón."* (n.12).
- Reconociendo su dependencia y sujeción respecto de la comunidad. Es, a fin de cuentas, una expresión de solidaridad con las decisiones comunitarias. Así lo señala en los números 16 (*"oración de regla en nuestra comunidad"*) y 19 (*"Es regla de la comunidad..."*).

4. Reconocimiento de las propias limitaciones.

En otra muestra más de realismo, Juan Bautista intenta prepararse para ser el instrumento eficaz al servicio de la obra de Dios, pero contando con sus limitaciones psicológicas y temperamentales, y utilizando los medios necesarios para superarlas.

De manera directa se refiere a estas limitaciones en tres ocasiones: su necesidad de un reglamento diario (*"esto es algo que nunca he podido conseguir"*), n.10; aparente propensión a perder el tiempo (*"sólo un largo retiro me podrá ayudar a conseguir esa vigilancia"*), n.13; el descuido de una práctica que la comunidad se ha impuesto (*"En el pasado he omitido con frecuencia el rezo del Rosario a pesar de ser de obligación en nuestra comunidad..."*), n.16.

5. Renovar la presencia de Dios.

Para La Salle, el medio por excelencia, de *"atender las órdenes y voluntad de Dios"*, de avivar la conciencia de ser instrumento en la obra de Dios, de abandonarse a su voluntad, de obrar *"movidos de su espíritu"*... es el *renovar la atención a la presencia de Dios*, y Juan Bautista lo explicita abundantemente a lo largo de su proyecto.

Con esta "práctica", Juan Bautista no se queda en un "ejercicio piadoso" repetitivo: actualiza su experiencia fundante haciéndola vida e introduciéndola en la historia cotidiana y real. Hace de su acción una *contemplación activa* del Misterio de la Salvación.

Para concretar su actitud de discernimiento y de diálogo con el Señor, utiliza abundantes y minuciosos medios, testigos de su auténtica preocupación, la misma que intentará transmitir a sus Hermanos: el *retiro* frecuente (nº 10, 11, 13), el *examen o recolección*" (nº 1, 6, 15), y especialmente la *oración* (nº 6, 7, 11, 16, 17, 18, 19, 20).

5. UNA EXPRESIÓN DE SU VIDA PARA DIOS: LA CONSAGRACIÓN

Finalmente, hemos de referirnos a una expresión de síntesis que La Salle recoge en su Proyecto: la renovación diaria de su consagración.

Quizá pueda parecer un detalle insignificante, pero no lo es. Consagración *"a Dios"*, *"con estos Hermanos"*, *"para la obra de las escuelas"*: estas tres dimensiones han quedado "codificadas" y puestas expresamente en relación en su fórmula de consagración. Por eso necesita referirse a ella, como expresión de la unidad de su ser de cara a Dios. Cada día, de forma explícita, "reagrupa su vida", en un sentido radical, ante Dios, con su comunidad, al servicio de la obra divina:

"Todos los días me reservaré un cuarto de hora para renovar mi consagración a la Santísima Trinidad" (n.2).

CONTENIDO

Prólogo: Raíces e Identidad	4
CLAVES	6
I. JUAN BAUTISTA DE LA SALLE: LA PERSONA Y SU CARISMA	
El dedo de Juan Bautista de La Salle.....	8
El dinamismo de la mirada	8
Interpretar la realidad. Descubrir su sentido.....	9
Tres claves para 'decodificar':.....	10
1. El hombre de su tiempo.....	10
2. El hombre de fe	12
3. El fundador	13
II. UN PROYECTO QUE SE VA HACIENDO HISTORIA:	15
1. El proyecto concreta la identidad y la encarna en la historia	15
2. El proyecto tiene un dinamismo interno	16
1. Los agentes	16
2. Las necesidades.....	16
3. Las finalidades.....	17
4. Las estructuras	18
3. El dinamismo nos llama a "recrear" el Proyecto.....	19
1. ¿Quiénes son hoy los agentes del proyecto.....	19
2. ¿A qué necesidades hemos de responder?.....	20
3. ¿Qué finalidades queremos lograr?	20
4. ¿Qué estructuras hemos de inventar, cambiar, renovar, promover...?	21
III. UN ESPÍRITU QUE DA VIDA	22
1. La espiritualidad lasaliana	22
2. El espíritu se manifiesta en la vida	23
1ª. La experiencia del creyente	24
2ª. La experiencia del ministro	25
3ª. La experiencia del hermano	27
4ª. La experiencia del profeta.....	28
Un marco para la lectura	31
EL CREYENTE (El amor del Padre)	33
1. EL ITINERARIO: una historia de salvación	34
1. Un hombre en búsqueda	34
2. Un hombre de corazón abierto	37
3. Hombre y comunidad en éxodo.....	39
2. EL PROYECTO:	41
1. Un fundamento para el educador: El hombre interior o la experiencia de Dios	41
1.1 El primer medio: la oración	41
1.2 Un marco para la interioridad: el retiro	42
1.3 Un camino en el quehacer diario: vivir la presencia de Dios	43

2.	La comunidad lasaliana: signo del Reino entre la juventud pobre	45
2.1	Conciencia de su finalidad.....	45
2.2	Comunidad "de las Escuelas Cristianas".....	45
2.3	Comunidad que educa al educador.....	46
3.	La obra educativa: una escuela "a la medida" de los pobres	48
3.1	Escuela gratuita.....	48
3.2	Escuela útil	49
3.3	Educación integral	50
3.	EL ESPÍRITU	52
1.	"El espíritu de este Instituto".....	52
1.1	La fuerza del Espíritu.....	52
1.2	Los efectos del espíritu de fe.....	53
1.3	El fruto de la fe: el celo	55
2.	Ministros de la Palabra de Dios.....	57
2.1	La Palabra, nuestro alimento.....	57
2.2	Nuestra cultura bíblica.....	57
2.3	Las claves están en la vida.....	58
2.4	Entrar en el dinamismo de la Palabra.....	59
3.	Vivir en la Presencia de Dios.....	61
3.1	Una actitud radical.....	62
3.2	De la vida a la oración	63
3.3	Celebrar la Presencia	64
	EL MINISTRO (La gracia de N.S. Jesucristo).....	66
1.	EL ITINERARIO. Seguimiento de Cristo	67
1.	El discípulo	67
1.1	Itinerario de encarnación	67
1.2	La edificación de la comunidad	69
1.3	Participación en la misión salvadora de Jesús.....	70
2.	Identificados con el proyecto salvador de Cristo	71
2.1	La experiencia del fracaso.....	71
2.2	La tentación de la seguridad.....	72
2.3	La conciencia de la novedad	72
3.	Comprometidos en este proyecto histórico. 1691 y 1694	74
3.1	El discernimiento	74
3.2	El gesto profético	75
2.	EL PROYECTO	77
1.	El educador: su identidad ministerial.....	77
1.1	Personalización de la misión	77
1.2	Una visión integradora desde la historia de la salvación.....	78
1.3	Formación ministerial.....	81
2.	La comunidad: asociados para la misión	82
2.1	Comunidad ministerial	82
2.2	Asentada en la radicalidad	83
2.3	Para compartir la misión.....	84
3.	La obra educativa: un proyecto de evangelización	84
3.1	De la marginación a la iniciación	85
3.2	Un proyecto educativo para iniciar	86
3.3	El objetivo último: "hacer discípulos".....	87

3.4	Las raíces del proyecto.....	89
3.	EL ESPÍRITU	92
	Un proceso de identificación con Cristo	
1.	Los niveles del proceso	92
1.1	“Discípulo e imitador de Jesucristo”.....	92
1.2	“En conformidad con sus miras e intenciones”.....	94
1.3	Vivir el misterio de Cristo	96
2.	Dinamismos para el seguimiento de Cristo	100
3.	La motivación para el seguimiento de Cristo.....	105
3.1	La motivación del ministro de Jesucristo	105
3.2	La unidad de vida en el educador cristiano	106
	EL HERMANO (La comunión del Espíritu Santo)	108
1.	EL ITINERARIO: un proceso de asociación	109
1.	El padre de la comunidad.....	110
2.	Crisis y discernimiento.....	112
3.	Juan, nuestro padre y nuestro hermano.....	114
2.	EL PROYECTO	119
	Método y Espíritu.....	119
1.	El educador: una vida en tensión	120
1.1	Hombres de comunidad: un retiro para la misión	120
1.2	Oración: en el método va la tensión	127
2.	La comunidad: un signo con fuerza propia.....	123
2.1	La fuerza de la misión.....	123
2.2	La cohesión de la comunidad	124
2.3	Un lugar para la recreación	125
3.	La obra educativa: comunidad humana	126
3.1	Un hermano mayor entre los jóvenes.....	126
3.2	Lo primero, la persona del niño	127
3.	EL ESPÍRITU	130
1.	La identificación con Cristo en el Espíritu.....	130
2.	Comunión y misión: la tensión que da vida a la comunidad.....	133
2.1	El fundamento de la comunidad	133
2.2	El espíritu de la comunidad	135
2.3	Comunidad consagrada para la misión	137
3.	El amor, la fuerza del ministerio	138
	A MODO DE CONCLUSIÓN	
	El proyecto de vida de Juan Bautista de La Salle	141
1.	Visión de conjunto: unidad de vida.....	141
2.	Los tres ejes o dinamismos	141
3.	Las actitudes	142
4.	Proyección sobre la realidad	143
5.	Una expresión de su vida para Dios: la consagración	145